

De la autora *Best seller* de la «*Serie Solo por ti*»

~ ANGY SKAY ~

MUERTE AL REY

Serie Diamante Rojo vol.3



Lxl
EDITORIAL
FicSeam

Muerte al Rey

Muerte Al Rey

Serie *Diamante Rojo* Vol.3

~Angy Skay~

Los personajes, eventos y sucesos que aparecen en esta obra son ficticios, cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación, u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art.270 y siguientes del código penal). Dirijase a CEDRO (Centro Español De Derechos Reprográficos) Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© de la fotografía de la autora: Archivo de la autora

© Angy Skay 2019

© Editorial LxL 2019
www.editorialxl.com
04240, Almería (España)

Primera edición: diciembre 2019
Composición: Editorial LxL

ISBN: 978-84-17516-91-8

*Bryan,
Eidan,
Freya,
William.
Sois mi vida.*

Un tiempo después se encontraron.
Ella le dijo a él: «Todavía te brillan los ojos».
Y él le contestó: «Todavía te siguen temblando las piernas».

1

Dolor

Jack Williams

Roma, Italia

—¡¡Tiziano!!

—¡Me cago en la puta! —escuché a lo lejos.

—¡¡Tiziano, venga!! —grité, apremiándolo.

Miré hacia la derecha, intentando encontrarlo en algún punto de la cafetería, pero me fue imposible cuando las botellas que tenía delante estallaron por los aires gracias a la ráfaga de balas que empezó de punta a punta de la gran barra del bar. Me encogí y me cubrí el rostro con las manos en cuanto los cristales comenzaron a esparcirse por todo mi cuerpo. A lo lejos, escuché un gruñido enfadado procedente del italiano, que trataba de llegar hasta mí arrastrándose por el interior de la barra.

Observé cómo apretaba sus fuertes brazos contra el mármol del suelo en un obstinado intento por acercarse, pero se detenía cuando las botellas caían sobre él. Soltó un grito de frustración que retumbó en todo el local. Elevó sus ojos en mi dirección, los cuales echaban chispas debido al cabreo que llevaba a cuestas.

—No puedes llamarme para emborracharnos, por ejemplo —puso los ojos en blanco—, ¡nooo! —exageró, tratando de hacer un gesto con la mano—. Tienes que hacerlo para meterme en más problemas de los que ya tengo. ¡Cómo te odio! —dramatizó.

—¡Oh, cállate y pásame la puta bolsa! —le espeté con urgencia.

Dio un breve tirón del asa y la lanzó con toda la fuerza que pudo hasta que cayó a mis pies. Segundos después, llegó a mi lado y se sentó como yo, pegando su espalda a la zona baja de la barra. Las balas comenzaron a traspasar parte de la madera desde la otra esquina y abrí la cremallera con rapidez.

—¡Vamos, vamos, vamos! —me urgió.

—¡Si no hubieras tardado tanto en llegar! —Lo miré con mala cara.

—¿Y yo qué *merda*¹ hago? ¡No haberme llamado a última hora!

—Lo sabías desde hacía dos horas —le recliné.

—¡¿Dos horas son mucho para ti, don Urgencias de última hora?! —me discutió, acentuando su tono y su gesto de enfado.

Tras elevar mis ojos al cielo mientras escuchaba sin cesar los reproches de Tiziano, saqué dos explosivos y los tiré por encima de la barra hacia el lugar desde el que nos disparaban, donde había tres hombres a punta de rifle acribillándonos sin piedad. El artefacto tardó

nanosegundos en explotar, y ambos nos agachamos como pudimos para que no reventáramos de la misma manera. Pegué mi espalda a la madera cuando no escuché nada más al otro lado. Tiziano me imitó y soltó un gran suspiro de alivio.

—Me alegro de verte. —Reí.

Asintió con lentitud y sus labios comenzaron a curvarse.

—Y yo. —Me acompañó en la risa.

Estreché mi mano con la suya y me pasé la otra por el rostro antes de levantarnos. Inspeccioné la zona, dando por concluida la fiesta y siendo consciente del gran desastre que habíamos montado en unos minutos en el local más famoso de toda Roma.

—¿Por qué aceptas estos trabajos? —renegó, dando un salto sobre la barra para llegar al otro lado.

—Porque me pagan.

Hice lo mismo que él y dirigí mis pasos hacia una de las vitrinas que se encontraban al final del local, a oscuras, porque a simple vista parecía parte de la decoración. Le propiné un golpe con mi codo y el cristal se hizo añicos. Extraje la diminuta caja de cristal que había en su interior y la cogí entre mis manos, llenas de heridas y sangre.

—¿Qué coño es eso?

La miré con detenimiento.

—No lo sé. Y tampoco me importa.

Un silencio se creó entre nosotros. Llevaba sin verlo un par de meses, ya que había tenido algunos trabajos en los que no había requerido su ayuda. Habían pasado ya siete meses, durante los cuales mi vida había sido un infierno. Y seguiría siéndolo hasta que no diese con el paradero de Micaela, quien había desaparecido de la faz de la Tierra.

Poco tiempo después de marcharme de Nueva York, acabé con la persona que se había dedicado hasta el momento a darme caza, la misma que había reventado su propio club por los aires y a la que solo tardé un mes en capturar. Durante las semanas siguientes, no hubo ningún altercado más por parte de quienes, de una manera u otra, habían asesinado bajo mis órdenes, y me di cuenta de que sin Micaela no podía seguir respirando. Así que, sin peligro, volví como un puto loco a por ella, dándome de bruces con la realidad cuando llegué al piso que teníamos en Nueva York.

Ya no estaba.

Ni ella ni sus cosas ni su simple perfume.

Nada.

Imaginaba a cada segundo el ansiado momento en el que me encontraría con ella de nuevo tras la puerta de nuestra casa, y sentía los nervios en estado puro al pensar en su reacción y en la mía. Pero el gran dolor que experimenté al ver que había desaparecido no tenía nada que ver con lo que apuñalaba mi pecho cada segundo del día.

—¿Sabes algo de ella? —le pregunté sin más.

Tiziano me miró con recelo y negó con la cabeza. Sabía que estaba mintiéndome. Micaela y él se llevaban muy bien como para no saber dónde se encontraba. Y lo que más me cabreaba era pensar en los contactos que habría podido usar para que ni Riley fuera capaz de localizarla. La primera vez que vi a Tiziano, poco después de irme, le pregunté por ella, sin embargo, se negó en rotundo a soltar una simple palabra acerca de su paradero. Pensé en torturarlo hasta que hablase,

pero Riley aplacó mis instintos más feroces cuando entendí que, aunque lo fustigase durante toda una vida, su lealtad era tan acérrima a Micaela que ni muerto hablaría.

—Y si lo supiera, ten por seguro que no te lo diría.

»Las mismas palabras de siempre ,«pensé .Era lo único que me decía cada vez que intentaba de una forma u otra que me diese una mínima pista.

—Tiziano... —Mi tono salió desesperado, pero no me importó.

Juro que estaba en un punto en el que si tenía que ponerme de rodillas, lo haría ante cualquiera con tal de volver a verla.

—Tú decidiste dejarla, Jack. Ahora no vuelvas a joderle la vida.

—Solo quiero que me escuche.

—Y si después de eso no quiere volver a saber nada de ti, ¿te irás?, ¿la dejarás en paz? — ironizó—. Si ella ha rehecho su vida, si tiene otra vida, otra en la que tú no estás —me señaló con el dedo—, ¿te irás, Jack?

—No —sentencié.

Rio al escuchar mi tono firme, y supe que estaba perdiendo el tiempo, pues no me diría ni una palabra. Lo llamé, a sabiendas de que dispondría de todo el material que necesitaba para este trabajo en Roma, y también supe que vendría al momento, al igual que, por muy mal que me sentara, tenía claro que no le diría nada a Micaela sobre mi visita ni sobre las veces que nos habíamos visto.

Dolor.

Eso era lo único que sentía a todas horas. Sí, es penoso alejarte de la persona que más amas, aun sabiendo que lo hiciste por su propio bien, por proteger su vida. Pero eso no quita que te sientas el hombre más miserable del planeta, teniendo en cuenta que, seguramente, la persona por la que respiras día tras día quizá haya sufrido igual o más que tú .Y esa era la gran losa que llevaba auestas todos los días, ese era mi infierno particular, del que no podía escapar y del que no conseguía salir por más que lo intentase.

—Venga, te invito a una buena copa. Eso sí —me apuntó con el dedo de nuevo—, no quiero hablar de mujeres.

Asentí con una sonrisa en los labios. Había echado de menos su humor. Se dirigió hacia la barra, donde se sirvió como si estuviese en su casa, mirando con el entrecejo fruncido las botellas que seguían vivas. Paseó su mano en el aire de una punta a otra hasta que dio con una, y entonces sonrió como un jodido demente. Así era Tiziano, y eso no lo cambiaría nadie.

—¿Te da igual que sea ron? —me preguntó sin apartar la vista de las demás.

»Ron...«

Todo, todo, absolutamente todo, me recordaba a ella: el ron, que era su bebida favorita; los putos cuadros pintados a mano, que parecía que me perseguían allá donde iba; las mujeres que se cruzaban en mi camino, que me hacían acordarme sin poder evitarlo, hasta que descubría al girarlas en mitad de la calle que no eran ella. Ninguna era ella. Por las noches, me colocaba en el lado en el que acostumbraba a dormir e imaginaba que estaba junto a mí como cada mañana, pero el frío invadía cada uno de mis sentidos y me veía de madrugada palpando una cama vacía, desértica y sin un halo de calor que me indicara que estaba allí. A veces deseaba dejar de respirar, no volver a levantarme ni una mañana más, para que, de esa manera, los sueños que tenía cuando conseguía dormir algunas horas seguidas se hicieran realidad.

—Sí —le respondí escueto.

Pasé mi mano por el taburete, quitando los pequeños cristales que había, y Tiziano hizo lo

mismo en la barra antes de servir las copas. Le dio un sorbo a la suya y me observó desde su posición. El tiempo, aunque corto, no lo había cambiado en nada. Seguía con su habitual gesto de chulería, con su camisa bien puesta, remangada ahora hasta los codos, y varios botones abiertos en la parte superior, dejando lucir parte de las horas invertidas en el gimnasio.

—¿Sabes algo de tu hermana?

Lo miré a través de mis pestañas cuando me preguntó por Adara. Todavía no estaba acostumbrado a llamarla «hermana», y me reprimí a mí mismo cuando me di cuenta de que llevaba el mismo tiempo sin saber nada de ellas. Ni siquiera había sido capaz de llamarlas, y eso que en algunas ocasiones lo pensé. Había encontrado a mi familia, a la de sangre, pero en mi interior tenía claro que el dolor de Micaela habría sido más grande si lo hubiese hecho. Mientras buscaba como un loco a la mujer de mi vida, Riley se presentó por su cuenta en la casa de Agneta, mi madre, y verificó que Micaela no se encontraba con ellas y que tampoco sabían nada sobre su paradero; algo sumamente extraño que nos encargamos de confirmar. Y, en efecto, no nos mentían. Pero eso no quitaba que siguiese sin tener sentido.

—No la he visto desde que vine de Atenas. ¿No habíamos dicho que no hablaríamos de mujeres? —Arrugué el entrecejo.

Tiziano sonrió y alzó su vaso al techo, para después juntarlo con el mío en un brindis, ignorando así mi pregunta. No tenía ni idea de qué habría podido pasar entre Tiziano y Adara, pero estaba claro que algo se le escapaba de las manos al italiano. Y era un sentimiento muy parecido al que yo tuve cuando conocí a Micaela, aunque él nunca lo reconocería.

—Bueno, y, cuéntame, ¿qué ha sido de tu vida en este tiempo que no nos hemos visto?

—Trabajos y casa —le respondí, contemplándolo.

—Un resumen muy breve. —Asintió.

—¿Y tú?

Agarré mi vaso con ambas manos y le di otro sorbo al ron. Ese detalle lo pasé por alto, el de beber, beber hasta que caía casi en coma. Y no podía echarle la culpa a nada ni a nadie, puesto que si lo hacía era porque quería, a sabiendas de que la bebida no me traería nada bueno. Era la única manera de sentirla un poco más cerca y quizá de mitigar el punzante dolor que no cesaba.

—He tenido unos cuantos problemas con otros narcos, pero, a fin de cuentas, los he solucionado, ya me conoces. —Rio—. He pensado en dejar el negocio y dedicarme a otra cosa.

Su último comentario me paralizó. Lo contemplé fijamente mientras movía su vaso entre las manos y hacía una mueca con los labios.

—¿Tú a otra cosa? —ironicé.

—Sí, no me mires así. No sé, tomarme un tiempo sabático. Estoy cansado de los niños que se piensan que pueden controlar el mundo, y a mí ya me coge mayor.

Reí por su comentario sin poder evitarlo.

—Tiziano, tienes poder para aplastarlos como a hormigas. No me vengas con cuentos.

—¿A ti no te aburre matar? —Me observó extraño.

—No —le contesté con sinceridad.

—Eres un puto loco.

—Es mi trabajo, y me gusta. ¿Sería mejor persona si fuese un policía corrupto?

Hizo una mueca de asco.

—No me nombres a la poli... Y no, no te haría mejor persona, aunque también dependería de si quisieras serlo.

—No me interesa, gracias —añadí con sarcasmo.

Apoyó sus brazos en la barra y sacó su habitual navaja de uno de los bolsillos de su pantalón. La movió con agilidad sobre sus dedos y lo contemplé durante un rato. Realmente, era un caso perdido, y él sí que estaba loco.

—¿Sabes? Creo que si te permites un tiempo sabático, podrías venir conmigo.

—Quieres utilizarme como baza —murmuró, alzando la vista. Negué con la cabeza, indicándole que ese no era mi pensamiento principal—. ¿A quién quieres engañar, Jack? —volvió al ataque con su pregunta.

—Esta vez te equivocas. Pero debo decirte que, de momento, el suicidio no entra dentro de mis planes, así que, a no ser que me maten antes, pienso recuperar lo que es mío.

Me observó con fijación mientras asentía con lentitud. Selló sus labios en una fina línea y movió su rostro, hasta que suspiró y levantó su copa.

—En ese caso, espero que tengas suerte, amigo. Vas a necesitarla.

Durante un rato, estuvimos hablando de temas banales sin que ciertas «mujeres» intervinieran en ellos, y tampoco hizo amago de volver a preguntarme acerca de Adara. Sabía que sospechaba algo, pero no tenía claro el qué.

Antes de subir a mi coche, me detuvo sosteniéndome del codo.

—No tardes demasiado en dejarte ver.

Asentí sin quitarle los ojos de encima.

—Espero que la próxima vez me digas algo más que esto —añadí.

—Y yo espero que hayas conseguido valerte por ti mismo. Sabes que no puedo ayudarte. —Le fastidió decir esto último—. Por mucho que quiera hacerlo.

Le di un golpe en la espalda en señal de agradecimiento. La lealtad era una de las cosas más difíciles de tener en esta vida, y él estaba demostrándomela con creces, aunque eso conllevara el sufrimiento de dos personas. Y sabía que en el fondo solo estaba protegiéndola, por lo que no podía echarle nada en cara.

—Nos vemos, Tiziano.

Abrí la puerta del coche. Antes de entrar, lo escuché decir:

—Cúidate, Jack.

Lo observé durante unos minutos, parado en mitad de la carretera y sin quitarme los ojos de encima, y supe que estaba barajando la posibilidad de hablar o no conmigo, pero su gesto se torció en una mueca de disgusto y se giró para encaminarse hacia su vehículo. Sabía que estaba pasándolo mal por mi culpa, y me arrepentía por ello, pero era la única persona que tenía al alcance que no quería matarme, y la única también que entendió mis motivos sin recriminarme nada; aunque bien era cierto que esa oportunidad no se la había dado a Arcadiy. Y era consciente de que los puñetazos volarían por doquier el día que nos cruzásemos.

Un rato después llegué al hotel, en pleno corazón de Roma. Al entrar, la recepcionista me observó lasciva, igual que lo había hecho el día anterior. Bien era cierto que no había buscado la manera de olvidarme de Micaela, de la forma que fuese, porque sabía que, por mucho que me esforzase, no tendría el éxito deseado. Estaba claro que mi corazón solo pensaba en una persona, y mi cuerpo también la reclamaba.

Cuando entré en el pasillo de la segunda planta, vi que había algo extraño en la puerta. Se encontraba entornada y no cerrada, como la había dejado; de eso estaba más que seguro. Sujeté mi pistola en la mano derecha. Al abrir con cautela, tal y como había supuesto, alguien había estado dentro. Avancé con cuidado, cerciorándome de que no había nadie en el interior, y atisbé un papel sobre la cama que llamó mi atención. Lo cogí después de cerrar la puerta y leí:

A las doce de la mañana te espero en el 68 de la Vía Nicola Salvi, frente al Coliseo.
Te reconoceré. Y tú a mí.

Depositó la nota sobre la cama y contempló la blanquecina pared que tenía delante. Estaba escrita a mano, pero no conocía la letra. ¿Quién quería verme? Y, sobre todo, ¿quién cojones sabía que me encontraba en Roma? Me giré como un vendaval, encendí mi portátil tan rápido como me daban los dedos para pulsar la contraseña e inicié una videollamada. Pocos segundos después, un Riley medio dormido apareció tras la pantalla.

—¿El mundo está acabándose? —renegó.

—Alguien ha estado en mi habitación.

—¿Ya estás buscándote diversión para la noche? —Sonrió con chulería.

—¡¡Riley!! —lo amonesté enfadado al mismo tiempo que levantaba la nota para enseñársela por la cámara.

—¿Eso es una amenaza? —Alzó una ceja.

—No tiene pinta. —Puse los ojos en blanco—. Está citándome para mañana. ¡Por Dios, lee!

Se restregó los ojos durante lo que me pareció una eternidad, y solo ese gesto me desesperó. Últimamente, todo lo hacía.

—¿Tienes idea de quién puede ser? —Negué con la cabeza, confuso—. ¿Vas a ir? —volvió a preguntar.

—Sí.

—¿Y si es una encerrona?

No podía ser nadie del círculo en el que me movía. Mi paradero seguía siendo la cárcel de Brasil ante los ojos de todos mis antiguos enemigos. Pero alguien sabía que no era así, y estaba dispuesto a averiguarlo.

—Te mantendré informado. Si en una hora después de la cita no he dado señales de vida, recoge tus cosas y cambia de destino.

—Jack...

Lo corté con un gesto de mi mano. No iba a dejar que me convenciera de no hacerlo. Mi cabezonería ya no me lo permitiría.

—¿Has averiguado algo?

Negó con la cabeza al saber que me refería a Micaela.

—Eiren ha estado investigando por sus propios medios y con sus contactos. Ya sabes que conoce a mucha gente que podría encontrarla, pero no ha habido suerte.

—¿Le has comentado algo? —le pregunté tras soltar un suspiro.

—No. Como siempre, no sabe para qué es.

—Bien. Hablamos mañana.

Corté la conexión sin darle tiempo a continuar cuando iba a pronunciar algo. Cerré la pantalla, coloqué ambos codos en la madera del escritorio y sujeté mi cabeza entre mis manos. Me froté las sienes repetidas veces y volví a exhalar un fuerte suspiro que me desesperó.

—¿Dónde estás, Micaela?... —murmuré.

Mis ojos se desviaron hacia la esquina de la mesa y agarré la botella de *whisky* sin pensármelo dos veces.

Esa noche caería entera.

2

Un trato

A la hora indicada, llegué al Coliseo de Roma, no sin haber vigilado mi espalda examinando a cada persona que pasaba por mi lado. Me aproximaba al número señalado en la nota, la cual guardaba en el bolsillo de mi pantalón, y pensé en quién demonios sería la persona en cuestión. Una punzada de esperanza pasó por mi pecho al creer que quizá podría ser ella o Ryan, o incluso Arcadiy. Pero todo eso se esfumó como el aire cuando supe que si en siete meses no había dado señales de vida ni me había buscado, no iba a hacerlo ahora.

Sumido en mis pensamientos, tropecé con alguien, lo que hizo que dicha persona —en este caso, una despampanante mujer— cayera al suelo de rodillas, ocasionando que el contenido de su bolso se desparramara en mitad de la carretera. Me agaché con rapidez para ayudarla, momento en el que clavó sus ojos en mí de manera intensa y lujuriosa.

—No te había visto. —Me disculpé escueto.

—No pasa nada.

Alargó su mano para recoger los objetos que habían quedado esparcidos y me permití observarla durante un momento mientras la ayudaba. Larga melena rubia, peinada de tal forma que ni un cabello se extraviaba de aquel montón de pelo lacio, ojos azules y, sin duda, un cuerpo de infarto. Comprobé sus pertenencias, pocas a mi parecer, ya que el bolso estaba vacío y todo se encontraba en la carretera. Me sorprendí al darme cuenta de la lentitud con la que introducía las cosas en él. Cuando terminó, se levantó y se quedó frente a mí.

—Gracias por la ayuda.

Me miró sin titubear, gesto que no me pasó desapercibido. Desvié mi vista lo suficiente como para observar otro punto de la carretera, y cerca de una cafetería con los toldos blancos, algo —o, mejor dicho, alguien— llamó mi atención. Volví a contemplar a la chica, que permanecía con los labios sellados mientras me repasaba un par de veces sin dejarse ni un centímetro. Mudo, asentí, y pasé por su lado para marcharme, aunque detuve mi paso cuando la escuché decir:

—Te invito a tomar algo. —Se mantuvo callada un segundo, durante el cual no la miré—. Por las molestias —continuó como si nada.

Me volví con lentitud y clavé mi mirada en ella de manera intensa. Era atractiva. Demasiado.

—Para ser una mujer tan... —hice una mueca con mis labios— perfecta, llevas muy pocas cosas en ese trasto, ¿no? —Arqueé una ceja con ironía.

Sonrió de medio lado, haciéndose la remolona, y dio un paso hacia mí.

—Tengo muchas más cosas en mi casa. Si quieres, te las enseño —murmuró sensual.

Cazada.

Eran muchos años ya a mis espaldas en los que había aprendido a identificar los gestos. Una

mujer tan sumamente cuidada era imposible que no llevase un simple pintalabios en el bolso. Y si me apuraba, a las doce de la mañana, en pleno Coliseo, la gente que pasaba por allí eran más turistas que residentes, por lo tanto, no iban tan arreglados, sino que sus ropas eran mucho más cómodas que el vestido ajustado que llevaba aquella mujer. Pero no conforme con esos pequeños detalles, lo que más confirmó mis sospechas fue su gesto al acercarse a mí de manera insinuante y peligrosa, retorciendo aquel mechón de pelo entre sus dedos mientras sus ojos se desviaban hacia abajo para evitar el contacto con los míos, que la observaban desafiantes.

Di un paso más, pegando mi cuerpo al suyo, notando su pecho junto a mi estómago, y agaché la mirada un poco. Tenía una buena estatura para contemplarla.

—¿Y qué tal si me dices quién está esperándome? —murmuré en el mismo tono, cerca de su oído.

Pude notar cómo se estremecía ante el contacto de mi aliento en su oreja, y escuché su saliva bajar por su garganta cuando, de nuevo, una sonrisa comenzó a asomar en sus labios. Volví mi vista a la reja de hierro que había al lado de la cafetería y, en cuanto las personas que pasaban como caballos desbocados por la acera se apartaron, lo vi.

—Pero, si lo hago, ¿después vendrás? —susurró provocativa.

Me despegué lo justo para observarla con fijeza. No tenía tiempo para tonterías, así que acentué un gesto temerario que poco le importó, y fui consciente de que me apuntaba con una pequeña pistola en el vientre.

—Si no lo hago, ¿me dispararás? —le vacilé.

—Mmm.. Sería un desperdicio, nos lo pasaríamos bien. ¿Tienes miedo? —Sonrió ampliamente.

—Baja la pistola, rubia, o quizá la que deba tener miedo seas tú —la amenacé.

Se aproximó a mi cuello y, rozando con la punta de su nariz la línea de mi mandíbula, fue subiendo hasta que llegó a mi oído, donde musitó:

—Camina.

Agarró mi brazo como si fuésemos una pareja más entre la multitud y me obligó a cruzar la calle en dirección al hombre que se encontraba aún en el mismo lugar, quien abrió la reja para introducirse en el interior. Pasamos por un callejón antiguo y mis ojos siguieron la silueta que se perdía dentro de una vivienda casi abandonada, donde dejó la entrada principal abierta.

—¿También te lo follas a él? —le espeté con sarcasmo.

—Mmm..., puede. ¿Celoso? —ronroneó.

—No puedo estar celoso de alguien a quien no conozco —le contesté con desdén.

Apretó su brazo junto al mío. Noté que la mano que tenía en mi espalda subía y bajaba con peligrosidad hacia la cinturilla de mi pantalón. La miré, y ella sonrió lasciva.

—Si quieres, también puedo follarte a ti. Estoy segura de que no lo olvidarás en tu vida.

—Lo dudo —me jacté, seguro de mí mismo.

Nadie —y cuando digo nadie, es nadie— podría reemplazar a la salvaje de Micaela. Ese pensamiento me hizo sonreír, gesto del que ella no perdió detalle.

—Por lo que veo, otra ocupa tu mente.

—Chica lista.

—Yo puedo hacer que la olvides —volvió a la carga.

La miré con la seguridad que siempre me definía y pronuncié:

—Antes de eso, acabarías con un tiro entre ceja y ceja.

Una carcajada salió de su garganta justo cuando cruzábamos la desgastada puerta, y un interior

desastroso y viejo me recibió. Pude ver una silla en mitad de lo que parecía un salón, y al instante supe que era para mí.

No me equivoqué.

—Deja la pistola en el suelo —me ordenó, esa vez con voz firme.

Metí mis manos por detrás de mi chaqueta, la saqué y la tiré. Seguidamente, ató mis manos a mi espalda con unas esposas para que no pudiera moverme. Alcé una ceja, y ella me contempló con la misma picardía que antes.

—No creas que vas a tenerlo tan fácil por ponerme unas esposas.

Se acercó a mi oído de nuevo y murmuró:

—Ya lo veremos...

La sala estaba a oscuras. Avancé debido a los empujones que la rubia me propinaba, consiguiendo a duras penas mover mi cuerpo, hasta que cedí en mis propios pasos y llegué al centro, sentándome a continuación en la silla. La observé desde mi posición, no sin buscar a la persona que había visto entrar segundos antes, pero no la encontré. Se sentó sobre mis piernas, entrelazando sus manos alrededor de mi cuello. Sin embargo, mis sentidos no estaban puestos en aquella despampanante rubia que deseaba que me la follara contra la primera pared de la casa, sino en la sombra que se acercaba por mi derecha de forma intimidante.

—Tú —bufé con ironía, aunque continué mirándola a ella.

—El mismo. —Extendió sus brazos en cruz—. Anda, siéntate —ironizó—. Ah, no, que ya estás sentado.

Palmeó sus manos en el aire, momento en el que mis ojos se desviaron hacia él mientras la rubia sonreía.

—Veo que ya conoces a Noa.

—No. No la conozco.

Mis ojos siguieron clavados en él. Entretanto, la tal Noa no paraba de sobarme, cosa que estaba empezando a desquiciarme. Volví mis ojos hacia ella, advirtiéndola claramente en cuanto posó sus manos sobre mi entrepierna.

—Yo de ti quitaría las manos de ahí si no quieres arrepentirte cuando me levante —la amenacé con tono duro.

Soltó una fuerte carcajada.

—Quizá el que acabe arrepintiéndose seas tú, quién sabe... Y no me subestimes.

—¿Por qué no te dejas de tonterías y me sueltas las muñecas? —le sugerí con sarcasmo al hombre, quien se colocó a mi lado.

—¿Es que no eres capaz de quitártelas tú solo? —me retó.

Reí ante su comentario. Estaba claro que no sabía con quién cojones estaba tratando.

—¿Qué coño quieres? —le espeté de malas formas.

—Hacer negocios contigo. Ya sé que se te dan bastante bien. Como la bebida. —Señaló varias botellas que había rotas en el suelo—. Veo que las cosas no te han ido como esperabas.

—No creo que te importe una mierda si me han ido bien o no. ¿Qué quieres, Aarón?

Noa se levantó con parsimonia y se alejó unos pocos pasos, momento que Aarón aprovechó para situarse delante de mí y ponerse en cuclillas. Le hizo un gesto a ella para que se marchase, quien obedeció a regañadientes al segundo. Cuando la puerta se cerró, lo miré con mala cara, a la espera. Podría haberlo tumbado si me lo hubiese propuesto con un simple cruce de mis piernas, pero esperé paciente a saber qué tipo de negocio podría requerir un poli de mierda como él.

—Necesito a alguien como tú. Y he pensado que la mejor opción que tenía era un asesino a

sueldo con peso.

—No pienso hacer nada que te beneficie —le aseguré tajante.

Rio con amargura, negando con la cabeza varias veces, gesto que me desesperó a partes iguales, pues no entendía cómo había dado conmigo ni la necesidad que tenía de que fuera yo quien ocupara el puesto que tanto buscaba, según había mencionado.

—¿Alguna vez te han dicho que nunca digas de esta agua no beberé? —citó con chulería.

—Muchas. Sin embargo, en este caso, lo digo. ¿Ahora eres un espía?, ¿y encima corrupto? Veo que vas mejorando —ironicé.

—No te equivoques. Todavía no has escuchado parte de mi trato.

—Ni me interesa —escupí.

Negó con la cabeza al mismo tiempo que una sonrisa se instalaba en sus labios de manera permanente; una sonrisa que ansiaba borrar de un solo puñetazo. En ese instante, me arrepentí de no haberlo matado hacía tiempo.

—Tengo entendido que andas buscando algo... —me miró a través de sus pestañas—, o a alguien.

Presté atención a cada gesto sin poder evitarlo. Sus ojos se agrandaron al ver mi interés, pues sabía que si ese «alguien» tenía nombre de mujer, me pondría del bando necesario, aunque eso significase ir contra mis normas o mi moral.

—Y, según tú, ¿a quién?

Hastiado, soltó un suspiro, acompañado de un ademán altanero. La balanza estaba más que posicionada a su favor, y lo sabía.

—¿Dónde está Micaela, Jack? No la veo contigo.

Apreté mi mandíbula con fuerza, tratando de evitar que mi gesto me delatase, y aunque sabía que no tenía nada que hacer, me jugué la última carta:

—A buen recaudo, como siempre. ¿Para qué necesitas saber dónde está? —le pregunté como si nada.

Rio.

—Pensaba que se te daría mejor mentir, pero ya veo que no.

—Entonces, si tú eres tan listo, ¿a qué estás esperando?

Antes de contestarme, esa persistente sonrisa volvió a su boca, marcando todas y cada una de sus facciones:

—Yo tengo toda la información que necesitas, y también es una parte fundamental en mi proposición, puesto que la necesito a ella. ¿Qué me dices, Jack? ¿Hay trato o no? —Sonrió con saña.

Maldito hijo de puta...

Siete meses

Micaela Bravo

»Siete meses... Siete meses de mierda».

Eso era exactamente lo que llevaba pensando todo ese tiempo, todos los putos días. Caminé por las calles de Londres tratando de no golpearme cada dos por tres con las personas que caminaban aceleradas hacia sus trabajos o a saber dónde, aunque tampoco me importaba. Las prisas en esa ciudad eran horribles, y cada día me arrepentía más de haberme ido de Barcelona sin mirar atrás.

Moví mis pies con rapidez hasta que llegué a la cafetería en la que había quedado con Vanessa, mi antigua psicóloga de Barcelona, que venía a quedarse unos días de vacaciones, y miré a ambos lados en busca de la cabellera morena que no conseguía localizar.

—¡Ey!

Escuché su voz cuando tocó mi espalda, y me giré con tal brusquedad y mala cara que casi me di de bruces con ella. Últimamente estaba al asalto, y era algo que no podía remediar.

—Vaya, perdona —se disculpó—. Eh, eh, tranquila, soy yo.

Suspiré, asintiendo, mientras movía mis hombros con delicadeza, hasta que la enfoqué, dándome cuenta de que de verdad era Vanessa. Llevaba hablando con ella por teléfono más o menos el tiempo que hacía que Jack había desaparecido de la noche a la mañana. Y me sorprendió la alegría por su parte al llevar casi un año sin saber nada de mí cuando recibió aquella primera llamada. Hacíamos las consultas por Skype, o simplemente por teléfono; según Ryan, para que me desahogara con alguien que no fuese solo con él. Al pobre lo llevaba por el camino de la amargura y lo arrastraba al pozo negro del que no pretendía salir, y también tenía que incluir en esa lista a mi hermano, a Tiziano y Adara, quienes, aunque no hablase lo mismo con ellos que con Ryan, se preocupaban de manera constante por mí.

—No te esperaba —justifiqué mi reacción.

Me estrechó entre sus brazos y la imité con desgana, como habitualmente hacía todo. Al separarse, colocó un mechón de mi pelo detrás de mi oreja y sonrió con alegría. Sin embargo, ese gesto no llegó a iluminar mis ojos.

Como cuando él estaba a mi lado.

—¿Pasamos? —me preguntó con una sonrisa a la que no correspondí. Extendió la mano hacia la

cafetería para invitarme a entrar.

Recordaba aquel día como si hubiese sido ayer, tanto la desesperación que sentí al despertar de golpe en mitad de la madrugada como el frío que invadió mi cuerpo. Busqué por todo el piso, lo llamé hasta que mi tono fue apagándose al sentir aquella punzada de dolor que me indicaba que nada bueno estaba sucediendo, y no lo encontré. Sus cosas seguían en el mismo sitio, todo estaba tal y como lo habíamos dejado la noche anterior, a excepción de él, que parecía habérselo tragado la tierra.

Corrí desesperada por las calles de Nueva York, en medio de una lluvia que parecía enfadada conmigo, buscando una aguja en un pajar. Y, al final, regresé sobre mis pasos, sin encontrar ni rastro de Jack, calada hasta los huesos y arrastrando mis pies hacia el interior de la casa. Llamé a todas las personas que, probablemente, pudieran saber de su paradero, pero no tuve la suerte que esperaba. Intenté hablar con Riley, sin embargo, su teléfono estaba apagado, igual que el de Jack. Y, por último, para mi sorpresa, mi hermano llegó ese mismo día. «Se ha ido». Esas fueron las únicas palabras que salieron de su boca, bajo el marco de la puerta, paralizado. Me quedé petrificada, sin entender a qué se refería, hasta que un papel cayó al suelo de sus manos. Con lentitud, me agaché para recogerlo con nerviosismo, sintiendo cómo el pulso se me aceleraba. En él, la única frase escrita del puño y letra de Jack me heló la sangre, matando mis sentimientos y mi corazón.

Cuida de ella.

Por el contrario, en mi caso, no tuve ni una mísera despedida, un motivo, algo a lo que poder aferrarme desde que se marchó. El dolor que sentí pasó poco después a la rabia. Pero eso solo era por momentos. A fin de cuentas, la pena era la que se apoderaba de mi alma cada vez que su recuerdo acudía a mi mente. «¿Por qué, Jack?». Esa era la única pregunta que arrancaba los sollozos de mi garganta y conseguía asfixiarme por las noches; esas noches a las que sobreviví gracias a ellos. Con Arcadiy había conseguido crear un vínculo como el que nos merecíamos después de tanto tiempo.

Agneta, Adara y mi abuela tampoco tuvieron noticias de él, y por más que intentamos localizarlo bajo mis ataques desquiciados por encontrar una explicación, no lo conseguimos. Era inútil intentar cualquier cosa. Si se lo proponía, desaparecería, y yo no podría hacer nada para evitarlo, o a ese pensamiento me agarré cuando, finalmente, me di por vencida pocos meses después.

Siete meses.

No podía evitar contar los días en mi mente como si estuviese tachando un calendario para salir de la cárcel. No obstante, en este caso, mi penitencia era peor que todo lo demás. Me acordaba de sus besos, de sus palabras, de sus caricias, y por más que buscaba una respuesta a lo que había pasado, no la encontraba. ¿Tendría a otra persona?, ¿habría sido un engaño pese a que yo lo dejé todo por él? No daba con la respuesta en mi maldito rompecabezas a pesar de que lo intentaba, y eso estaba pasándome factura con el paso de los días.

—¿Qué tal estás? Te veo muy guapa —me comentó Vanessa con dulzura.

El camarero llegó a nuestra mesa antes de poder contestarle y pedimos un café para ella y un agua para mí. Las pocas personas que me rodeaban siempre trataban por todos los medios de desviarme de mi permanente tortura, pero era inevitable que cada paso que daba me recordase a él. Mis pesadillas, las mismas que desaparecieron de la noche a la mañana cuando Jack entró en

mi vida, volvieron con más fuerza. Pero ahora no eran cuatro hombres los que me golpeaban y abusaban de mí como si no fuese más que un trapo, sino uno solo, quien además aparecía para abandonarme a mi suerte y sin darme una mínima explicación, rompiendo mi perfecto mundo a su paso. Porque, aunque fuera imperfecto, con él a mi lado no había obstáculos, sino metas que superar, ganas de vivir, anhelos que sentir.

—Intento amoldarme a los cambios, ya sabes. —Moví mis hombros con sequedad—. Londres no es Barcelona.

Contemplé mi alrededor. No quería estar allí. Deseaba volver a mi casa, a mi sofá, a sentarme con una manta y mirar la televisión; aunque en realidad no la veía, sino que simplemente la observaba, llenándome de recuerdos vanos que nunca más volverían. Y sí, parecía una jodida loca; una jodida loca que estaba destrozada por amor.

—Pero no puedes negarme que la ciudad es genial —me comentó con euforia—. Tienes un montón de cosas para visitar. Además, Ryan se la conoce al dedillo, y estoy segura de que te la ha enseñado.

Me observó con una sonrisa amplia y yo se la devolví de manera escueta. No tenía ganas de sonreír. ¿Tan difícil era de entender? ¿Por qué no me dejaban vivir mi pena a mi manera? Una pregunta que yo misma me contestaba todos los días: porque estaba consumiéndome.

Nos dejaron las bebidas en la mesa y le di un sorbo a mi botellín de agua. Echaba de menos el alcohol, y no era consciente de cuánto. Beber hasta desmayarme era lo que necesitaba con urgencia, intentar ahogar las penas en él, aunque supiese que al día siguiente todo seguiría igual; pero, por lo menos, evadirme de mi tortura de no saber qué demonios había pasado, de dónde estaba, de algo...

—No es lo mismo —murmuré sin más.

—Veo que esta mañana no estás receptiva. —Me miró a través de sus pestañas—. Como ninguna —apostilló.

—Ves bien. No sé por qué motivo me aguantas. Ya no te pago —le recordé.

Rio ante mi comentario. Por mi parte, lo único que recibió fue un suspiro demoledor bajo unos labios sellados. Era cierto, la llamé sin más y ella no dudó. Tampoco sabía con exactitud por qué motivo lo hice, pero fue la primera persona que me vino a la cabeza tras la constante machaca por parte de Ryan, que intentaba por todos los medios que me apoyase en alguien que consiguiera calmar los nervios que tenía a diario.

—¿Has ido al médico?

Su pregunta me sacó de mis pensamientos. Negué con la cabeza. Estaba en la recta final del embarazo, y últimamente tenía las famosas contracciones de vez en cuando, aunque eso era algo normal. Pensé en marcharme a Sicilia en los días siguientes, lo más pronto posible, para que me diese tiempo a volver antes de la fecha del parto. Necesitaba la compañía de otra de las caras conocidas que no dejaba de visitarme varias veces a la semana: Tiziano; siempre y cuando Adara no estaba conmigo, porque se encontraba terminando sus estudios.

Todavía no había conseguido entablar una conversación con ella sobre el tema, pero algún día lo haría y sabría qué narices les pasaba a aquellos dos. Al principio, ella venía todos los fines de semana para quedarse conmigo y hacerme compañía, y entre las dos forjamos una fuerte amistad, que era lo único que me hacía sonreír de vez en cuando. Era tan inocente que no podía creerme que hablar con ella me beneficiara tantísimo. Hasta que, hacía unos meses, sin más, sin pedírselo, se instaló en la casa en la que vivíamos para quedarse durante un tiempo indefinido, según sus palabras.

—¿Recogiste todas tus cosas del apartamento? —me preguntó, sacándome de mis pensamientos.
—Sí.

Mis respuestas eran realmente tristes, pero es que no me encontraba en disposición siquiera de hablar, en especial aquella mañana, tras haber pasado una noche de mil demonios. Estaba agotada, todo lo que vivía día a día me asfixiaba de manera interminable, y lo único que podía hacer era preguntarme si algún día se acabaría. En Barcelona ya no quedaba nada de mí, excepto un terreno vacío que estaba vendiendo al mejor postor, y estaba segura de que poco faltaría para ello. Tenía varios interesados en adquirir aquel trozo de tierra donde estuvo el tan conocido Diamante Rojo.

—Tienes muy poquita barriga para estar de ocho meses —añadió, cambiando de tema mientras le daba un sorbo a su café.

—El médico dice que es normal, que a algunas mujeres se les nota menos y eso —murmuré con desgana.

Era verdad. Veía a muchas embarazadas con unos prominentes vientres. Sin embargo, el mío era pequeñito y redondo. Y ahora, en la recta final, era cuando empezaba a notarse de verdad, pero no tanto como a las demás. Me habían dado más explicaciones; una de ellas, que el bebé se encontraba en la cadera y eso hacía que al principio pareciese que no estaba ni embarazada. Ahora, por lo que se veía, tenía mucho espacio en el interior, y ese era otro de los motivos por los cuales no estaba como el resto.

—No hables así, debes estar feliz. En poco tiempo serás madre y tu vida cambiará muchísimo, para mejor —me animó con delicadeza.

Reí con amargura. Si con «para mejor» se refería a estar merodeando entre la mierda de mi pasado y la desesperación que algunas veces sentía, no iba bien encaminada.

Oía su conversación de fondo mientras me contaba los planes que tenía para aquellos días, pero no la escuchaba realmente, sino que era como un murmullo que se había instalado en la lejanía de mi cabeza. No me sentí mal, aunque tenía claro que no estaba siendo la mejor de las personas. Ella se preocupaba por mí y yo no le hacía ni el menor de los casos en aquel momento.

De repente, mis ojos se fueron a un hombre que entraba en la cafetería con aspecto chulesco, vestido de manera informal, con una chupa de cuero negra y unos vaqueros ajustados; un hombre que me resultó demasiado familiar, más de lo que deseaba. Cuando se giró, mi expresión cambió de golpe.

—¿Estás escuchándome? Micaela, ¿estás bien?

Noté su mano colocarse sobre la mía justo en el momento en el que los pasos de la persona en cuestión se aproximaban a mí, sin despegar sus ojos de los míos sorprendidos. Cuando llegó, Vanessa lo observó, dándole un repaso que ni en sus mejores sueños hubiese imaginado.

—¿Tienes unos minutos? —me preguntó.

Tardé en contestarle, pero lo hice cuando reaccioné:

—No —sentencié.

Me levanté de mi asiento como un vendaval, dejando una cuantiosa cantidad de dinero que cubría por dos el coste de nuestras bebidas, y miré a Vanessa antes de salir desfavorida de la cafetería.

—Llámame antes de irte.

Ella asintió sin saber a qué se debía mi prisa. Pasé por al lado de Aarón dándole un fuerte golpe en el hombro mientras sujetaba mi abrigo con fuerza sobre mi vientre. Llegué a la puerta de la cafetería, maldiciéndome por la lluvia que comenzaba a caer, y me apresuré a colocarme la prenda sobre mi cuerpo. A esas alturas, no podía permitirme el lujo de coger un resfriado a lo

grande.

—¡Micaela!

La voz de Aarón resonó en la calle cuando avanzaba a pasos agigantados para coger el primer taxi que se pusiese en mi camino, pero él apresó mi muñeca antes de que pudiera hacerlo. Siendo consciente de su escrutinio, me solté de su agarre.

—Tienes que escucharme —me pidió.

—No, Aarón. No tengo que escuchar nada. Ya te dejé claro lo que pasaría si volvías a interponerte en mi camino. No hagas que tenga que repetírtelo, porque no lo haré —le advertí inflexible.

—Esto te interesará.

Le lancé una mirada temeraria y después me giré para continuar con mi paso. No quería escucharlo, como tampoco saber cómo o qué hacía allí. Desde mi llegada a Londres, no había tenido ningún altercado, y mucho menos había coincidido con personas a las que ya recordaba como mi pasado.

—Puedo llevarte hasta Vadím Ivanok.

Detuve mis pies en seco. Llevaba cinco meses tratando de dar con su paradero, puesto que pensaba plantarle cara en cuanto diese a luz, pero me fue imposible, ya que había desaparecido como el humo. Giré mi rostro, despacio, y lo observé de soslayo, viendo que se colocaba a mi lado y que ponía el paraguas sobre mi cabeza, lo que ocasionó que terminásemos más juntos de lo que esperaba. Me contempló desde su posición con un brillo especial en los ojos, y después repasó mi cuerpo de pies a cabeza.

—Estás distinta —murmuró con una triste sonrisa.

—¿Por qué quieres ayudarme a asesinar a alguien? Tú no eres así. —Pronuncié mis últimas palabras con ironía, sin despegar mis ojos de los suyos.

—Ven mañana a las siete a esta dirección —me entregó un papel— y te lo contaré todo.

Siguió sin apartar sus ojos de mí, y contemplé el papel entre mis dedos con desconfianza.

—¿Y si no voy? ¿Vas a intentar meterme en la cárcel? —Sonreí con chulería.

Su respuesta tardó en llegar. Obviamente, sabía que lo tenía pillado por los huevos. Pero era cierto que Aarón nunca se rendía, y a la vista estaba.

—¿Eso es lo que quieres? —me preguntó, acercándose a mí de manera intimidatoria.

—Ahora mismo no me viene bien. No hagas que me arrepienta de no haberte pegado un tiro. —Chasqué la lengua.

Río, y seguí sin entender su postura después de la deslealtad que le mostré la última vez que nos vimos. Algo muy importante tendría que querer de mí cuando estaba bajándose los pantalones de esa forma.

—¿Cuento contigo?

Le lancé una mirada altanera y continúe con mi paso, sabiendo que sus ojos se clavaban en mí con fijación, hasta que doblé la esquina y desaparecí entre la multitud. Unas calles después, paré un taxi que me llevó hasta la casa en la que actualmente vivíamos.

—¡Ya estás aquí! —se sorprendió Arcadiy—. ¿Cómo ha ido ese café?

Dejé el abrigo sobre el reposacabezas del sofá y me encaminé hasta la cocina, donde mi hermano se movía con soltura preparando comida, ataviado con unos simples pantalones de deporte que marcaban más de lo normal y con su pecho descubierto, únicamente tapado por el delantal. Apoyé mis manos en la pequeña barra que separaba el salón del otro espacio y suspiré. Arcadiy se giró y enarcó una ceja.

—Estás muy *sexy* con el delantal. ¿Es que no tienes frío? ¡Estamos en pleno diciembre!

—¿Y esa cara? —Ignoró mi comentario—. ¿No me digas que Vanessa no ha ido?

—Sí, sí ha venido. La que se ha ido he sido yo. —Tamborileé mis dedos sobre la encimera.

Se acercó con andares confiados, deshaciéndose del horripilante delantal que tapaba su musculoso pecho, y se colocó a mi lado sin quitarme los ojos de encima.

—Explícame eso —me pidió, moviendo sus dedos en mi dirección.

—Estando en la cafetería, me he encontrado con Aarón. Bueno, más bien ha sido él quien me ha buscado, para qué vamos a engañarnos.

Arrugó el entrecejo, momento en el que le pasé por encima de la barra el papel que me había entregado, dejando a la vista la dirección escrita, la cual se encontraba a cuatro calles de donde estábamos nosotros. Volvió sus ojos hacia mí con cierta confusión y le conté lo que me había dicho.

—¿Vas a ir?

Sonreí.

—Nunca hay que desaprovechar las oportunidades. Además, quiero saber qué va a ofrecerme. Ya me ha quedado claro que Aarón no hace nada sin pedir algo a cambio.

—¿Y si es una trampa?

—Entonces, lo mataré.

4

Tú

—Yo no me moveré de la puerta —sentenció Ryan.

—Y yo creo que no deberíamos —lo apoyó mi hermano.

Cargué la pistola que acababa de coger del cajón de mi mesita y me la coloqué detrás de la espalda, tapándola con el abrigo. Entretanto, observaba cómo ambos se enzarzaban en una negativa que yo pensaba ignorar. Adara permaneció en silencio en el otro extremo del salón, pero no me quitaba los ojos de encima mientras se tocaba la barbilla con nerviosismo.

—No deberías ir. Ese soplapollas no me gusta. ¿A santo de qué quiere algo de ti ahora? ¿Después de tanto tiempo? —me preguntó Ryan con un humor de perros.

—No lo sé —pasé la correa de mi abrigo por mi cintura, viendo que no me ataba—, por eso voy a ir. ¿Qué le pasa a esto? —Resoplé.

—Espera, que te ayudo.

Las manos de Arcadiy se colocaron en la parte trasera, abriendo la correa para que diera un poco más de sí, pero ni con esas conseguí cerrarlo. Sí, me reafirmé en mi decisión antes de ponerme aquel abrigo. Tendría que haber cogido el mismo que llevaba el día anterior, puesto que ese me quedaba perfecto, pero no podía perder más tiempo en ir a buscarlo a mi dormitorio.

—Vale, déjalo, me pondré este aunque me quede grande.

Cogí con rapidez otro de los abrigos que teníamos en el perchero, escuchando de fondo a Ryan:

—Sigo diciendo que es mejor que te quedes aquí. Yo iré por ti —se ofreció.

Puse los ojos en blanco y abrí la puerta de la calle, donde una ráfaga de aire congelado se estrelló contra mi rostro, haciendo que me estremeciera.

—Joder... —murmuré.

No soportaba el frío. Bueno, a decir verdad, por aquel entonces no soportaba ni que me respiraran cerca. Mi humor se había agriado de tal manera que no había quien me aguantara, y era plenamente consciente de ello.

Colocándose una bufanda en el cuello, Arcadiy salió después de mí. Ryan iba detrás, con su habitual bravuconería y con una simple sudadera que apenas le quitaba el frío. Lo miré horrorizada, pero evité hacer comentario alguno al respecto, dado que seguía renegando sin parar.

Y le dio igual el gesto que le hizo mi hermano con los ojos, puesto que continuó como si no hubiera visto nada.

Antes de salir, escuché la dulce voz de Adara:

—Micaela... —me miró con cautela, acercándose a mí—, ten cuidado. —Posó una de sus pequeñas manos en mi vientre—. Tened cuidado —recalcó, mirando mi barriga.

Asentí con firmeza. Pude apreciar la preocupación que destellaban sus ojos al ser consciente de que nada me haría cambiar de opinión.

Cinco minutos después, Arcadiy aparcó el coche frente a un edificio antiguo y suspiró al ver el lugar. Negó con la cabeza varias veces, y soltó otro bufido más grande que el anterior al pensar, supuse, en el gran error que estaban cometiendo al dejarme acudir sola.

—Vaya, encima ha escogido el lugar más tétrico que había en todo Londres. Como te pase algo... —Me señaló con el dedo.

—Ryan, tu humor es peor que el mío. Relájate —le pedí, gruñendo.

—Qué ganas tengo de irme mañana a Sicilia —murmuró rabioso Arcadiy.

—¿Nos vamos mañana? —me sorprendí.

—Sí. Me ha llamado Tiziano hace una hora. Ya está allí.

Suspiré, agradecida por los cambios, y me planteé no demorar mucho la reunión para preparar la maleta y que las horas pasaran lo más rápido posible. Abrí la puerta cuando comenzaba a llover y escuché de nuevo a mi gruñón particular:

—Y encima sin paraguas. Es que no deberías ir...

Tuve que sonreír con desgana. Toqué mi arma con soberbia bajo su atenta mirada, que se mostraba enfurecida por no hacerle caso. Encaminé mis pasos con rapidez hasta el portal viejo y desgastado que estaba al cruzar la calle del tenebroso callejón y empujé la puerta, la cual, para mi sorpresa, se encontraba abierta. Saqué el papel de mi bolsillo y subí las escaleras con rapidez hasta que llegué a la segunda planta, no sin esfuerzo. Me quedé en el rellano, contemplando las cuatro puertas rojizas que había. Y, ahora..., ¿cuál era?

Mientras observaba cada una de ellas, escuché un leve clic a mi derecha. Giré mis ojos hacia esa dirección, encontrándome con Aarón detrás. Lo miré con desconfianza y él hizo lo mismo, solo que fijándose más de la cuenta en mi vientre, que se notaba bastante con el abrigo abierto de par en par. Me hice paso bajo su escrutinio y entré en lo que parecía un piso franco de los que usaba la policía para los testigos protegidos. Había un pequeño sofá, un escritorio y una silla en el salón. El resto de la estancia estaba casi vacía, por no decir completamente.

—Menudo hotel de cinco estrellas. —Arrogante, silbé.

Escuché la puerta cerrarse y después su respiración muy cerca de mi cuello. Al girarme, aprecié que sus ojos estaban clavados en mí, y pude contemplar la confusión que había en ellos. Su boca se quedó muy cerca de la mía, de manera que si alguno de los dos hacía un breve movimiento, nuestros labios se rozarían.

—¿Y bien? No tengo toda la noche.

Me separé de él, llegué hasta el sofá y me quité el abrigo para colocarlo sobre mi vientre, como últimamente solía hacer; quizá, intentando proteger del mundo entero lo que todavía no tenía entre mis manos.

Tragó saliva de forma notable y murmuró:

—Estás embarazada...

—Aparte de eso, ¿para qué me has hecho venir? —le pregunté con desdén.

Con desesperación, se pasó una mano por la cara y se apoyó en la mesa del escritorio que

estaba cerca de donde me encontraba. Me senté con cuidado, no sin antes cerciorarme de que la pistola estaba a mi alcance por si debía hacer uso de ella.

—No vas a necesitar eso, ¡por Dios, Micaela!

—Últimamente, es mejor no fiarse de nadie. Y menos de personas con las que no has tenido buena experiencia. —Sonreí con falsedad.

—No la tuvimos porque tú no quisiste —me reprochó.

—¿El qué?, ¿la experiencia? ¿O te refieres a otra cosa? —Alcé una ceja, sugerente.

Negó con la cabeza y reí como una tirana. Sabía que lo sacaba de quicio, y lo mejor de todo era que no podía luchar contra lo que él mismo sentía sin darse cuenta de que dejaba entreverlo más de lo que pretendía.

—Imagino que sigues trabajando para esa brigada que todo lo sabe, y lo que quieres de mí es algo referente a comerme un buen marrón, ¿me equivoco?

Despegó sus ojos de mi vientre y pareció dudar sobre algo que no supe descifrar, hasta que contestó:

—Sí.

—¿Sí qué? —lo encaré con malas formas.

Negó con la cabeza, lo que me hizo suspirar y poner los ojos en blanco. Estaba comenzando a sacarme de mis casillas, y sabía que era por el desconcierto que sentía al verme en aquel estado que para nada esperaba.

—Aarón, por Dios bendito, que no es nada del otro mundo. Haz el favor de centrarte, que tengo que irme —bufé con tono hosco.

—Dentro de la brigada en la que estoy trabajando somos conscientes de que hay un grupo de la policía que no está haciendo bien su trabajo —comenzó con el discurso, al que intenté prestar atención—. El caso es que están vendiendo información peligrosa a personas como Vadím Ivanov, y el punto más fuerte que tiene es Angelo Fachinni. Creo que sabes perfectamente quién es quién. Estamos buscando un objeto como este. —Me señaló una fotografía en una carpeta. Asentí sin mostrar ningún gesto de emoción en mi rostro. Ya sabía yo que algo muy gordo tenía que ser para que viniese en mi búsqueda. Continuó—: Puesto que has tenido comunicación directa con él y me consta que volvió a intentar ponerse en contacto contigo hace meses, hemos pensado que la opción más viable para poder cazar al primero es consiguiendo una reunión con él.

—¿Hemos? —articulé desconfiada, pues no veía a nadie más en el salón.

—En unas semanas estarán el resto de los compañeros a la orden y procederemos con el operativo. Hasta entonces, he traído estas carpetas, donde podrás encontrar toda la información que necesitas saber. Dentro de ese tiempo prepararemos el operativo. Pero antes tenemos que allanar el terreno para llegar a Angelo.

Me tendió la dichosa carpeta, la cual cogí con un sobreesfuerzo inhumano. No me apetecía nada tener que trabajar con Aarón, y menos después de lo sucedido entre ambos. No me fiaba de él.

—Me imagino —comencé con ironía— que me quieres para llegar a Angelo, supuestamente para «algo» que todavía no sé qué es. Y, después de eso, ¿me llevarás hasta Vadím?

Arqué una ceja, viendo que cruzaba sus fuertes brazos a la altura de su pecho de manera confiada, pero su gesto se torció al instante.

—Supones bien.

—¿Y dónde está? Si yo no he conseguido dar con él, dudo mucho que puedas hacerlo tú —me envalentoné.

—No olvides con quién estás hablando.

—Ni tú tampoco.

Era una amenaza en toda regla, y esperaba que se la hubiese tomado como tal, porque era lo que pretendía.

—Esas son las condiciones. Tú me ayudas y yo lo hago contigo. Después de eso, cada uno seguirá su camino.

No me convencieron sus palabras, pero no tenía otra opción. Si quería terminar con mi enemigo, el mejor trato que había encontrado hasta el momento era el suyo. Por consiguiente, pensaba agarrarme a un clavo ardiendo. A la vista estaba.

—Me pondré en contacto contigo cuando sea el momento. —Se calló—. Te espero entonces en Rusia, donde estará el centro de operaciones principal.

Abrí mis ojos de manera desmesurada.

—¿¡En Rusia?! —exclamé perpleja.

—Tengo entendido que, en ese tiempo, Vadím aparecerá por su país natal. Es el mejor momento para poder cazar dos pájaros de un tiro.

—No querrás usarme de cebo simplemente, ¿verdad? —Amusgué mis ojos con desconfianza.

La simple idea de volver a Rusia me fascinaba por momentos, sin embargo, me mataba de la misma manera. Recordaría paso por paso mi infancia allí, y eso era lo que menos necesitaba en el instante en el que tuviese al hombre de mis desgracias frente a frente.

—No. Micaela, es un trato justo. No hay cebos ni mentiras. No por mi parte.

Se levantó de su asiento y se quedó de pie delante de mí.

—Entonces, imagino que al igual que tú tienes tu equipo —añadí con desdén—, yo podré tener el mío y no te importará que no vaya sola, ¿no? —Alcé una ceja.

Esperé algún gesto que lo delatara. Y, efectivamente, lo hizo. Pero no conseguí entender el motivo.

—Podrás llevar a quien te plazca. No obstante, yo ya tengo a otra persona que necesito en ese círculo y que será la que te acompañe.

Carraspeé, y sus ojos reflejaron algo que no supe descifrar, pero era un sentimiento parecido al miedo, o quizá pavor. Seguía sin entenderlo.

—Así que ahora vas a ponerme un guardaespaldas —murmuré arrogante.

—Toda protección es buena, y no debes olvidar a quién te enfrentas. No conoces a Angelo ni a Vadím.

—Me hago una ligera idea con uno de ellos. Sé cuidarme sola, y no necesito a un mentecato de tus policías, espías o lo que cojones sean, que me impida actuar a mi manera. Yo me buscaré mi propia protección, no tú.

Suspiró con pesar mientras se alejaba hacia la salida con la intención de irse, imprevisto que me confundió. Antes de levantarme para seguirlo y marcharme de allí, se giró y me contempló con una mueca extraña de tristeza.

—No te molestes. Ahora mismo verás a la persona que irá contigo —añadió con pesar.

Arrugué mi entrecejo más de la cuenta, sin moverme del sofá, justo en el momento en el que un escalofrío me recorrió la columna vertebral por completo. Puse atención, y la puerta de la entrada se abrió de nuevo, lo que hizo que se me pusiera el vello de todo el cuerpo de punta. Aarón se pasó la mano por la barbilla con nerviosismo a la vez que me observa, y llegué a pensar que mis pulmones se habían detenido en el instante en el que mis ojos se fijaron en la persona que estaba entrando.

Era él.

Él.

El pulso se me aceleró de tal manera que creí que mi corazón saldría corriendo de mi pecho. Mis ojos se fijaron más y más en la figura de la persona que, con cautela, se quedó petrificada en la puerta, movimiento que me confirmó que ya sabía que estaba allí. El silencio se hizo patente en la estancia cuando comenzó a avanzar hacia mí con la misma galantería que recordaba, sin titubear. Aparté mi mirada de él sin saber qué hacer o cómo reaccionar, contemplando la mesa que tenía delante, mientras apretaba mi abrigo con más fuerza a mi vientre. No podía descubrirlo.

No podía.

—Me pondré en contacto con vosotros en unos días.

Fueron las últimas palabras que escuché de la boca de Aarón antes de que desapareciera sin mirar atrás. Traté de tranquilizar mis pulsaciones, que estaban desbocadas, logrando que el bebé se moviera de manera incansable, dándome patadas en sitios donde nunca lo había hecho. Mi estado estaba alterándolo, y eso no era bueno para él. Necesitaba salir de allí lo más rápido posible, o moriría por tantas emociones antes de darme cuenta.

Llegó a mi lado y noté cómo sus ojos se clavaban en cada parte de mi cuerpo sin reparo. Desde la posición en la que estaba, era imposible que se percatara de la sorpresa que ocultaba bajo la prenda, y lo observé de soslayo sin ser capaz de crear esa conexión que tanto había echado de menos. Intenté tranquilizar mi respiración cuando se sentó a mi lado, y no supe cómo reaccionar.

Siempre fui de las que dijo que, ante una situación como la que estaba viviendo, seguramente me pondría como una loca a gritarle y a pedirle explicaciones de todo lo que había pasado, de los motivos, del porqué. Sin embargo, en ese instante no supe manejarlo, no conseguí mover ni un solo músculo, y sentí que un nudo comenzaba a crearse en mi garganta a pasos agigantados, asfixiándome de nuevo.

—Tenemos que hablar.

Sus palabras resonaron tan lejanas en mi cabeza que creí haber olvidado hasta el tono de voz que tenía, sensación que me puso nerviosa, como si mi cuerpo lo controlara en aquel instante una niña inmadura que no conocía nada de la vida. No conseguí mirarlo, ni siquiera lo intenté. Como pude, un susurro apenas audible salió de mis labios:

—No tenemos nada de qué hablar.

Veloz, me levanté de mi asiento, tapándome con el abrigo la zona del lateral que él podía ver a la perfección, de manera que no pudo comprobar nada. Le di la espalda mientras me dirigía con urgencia hacia la salida, a sabiendas de que correría detrás de mí hasta alcanzarme, y no me equivoqué.

—Micaela, por favor...

Noté su pecho pegado a mi espalda cuando me disponía a abrir la puerta, y temí por muchas cosas; una de ellas, que se percatara de mi estado. Aunque, si lo pensaba fríamente, tarde o temprano se daría cuenta si teníamos que comenzar a trabajar juntos, así que esperaba que fuese más tarde que pronto. Demasiados nervios estaba sufriendo ya el bebé como para tener que aguantar más.

Por el rabillo del ojo, vi su mano alzarse con intenciones de tocarme, pero no le di tiempo. Abrí la puerta con rapidez, empujando su cuerpo hacia atrás para salir, y bajé las escaleras del edificio, notando las lágrimas empapar mi rostro. Al llegar a la calle, la lluvia ya había comenzado a caer con furia, y sentí que me asfixiaba segundo tras segundo cuando una enorme presión se instaló en

mi pecho. ¿En qué cojones estaba pensando Aarón? ¿Por qué había hecho aquello? ¿Por qué no me lo había dicho antes? ¿Y esa encerrona? ¡No le debíamos nada! ¿Qué narices estaba intentado? ¿Enfrentarnos quizá? Por más que lo pretendía, no entendía nada.

Era él...

Crucé la calle a toda velocidad, y antes de llegar al coche, que se encontraba a pocos pasos de donde estaba, la puerta del portal volvió a abrirse.

Supe que era Jack.

Y venía a por mí.

Avancé hasta el coche. Ryan se bajó con gesto hosco y, al apreciar mi semblante, hizo el amago de aproximarse. Fui más rápida y me metí dentro. Con la mano, le indiqué que entrase.

—Arranca —le ordené desesperada.

Fue lo único que me dio tiempo a decir antes de que los sollozos me ahogaran y las lágrimas corrieran como ríos por mis mejillas empapando mi ropa y mis manos, que eran incapaces de detenerlas. Me abracé a mí misma, tratando de tranquilizarme de la forma que fuese, sin éxito.

—¡Micaela! ¿Qué ha pasado? —me preguntó Ryan, asustado.

—É... Él... Él...

No conseguí detener mi llanto por más que lo intentara, y mi hermano me observó por el espejo retrovisor, a punto de perder los papeles mientras se dirigía a nuestra casa. Con los ojos llenos de lágrimas, pude apreciar que, con una preocupación palpable, sus nudillos blanquecinos apretaban el volante.

—¿Te ha hecho algo? ¡Háblame! —se desesperó.

Negué con la cabeza sin parar de hipar, y un terrible pinchazo me atravesó el cuerpo. Me doblé en el asiento sin saber reaccionar, presa del dolor, y escuché a Ryan rugir como un león:

—¡Da la vuelta!

Agarré su hombro, ejerciendo la fuerza que pude en él, y negué con la cabeza. En un susurro que apenas oí, murmuré un «No, por favor...» cuando Arcadiy ya daba un volantazo en mitad de la avenida. El brusco giro provocó que me sujetase al cabezal del asiento del conductor mientras él siseaba, lleno de rabia:

—Lo mato, lo mato, lo mato. Como te haya hecho algo...

Volvió a hacer el mismo movimiento con sus manos cuando le pedí con las mías que no diese la vuelta. Entretanto, Ryan le instaba a que volviese a la carretera principal, así que nos dirigimos en silencio hacia casa; un silencio que era interrumpido por mis hipidos constantes, que no dejaban de resonar sin querer. En ese momento, me di cuenta de que no había llorado de esa forma en mi vida, pero también de que no había sentido tanto dolor y rabia juntos nunca.

Estaba vivo.

Estaba bien.

Entonces, ¿por qué se marchó?

Las preguntas volvieron a mi mente como un huracán. Llena de confusión, cerré los ojos. Al entrar en casa, sentí que unos fuertes brazos me acurrucaban en su cuerpo, y por su olor supe que era mi hermano el que me llevaba a cuestras como una muñeca de trapo.

Y eso era en realidad.

Una muñeca de trapo, rota, rabiosa y dolida.

Mi infierno

Jack Williams

Se alejó.

Sin más, se marchó.

No me dio tiempo siquiera a saborear un segundo a su lado.

Bajé las escaleras a toda velocidad cuando la puerta casi se estampó en mi cara. Pero, por muy difícil que pareciera, no conseguí llegar hasta ella antes de que desapareciera de mi vista justo cuando se subió a un coche que no conocía. No pude ver quién había en su interior, y la rabia por que estuviese con otra persona que no fuese yo me consumió.

Empapado, caminé hasta la avenida por la que había desaparecido. A lo lejos vi cómo el coche daba media vuelta. Me quedé paralizado en mitad de la carretera, pensando que quizá se había arrepentido y volvía a toda velocidad hasta mí para permitirme que me explicara. Pero me equivoqué. De nuevo, giró en mitad de aquella amplia avenida y siguió su recorrido inicial, dejándome roto y desolado en medio del torrente de lluvia que se empeñaba en azotarme de manera incesante.

No sabía cómo iba a reaccionar. Sin embargo, lo que sí tenía claro eran los propios nervios que sentí tras aquella puerta cuando llegué. No pude evitar pegar la oreja a la desgastada madera, y temblé cuando escuché su voz; una voz firme que sonaba lejana en mi recuerdo pero que no había olvidado y añoraba cada puto día. Me entristeció comprobar que de su boca solo salían palabras frías, distantes y más duras que una roca. ¿Habría cambiado? Claro que lo habría hecho. El dolor tiene ese efecto: nos vuelve de otra forma distinta, nos cambia sin poder remediarlo.

En el momento en el que oí los pasos del poli acercarse a la puerta, mis piernas temblaron. Sí, las mías, las del hombre que no le temía a nada pero que estaba aterrado por volver a encontrarse con la mujer de su vida, la que le había robado hasta el último suspiro y a la que ansiaba con todas sus fuerzas y más.

Empujé sin poder esperar, y allí estaba. Tan bonita, tan atractiva, tan cambiada. Su belleza me desbordó. Aunque siempre me pareció una mujer deslumbrante, algo en ella había cambiado, y estaba más radiante aún de lo que recordaba. Vi su confusión a distancia y pude sentir los latidos

de su corazón, los cuales, seguramente, irían al mismo compás que los míos: desbocados. Y cuando me senté a su lado..., creí que por fin había muerto, renaciendo a su lado, al lado del ángel que alumbraba la oscuridad en la que estaba sumido.

Y todo eso se esfumó en unos minutos.

Apreté los puños con rabia en mitad de la calle y grité. Grité por toda la rabia que sentía, por haberme separado de ella, por no darle una explicación, por haberla abandonado a su suerte, por hacerla sufrir...

Caminé cabizbajo por las calles de Londres. Había estado allí y no fui capaz de encontrarla. Ninguno lo fuimos. No lo entendí hasta el momento en el que hablé con Aarón. Y, claro, me di cuenta de que él había sido el encargado de desviar las posiciones de Micaela a cada segundo; de esa manera me tendría en el bote, y no me quedaría más remedio que ponerme a su favor si quería volver a verla. Lo había subestimado, pero era un tipo listo, un tipo al que pensaba matar en cuanto todo terminase. Me había robado meses de mi vida sin ella. Por su culpa no la encontré, y estaba dispuesto a hacer que pagara por ello.

Un rato después, llegué al hotel donde nos hospedábamos Riley y yo. Eiren se sumaría a nosotros cuando llegase el momento. Cuando abrí la puerta de mi habitación, alcé mi rostro al apreciar unas largas piernas, desnudas, sobre la cama. Mi polla reaccionó de manera inconsciente y me maldije por ello una y mil veces. Esa mujer era insaciable, y pensaba conseguir lo que deseaba, costase lo que costase. Se levantó, sugerente, con un simple vestido negro que se transparentaba, dejando entrever unos erectos pezones sobre una figura que, como anteriormente creí, era de infarto.

»Pero no es ella... «pensé.

Avanzó hacia mí como una gata en celo y comenzó a subir su mano desde mi muslo hasta mi vientre, finalizando su recorrido en mi cuello. Me observó, pegándose, restregándose con ganas de más, y pensé que quizá un revolcón me haría expulsar toda la frustración que sentía. Pero ese pensamiento se esfumó al instante, como siempre.

Sus labios se colocaron con sutileza en mi mentón mientras yo permanecía impasible y quieto ante la situación, y comenzó con su lengua un reguero de lametones hasta mi cuello. Subió de nuevo a mis pómulos y continuó hasta llegar a mi boca, momento en el que me aparté de inmediato. No permitiría que me besara. No lo había hecho con nadie desde hacía siete meses.

Mis labios eran únicamente de ella.

—¿Esto también me lo privarás? —susurró con voz ronca, colocando su mano en mi entrepierna.

Estaba duro, sí, y ella lo sabía. Su sonrisa se acentuó de manera considerable mientras movía sus dedos con agilidad por encima de la tela de mi pantalón. La sujeté del cuello y la estampé contra la pared de mi izquierda. Apretando mi mandíbula, la miré fijamente. No tenía que contenerme, puesto que sabía que no encontraría lo que realmente buscaba. Yo la quería a ella, la deseaba con todas mis fuerzas, y ese »ella« tenía nombre y apellidos: Micaela Bravo.

—Es mejor que te marches —sentencié.

—Estás duro, Jack. Déjame aliviarte...

Sin descanso, tiró del botón de mi pantalón, abriéndolo. Podría parecer muy irónico, pero, aunque sintiese una necesidad temeraria por descargar mi furia con alguien, mis pensamientos volaron de nuevo a su recuerdo, a sus gemidos, a ella... Me aparté como si quemara y, tras dar dos grandes zancadas, abrí la puerta de la habitación, invitándola a irse sin ni siquiera mirarla. Escuché un gruñido por su parte.

Aarón apareció y carraspeó al ver la escena.

—Vuelvo después.

—No. Ella ya se iba. Aquí no hace nada —espeté de malas formas.

Escuché un suspiro de resignación por parte de la mujer, quien pasó altiva por mi lado soltando un último comentario antes de irse a su habitación:

—Caerás, Jack. Todos lo hacen.

Ignoré sus palabras y cabeceé hacia la derecha, instándole a Aarón a que entrase. Lo hizo dudoso, pero al final accedió. Cerré la puerta mientras veía cómo se alejaba con andares felinos, intentando provocar algo que no sucedería.

—Ten cuidado con Noa.

Después de fijar mis ojos en él, fui hacia la primera botella que atisbé en el minibar del hotel.

—¿Ahora también vas a preocuparte por mí? ¿O es que tu corazoncito de poli tiene nueva víctima? —ironicé.

—Noa es una de las mejores agentes que tiene la brigada, y puedo asegurarte que es... demasiado perversa y calculadora. Más de lo que te imaginas. Pero no soy nadie para decirte lo que debes hacer o no. Simplemente, te aviso.

—Pues guárdate tus avisos. No los necesito —bufé malhumorado.

Asintió, metió las manos en los bolsillos de su pantalón y suspiró cuando un silencio tenso se creó en el ambiente. Titubeó, aunque al instante cambió su gesto por otro más confiado.

—¿Cómo ha ido?

—¿Te alegrarás si te digo que mal? —rugí—. No te importa, Aarón. Dime qué quieres y déjame solo.

—No deberías pensar mal tan pronto —añadió molesto.

—Ah, ¿no? ¿Y qué se supone que debería pensar de alguien que sigue enamorado? —Arqué una ceja con sarcasmo y le indiqué con desdén—: Se te nota a leguas.

Suspiró con resignación y habló:

—Que yo siga o no enamorado de Micaela no cambia nada. Ella te ama, te quiere de verdad, y eso no podrá cambiarlo nada ni nadie.

Su tono me pareció sincero, aun así, desconfié.

—¿Ahora vienes a hacer de Cupido? —le pregunté, usando el mismo tono—. No te pega, poli.

—La he visto salir —anunció, ignorando mi comentario y mis maneras de hablar.

—Entonces, no necesitas que te responda a esa gilipollez de pregunta que has hecho antes. Además, ¿piensas que soy tan estúpido como para no saber que por tu culpa no he podido encontrarla durante todo este tiempo? —Achiqué los ojos, advirtiéndolo. Silencio. Eso fue lo que obtuve como respuesta—. Debería pegarte un tiro ahora mismo —le siseé, apretando mi mandíbula.

—Era necesario.

—¡Necesario para ti! —Lo señalé con el dedo, lleno de rabia.

Le di un trago a mi bebida y la dejé con un sonoro golpe sobre el escritorio de la habitación. Sentí cómo los ojos me abrasaban y cómo la impotencia y las ganas de matarlo me podían más y más. Noté que mi garganta quemaba, y no me importó; ya nada lo hacía si no podía recuperarla.

—Deberías plantearte dejar la bebida...

Me acerqué de manera intimidante, fulminándolo con los ojos. No se amilanó; al revés, su rostro se alzó, igual que el mío, retándome.

—No tienes que decirme lo que debo hacer o no, así que cierra la puta boca y lárgate de aquí si no quieres que te la reviente —lo corté.

—Solo pretendo ayudarte.

—¿Ayudarme a qué?! —me desesperé.

Alcé mi tono de voz junto con mis brazos, que se elevaron hacia el techo. Mis ojos se fijaron en el movimiento de su mano, que se introducía en el bolsillo de su pantalón, para después sacar un papel doblado por la mitad; todo bajo un gesto de arrepentimiento que no supe descifrar.

—Toma. —Extendió su mano—. Compruébalo por ti mismo.

Sin más, se marchó de mi habitación, dejándome una dirección apuntada en aquel folio blanco.

Descubierta

Micaela Bravo

Pasaron dos días y no supe nada de él, pero debía decir que, en cuanto llegamos a casa, era tal mi histeria que decidimos irnos esa misma noche a Sicilia. Arcadiy se desesperó por mi estado y salió a la calle en su busca antes de marcharnos. Recé para que no diese con él, ya que, si así sucedía, no sabía quién conseguiría ganar en una pelea mano a mano. Estaba hecho un basilisco.

—Voy a matarlo —añadió Ryan, apretando su mandíbula tanto que pensé que los dientes le saltarían por los aires.

Sujeté su brazo con fuerza en el instante en el que se encaminaba hacia la salida, igual que lo había hecho mi hermano, al que no pudimos detener ni Adara ni yo.

Ryan juró y perjuró que cuando lo viese le rompería todos los huesos del cuerpo, y después de eso, el silencio entre los tres se hizo patente en el salón mientras me cobijaba bajo sus enormes brazos, que me arropaban y acariciaban sin descanso, tratando de calmar mi dolor.

Llegamos a Cefalú, el municipio de Palermo donde Tiziano vivía y nos esperaba con los brazos abiertos en la puerta de su casa. Cambió su gesto al darse cuenta de que Adara venía con nosotros, y no pude evitar mirarlo mal. La necesitaba, y tendría que entenderlo. Aunque era su casa, ya lo había avisado de que aparecería conmigo. A Adara no le hacía mucha gracia ir a Italia, pero, según ella, si con eso yo sonreía un poco, lo haría, en vez de volver a Atenas.

Guardé los papeles que Aarón me entregó para intentar adelantar acontecimientos. Tiziano me había confirmado que Angelo se encontraba en Roma y que sería más fácil poder concretar una cita con él antes de que volviese a marcharse a Colombia. Una cita con la que todos estaban en desacuerdo.

—Es mejor que lo dejemos hasta que el poli te avise —me aconsejó Arcadiy mientras daba vueltas como un león enjaulado en el salón de Tiziano.

—No, no es mejor —lo contradije—. No podemos fiarnos de Aarón. Es más, estoy segura de que su trato no es limpio.

—¡Mira cómo estás! ¿Y si ocurre algo? —se desesperó.

Adara tocó mi barriga por encima de mi camiseta mientras yo lo miraba desde mi posición con cara de aburrimiento. Llevaba así todo el día. Más de una vez, los ojos de Tiziano volaron hacia

la muchacha que adoraba mi redonda barriguita cada dos por tres, y sonreí. Tenía que averiguarlo como fuese, y esperaba ese momento con ansias.

—No pasará nada. Ya lo verás.

—¿Vas a dejarme hacerte un dibujo de esos que se llevan ahora? —me preguntó Adara, cambiando de tema—. Un león, tal vez.

—¿Un león? —le pregunté con curiosidad.

—¿Estás escuchándome? —me reprochó mi hermano, elevando los brazos.

—Creo que no. Está más pendiente del león —añadió Tiziano, y le dio un último sorbo a su café.

—Un león es símbolo de fuerza —prosiguió ella sin mirarlo—. Pero, si quieres, puedo dibujarte flores.

—¿Flores? —volví a preguntar en el mismo tono extrañado.

—¿No te gustan? —Arqueó una ceja.

—No. Son cosas inservibles que se mueren a los dos días. Nunca se me dio bien cuidarlas.

—Pues son muy bonitas. A mí me encantan —dijo como si nada.

Posó sus divertidos ojos en mí y soltó una pequeña risa mientras se levantaba y caminaba en dirección a su habitación; imaginé que para buscar unas pinturas que ya habría traído. Sonreí por su alegría y Tiziano resopló. Arcadiy salió al jardín con gesto hosco y cabreado hasta la médula y el italiano lo siguió.

Adara llegó a los pocos minutos al salón con lo que ya había supuesto y se colocó a mi lado con una sonrisa de oreja a oreja.

—Quizá deberías hacerle caso a tu hermano —añadió como si nada mientras sacaba un gran estuche lleno de pinturas—. Piensa que no sabes cómo va a reaccionar Angelo al verte, y no puedes obviar este pequeño detalle. —Señaló mi barriga.

—Solo quedaremos para hablar de negocios. El tema del bebé no tiene por qué afectar.

—¿Y si no es así? No sé, Mica, me da miedo.

—Tú siempre tienes miedo —evidenció con una sonrisa.

Alzó sus preciosos ojos hacia mí, y no pude evitar sentir una punzada de dolor al ver que eran iguales que los de su hermano. Mi gesto se contrajo pensando en él, recordando cada movimiento, cada milímetro de su cuerpo hacía tan solo dos días. Tragué saliva y desvié mi mirada a otro punto del salón.

—¿Cómo estás? —murmuró.

—Entonces, ¿flores? —Evité responder a su pregunta.

—Mica...

Me hacía gracia cuando me llamaba así. Las únicas personas que lo habían hecho eran Ryan y Eli, y eso me hizo regresar a los recuerdos de mi local saltando por los aires con la que se suponía que era mi amiga dentro. He de decir que, aunque la situación se dio de esa manera, me maldije mil y una veces por no haber hablado con ella antes. Habría agradecido una explicación de su propia boca; y, por supuesto, haber terminado con su vida con mis propias manos. Todavía seguía notando la ira crecer en mis venas, aunque tratara de olvidarlo.

—¿No te decides? —La miré con una sonrisa triste.

—Piensas que puedes con todo. Contra todo —se reafirmó—. Pero no es así, y lo sabes. —No contesté, aunque seguí con mis ojos fijos en ella—. A veces, los sentimientos escapan fuera de nuestro alcance y no podemos evitar que nos dañen. —Levantó mi camiseta, dejándola a la altura de mi pecho. Se dispuso con una agilidad asombrosa a limpiar mi vientre con una toalla, donde

comenzó a dibujar lo que parecían los pétalos de un girasol. Sin mirarme, escuché atenta sus palabras—: Y te duele. Duele tanto que está consumiéndote por dentro. Ya sabes que siempre puedes contar conmigo y que te escucharé. Lloraré si hace falta. Porque —elevó sus ojos— no estás sola, Mica. Ya no.

No conseguí articular una sola palabra, y me impregné de la inocencia que transmitía sin ser consciente. Me percaté de que no había nadie en el salón y vi mi oportunidad.

—Yo puedo confiar en ti, pero tú no lo haces conmigo.

—Te equivocas, siempre lo he hecho.

Volvió a su labor y comenzó a dibujar.

—Entonces, dime qué pasó con Tiziano —añadí con seguridad.

Su mano se detuvo, pero tardó muy pocos segundos en continuar con su cometido, sin contestar a mi pregunta. Por mi parte, no despegaba los ojos de aquella cabellera rubia que no se atrevía a levantar la vista.

—No te he dicho nada porque no... —murmuró en un susurro.

La corté:

—No sigas mintiéndome, Adara.

Dudosa, elevó sus ojos titubeantes hacia mí, para apartarlos poco después y posarlos sobre la mesa del salón. Tragó saliva visiblemente y contempló sus manos manchadas de pintura. Entreabrió los labios como si le costase pronunciar las palabras que necesitaba oír, y decidí que ya era hora de dejar el tema cerrado. Si Tiziano le había hecho algo que no debía, lo mataría con mis propias manos, así que fui directa al grano:

—¿Te has acostado con él? —Abrió sus ojos de par en par y me miró. Se llenaron de lágrimas que deseaban salir con urgencia de sus prados verdes. Una presión gigantesca se instaló en mi pecho al pensar mal, y no pude evitar incorporarme lo suficiente para coger su cara con ambas manos—. ¿Te ha forzado? —No contestó. La inspeccioné con detenimiento, viendo cómo las diminutas gotas de agua resbalaban por sus pálidas mejillas—. Adara —apreté mis dientes—, no me hagas que vuelva a preguntártelo, o saldré en su busca.

Como se mantuvo callada, hice el intento de levantarme, movimiento que impidió sujetando mi brazo con fuerza para que volviese a sentarme. Tras limpiarse las lágrimas, se aseguró de que ellos siguiesen en el jardín. Entonces, musitó:

—Uno de los días que me quedé sola aquí, él entró en mi habitación...

Mis labios se juntaron en una fina línea y los instintos asesinos resurgieron con más fuerza que la de un vendaval. Volvió a dudar, sin parar de girar su rostro hacia la entrada del salón innumerables veces, gesto que me desesperó tanto que sujeté con fuerza su barbilla para que me encarase.

—¿Qué pasó? —Recalqué cada una de mis palabras.

—Estaba aterrada —susurró—. En realidad, él mismo me produce un pánico atroz. Un miedo que me hace temblar —me confesó, y se sorbió la nariz.

—¿Por eso lo dejaste? —Enfadada, fruncí el ceño.

Negó con la cabeza, y pude comprobar que sus mejillas se tornaban rojizas por la vergüenza que estaba sintiendo al contármelo.

—No pensé que llegaría a tanto. Te juro que temblaba como una hoja, pero... —Observé sus gestos dudosos, y ya no sabía si era miedo o que la simple palabra la aterraba.

—Pero te gustó —terminé por ella.

—Sí... —me confirmó en un susurró apenas audible.

Exhalé un gran suspiro y recosté mi cuerpo hacia atrás mientras ella seguía con la mirada en su regazo, sin ser capaz de fijar sus ojos en mí. Maldije a Tiziano una vez tras otra.

—No habías estado con un hombre nunca, imagino.

—No —musitó, aún con más vergüenza.

—Adara, el sexo no es malo. —Intenté quitarle hierro al asunto.

Dudó antes de continuar hablando, hasta que volví a escuchar las mismas palabras que había dicho antes:

—Me da miedo. Él me da miedo.

—Solo es un hombre.

Asintió con lentitud, sin convencimiento. No supe cómo seguir adelante con la conversación. Podía notar que se tensaba involuntariamente cuando me escuchaba. Joder, era una cría, una niña que no había conocido mundo, que ni siquiera había tenido la oportunidad de salir del cascarón, y a aquel jodido demente solo se le ocurrió meterse en su habitación.

—Si tanto miedo le tienes, ¿por qué no le dijiste que se marchase? —le pregunté, intentando encontrarle la lógica al asunto.

—Lo hice.

Volví a envarar mi cuerpo, presa de la rabia al pensar que la había obligado de alguna manera que no estaba contándome. Puso su mano sobre la mía, tranquilizándome cuando ya me ponía en pie.

—Fue mi culpa, Mica. Tendría que haberlo frenado, pero no pude.

—¿Por qué? —me desesperé. Negó con la cabeza—. Adara, si no me hablas claro, ¡es imposible que te entienda!

—¡No lo sé!

Las lágrimas cayeron con más fuerza, esa vez sobre sus manos. Se tapó la cara, que aún seguía encendida por la vergüenza que le producía no saber controlar un cuerpo que jamás había experimentado algo similar. Toqué su brazo con cariño y se destapó, pero cuando fui a decirle que se calmara, unos pasos resonaron en la entrada. Desvié mi foco de atención hacia el punto en cuestión. Ella también lo hizo.

Tiziano nos contempló a las dos con una expresión de incertidumbre extraña en su mirada. Pasó de la una a la otra de forma alternada, preguntándose tal vez qué estaba pasando. Adara se apresuró a limpiarse las lágrimas que quedaban en sus ojos y agachó la cabeza, haciendo como que buscaba las ceras para continuar con su dibujo. No obstante, mi vista no se despegó del imponente italiano, que seguía mirándola más a ella que a mí, puesto que lo único que yo hacía era lanzarle amenazas mudas que pensaba echarle en cara en cuanto tuviese la oportunidad.

Avanzó como un depredador hasta la mesa que teníamos delante. Viendo cómo seguía con mi escrutinio particular, achicó los ojos al llegar a mi lado, y pude comprobar que el cuerpo de Adara se tensaba. Lo fulminé con la mirada. La suya, sin embargo, mostraba confusión al no entender el motivo de mis advertencias.

—Al final —miró mi barriga—, flores. —Se puso un dedo en la barbilla, pensativo. Adara no levantó la vista; tampoco contestó—. Me gustan las flores.

Ninguna de las dos dijo nada, y permanecimos un extenso rato en silencio mientras Adara terminaba de dibujarme un gran girasol, sin ocultar una sonrisa que le llegaba de un extremo a otro del rostro. Rellenó cada rincón con varias tonalidades, y tuve que poner los ojos en blanco cuando vi tanto colorín sobre mi vientre.

Poco después, Tiziano me contó la descabellada idea de entrar dentro de uno de los locales que

poseía Angelo y, de esa manera, robar la información que necesitábamos para saber cuándo se reuniría con Vadím de nuevo. Una corazonada me decía que Aarón no estaba siendo del todo sincero, y estaba dispuesta a descubrirlo. Temí por el momento en el que se lo contase a mi hermano y a Ryan. Este último llegaría mañana, porque había tenido que zanjar algunos asuntos en Londres antes de venirse. Últimamente, estaba muy distante y parecía una roca cuando el tema de conversación no era yo. Me regañé a mí misma por no prestar más atención a sus gestos, pero era cierto que mi pena y tormento acaparaban casi todo mi día y me hacían olvidar a las personas que estaban protegiéndome.

—Mañana me dirán el local que es. Angelo tiene varios repartidos por Italia. Dependiendo de cuál sea, solo necesitaremos extraer las contraseñas y unos buenos planos para...

Dejó la frase en el aire cuando escuchamos la voz de Arcadiy —algo desesperada— en el exterior del jardín. Del susto, me levanté como un torrente de mi asiento, sin bajarme la camiseta y sin ponerme los zapatos que me había quitado minutos antes. Adara y Tiziano me siguieron. Cuando llegué a la entrada, tuve que abrir los ojos como platos al ver la escena que se presentaba ante mí.

Mi hermano se daba de hostias con Jack sobre el césped mientras ambos se decían palabras inentendibles a base de gritos y rugidos cada vez que el puño de uno impactaba sobre el otro. Los ojos de Jack se desviaron en mi dirección al notar la presencia de las tres personas que acababan de llegar, y Tiziano se apresuró a separar a mi hermano, que parecía estar poseído.

—¡¡Suéltame, Tiziano!! ¡¡¡Suéltame!!!

Le dio un fuerte empujón, pero el italiano consiguió reducirlo a duras penas en el suelo, ya que se revolvía cual lagartija, intentando escapar de su agarre. Jack se levantó con el semblante pálido, y noté que mi respiración se agitaba de manera considerable cuando sus ojos se desviaron involuntariamente al gran girasol que sonreía en mi vientre.

—¡¡Déjame!! —voceó Arcadiy—.¡¡ Voy a matarte!! —siseó entre dientes, mirando a su adversario.

Pero Jack no lo escuchaba. Estaba absorto en lo que sus ojos veían. Los abrió con sorpresa y, sobre todo, con confusión.

Retrocedí un paso atrás cuando se disponía a acercarse a mí. En ese momento, Adara se posicionó delante de mi cuerpo en un acto valiente, aunque sabía que por dentro estaba temblando.

Al dar un simple paso más, se armó el revuelo.

Perdiendo los papeles

Me giré a toda velocidad hacia el interior, con Adara a mi espalda siguiendo mis pasos. Me bajé la camiseta con rapidez al escuchar el rugido desenchajado de la voz de Jack, que me pisaba los talones.

—¡¡Micaela!!

»Mierda, mierda y más mierda.«

Mi corazón parecía querer escaparse de mi pecho. Llegar a mi dormitorio estaba haciéndose eterno. Mi respiración no me permitía siquiera pensar con tranquilidad para conseguir alcanzar la puerta. Necesitaba encerrarme, pensar que no estaba allí de verdad, tranquilizar por lo menos la histeria que comenzaba a sentir.

Los dedos de Jack rozaron mi brazo al tratar de detenerme, sin embargo, mi hermano llegó antes. Lo arrastró hacia atrás y comenzó a golpearlo de nuevo sin piedad.

—¡Ni se te ocurra tocarla! —le chilló.

—¡Arcadiy, para! ¡¡Para!!

Jack llegó hasta mí después de pedirle que se detuviera al ver que no cesaba de embestir contra él de manera bestial, y Tiziano trató de ponerse en medio de los dos, lo que ocasionó que se llevase más de un golpe al intentar separarlos otra vez. Mis pies se detuvieron cuando un grito ahogado salió de la garganta de Arcadiy. Giré mi cuerpo y me lo encontré doblado por la mitad mientras Jack arremetía contra él. Si seguía así, lo reventaría por dentro.

Mi hermano intentó ponerse de pie, pero un dolor punzante asomó en su rostro. Adara se apresuró a ayudar al italiano, que no conseguía retener al titán que se encontraba fuera de sí.

—¡¡Jack!! —le gritó Tiziano, empujándolo contra la pared—. ¡¡ Jack, para! !!Vas a matarlo!

Sus ojos se desviaron hacia mí, y temí. Temí porque jamás lo había visto de esa manera. Parecía un puto demente sin control. Sus ojos echaban fuego y estaban rojos por la rabia, mientras que su mandíbula se tensaba de manera considerable al rechinar los dientes de forma bestial. Apretó los puños a ambos lados de sus costados y se separó de Tiziano para dar dos zancadas y colocarse frente a mí. Lo contemplé detenidamente, intentando no mostrar miedo ante el gesto tirano que asomaba por sus ojos. En cuanto se atrevió a sujetar mi brazo con fuerza, Adara volvió tras sus pasos y tiró de él en un intento en vano para que me soltara.

No conseguí moverme, dado que parecía una imbécil hipnotizada por sus actos. Por él. O quizá estaba aterrada por la forma en la que actuaba, aunque lo disimulé. Traté de soltarme de su agarre,

cosa que no conseguí, pero Arcadiy se recuperó, y cuando ya casi había logrado alcanzarnos, Adara tiró de nuevo del brazo de Jack, desesperándolo. Se echó mano a la parte trasera de su pantalón y, seguidamente, sacó una pistola, con la cual encañonó directamente a Adara.

—¡Eh, eh, eh! —dije con desespero.

Moví mis manos para llegar hasta su brazo, pero me fui imposible. Me apartó, dejándome detrás de él, mientras contemplaba a las tres personas que estaban a su espalda. Arcadiy abrió los ojos de manera desmesurada y Tiziano cambió su expresión por una más fiera de la que habitualmente tenía. Con delicadeza, el italiano sujetó la muñeca de Adara, quien se encontraba petrificada mirando a su hermano, y tiró de ella hasta que la colocó detrás de su espalda, quedando él en primer plano, con el arma de Jack apuntándolo.

—Jack... —murmuró con tono amenazante—, estás perdiendo los papeles. Mírate.

Tras decirle aquello, Tiziano alzó las palmas de sus manos hacia él en señal de paz. Sin embargo, parecía no ver nada más que su propia ira; y no bajó el arma, que se mantenía firme y sin titubear apuntando al italiano. En un gesto que no conseguí ver, me encontré a mi hermano en la misma posición que él, con su pistola entre las manos.

—Si no sales de esta casa, te pegaré un tiro —lo amenazó.

Jack rio como un loco.

—Arcadiy, no me toques los cojones —siseó—, y vete a tomar por culo. Deja de apuntarme —añadió con desdén.

Movió su arma, instándolo, pero este no se amilanó; al contrario, siguió firme en su posición. La mirada de Jack volvió a mí durante un segundo, para después depositarse en mi vientre. Cerró los ojos con fuerza y murmuró algo que no conseguí entender. Se pasó la mano que sujetaba la pistola por la frente, desesperado. Mi hermano aprovechó ese gesto para dar un simple paso que me hizo temblar, y una detonación resonó en todo el pasillo cuando Jack disparó hacia una de las lámparas.

—No te muevas —masculló.

—Suelta a mi hermana, Jack. No voy a repetírtelo.

Comprobé que el cuerpo de Jack temblaba, y sabía que lo hacía por todos los sentimientos que estaban pasando por él en un angustioso intervalo de segundos. Desvió su mirada hacia Tiziano, reprochándole algo que no supe entender, hasta que habló:

—En tu casa... —murmuró con desprecio, sin poder creerse lo que él mismo estaba diciendo.

—No. No te equivoques, ella no ha estado aquí.

El tono de Tiziano salió normal pero cauteloso, tanto que no lo reconocí, y eso solo se debía a una cosa: sabía por lo que estaba pasando. Tragué saliva mientras los dedos de Jack se clavaban cada vez con más fuerza, ahora en mi muñeca, e intenté soltarme de su agarre otra vez, aunque sin éxito.

—Todo este tiempo... —masculló, lleno de ira y negando con la cabeza.

—Jack...

—¡¡Ni Jack ni hostias, joder!! —gritó, dejándose la garganta—. ¿¡Cuántas veces te lo pregunté¿¡!? Cuántas, Tiziano?!!

Elevó sus brazos hasta el techo, exasperado. Soltó mi muñeca y dio un paso hacia el italiano, que le plantaba cara sin ningún miedo. Mi hermano dio otro hacia él, pero Jack fue más rápido y colocó el arma en su frente sin titubear.

—Un paso más, Arcadiy, y estás muerto.

Reuní todo el valor que fui capaz y recorrí la distancia que me separaba del hombre que se

mostraba tenso de los pies a la cabeza. No desviaba los ojos de Tiziano, que seguía sin soltar a Adara mientras retaba a Jack.

Y caí en la cuenta...

Habían estado viéndose y yo no sabía nada.

Noté el temblor de mi mano cuando la subí hasta el hombro del desquiciado que tenía de espaldas a mí y la posicioné encima de él. Se tensó más, si es que eso era posible, pero no se giró.

—Ya basta. Por favor —le pedí casi en un susurro.

Sentí unas ganas de llorar terribles y me cabreeé por la situación, por las putas hormonas y por todo lo que estaba pasando. Le hice un gesto con mi cabeza a Arcadiy para que bajara su arma. Puso mala cara, aunque obedeció.

—No le debes nada, Micaela. Él decidió abandonarte a tu suerte. No lo olvides —bufó, y aniquiló con sus ojos al que había sido su hermano durante tanto tiempo.

Jack no dijo nada. Simplemente, se giró cuando mi hermano abandonó el pasillo con enfado, sujetó mi brazo con fuerza y tiró de mí sin miramientos hacia el final, donde estaba mi habitación. Las zancadas de Tiziano no se hicieron esperar, y antes de que agarrase la manivela, el italiano le lanzó una amenaza bajo su semblante tirano:

—Como le pase algo... —lo contempló, fiero— a ella o al bebé... —Me miró. El gesto de Jack se contrajo, y solo pude apreciar un dolor descomunal—. Te juro que no saldrás de esta casa con vida.

Adara me observó desde su posición, detrás del italiano, negando con la cabeza para que no entrara con él. La tranquilicé con una simple mirada, pero no surtió el efecto que pretendía, puesto que la vi temblar cuando Jack abrió la puerta sin apartar los ojos de Tiziano y sin contestar a su amenaza.

Tragué saliva y entré.

Entrelacé mis manos a la altura de mi vientre, como si estuviera protegiéndolo, y me giré para encararme con el demonio que acababa de cerrar tras un sonoro golpe.

Sí, estaba desquiciado.

Exhaló un gran suspiro sin apartar la vista de mí, y un silencio sepulcral se hizo eco en toda la habitación. Nos miramos a los ojos durante una eternidad, hasta que volvió a fijarse en mi vientre y, sobre todo, en mis manos, que lo resguardaban de una manera u otra. Dio un paso hacia mí. No me moví de mi sitio, e intenté sacar toda la valentía posible para enfrentarme a la situación.

Al llegar, me contempló con adoración y tristeza, aunque seguía viendo en esos ojos verdes la rabia que sentía. Mi pecho subía y bajaba de manera descontrolada, movimiento que se aceleró cuando colocó su frente junto a la mía. Un cierto mareo se apoderó de mí, y tuve que hacer acopio de todas mis fuerzas para no caer al suelo, dado el duro momento que estaba viviendo.

Tanto tiempo sin él...

Entreabrió sus labios, dejando ir un pequeño suspiro de derrota. Sus manos ascendieron de sus costados hasta posarse sobre las mías, las cuales apartó con una delicadeza inhumana, sobre todo en el estado en el que se encontraba. Las dejó a ambos lados de mi cuerpo y, seguidamente, sus rodillas cayeron sobre la moqueta rojiza, quedando de cara a lo que minutos antes había estado protegiendo. Pude apreciar cierto temblor en sus manos cuando estas se pusieron sobre él, y comencé a notar que el bebé se movía inquieto en mi interior. Mis ojos se empañaron al ver la derrota que exhibía sin ser consciente, hasta que cerró sus párpados con fuerza y su frente se apoyó sobre mi vientre.

Toda la entereza que había mantenido durante mi vida se acrecentó con ese gesto que tanto me

dolió, ya que él había decidido abandonarme, como bien había dicho Arcadiy minutos antes. Y no pensaba ponerle las cosas tan fáciles, aunque eso conllevara que mi sufrimiento se duplicara por dos después de todo lo que había pasado.

Las lágrimas se agolparon en mis ojos, pero me resistí. No pensaba llorar delante de él. No pensaba mostrar la debilidad ni el daño que me había hecho. Y aunque fuese inútil —pues si había estado viéndose con Tiziano, sabría más de lo que creía—, dejé que la Micaela más tirana y odiosa saliera a relucir. Más incluso de lo que era habitualmente.

No pronunció ni una sola palabra hasta que, un rato después, lo único que escuché en un hilo de voz quebrada fue:

—¿Por qué no me lo dijiste?

Su pregunta no llegó con tristeza únicamente, sino también cargada de resentimiento y odio, lo que hizo que mis ganas de golpearlo crecieran. Pero no era el momento, y como bien me dijeron una vez: »La venganza se sirve en un plato bien frío«. Y eso era exactamente lo que pensaba hacer. Si en realidad había sufrido tras marcharse como un cobarde, ahora sufriría el doble.

Aparté sus manos con rabia, dando un paso hacia atrás. Levantó la cabeza para mirarme con confusión y con un cabreo descomunal que no había conseguido aplacar ni quedándonos solos, y eso que no alzamos la voz en ningún momento. Todavía. Sentí que mis mejillas ardían debido al rencor que tenía y, sobre todo, a sus palabras.

—¿Vienes pidiéndome explicaciones— ?Lo fulminé con la mirada—. ¿Después de siete meses? —Alcé una ceja, irritada.

Sus ojos se clavaron con más intensidad en mí. Su ostentoso cuerpo se puso de pie, colocándose muy cerca, y me miró con un gesto serio que no me amilanó. Me fijé en su porte. Me di cuenta de que estaba más fuerte que la última vez que lo vi, y me regañé a mí misma al sentir que me humedecía.

—Micaela...

No lo dejé continuar. Aparté su mano como si quemara cuando la puso sobre mi brazo, reacción que no pude tener minutos antes. No quería escucharlo. Solo deseaba hacerle daño. El mayor daño que hubiese sufrido en su vida.

—¡No me toques— !Lo señalé con el dedo—. No tienes derecho a pedirme explicaciones de mi vida, como yo tampoco de la tuya. —Lo miré, traspasándolo, aunque en realidad temblaba como una hoja—. Tú y yo ya no somos nada.

Mi tono salió rabioso, y el dolor que mostró su mirada me desarmó. Sin embargo, ni con esas cambié mi gesto firme y seguro. Amusgué los ojos cuando escuché que decía:

—Déjame explicarte que...

—No quiero que me expliques nada. En realidad, no quiero escuchar nada, así que olvídate de mí y dedícate a hacer tu trabajo sin molestarme.

Pasé por su lado en dirección a la puerta. No intentó detenerme, pero entonces lo escuché de nuevo:

—Micaela, estás embarazada...

Giré sobre mis talones, quedándome frente a él, a una distancia prudencial. Ahí iba...

—¿Y? ¿Acaso te importa lo que «yo» —me señalé— haga con «mí» hijo? —Arrugó el entrecejo con confusión y terminé de rematarlo con desdén—: Han pasado siete meses, Jack, y que yo recuerde, no eras tú el que estaba en mi cama..., ni entre mis piernas.

Sujeté la manivela de la puerta, viendo y siendo consciente del gran daño que acababan de ocasionarle mis palabras, puesto que su mandíbula se tensó de tal forma que imaginé que sus

dientes se partirían. Apretó los puños a ambos lados de sus costados con una fuerza desmedida. Abrí la puerta para irme, pero ese acto se quedó en un intento, porque su puño se estampó contra la madera, cerrándola.

Me giré, y sin querer, su nariz se rozó con la mía. Estábamos tan pegados que apenas el aire pasaba entre los dos. Dejé el brazo con el que había golpeado la puerta alzado para que no pudiera abrirla. Lo miré con chulería, lo que tensó su semblante aún más, horadándome con esos prados verdes que tanto adoraba y odiaba a partes iguales.

No desvié mi mirada, enfrentándolo, así que siseó:

—No juegues con fuego, y mucho menos con algo así. —Bajó sus ojos hacia mi vientre.

Me acerqué lo justo y necesario para quedar cerca de su oído. Cuando su aliento rozó mi mejilla, se me erizó el vello de todo el cuerpo. Pude comprobar que el suyo temblaba.

—La próxima vez que te acerques a mí, espero que sea para algo más que para lanzarme amenazas que no sirven de nada. Eso sí —puntalicé con toda la maldad del mundo—, tengo un precio. Y, seguramente, no podrás pagarlo.

Contemplando su mirada aniquiladora, me despegué y tiré de la manivela con fuerza, provocando que se abriera lo justo, mientras sus ojos me mataban lentamente. Salí sin perder el contacto, a sabiendas de que la bravuconería que tanto mostraba me costaría cara y que la que tendría que pagar un precio elevado sería yo con el paso del tiempo.

Examiné el pasillo y vi que Adara y Tiziano se encontraban cada uno en una punta, pero en el mismo sitio en el que los había dejado minutos antes. Me di cuenta de que la noche ya había caído sobre nosotros, y le hice un gesto con la cabeza a Adara para que se dirigiera a su dormitorio. Oí que algo dentro de mi habitación se hacía añicos, y supe que la ira de Jack había llegado a su límite. Ella obedeció sin rechistar.

Notaba cómo me ardían los ojos y cómo las lágrimas me abrasaban la piel. Tiziano me hizo un gesto, dándome a entender que él se encargaría de la fiera indomable que estaba en la estancia, pero no le contesté. Solo esperaba que no saliese tras de mí, o todo el papel de mujer valiente que había interpretado se esfumaría como el humo de un cigarro.

Llegamos a su habitación y cerré con desespero, echando el pestillo cuando ella entró. Me llevé las manos a la cabeza en un gesto exasperado.

—¿Qué ha pasado? —me preguntó preocupada.

Arrastré una de mis manos, llevándome con ella los miles de lágrimas que salían de mis ojos, y la coloqué sobre mi boca para acallar los hipidos que estaban a punto de asfixiarme. Adara se colocó frente a mí y sujetó mis hombros con fuerza. Mi otra mano seguía en mi frente, tratando de calmar algo que era imposible.

—Yo... Yo... le he di..., le he...

No conseguía atinar, ni siquiera formular una frase sin sentir que me faltara el aire. Estaba al límite de sufrir otro ataque de ansiedad. Adara me llevó como pudo hasta el borde de la cama, donde me sentó. Se acuclilló frente a mí y me pidió calma con sus ojos; una calma que no llegó. Me ahogué en un llanto desgarrador, intentando que ni un solo sonido se escapase de mis labios y me delatara, ya que no sabía en qué zona estaría Jack o si me escucharía.

Adara se levantó, presa del pánico, al ver el estado en el que me encontraba, y me dijo:

—Voy a por algo que te calme. No te muevas de aquí. Le diré a Tiziano o a Arcadiy que vengan.

Sujeté su brazo con fuerza y negué con la cabeza como una poseída. Por nada del mundo debía abrir esa puerta, o la seguridad en la que pensaba que estaba se iría como aquel demonio entrara por ella. Respiré varias veces, hasta que conseguí formular una pregunta idiota:

—¿Puedo quedarme contigo esta noche?

Asintió con tristeza. Subí mis pies a la cama sin importarme la ropa que llevaba y me tumbé en ella, acurrucándome en posición fetal. Ella se colocó detrás de mí y extendió su brazo por mi cintura hasta que llegó a mi vientre. Con la otra mano, acarició mi pelo en un vano intento de calmar mi pesar.

Un rato después y sin más fuerzas ni lágrimas que verter, conseguí quedarme dormida en los brazos de una niña que cada día estaba demostrándome más madurez de la que creía que tenía.

La misma que se había convertido en mi ángel de la guarda sin saberlo.

Malas decisiones

Jack Williams

Le di una profunda calada a mi cigarro mientras contemplaba la noche desde las escaleras de la entrada de la casa de Tiziano. Arcadiy había desaparecido, gesto que agradecí, ya que pensé que de un momento a otro se nos iría de las manos, y me di cuenta cuando me cegué golpeándolo hasta la saciedad para que dejara de perseguirme.

Sabía que, en el tiempo que había estado fuera, su relación con Micaela se había consolidado, pero no imaginé que tanto como para protegerla más a ella que a mí. Y no sentía celos, sino rabia porque no entendiera mi postura, porque no tratase de comprenderme siquiera. Al poner un pie en la mansión de Tiziano, me vio, y lo primero que hizo fue lanzarse de cabeza a golpearme.

Jamás me imaginé que Micaela estuviera embarazada, y más odié a Tiziano por no contarme aquel pequeño detalle. Aunque, en realidad, ¿eso habría cambiado algo mi decisión? Sí, claro que sí. Habría hecho lo imposible para mantenerlos a salvo a ella y a ese bebé. Ese era un pensamiento muy contradictorio por mi parte, porque podría haber hecho lo mismo sin el bebé. No podía dejar de repetirme que quizá no tomé la decisión acertada y la situación me superó.

No había salido de la habitación en toda la noche. Pensé en aporrear su puerta como un energúmeno hasta que cediese, pero también llegué a la conclusión de que ya era suficiente. Demasiadas emociones. Sus palabras se clavaron en mí como puñales, y el simple hecho de pensar que ese bebé podría ser de otro... Ni siquiera podía barajar la posibilidad de que hubiese estado con otro hombre.

Sus últimas palabras terminaron de rematarme, lograron que no moviera ni un ápice de mi cuerpo; y mejor así, ya que habría perdido la poca cordura que me quedaba: »Tengo un precio. Y, seguramente, no podrás pagarlo«. ¡Maldita sea! ¿Qué había pasado con la Micaela que un día conocí? ¿Dónde cojones estaba?

Apreté mi puño contra el frío suelo. Sentí una presencia detrás de mí, pero no me molesté en mirar de quién se trataba. Él ya se manifestó con un interminable bostezo acompañado de un chirriante sonido. Lo observé de reojo cuando se sentó a mi lado, o más bien cuando se tiró en las escaleras.

—¡Coño ,qué frío! —Juntó sus brazos entre sí, pero los separó al instante para poder

restregarse los ojos—. ¿Es que no tienes sueño? —Puso mala cara. Lo contemplé durante unos segundos, con mis labios sellados. Me había dejado otra de las habitaciones de su casa; lejos de la de Micaela, por supuesto, pero eso no impediría que me acercase a ella. Suspiré con fuerza—. ¿Desde cuándo fumas tanto?

Miró el cenicero que tenía a mis pies. Tras contar los cigarrillos que había, hizo una mueca con los labios, asombrado. Agarró la cajetilla, sacó uno, lo encendió y le dio una calada. Después, soltó todo el aire haciendo oes, con el mismo gesto instalado en su boca. Miré al frente y me coloqué de la misma manera. En ese instante, Arcadiy apareció en la verja.

Tiziano estiró sus piernas de manera chulesca y sin moverse, y el otro, cuando llegó hasta nosotros, me contempló desde su altura. Elevé mis ojos para encararlo. Estaba enfadado de verdad, como nunca lo había visto. Pensé que arremetería de nuevo contra mí, pero me sorprendió cuando se sentó en el otro extremo de las escaleras, a mi lado. Cogió la misma cajetilla de tabaco que Tiziano y sacó otro cigarro. En otras circunstancias les habría dicho que también podrían comprar tabaco, pero no era la ocasión para gastar una broma. Tampoco me apetecía.

—Otra vez lo has hecho.

La voz de Arcadiy hizo que entrecerrase los ojos, mirando al frente, como estaba. No contesté. Sabía a qué se refería: exactamente al momento en el que me marché de la fortaleza de Anker, dejándolo solo. Abandonándolo.

—Lo hice por su bien.

—Sí, claro. O por el tuyo —espetó con malhumor.

—No lo sabía —me defendí.

—¿Acaso hubiese cambiado algo su estado? —me preguntó con rabia.

Tiziano silbó como el que no quería la cosa, pero dejó de hacerlo cuando fijé mis ojos en él. Alzó las cejas con sorpresa e hizo una mueca con sus labios al saber que la patata caliente cambiaba de lado.

—No sé si hubiese cambiado algo o no, pero por lo menos cierta persona que yo sé podría haberme contado ese detalle.

—¿Os estabais viendo?

Noté el tono resentido de Arcadiy.

—¡Eh! A mí no me metas en tus mierdas. Solo lo hice por echarle una mano —miró a Arcadiy—, solo en trabajos. —Esa vez, alzó las manos al aire—. Y jamás abrí mi boca, ni para un bando ni para otro. Así que dejaos de gilipolces conmigo.

—No puedo creérmelo... —murmuró atónito Arcadiy—. ¿Micaela lo sabe?

—No. Igual que yo tampoco sabía nada de ella —contesté por él—. Simplemente, ha sido un alfil en medio de dos batallas.

—Un alfil que también ha sufrido por partida doble —espetó Tiziano, dolido.

Cerré mi boca al ser consciente de lo mal que tendría que haberlo pasado viéndola a ella y siendo conocedor de mi desesperación y amargura cada vez que nos encontrábamos. Volví mis ojos al horizonte sin saber qué decir a la vez que escuchaba a Arcadiy suspirar.

—Ryan llega mañana. —Silencio—. Y no será nada delicado. Ni siquiera lo intentará.

—Asumiré las consecuencias —concluí.

—Pues espero que tengas fuerza para ello —murmuró Tiziano, perdido en sus propios pensamientos.

Terminamos viendo cómo amanecía. Eran las cinco de la mañana cuando Tiziano apareció, y al final acabamos en la cocina bebiendo un café tras otro, tratando de aplacar el cansancio que

empezaba a apoderarse de los tres. Sabía que Arcadiy seguía resentido, pero intentaría por todos los medios que cambiase de opinión cuando se decidiese a escucharme.

—Tengo los planos y todo lo que necesitamos para entrar en el local de Angelo.

Arrugué el entrecejo, momento en el que el italiano se dispuso a contarme su brillante plan, el cual me cabreó más. Lo escuché con atención, pero me negaba en rotundo a aceptar que Micaela fuese a aquel sitio, ya que ese era un punto en común en cada una de sus propuestas.

—Ella no irá —sentencié.

—Dudo mucho que te haga caso —comentó Arcadiy con ironía.

—Me da igual. He dicho que no irá y no lo hará.

Mi tono sonó firme, pero no me pasó desapercibida la mirada que ambos se lanzaron. Sabían de sobra que no podría impedirlo, aunque con ello no cejara en mi empeño. No podía exponerse de aquella manera, y más estando en un estado tan avanzado.

—Tenemos que ir esta noche, cuando esté el ambiente en todo su auge. De esa manera, pasaremos desapercibidos.

—¿Has tenido contacto con Angelo alguna vez? —le pregunté.

—Sí —afirmó Tiziano—. Ya sabes que trae a la mayoría de las mujeres de Colombia, y necesita drogas casi siempre para eso.

—Y me imagino que tú le facilitas la tarea —añadí con amargura.

—Imaginas bien.

—¿Y cuál es el plan? —Lo miré.

Sacó varios documentos que había traído de su despacho y los dejó sobre la encimera de la cocina. Mientras los esparcía, iba enseñándonos algunos planos y varias cosas que nos serían de utilidad.

—Aquí está su despacho. —Lo señaló con el dedo—. Tenemos que llegar a él cuando esté entretenido.

—¿Y se puede saber quién se encargará de ese cometido?

Cabeceó varias veces con pesar, hasta que se señaló.

—Inventaré alguna excusa para hablar con él de material, ya sabes. —Movié su mano en el aire, quitándole importancia—. Seguramente, tendrá a varios hombres en la entrada de este pasillo. —Volvió a señalar otra zona—. Una vez que esté dentro con él, el resto es cosa vuestra. ¿Dónde está el friki? —Alzó una ceja al caer en la cuenta de que Riley no estaba conmigo.

—En un hotel —le contesté.

—Bien, eso quiere decir que lo tenemos de nuestro lado.

—En realidad, Eiren también ha venido.

No supe por qué motivo mi tono salió tan bajo y temeroso. Quizá por miedo a que me juzgasen sin saber. Y, en efecto, eso fue lo que sucedió cuando se contemplaron de forma interrogante, para después posar sus ojos en mí con detenimiento.

—¿Eiren? —preguntaron al unísono.

Asentí, y les conté quién era la susodicha. Ambos volvieron a mirarse dudosos entre sí, pero en cuanto vieron que yo mantenía mi mirada en ambos, desviaron las suyas y Tiziano carraspeó.

—Aquí arde Troya... —murmuró, mirando el plano, y cambió de tema con rapidez—: Cuando venga Ryan, lo dejaremos todo rematado y listo para esta noche.

La puerta de la cocina se abrió sin que lo esperásemos. Una Micaela recién levantada y con los ojos hinchados apareció tras ella. Se quedó petrificada al vernos a los tres, pero sobre todo al fijarse en mí. Antes de desviar su mirada hacia los demás con gesto amargo, pude comprobar

cómo pasaba una mueca de desprecio por su rostro. Sabía que no sentía eso, o por lo menos eso era lo que creía, lo que esperaba y lo que deseaba con todas mis fuerzas.

Tiziano se acercó a ella y depositó un beso en su cabeza como muestra afectiva. Ese gesto provocó que apretara los puños, y Arcadiy se dio cuenta. Yo era el que tendría que estar teniendo esos gestos con ella, no él. Sentí celos, para qué negarlo, celos y unas ganas descomunales de partirle la boca a Tiziano por besar algo que consideraba mío, algo que pensaba recuperar al precio que fuese.

—Has madrugado mucho, *bella*².

—No tenía ganas de seguir en la cama.

Abrió la nevera para coger el cartón de leche fría. Pasó por detrás de mí y me tensé de pies a cabeza. Joder, qué ganas tenía de poder abrazarla hasta que me faltase el aire... Sujetó un vaso de cristal con fuerza y se colocó al lado de su hermano, quien pasó una mano por su espalda con cariño, y otra punzada de celos me atravesó. No conseguía despegar mi mirada. Parecía no querer darse cuenta de ese detalle, pues no reparó en ningún momento en mi presencia.

—¿Has conseguido todo? —le preguntó con asombro.

—Sí, *ragazza*³, todo lo que necesitamos.

—Bien —añadió satisfecha.

Solté un fuerte suspiro que ocasionó que todos me mirasen. Todos menos ella.

—Tú no irás —sentencié.

Elevó sus ojos como una fiera, clavándolos de tal manera en mí que hizo que mi entrepierna apretase mi pantalón. Tomó un trago de su vaso de leche con tranquilidad y lo dejó con un suave movimiento sobre la encimera mientras sus ojos se mantenían firmes y altaneros.

—No estaba hablando contigo —añadió con arrogancia.

—Yo sí.

—¿Vas a prohibírmelo? —me vaciló.

Mi gesto se tornó más serio, y tuve que contenerme para no arrastrarla hacia el dormitorio y dejarla encerrada hasta que acabase el maldito día. De esa manera, estaba seguro de que no iría a ningún sitio y conseguiría que cambiase esa chulería por gemidos que inundaran toda la mansión.

—No. Directamente, no vas a ir —me reafirmé con tono autoritario.

Sonrió con malicia, sin romper la conexión tensa que ambos teníamos.

—Que te den por culo, Jack.

Fui a dar un paso hacia ella por su tono insolente, pero se quedó en un intento cuando la puerta de la cocina volvió a abrirse y un Ryan desencajado apareció. Primero miró a Micaela y después a mí. Apretó visiblemente los puños y Tiziano soltó una de las suyas:

—En mi cocina, os lo prohíbo. Os matáis en la calle, que me mancháis y rompéis todo, y después Cornelia se cabrea conmigo.

Interiormente, puse los ojos en blanco; Tiziano y sus tonterías cuando las cosas se ponían feas.

Micaela avanzó por la cocina hasta que llegó a su altura y lo sacó de allí como pudo. Ryan parecía una roca inamovible que no dejaba de fulminarme con la mirada. De hecho, si hubiese podido, me habría matado con ella.

—Se avecina tormenta.

—Tiziano, ¿nunca te callas? —le reproché.

—Mmm... —Se puso un dedo en la barbilla—. Sí ,a veces sí ,pero muy pocas¿ .Qué pasa?
—me preguntó como si nada.

Bufé por su gesto. De verdad que era un caso perdido; un puto loco perdido, que no era lo mismo.

Arcadiy se mantuvo al margen unos segundos, hasta que dirigió sus pasos hacia la salida.

—Voy a calmarlo, pero esto no implica que siga odiándote. —Me miró.

Asentí, agradeciéndoselo. Bastante tenía con intentar recuperar lo que era mío. Porque lo era. Porque lo decía yo. Y me daba igual que sonara prepotente.

—Cambia el pensamiento, Jack. Micaela ya no es como antes. —La voz de Tiziano me hizo desviar mi atención hacia él. Arrugué el entrecejo, sin entenderlo, hasta que continuó—: Cuando dañas a alguien, en la mayoría de las ocasiones creas un muro infranqueable. Y, querido amigo, has terminado por desatar a la bestia.

—Haré lo que haga falta.

—No estés tan seguro de ello. La abandonaste, Jack. —Me miró con rabia—. El club voló por los aires. La perra mala que era una de sus personas de confianza la traicionó. Se enteró de que Vadím, el mismo que la trataba como a una hija, era su verdugo. Y la dejaste. Sola. Embarazada.

—¡No lo sabía! —me desesperé.

—¡Pero lo demás sí! —Se puso a mi altura y dio un puñetazo en la encimera.

Pasé mis manos por mi rostro, histérico, y comencé a dar vueltas por la cocina como un león enjaulado y con una sola cosa en mente.

—La recuperaré. Sea como sea, ella vendrá conmigo —juré. El italiano negó con la cabeza. Detuve mis pasos para mirarlo con fijación, hasta que su rostro cambió al de la preocupación cuando sentenció—: Quiera o no quiera, vendrá conmigo.

No te necesito para respirar

Micaela Bravo

—Tranquilízate. Estoy bien. —No soné convincente.

Bufó como un toro mientras se pasaba una de sus enormes manos por el mentón con desespero. Temí lo peor cuando aprecié que las venas de su cuello comenzaban a hincharse.

—Suéltame y estarás mejor cuando acabe con esa escoria —siseó entre dientes.

—Ryan, tú mismo me has dicho siempre que no hay que actuar en caliente. Déjame a mí.

Mentía como una bellaca. Lo único que deseaba era tirarme a sus brazos, y sabía que la fachada que estaba intentando mostrar exteriormente duraría menos de lo que pensaba, aunque le hiciese el daño suficiente como para que me odiara por un tiempo, pero no tenía ganas de que se enzarzaran en otra pelea que podía acabar peor que la anterior. Arcadiy, a fin de cuentas, le tenía aprecio. Ryan... no era lo mismo. Él lo odiaba igual o más que yo.

La puerta de la cocina se abrió y por ella salió mi hermano, intentando establecer paz:

—Ryan, cálmate.

La respuesta de Ryan fue un gruñido que no dejó lugar a la imaginación mientras se movía de un lado a otro con unas enloquecidas ganas de matar. La puerta volvió a abrirse sin darme tiempo a pronunciar otra palabra. Jack salió con el rictus serio y tenso. Ryan le lanzó una mirada de advertencia a la vez que daba un paso hacia él. Sujeté su brazo como pude, sin tener éxito a la hora de detenerlo. Se quedó a escasos milímetros de su rostro, y pude escuchar un ronco gruñido que me alteró. Me quedé casi entre los dos, tirando del brazo de Ryan, que parecía una jodida roca.

—Esto no va a quedarse así, soplapollas. —Apretó su mandíbula—. En algún momento, ella no estará delante, y será entonces cuando te romperé todos los huesos que tienes en el cuerpo.

Jack no contestó a su provocación, pero supe que poco le quedaba para perder los nervios cuando comprobé su rostro a punto de estallar. Caminé junto a Ryan, quien, a grandes zancadas, llegó hasta la habitación del otro pasillo, donde casualmente estaba la de Jack. Abrió la puerta hecho un basilisco, y tuve que sujetarla con fuerza para detener el golpe antes de que se estampase contra mi nariz.

—Ryan...

Tiró la bolsa sobre la cama. No giró su rostro en ningún momento, concentrado como estaba en sacar la ropa como un vendaval. La amontonó sobre la cama de malas maneras. Llegué a su altura y sujeté su mano con calma. Aprecié que en sus ojos había un fuego abrasador cuando desvió la atención una milésima.

—Le he insinuado que el bebé no es suyo —murmuré avergonzada en ese instante por el arrebató del día anterior.

Apretó los dientes y resopló. Le dio un manotazo a la ropa, se sentó en el borde de la cama y se pasó la mano por la frente.

—¿Y crees que se lo ha creído?

—No.

Asintió con lentitud. Miró al techo y volvió a soltar un fuerte resoplido.

—¿Qué vas a hacer? —me preguntó, temiendo mi respuesta.

—¿Ahora? Seguir como estoy.

—Pero sigues queriéndolo —puntualizó.

—Mucho.

Repitió el gesto afirmativo con un movimiento de su cabeza y tomó mi mano con más fuerza.

—¿Has dejado que se explique? —Negué. En realidad, no, no lo había hecho, ni siquiera habíamos tenido una conversación. El odio me cegó, e imaginé que, por su parte, el miedo fue lo que hizo que actuara de esa manera—. Entonces, hasta el momento...

—De momento seguiré dejando que mi rabia salga de paseo.

—No juegues con fuego..., que puedes terminar quemándote.

»Lo mismo que me dijo Jack ,«pensé.

—Será una quemadura digna de llevar. Sabes que me gusta chamuscarme si la situación lo requiere —añadí con ironía.

Un silencio se creó entre nosotros mientras lo contemplaba a través de mis pestañas. Le sucedía algo. No sabía cuál era el motivo principal, hasta que me lo dijo sin necesidad de que le formulara la pregunta:

—Lili se ha ido. —Arrugué el entrecejo al no entenderlo—. Estamos separándonos —continuó.

La que suspiró entonces fui yo, sin saber qué contestarle. Un leve «Vaya... «salió de mis labios en un murmullo apenas audible. Ryan volvió a pasarse la mano por la barba de varios días.

—¿Qué ha pasado? Si quieres hablar de ello...

—Según ella, paso demasiado tiempo fuera de casa. —Rio con amargura—. Como si ella estuviera todos los días... Me mudo, dejo Barcelona, me olvido de todo, cambio de aires, y ahora encima quiere separarse —escupió con rabia—. No hay quien entienda a las mujeres.

Intenté romper la situación incómoda que estaba creándose:

—Eso es porque no te enamoraste de mí... Lo siento, Ryan.

Sonrió ante mi primer comentario, y me alegré de sacarle una diminuta sonrisa. Extendió su brazo para arropar mis hombros con él y me juntó a su cuerpo. Me dio un beso con cariño en la cabeza y añadió, con ese tono bromista que lo caracterizaba:

—Tú tampoco te enamoraste de mí, sino de un soplapollas al cuadrado.

Reí.

—¿Por eso has estado tan distante? —le pregunté, recordando mi metedura de pata al no interesarme por sus constantes cambios de humor.

—Sí. Aunque, si te digo la verdad, era algo que me esperaba tarde o temprano.

—¿Entonces? ¿Por qué te molesta tanto? —No lo entendía.

—Porque lo he hecho todo, o casi todo, Mica, y aun así no es suficiente. Creo que tiene a otro.

—¿Cómo lo sabes? —Arqueé una ceja con sorpresa.

Me guiñó un ojo.

—Recuerda que tengo mis fuentes.

—Algún día tendrás que contarme de dónde sacas tantas fuentes. —Ese tema me tenía realmente intrigada, pero nunca había soltado prenda—. ¿Piensas hacer algo?

Negó.

—Dejar que sea feliz con otro. Si ahora mismo lo es, mejor para ella.

Suspiré, a sabiendas de que, por muy fuerte que pareciera, interiormente estaba sufriendo y no quería mostrarlo al mundo, pero a mí no podía engañarme. Solté un pequeño quejido cuando un dolor se instaló en mi bajo vientre.

Ryan me miró asustado.

—¿Estás bien? —Cogió mis hombros con ambas manos, girándome.

—Sí. Este pequeño se mueve mucho. —Chasquéé la lengua, para después cambiar mi gesto por una sonrisa.

—O pequeña —añadió.

—O pequeña —repetí sonriendo.

En realidad, no me importaba el sexo, solo quería que llegase sano y salvo. Lo demás ya lo afrontaría cuando llegase. No había querido saberlo. Algunas veces me arrepentía de mi decisión por culpa de los tres que vivían conmigo, que se empeñaban en que había que comprar muchas cosas como para enterarse a última hora. No quería adelantar nada, y por ese motivo, al final, me olvidaba de sus comentarios matutinos.

Me encaminé hacia mi habitación y llegué hasta el cuarto de baño, donde dejé que el agua de la ducha cayese con fuerza hasta conseguir la temperatura deseada. Me quité la ropa, me metí y me solté el pelo. Necesitaba despejar la mente para esa noche. De lo contrario, tantas emociones en tan poco tiempo me pasarían factura. Sentí otro pinchazo en el mismo sitio que el anterior, solo que con un poco más de intensidad, lo que provocó que apoyara mis manos en los azulejos para poder coger una gran bocanada de aire.

Un buen rato después salí de la ducha. Me envolví en una toalla blanca que ajusté a mi cuerpo como pude, porque no me cerraba del todo. Desde mi cadera hasta mitad del muslo, una gran abertura se abría sin dejar lugar a la imaginación. Me dirigí al dormitorio, dejando que una gran nube de vaho saliera por la puerta del baño, y llegué al pequeño armario de una de las esquinas de la estancia sin reparar en ningún punto concreto de la habitación, hasta que sentí un escalofrío recorrerme la columna. Me giré de sopetón cuando un movimiento, ocasionado por alguien, me sobresaltó. Mis ojos se abrieron en su máxima extensión, y me llevé una mano al pecho al verlo recostado en la puerta con una pose sugerente.

Su pierna estaba flexionada, apoyada sobre la madera, mientras que sus brazos permanecían fuertes, tersos y cruzados entre sí. Tenía sus destellantes esmeraldas clavándose en cada parte de mi figura, reparando más de la cuenta en zonas que deseaba proteger a toda costa. Tragué saliva con dificultad al ver su escrutinio, que me caldeaba más de lo que deseaba, e inevitablemente me puse a la defensiva:

—Márchate de mi dormitorio. Ahora.

Mi voz sonó firme y fría, aunque sabía que no deseaba por nada del mundo que hiciese tal cosa. Ignorando mi comentario, bajó su pierna hasta que tocó el suelo y, con pasos decididos, avanzó hacia mí sin mediar palabra. Retrocedí involuntariamente, viendo que se aproximaba y que

quedaba menos distancia entre ambos, hasta que mi espalda chocó con la fría pared. Lo contemplé altiva, con mis labios sellados y apretados, rogando mentalmente que por favor no se acercara más.

—¿Nerviosa? —me preguntó, arqueando una ceja.

Suspiré con dificultad, intentando evitar que el nerviosismo se hiciera patente y que él lo notara. Le contesté desafiante:

—Ni en tus mejores sueños.

Se colocó frente a mí, dejando una distancia demasiado corta, tanto que, si daba un paso más, chocaría con mi vientre. La toalla pareció querer escapar de mi cuerpo cuando tomé una gran bocanada de aire, pero la sostuve entre mis dedos sin titubear, presionándola.

—Puedo asegurarte que en mis sueños siempre estás tú.

»No, no, no, no... —me repetí como un mantra—. No caigas, no lo hagas».

—Pues espero que sepas aprovecharlos mejor que en la vida real —le espeté con arrogancia.

»Qué guapo está...«

La toalla volvió a hacer de las suyas por el otro extremo, y antes de que cayera, dejando un costado de mi cuerpo al descubierto, las manos de Jack la cogieron, rozándome a conciencia.

Un escalofrío me recorrió el cuerpo de pies a cabeza, pero mis manos no obedecían ninguna orden directa de mi mente. Lo miré con intensidad, entreabriendo los labios cuando su mano comenzó a descender por el lateral que había quedado descubierto, lo que hizo que la toalla quedara arremolinada a mis pies. Aproximó su rostro al mío, quedándose a una distancia tan corta que llegaría a rozarlo si se me ocurriera abrir la boca. Noté que mi cuerpo se movía cuando un suspiro me atravesó sin poder controlarlo, momento en el que sus labios me acariciaron lo justo y necesario. Bajaron por mi mejilla hasta llegar a mi cuello, donde se detuvieron y se pasearon por encima de mi piel, erizándola.

Escuché a la perfección cómo aspiraba mi olor. Sin verlo, sabía que estaba cerrando los ojos. Podía notar su figura tensa e impaciente por tocarme de cualquier manera, pero no estaba dispuesta a permitirselo. Mi mente reaccionó a tiempo al notar que sus labios se entreabrían para besar mi piel, y me separé con un gesto de desprecio que no deseaba ni por asomo. Elevó sus ojos hasta posarlos sobre los míos de manera intimidante y colocó ambas manos en la pared, dejándome atrapada entre ellas y su abrumador cuerpo.

—Mírame —me ordenó cuando desvié mis ojos hacia otro punto de la habitación. Sentí que me quemaban; no sabía si de rabia o de las ganas que tenía de rendirme por primera vez en mi vida. Apreté la mandíbula, obviando su petición, hasta que volví a escucharlo con más firmeza, recalcando con rudeza—: Mírame.

Moví mi rostro lo suficiente para contemplarlo con chulería y me encontré con unas esmeraldas que refulgían más fuego que el de un volcán en erupción. Achiqué los ojos a la espera de una sola palabra. Se acercó hasta que sus labios rozaron los míos.

—Te falta el aire... —musitó, a sabiendas de lo que las constantes sacudidas de mi pecho daban a entender.

—No te necesito para respirar —le aseguré altanera.

Sin moverse ni un ápice, sus ojos se clavaron en mí como puñales. Tenía frío, mis pezones comenzaban a erizarse, y no era solo por la brisa que entraba por la ventana, sino por la cercanía del hombre que se encontraba delante de mí con aquel porte enloquecedor. Pensé que se apartaría cuando bajó uno de sus brazos hasta dejarlo situado al lado de su costado, pero no fue así, y sus palabras volvieron a crear ese nudo tan particular en mi garganta:

—Yo sí.

Lo miré, traspasándolo, como él acostumbraba a hacer conmigo. ¿Qué cojones contestaba a eso? ¡No podía caer tan rápido, no de esa manera! Reuní todo el valor que fui capaz, dada la situación, y puse una mano en su pecho. Sentí que ardía; incluso creí que podía escuchar los latidos de su corazón, que tan próximo estaba a mi mano.

Lo empujé con suavidad, sin conseguir que se moviera ni un milímetro. Mi boca buscó el aire que le faltaba cuando volvió a acercarse de esa manera tan peligrosa, y la Micaela dañina volvió a resurgir:

—Para rozarme siquiera, vas a tener que pedir cita con antelación. Y, ahora —lo miré retadora—, no estoy disponible.

Conseguí salir de su encerrona cuando su rostro me contempló con asombro y confusión, y encaminé mi cuerpo desnudo hacia el interior del cuarto de baño. Cerré la puerta con pestillo, por si se le ocurría venir tras de mí. Coloqué una mano en mi pecho, sintiendo que mi corazón galopaba a una velocidad frenética, y solo respiré aliviada cuando escuché la puerta de la habitación cerrarse.

La noche cayó sobre nosotros y, con ella, todas las inquietudes pertinentes al saber que había llegado el momento de ir al local de Angelo. Me puse un vestido negro con algo de vuelo, disimulando mi barriga —aunque sabía que era un detalle que poco podría ocultar si uno se acercaba lo suficiente—, y me coloqué un abrigo de tres cuartos del mismo color para protegerme de las frías temperaturas. Cuanta menos gente supiese que estaba embarazada, mejor.

Contemplé desde la cama los altos tacones y resoplé por las pocas ganas que tenía de ponérmelos. Tenían el tacón cuadrado y una gran plataforma en la parte delantera, pero eso no quitaba que cualquier traspie que diese pudiera ser peligroso. Aun así, no podía presentarme con unas zapatillas de deporte o descalza.

Abrí la puerta de la habitación y escuché las voces procedentes del salón, incluida la de Jack, que discutía algo que no entendía con Tiziano. Al llegar al marco de la puerta, vi que estaban cogiendo las suficientes armas por si la cosa se ponía fea, y sujeté la mía bajo la atenta mirada de todos los que estaban en el salón, momento en el que reparé en que Riley también se encontraba allí.

Abrió los ojos como platos. Después, posó su vista en mi vientre, para, a continuación, volver a mirarme con sorpresa. Avanzó con cautela hasta mí, y yo, sin querer evitarlo, me tiré a sus brazos, sabiendo que ese gesto le dolería a Jack, pero fue un impulso que no pude reprimir. Su mano se colocó en mi pelo con cariño mientras depositaba un suave beso en mi mejilla. La cara de su amigo se contrajo; desvió sus ojos hacia otro punto y apretó los dientes con fuerza.

—Te he echado de menos —musité para que no me escucharan.

—Veo que tenemos muchas cosas de las que hablar. —Se separó de mí.

Queda, asentí, sabiendo el camino que terminaría tomando la conversación, y con una simple mirada, le indiqué que la tendríamos en otro momento. Sonrió con tristeza al ser consciente de la cara de Jack. Obvié ese gesto enmascarando mi rostro con las facciones más duras de las que era capaz.

—Bien —los miré—, ¿cuál es el plan?

—El plan es que tú te quedas aquí. Ve a cambiarte.

La voz de Jack resonó en todo el salón, lo que provocó que un silencio sepulcral no tardara en

llegar. Miré a Tiziano, ignorando el comentario anterior y a su autor, quien se balanceó con sus pies hasta que sacó las manos de los bolsillos y habló:

—Yo entraré en el local y preguntaré por él. Los demás buscaréis la fabulosa entrada para llegar al pasillo que conduce a su despacho cuando os dé la señal y lo tenga todo bajo control. Ya sabéis los puntos en los que tendrá hombres guardando la entrada.

—Veo que lo habéis pensado todo sin contar con nadie —espeté malhumorada.

—¿Estás oyéndome?

Jack dio un paso en mi dirección. Lo esquivé, poniéndome al lado de Ryan, pues sabía que no ocasionaría un enfrentamiento a punto de marcharnos a Dios sabía dónde. Todos los contemplaron, tanto a uno como a otro. A Jack se le hinchaban las aletas de la nariz, pero me dio igual.

—¿Qué estamos buscando? —le preguntó Ryan, en desacuerdo total con que yo me involucrase dentro de ese grupo. Aunque no lo dijo.

Sentí los ojos de Jack fulminarme. Adara apareció de la nada y se colocó a mi lado. El italiano detuvo su explicación, observándola.

—Buscamos el punto de encuentro con Vadím. Vamos a ciegas, pero imagino que una reunión de tal calibre deberá tenerla programada. —Miró a la rubia que había a mi derecha y frunció el ceño —. ¿Se puede saber exactamente que va a hacer la niñata con nosotros?

Imité su gesto por la manera que había tenido de dirigirse a ella.

—Adara se quedará en el sitio que decidamos para mantener las conexiones.

—La furgoneta está a punto de llegar. —Riley contempló su reloj—. De hecho, creo que tiene que estar ya en la puerta.

Lo inspeccioné. Si estábamos todos en el salón, ¿quién faltaba? La voz de Carlo, el hombre de confianza de Tiziano, resonó, haciendo que todas las miradas recayeran sobre él.

—Hay alguien en la puerta esperando —pronunció al vernos expectantes.

Pude ver la confusión en Adara, al igual que ella la atisbó en mí. Cargué mi arma cuando comenzaron a salir de la estancia y me marché antes de que Jack, el mismo que no me quitaba los ojos de encima, pasara por mi lado. Al llegar a la calle, agarré mi abrigo con fuerza cuando el frío acribilló mis mejillas sin piedad. Una enorme furgoneta estaba aparcada en la entrada de la mansión. Desvié mis ojos hacia Tiziano, que evitó mi mirada, gesto que no entendí hasta que nos colocamos delante.

Del vehículo bajó una chica rubia y bastante guapa que buscó a alguien de entre todos los que salíamos de la casa. Antes de darme tiempo a adivinar a quién se dirigía, aprecié que sus ojos brillaban expectantes cuando Jack pasó por mi lado en su dirección.

Una sensación hasta ahora desconocida me atravesó el pecho, y noté que todos los ojos se dirigían a mí y a ella, como si estuviesen en un partido de tenis en el que las rivales fuéramos ambas. Jack llegó a su altura, quedándose a escasos milímetros de ella, y la chica levantó su rostro para poder mirarlo. Era bajita de más, y él un gigante.

Tragué saliva cuando ella le regaló una sonrisa llena de promesas y cuando los labios de Jack se curvaron antes de que su rostro comenzara a descender hasta su boca. Lo que pudo venir después me lo supuse, ya que me giré hacia el otro extremo del patio, donde esperaban el resto de los coches. Sentía un nudo en el estómago que me impedía respirar, y lo único que escuché de la boca de la imbécil que acababa de llegar, antes de abrir la puerta del vehículo, fue:

—Te he echado de menos.

Apreté los dientes con tanta fuerza que pensé que se me partirían, y me metí con la rabia recorriendo mis venas. Desvié la vista hacia otro punto, a través de la ventanilla, mientras Tiziano

se subía en completo silencio. No era capaz de mirar. No quería mirar, o sacaría la pistola y me liaría a tiros como una jodida demente. «No, no, no, no, no», me repetí con los ojos clavados en un muro de piedra.

El rugido del coche no tardó en aparecer. Adara se subió en otro junto con Ryan y Arcadiy, cosa que agradecí. Al pasar por la furgoneta, pude ver que Riley se ponía al volante, y también que la chica se encontraba colgada del brazo de Jack. Su otra mano tocaba su cintura por detrás, instándolo a subir. Resoplé sin poder evitarlo.

—¿Celosa? —me preguntó con tono bromista.

—Tiziano, no me hables.

—Él se lo pierde. Es una cría. Ignóralo.

—Déjame.

No lo miré. Seguía inmersa en mis pensamientos. ¿Me había abandonado por irse con otra? Entonces, ¿a santo de qué venía todo el numerito montado en la mansión? No entendía nada, pero tenía claro que le daría con la puerta en las narices si pensaba que podía recuperar algo de lo que en otra ocasión fui. Y lo peor de todo y lo que más me remató, ¿me habría abandonado por esa niñaata? No daba crédito a mis pensamientos, y si no trataba de darle el margen necesario para no volverme loca, la noche iría de mal en peor.

Una hora después llegábamos al dichoso local que se encontraba en el centro de Palermo, a las afueras de la ciudad, en completo silencio. Estaba tan cabreada que me era imposible hablar, ni siquiera pronunciar una palabra, hasta que me di cuenta de que no estábamos haciendo las cosas bien. No sabíamos siquiera si tendrían «algo», por así llamarlo, donde pudiéramos comprobar el día y la hora de esa reunión, así que por mi cabeza pasó un acontecimiento que se nos había pasado por alto.

—¿Recuerdas que Angelo volvió a buscarme después de mi primer plan fallido para negociar con él?

Desvió la vista de la carretera unos segundos y me miró confuso justo cuando aparcaba en la entrada trasera. Era una buena ubicación para pasar desapercibidos.

—¿En qué estás pensando? —me preguntó con preocupación e interés.

—No podemos entrar como si nada, montar un revuelo y después no saber qué tenemos que buscar.

—No veo otra forma de hacerlo. Entramos, cogemos lo que encontremos y después investigamos. —Movié sus manos en el aire—. Como he dicho antes, no tenemos nada claro. No sabemos si hay información de la reunión, si no. No sabemos nada. Pero lo que sí tenemos claro es que debemos ir un paso por delante del poli.

—¿Y si nos descubren? —Lo contemplé con atención—. Si te descubren.

—Pues... —pensó—, entonces, tenemos un problema.

—Es un riesgo innecesario.

Ví que varias personas se movían en el exterior y que todos se subían a la gran furgoneta que había delante de nosotros.

No miré. No quería mirar.

—¿Y qué propone esa mente perversa? —Desvió sus ojos del vehículo a mí.

—Yo entraré.

—Micaela —se alteró—, no estás en condiciones de...

—Ya está bien de decirme qué debo o no hacer. He dicho que iré yo, y no hay más que hablar. Además, creo que tú y yo tenemos una conversación pendiente.

Decidida y sin darle tiempo a réplica, bajé y caminé en dirección a la furgoneta mientras oía que Tiziano decía una palabrota tras otra gracias a mi estupendo plan y el desinterés que estaba mostrando por escucharlo, pero no me importó. Abrí la puerta con aires de suficiencia y mis ojos se clavaron en la mano que acariciaba con lentitud y adoración la espalda de Jack. Él estaba sentado frente a dos ordenadores, justo a su lado se encontraba Riley, y tras Jack, la puta niñaata inclinada hacia delante, dejando que sus pechos se asomaran más de la cuenta por el escote pronunciado de su camiseta.

Sus ojos se clavaron en mí —los de ambos, en realidad—, y atisbé una señal de diversión en el rostro de Jack, cosa que me encabronó. Una mirada fugaz y llena de amenazas destelló de mí en dirección a la rubia, quien, presa del miedo, apartó sus ojos de los míos. Y ese gesto me gustó, pues si me temía, todavía no me conocía de verdad.

Me fijé en la chica. Era delgada, con unas curvas tonificadas y marcadas. Sus ojos eran marrones y su melena lucía suelta a la altura de los hombros. Cuando di un paso hacia el interior, Tiziano entró detrás de mí como un vendaval, despotricando todo lo que se le venía a la boca. Al escucharlo hablar, Ryan se tensó y me miró, negando con la cabeza, momento en el que todos los que estaban en el vehículo me contemplaron como si hubiese perdido el juicio, incluido Jack.

—Es la mejor opción que tenemos. No podemos hacer esto a la ligera, o tendrá grandes consecuencias para Tiziano como salga mal —añadí molesta, viendo la negativa del personal.

—Pero ¿estás oyéndote? —La voz de Arcadiy resonó por encima de las demás. Incluso Adara se atrevió a opinar, y no calló bajo mi mirada reprochadora por ponerse de parte de ellos.

Jack se mantuvo al margen, serio y sin pestañear, al contrario que Riley, que se negaba a que entrase, como los demás. Cuando el tiempo se me hizo más que eterno entre discusión y discusión, viendo que no llegábamos a ningún acuerdo mientras todos opinaban y discutían como gallinas, agarré la manivela de la puerta para salir, pero las manos de Tiziano me lo impidieron.

—Iré contigo. —Me miró serio—. Me quedará merodeando por el local. —Lo fulminé con los ojos—. No me acercaré a ti a no ser que sea necesario, pero no puedes ir sola.

Agotada, suspiré por tanta tontería.

—Está bien, pero no te acerques, o sospechará.

—Él ya sabe que eres quien le pasaba la droga en el club, ¿es absurdo! —añadió Ryan con desesperación.

—Intentaré que no me vea —puntualizó el italiano.

—¿Y si lo hace? —le preguntó de nuevo con enfado.

Tiziano y yo nos miramos. No podíamos correr ese riesgo tampoco, y empezaba a darme cuenta de que todo había sido demasiado precipitado. Pero ya era tarde. Estábamos allí, y no podíamos desaprovechar la oportunidad antes de que Angelo se marchase de nuevo a Colombia.

Sujeté de nuevo la manivela, con más fuerza si cabía, y abrí. El italiano salió delante de mí, pero antes de que pusiera un pie en la calle, la mano de Jack tiró de la puerta para cerrarla. Me giré como un basilisco, llena de rabia.

—Te he dicho que no irías. Y no lo harás —sentenció.

Le pegué un fuerte empujón a la chapa y se abrió de par en par. Apreté mi mandíbula y, acercándome con peligrosidad a su rostro, siseé:

—Que te jodan a ti y a tus prohibiciones, Jack.

Te odio

Caminé a una distancia prudencial de Tiziano. Él se quedó en la puerta como el que no quería la cosa, hasta que uno de los porteros de la entrada le dio paso, saludándolo con una sonrisa en la cara.

Mientras esperaba a que entrara, recordé el estado paralizante en el que se había quedado Jack cuando escupí aquellas palabras con toda la ira que fui capaz de reunir antes de salir. Supe que estuvo clavándome los ojos hasta que giré la esquina, tras la que me perdió de vista, y oí un gran portazo que por poco no reventó los cristales de la furgoneta.

—¿Me escuchas bien? —La voz de Riley sonó al otro lado del pinganillo que me había colocado estratégicamente.

—Sí —me limité a responder.

—Estoy dentro. Angelo está aquí.

Tiziano dio el pistoletazo de salida. Dirigí mis pasos hacia el mismo hombre que le había dado paso al italiano. El gigante me miró con una sonrisa lasciva, lo que me produjo asco considerable que se mostró en mi rostro.

—Tienes que esperar la cola, guapa.

—No tengo que esperar nada, imbécil. —Esa palabra no le gustó. Frunció el ceño y dio un paso hacia delante—. Llama a tu jefe y dile que Micaela Bravo quiere verlo.

Lo contemplé altiva. Presionó el pinganillo de su oreja derecha y repitió mi nombre con cierto enfado. Segundos después, abrió el cordón rojo para darme paso. Anduve sin quitarle los ojos de encima y entré en el local.

La música atronadora resonaba de tal manera que incluso me molestaba. Miré a mi alrededor, y no pude evitar sentir un halo de añoranza al recordar lo que había vivido durante tantos años en mi club. Recorrí la sala con la mirada, hasta que la detuve en una de las barras más alejadas de la pista de baile y los reservados. Estaba segura de que no tardaría en venir a mí, y rezaba para que el plan saliera tal y como lo tenía pensado.

Me coloqué en uno de los taburetes y un camarero se acercó a mí con premura para tomar nota de mi bebida. Pedí un refresco y esperé impaciente a que apareciese. Entonces, la voz de Tiziano

me sobresaltó:

—Se dirige hacia ti.

Se escuchó un gruñido por parte de Jack en el pinganillo, y no pude reprimir los instintos asesinos que estaba produciéndome cada vez que abría la boca para llevarme la contraria. ¿Por qué se molestaba si, por lo que me pareció, estaba con aquella rubia tonta?

Sentí la presencia de Angelo en mi espalda y todo pensamiento hacia Jack se disipó. No se hizo de rogar cuando una de sus manos se posó en el lateral del taburete y me giró de cara a él. Lo observé con detenimiento; seguía igual de atractivo o más. Su pelo castaño se había oscurecido, y sus ojos estaban aún más negros de lo habitual. Sencillamente, era un pecado para la vista.

—Micaela Bravo. —Recalcó mi nombre como si estuviera acariciándolo con las manos—. ¿A qué debo el honor de tu visita?

Sonreí con ironía, sin despegar mis ojos de los suyos, que me devoraban como la primera vez que nos vimos.

—Tengo entendido que viniste a buscarme.

—En efecto.

Me repasó de los pies a la cabeza con su felina mirada sin dejarse un solo rincón por recorrer. Tomé la posición más sensual que pude y me mojé los labios en un acto reflejo por tentarlo como solo yo sabía. Todos los hombres funcionaban igual.

Tiziano se encontraba en el otro extremo de la sala, por lo que no volví a dirigir mis ojos hacia ese punto para no ser descubierta. Comprobé que sobre mi cabeza había una cámara que, posiblemente, nos enfocaba directamente a Angelo y a mí, por lo que Riley tendría las vistas necesarias; Riley y quien no era Riley.

—Pues aquí me tienes. Te escucho —le dije convencida.

Sonrió, mostrándome su perfecta dentadura blanca. Con desconfianza, se aproximó hasta quedar a escasos centímetros de mí, rozando mis rodillas. Mantuve mis pies apoyados en el metal del taburete, sin menearme ni un ápice.

—¿Y para qué se supone que me buscas ahora? Sé que tu local voló por los aires.

Me miró desconfiado, haciendo un gesto con las manos como si de una explosión se tratase, pensando que me había cazado. Pero lo que Angelo no sabía era que yo tenía más salidas. Escuché resoplidos al otro lado del pinganillo. Reí después de sus palabras, cosa que no entendió, y su rostro denotó confusión.

—¿Por casualidad no sabrás quién lo hizo? —Alcé una ceja con sarcasmo.

—Puedo tener una ligera idea. —Pegó su cuerpo al mío, y entonces se dio cuenta de la sorpresa que albergaba mi vientre cuando el suyo quedó completamente encajado entre mis piernas—. Vaya, no sabía que estabas embarazada. —Me contempló, esa vez con más deseo. Con lentitud, se acercó a mi oído—. Y tengo que reconocer que las embarazadas me ponen mucho, *ragazza*.

Una pequeña carcajada que emergió de mi garganta lo hizo sonreír. No me moví. Quería apresararlo en mis redes, y no tardaría en hacerlo si seguía por el mismo camino. Me fui por otros derroteros:

—Tengo pensado abrir otro local en Barcelona y, como comprenderás, necesito chicas que empiecen de cero en él.

—Mmm... —Se puso un dedo en la barbilla, pensativo—. ¿Piensas aceptar el porcentaje que te ofrecí?

Sin moverse del sitio, me observó con delirio, tanto que pensé que de un momento a otro se

abalanzaría sobre mí. Volví a mojar mis labios, esa vez sin apartar mi mirada insinuante de él, y negué con la cabeza tras hacer un pequeño ruido al separarlos que apenas se escuchó por culpa de la música.

—No. Ya sabes que no soy una mujer fácil —lo contemplé con picardía— respecto a ese tema. Tendremos que negociarlo de otra forma y llegar a un acuerdo.

Durante un momento, sus ojos se desviaron por la sala y temí que diera con Tiziano, pero me di cuenta de que mi italiano era más listo y se movía sin perder detalle. En la sombra.

—Se me ocurre una genial idea para negociar ese trato —anunció tras un breve silencio por su parte que me desesperó—. Si al padre de la criatura no le importa, claro.

Colocó una de sus manos en mi muslo y comenzó a ascender hasta llegar a mi mejilla, delineándola con un claro deseo reflejado en sus ojos. Pude apreciar un enorme bulto entre sus piernas, así que me acerqué lo poco que pude, rozándome. Despacio, llevé mi boca hasta su oído de la misma manera que lo había hecho minutos antes él y musité con voz ronca:

—El padre de la criatura ni siquiera sabe que existe, así que poco le importará.

Giró su rostro lo necesario para quedar demasiado cerca de mis labios y me contempló expectante, a la espera de una respuesta. Sus ojos vacilaron entre mi boca y mi mirada. Poco después, carraspeó y se alejó de mí lo suficiente para pensar.

Lo tenía en el bote.

—Tengo un trato menos importante que cerrar, pero... —Me observó con fiereza y desespero—. Espérame aquí diez minutos y volveré.

Sus palabras sonaron a promesas indecentes que me calentaron sin poder evitarlo. Aun así, tampoco pensaba dejar pasar la oportunidad aunque tuviese que acostarme con él con tal de conseguir mis propósitos, y más sabiendo que era uno de los hombres con los que más contacto tenía Vadím últimamente. También podría sacarle su paradero; de esa manera, mandaría a Aarón a la mierda antes de lo esperado. Mataría dos pájaros de un tiro. Y eso me gustaba.

—Eso haré —le confirmé.

Antes de marcharse, se giró con rapidez y retrocedió sobre sus pasos. Yo me encontraba en la misma posición. Se aproximó de manera peligrosa, acercó su rostro y estampó sus labios contra los míos de manera salvaje. Me dejé llevar por el beso frenético, haciendo que su impaciencia aumentara por segundos. Sentí su lengua recorriendo cada resquicio mientras su miembro se apretaba contra mí. Sus manos subieron por mis muslos, deseosas de arrancarme el vestido que impedía que tocara mi cuerpo, y acerté con sus sensaciones cuando apretó mi cintura con ahínco.

Escuché un revuelo seguido de voces y palabras incoherentes a través del pinganillo, y supe que era Jack el que perdía los papeles de nuevo, pero poco me importó. Lo que haría a continuación lo jodería más todavía.

Le pagaría con la misma moneda; eso lo tenía claro.

—Resérvame la noche entera, *ragazza*.

—Lo haré... —puntalicé sensual.

Dio media vuelta y comprobé que se perdía por uno de los laterales de la sala, desapareciendo entre la multitud de gente. Antes de girarme hacia la barra para esperarlo, tomé una gran bocanada de aire y dije:

—Marchaos. Cuando termine, iré a la mansión. No me esperéis.

—Micae...

La voz de Ryan se quedó en el aire al desconectar el pinganillo. Lo tiré al suelo, para después pisarlo, hacerlo añicos y apartarlo con un leve movimiento de mis pies de donde me encontraba.

Me senté a la espera de que Angelo volviese de nuevo.

Segundos después, porque no llegó a pasar ni un minuto, sentí que alguien respiraba con tanta fuerza en mi oído que me alteré al saber quién era. Sujetó mi brazo con brusquedad y tiró de mí como si no fuese más que una muñeca de trapo en sus manos. Miré a ambos lados, esperando no encontrarme con Angelo, o todo se iría a la mierda por la maldita cabeza del demente que me arrastraba hacia la salida.

—¡Suéltame, imbécil! ¡¡Vas a joderlo todo!! —Arañé su brazo como pude.

Se volvió con los ojos inyectados en sangre y acercó su rostro al mío. Sin embargo, no pronunció ni una sola palabra. Simplemente, abrió la puerta trasera del local y siguió con su arrastre hasta que llegamos a uno de los coches, que, casualmente, ya estaba allí. Busqué con la mirada desesperada a los demás, pero no vi a nadie. ¿Dónde cojones estaban? No grité ni dije una sola palabra. Cualquiera podría vernos, y entonces estaría todo perdido. Pero si no entraba, el paripé no habría servido para nada.

Jack abrió la puerta del coche con malas formas y me empujó hasta que entré. Cerró con fuerza, haciendo que el golpe resonara en mis oídos, se metió, arrancó y salió de allí quemando ruedas. Se incorporó a una de las carreteras que no tenía ni idea de adónde nos llevaba y me giré para encararlo.

—¿Se puede saber qué demonios haces? ¡Da la vuelta, insensato! —No me contestó, cosa que me enfureció más—. ¡¡Que des la vuelta— !!!chillé desencajada—. ¡Vas a joder todo lo que he hecho por imbécil! —Lo miré fuera de mí.

Sus ojos se desviaron hasta que me enfocaron, y en el mismo tono o peor que el mío, respondió:

—¿¡Y qué se supone que ibas a hacer¿¡¡!?Acostarte con él?!!

—¡Qué más te da lo que haga con mi vida! ¡¡Da la vuelta!! —insistí.

Apretó la mandíbula. Estaba más cabreado incluso que el día anterior. Viendo que no me hacía caso, tiré de su mano, cosa que ocasionó que el coche se moviese hacia el otro carril y nos metiéramos donde no debíamos. Actué mal y no pensé por culpa del cegamiento, y ese acto provocó que terminara por perder los estribos.

—¿¡Estás loca?! —gritó—. ¿Es que quieres matarnos?

—¡¡Quiero que me dejes donde estaba y quiero que desaparezcas de una puta vez de mi vida!! —vociferé colérica.

Sus nudillos se tornaron blanquecinos al apretar el volante. Volvió a fijar la vista en la carretera y mantuvo con fuerza sus labios en una fina línea. Minutos después de un tenso silencio, desvió el coche hacia una carretera secundaria en la que había un gran aparcamiento al lado de un motel de carretera y dio un frenazo en seco antes de llegar. Bajó del coche como un toro y pegó un fuerte puñetazo en el capó, comportamiento que provocó que yo también saliera. Si pensaba que él era el único que tenía derecho a estar cabreado, mal camino llevaba.

Dirigía mis pasos hacia él ,no supe con exactitud para qué, cuando lo vi temblar en el momento en el que extendía una de sus manos hacia mí en forma de advertencia.

—No te acerques.

—¿Que no me acerque? —le pregunté con ironía—, ¿que no me acerque? —repetí de la misma forma—. Déjame donde estaba y vete a tomar por culo, gilipollas —escupí con rabia.

Sus ojos se clavaron en mí como dagas, enloquecidos por la cólera que recorría cada resquicio de su alma. Dio una zancada, temerario, y se colocó frente a mí. Su gesto era temible, e interiormente temblé de pies a cabeza. Lo observé altiva al ver que salía fuego de su rostro, y opté por tomar la misma posición que él.

—No vuelvas a insultarme —me amenazó.

Sonreí con sarcasmo.

—Lo haré cuando me dé la gana. —Le di con mi dedo índice en el pecho, provocándolo—. Imbécil. —Recalqué cada sílaba sin despegar mis ojos de él.

Aprecié su pecho subir y bajar de manera desquiciante, y cuando fui a golpearlo de nuevo, cogió mi dedo en el aire, sujetándolo con sus enormes manos para que no repitiera mi atrevimiento. Un gran suspiro salió de su boca y las aletas de su nariz se hincharon. Si seguía así, explotaría. No dejó de mirarme con el semblante serio y tirano, pero no me amilanó. No le tenía miedo.

—No vuelvas a tocarme —volvió a advertirme.

Acorté la distancia que quedaba entre ambos y siseé entre dientes, muy cerca de su rostro:

—Entonces, vete por donde has venido y no vuelvas jamás.

Di media vuelta, dejándolo solo. Si no hubiese estado embarazada, me habría abalanzado de tal manera sobre él que habría tenido que matarme para evitar que siguiera golpeándolo.

Cuando encaminaba mis pasos hacia el motel para pedir que llamaran a un taxi, volví a escucharlo:

—¡Lo hice por ti, joder! ¡Todo lo he hecho por ti!—gritó desencajado. Me detuve, sintiendo un terrible nudo en mi garganta que me impedía respirar, hasta que continuó—: No me has concedido ni el derecho a poder explicarte lo que pasó. —Lo noté detrás de mi espalda. No me moví. No era capaz—. Me marché para protegerte, para que no terminaras muerta cualquier día. —Apreté mis labios—. Una de las personas que... ¡Joder! —voceó—. Micaela...

Me volví para enfrentarlo y lo interrumpí:

—No quiero seguir escuchándote. No quiero saber nada —escupí con rabia. Se rompió poco a poco, lo cual me destrozó—. Te fuiste, me abandonaste, sin explicaciones, sin nada. —Tragué saliva bajo su expectante mirada—. Olvídate de mí, como yo lo he hecho de ti.

Apreté mis puños a ambos lados de mi cuerpo. Sabía que lo que acababa de decir no era verdad, que, en realidad, ansié tanto el momento de volver a verlo que los días estaban convirtiéndose en una pena de muerte agonizante.

Sus ojos me mostraron ese dolor punzante que me mataba con lentitud. Antes de girarme, me sujetó de las muñecas, desesperado, logrando que mi cuerpo permaneciese frente al suyo. Subió sus manos hasta colocarlas en mis mejillas, con tanta fuerza que empezó a hacerme daño.

—Micaela, por favor, ya basta —musitó derrotado.

Acercó su boca a la mía en un claro intento de besarme, pero me aparté de él como pude, aunque no fue suficiente. Presionó sus labios contra los míos, tratando de abrir mi boca, que se negaba a recibirlo. Subí mis manos hasta su camisa para apartarlo de mí, y él, con una de las suyas, sujetó de nuevo mis muñecas mientras con la otra presionaba mi nuca para acercarme. De repente, su lengua invadió mi boca con anhelo, buscando un contacto que me negaba a darle, pero mis fuerzas se vieron derribadas cuando noté que varias lágrimas descendían de mis ojos hasta llegar a mis mejillas sin poder retenerlas.

Sentí sus labios como un fuego que me abrasaba, noté que mis fuerzas flaqueaban, y me encabroné al ser consciente de que deseaba tanto ese beso como él; tanto o incluso más. Mi corazón sangraba, y lo hacía destrozando mi alma un poquito más, hasta el punto de ser inservible. Presioné su labio inferior ejerciendo una fuerza desmedida en él, saboreando su propia sangre, que comenzaba a emanar gracias a mí. La tensión se elevó a niveles insospechables cuando un frenazo resonó detrás de él. Me aparté como pude de su cuerpo, pero no conseguí soltarme.

—Jack, déjala.

El rudo tono de Ryan se escuchó en su espalda. Los ojos de Jack me contemplaron anegados de lágrimas; roto, destrozado, así estaba. A punto estuve de caer rendida a sus pies y decirle a Ryan que se marchara. Pero una presencia apareció a mi lado.

La rubia.

La niñata de mierda.

Jack no despegó sus ojos de los míos mientras ella le ponía una de sus manos en el antebrazo, instándolo a soltarme. Lo aniquilé con la mirada. Sentí que la rabia crecía con más fuerza en mi interior, y antes de deshacerme de malas formas de su agarre, le siseé:

—Te odio.

Títeres

Una semana después, estaba en el patio trasero de la mansión de Tiziano cuando, a lo lejos, un coche se detuvo en la entrada. Llevaba días sin ver a Jack, y no sabía si en el fondo eso me producía tranquilidad o desasosiego.

El día de la bronca, al llegar a casa, el bajón emocional se hizo conmigo, llevándose a su paso toda la dureza y la rabia que había mostrado mientras estuve con él, y como máximo apoyo, tuve a las cuatro personas que de momento seguían estando a mi lado, al pie del cañón. No quise dejar que el circo que iluminaba mi cara en aquel momento se alargara demasiado para ellos, quienes me contemplaban con un halo de tristeza que me enfadaba sobremanera al darme cuenta de las facultades que estaba perdiendo por culpa de un hombre.

Por culpa de él.

Me encargué de llamar a Angelo para darle una breve explicación sobre mi desaparición repentina, diciéndole que me encontré indispuesta, y quedamos en vernos en unos días para terminar de cerrar el falso acuerdo que habíamos llevado a cabo. No supe si mi excusa le sirvió de mucho o no. Al otro lado de la línea no podía verlo, pero me daba igual; cuando estuviéramos frente a frente, me lo llevaría a mi terreno con seguridad.

Pasé una de mis manos por las diversas flores que adornaban el enorme patio que rodeaba una amplia piscina al descubierto. Mientras, con mi mano libre, hacía redondeles en mi barriga. Ví a Riley bajarse del coche través del ventanal del salón. Sentí una decepción sin pretenderlo al comprobar que no iba acompañado.

—Tengo información relevante —añadió al entrar en el salón.

Podía escuchar su conversación a la perfección, ya que una de las ventanas estaba abierta. Tiziano llegó y se colocó a su lado. Mi hermano y Ryan lo hicieron también. Adara estaba perdida en la habitación, donde pasaba más horas de las necesarias cuando no se encontraba conmigo. Sabía que no le agradaba el hecho de quedarse en la casa de Tiziano, como también me dijo que, en cuanto diese a luz, su intención era marcharse a Atenas unos días.

Ese pensamiento iluminó mi rostro. Tenía ganas de ver a mi abuela y a Agneta. Hablábamos por teléfono más de lo normal. Se preocupaban en exceso por mi estado de salud, y era cierto que el sentirme querida por alguien como Agneta me llenaba de alegría, pues hacía mucho tiempo que no tenía nada parecido que me hiciera feliz.

Hasta hacía siete meses.

—He conseguido pinchar todos los servidores de Angelo, ¿y a que no sabéis qué he encontrado? —preguntó con chulería.

—Sorpréndenos —murmuró con desgana el italiano.

—Vadím no tiene nada que ver con este asunto. Ni siquiera está relacionado con él. Están jugando con nosotros.

Detuve mi mano en ese instante y giré sobre mis talones a la velocidad del rayo para entrar en la cocina. Riley sonrió al verme, pero mis labios solo se curvaron una milésima. No tenía ganas de hacer ni ese simple gesto.

Escuché el ruido de un motor de nuevo y todos giramos nuestros rostros hacia la entrada. Mi corazón se encogió en mi pecho y la ira comenzó a bullir cuando la puerta del copiloto se abrió y ella apareció con él. Los ojos de Tiziano me contemplaron. Entretanto, Arcadiy se colocó a mi lado y me sujetó de la cintura con fuerza. Acercando su boca a mi oído, me calmó:

—Tranquila.

Lo miré de soslayo, y mi cara tuvo que ser un poema nada agradable, ya que volvió a pedirme calma con esos ojos tan iguales a los míos.

Me fijé en el hombre que, con paso decidido, atravesaba el umbral de la puerta en dirección a nosotros, saludando con un movimiento de cabeza a los diez hombres que vigilaban la entrada de la mansión de Tiziano. Llevaba un pantalón vaquero ajustado a la perfección y una camisa informal pero elegante, de color azul marino, que le sentaba como un guante. ¿Por qué era tan jodidamente *sexy*? Lucía el pelo alborotado, y preferí no pensar en el motivo por el que había sucedido eso. Los instintos asesinos al ser consciente de que estaba con otra mujer me superaban. ¡Y tenía los santos cojones de molestarse porque pretendí acostarme con Angelo! Suspiré, sabiendo el efecto que provocaba en mí.

Al entrar, detuvo sus pasos cuando reparó en mí. La idiota que iba con él tropezó, dándose de bruces contra su espalda. Jack se giró en un acto reflejo, pensando que se había caído al suelo, y yo deseé que lo hubiese hecho; es más, deseaba que se abriera la cabeza contra el mármol y que la sangre corriera como ríos escaleras abajo, pero no fue así.

Ella le lanzó una mirada llena de promesas junto con una sonrisa inocente que me dieron ganas de abofetear hasta que no le quedase ni un puto diente en la boca. Apreté mi mandíbula y Ryan soltó una de las suyas:

—Encima tenemos que aguantar esto.

Jack dejó la carpeta que sostenía en sus manos sobre la encimera y se giró para encararlo. Lo contempló altivo. Ryan le respondió sin palabras, con un sutil gruñido.

—¿Y qué se supone que estás aguantando?

—Tu presencia ya es más que suficiente —escupió, acercando su rostro.

Jack no se movió ni un ápice. Sabía que Ryan no estaba refiriéndose a eso, así que, con todo el valor que conseguí reunir, apliqué mi máscara de indiferencia y me encaminé hacia él. Puse una mano en su pecho cuando su entrecejo se frunció y las venas de su cuello se marcaron en exceso.

—Ryan —lo llamé. No me miró.

—Si tanto te incómoda, ponte una venda. Es eficaz. —Soltó esto último con ironía.

El puño de Ryan se alzó, aunque mi mano lo retuvo antes de que impactara en el rostro de Jack.

—¡Haya paz! —Tiziano se desesperó, arrastrando la última palabra.

—Ryan, ya —le pedí sin quitarle los ojos de encima.

Podía sentir la mirada de Jack clavándose hasta en el último resquicio de mi cuerpo, cosa que no entendía, ya que se notaba a leguas que a su acompañante no le hacía demasiada gracia que me observase de esa manera.

—Eiren, ¿puedes abrir ese ordenador? —le pidió Riley, evitando que la tensión fuese aún más

fuerte.

Así que se llamaba Eiren... Le lancé una mirada de desprecio. Ella agachó los ojos hasta que se toparon con el suelo.

—Micaela —Riley apareció de nuevo en escena—, necesitaría saber qué tipo de información te pasó Aarón. Queremos contrastar versiones.

Asentí sin despegar mis ojos de la niña, preguntándome por qué era la única que se cuestionaba qué coño hacía con nosotros si nadie la conocía, y me dirigí a mi dormitorio cuando Ryan dejó de bufar por el pasillo. Tras rebuscar en mi maleta, salí de nuevo con la montonera de papeles, pero antes me detuve en la puerta del cuarto de Adara. Al abrirla, me la encontré dormida y con un libro encima de su cara. Tuve que sonreír por aquella imagen; la había visto varias veces así.

Se esforzaba todo lo que podía y más para sacar sus estudios. Apenas le quedaba un año para terminarlos y ya estaba en la fase de los exámenes finales, gracias a todo el dinero que Anker dio para que «su niña», la que no había querido ver ni en pintura, por lo menos tuviese algo en la vida que le gustase.

Me sobresalté cuando Tiziano apareció detrás de mí. Giré mi rostro en su dirección, comprobando que sus ojos se clavaban en Adara de una forma extraña. Cuando se dio cuenta de mi escrutinio mientras le quitaba el libro de la cara, puso los ojos en blanco tratando de disimular, pero a mí no me engañaba.

Aparté de su angelical rostro los mechones rubios que cubrían parte de sus ojos y eché una manta por encima de su cuerpo, que se encogía debido al frío. Sonreí inconscientemente. Miré al hombre que esperaba en el marco de la puerta con las manos metidas en los bolsillos de su pantalón. La contemplaba, pero no estaba allí, sino en un sitio más lejano del que me pensaba. Me volví por completo para encaminarme hacia la salida, lo que hizo que elevara sus ojos y se topara con los míos. Cerré la puerta con lentitud para no despertarla y me permití ralentizar mi paso mientras llegábamos a la cocina. Lo observé. Desde luego que no. No podía seguir atemorizándola de aquella manera, y eso que hasta el momento no había pasado nada más, excepto lo que Adara me contó.

—Déjala tranquila, Tiziano —le advertí.

Detuvo sus pasos, cabizbajo. Segundos después, alzó su rostro para mirarme con confusión a la vez que fruncía el ceño, dándole todo un aspecto más chulesco del que ya tenía habitualmente.

—¿A qué te refieres? —Su tono salió más italiano de lo que pretendía.

—No te hagas el tonto. —Me paré frente a él y crucé mis brazos a la altura de mi pecho. Su boca se entreabrió para decir algo, pero al momento volvió a cerrarla, titubeo que me dio rienda suelta a decirle todo lo que pensaba—: ¿Por qué entraste en su habitación?

Suspiró.

—Micaela...

—No, Tiziano, no. No entiendo por qué hiciste eso. ¿Acaso no ves lo mismo que yo?

—¿Y qué se supone que ves tú? —me preguntó en el mismo tono de enfado que el mío.

—¡Te tiene miedo! ¡Por Dios! No hay que ser muy inteligente —le espeté furiosa. Él no habló—. Ella no es para ti, no es como nosotros.

—¿Y qué se supone que somos nosotros?

—Deja de hacerme las mismas preguntas. Nosotros somos los malos de todas las historias y ella es la princesa a quien salva un caballero —argumenté con dramatismo—. ¿No te das cuenta de que estás haciéndole daño?

Tragó saliva y desvió sus ojos de los míos durante un instante.

—En cualquier historia hay un villano —murmuró sin venir a cuento—. Un matrimonio normal, con una vida aburrida, que ante la sociedad hace el paripé de ser la pareja más feliz, pero lo cierto es que él la engaña con otras mujeres y ella se gasta su dinero en ropa. —Sonrió con arrogancia—. Y, señoras y señores, ya tenemos a otro villano.

Negué con la cabeza al ver la manera en la que se tomaba todo lo que acontecía en su vida.

—Eres un puto narcotraficante —añadí irónica—, no un cajero del supermercado.

—Un narcotraficante moderno. —Movié sus hombros, restándole importancia. Al ver mi rostro de enfado, preguntó—: ¿Qué?, por lo menos es más divertido que ser un aburrido cajero.

Apreté mis dientes tanto que creí que saltarían por los aires, y en cierto modo solo deseaba que, si eso sucediera, le diera alguno en un ojo, por impertinente.

—Ella es una buena chica que tiene que encontrar a un cajero de supermercado, no a un hombre al que solo lo rodean balas, drogas y problemas. ¿Lo entiendes mejor? —Alcé una ceja.

—Estás sacando las cosas de contexto, *bella*. Solo fue un revolcón.

—Un revolcón que ella no buscaba.

—Eso no lo sabes.

—¡Sí que lo sé! ¡Tiziano, joder! Solo hay que verla cuando estás cerca. ¡Te teme más que a una vara!

Mi tono de voz salió más elevado de lo que pretendía. Tuve que pasarme una mano por la frente para tranquilizarme, o saltaría sobre él y comenzaría a darle golpes hasta que se diese cuenta de la gravedad de la situación. Adara no lo miraba como a uno más, pero sí era cierto que lo temía, tal y como había dicho. Un sentimiento más dañino estaba empezando a nacer en ella, aunque no me lo hubiese confesado todavía. Todavía.

—A lo mejor es otra cosa lo que teme, o quiere, y tú estás viéndolo de otra manera. —Chasqueó la lengua con chulería.

—Es una niña —bufé.

—Una niña grande —me rebatió.

Acerqué mi rostro a él de manera amenazante y pude ver la diversión a flor de piel en sus ojos. Por el rabillo del ojo, aprecié la silueta de Jack en el pasillo, de pie, contemplándonos. Tiziano se dio cuenta y me hizo un gesto con los ojos que seguro que Jack vio, pero no le importó. Me dio a entender a quién tenía al final del pasillo, así que decidí dar la conversación por zanjada:

—Que no tenga que repetírtelo otra vez —lo amenacé.

Sonrió de oreja a oreja, alzando ambas cejas de manera prepotente, y tuve que soltar un resoplido por su gesto. Con decisión, pasé por al lado del otro hombre que me sacaba de mis casillas y al que deseaba con todas mis fuerzas y más. Me observó hasta perderme de vista, y fue entonces cuando pude soltar todo el aire contenido mientras llegaba a la cocina.

Tras cuatro horas intensivas escuchando conversaciones con todo tipo de acuerdos por parte de Angelo con el resto de sus socios, encontramos una en la que el nombre de Vadím salía a relucir y donde se decía que en unos días darían la información necesaria de la cita.

Jack se movía con soltura de un lado para otro, anotando palabras incoherentes en un papel sucio. De vez en cuando le arrebatava el ordenador a Eiren, quien se hacía a un lado con una sonrisa deseosa y aprovechaba cada acercamiento para pegarse todo lo posible. Pensé que estaba haciéndolo a propósito, y las constantes miradas de mi hermano no hicieron más que acrecentar esa sensación que tanto estaba cabreándome.

—O sea, que hemos perdido toda la tarde en averiguar nada.

—No digas eso, Tiziano. Por lo menos sabemos qué está haciendo, y tenemos en clave muchas cosas que antes no sabíamos —le rebatió Arcadiy.

El italiano hizo una mueca de desagrado justo cuando Adara entraba por la cocina. Todos nos girábamos para mirarla.

—¡Vaya! La bella durmiente ha despertado. —Tiziano aplaudió y ella se puso colorada.

Apartó su mirada de él, clavando los ojos en el suelo, y se disculpó con un breve «Lo siento» que apenas se escuchó. Se dirigió hacia mí y se quedó a mi lado. Le lancé una mirada de advertencia al italiano, que me contemplaba con aires de suficiencia, y lo fulminé con mis ojos.

—Bien, veamos qué os dio Aarón. —Riley extendió su mano hacia Jack y hacia mí.

Estábamos alrededor de la isla de la cocina. Riley y la tonta de Eiren se situaban en el centro, con dos portátiles abiertos; Jack y Arcadiy, en el extremo de la niñata, y Adara, Tiziano y Ryan a mi lado, en ese mismo orden. Un pinchazo extraño atravesó mi lateral derecho al mismo tiempo que sentí cómo el bebé me clavaba una de sus piernas, o eso imaginé.

—¿Estás bien? —Adara se preocupó.

—Sí —murmuré al ver que los ojos de Jack recaían sobre mí de manera inmediata—. Creo que me ha clavado una pierna. —Sonreí inconscientemente.

—Eso es que será como su madre de peligrosa. —La voz de Tiziano no fue un susurro, ya que todos nos miraron.

Aprecié la mirada de Jack. A toda velocidad, aparté mis ojos de él en otra dirección. Tras un tenso silencio, pregunté:

—¿Para qué querías las carpetas? —Miré a Riley.

—¿Qué te ofreció Aarón?

Todos enmudecieron de nuevo al ser Jack quien habló. Las sospechas sobre Aarón al ser consciente de que no estaba siendo del todo sincero se incrementaron tras esa breve cuestión. No era la única que lo pensaba.

Como una persona normal, intentando que mi cuerpo no temblara cuando lo escuchaba hablar, alcé mi rostro y lo contemplé sin titubear.

—Encontrar a Vadím —le contesté segura.

—¿Y cómo se supone que una mujer como tú no lo ha hecho por sus propios medios?

Mientras hacía la pregunta, levantó los brazos de la encimera y los cruzó entre sí sobre su pecho, gesto que me secó la garganta. Llevaba las mangas de la camisa subidas hasta sus fuertes antebrazos, dejando lucir unos brazos tersos y tan duros como una piedra. Tras mi mutismo, tuvo que ser Ryan quien hablase por mí:

—Lo buscamos hasta debajo de las piedras, pero no dimos con él. Parece que ha desaparecido por un tiempo.

Sin quitarme los ojos de encima, Jack asintió.

—¿Cuánto tiempo llevas buscándolo? —volvió a preguntarme, ignorando a Ryan.

—Cinco meses —le contesté con rapidez, tratando de aparentar no ser una idiota embobada.

Los ojos de Jack se desviaron a Riley, quien suspiró y negó con la cabeza sin poder creerse lo que estaba diciendo. Sin embargo, el rostro de Jack tomó un color que denotaba su imparable enfado.

—Hijo de puta... —siseó, apretando la mandíbula.

Dudé antes de preguntarle, pero lo hice:

—¿Qué te ofreció?

Alzó sus maravillosos ojos, clavándolos hasta en el último rincón de mi alma.

—A ti.

—¿Qué quiere decir eso? —le pregunté con confusión.

—El trato era que él me diría dónde estabas si yo lo ayudaba —añadió sin apartar sus ojos. Me callé.

—¿A ella? —cuestionó Arcadiy con asombro.

Noté que palidecía por segundos, y tuve que agarrarme a la encimera que tenía detrás de mí para no caer. El silencio se volvió más tenso de lo que ya era, y esa vez tuvo que retomar la palabra Riley, puesto que Jack no era capaz de dejar de observarme:

—Dos meses después de que... Bueno..., de... —titubeó, mirándonos a ambos, y el arrepentimiento asomó a sus ojos al haberse metido donde no debía.

—De que desapareciera como el humo. Sigue —comenté con arrogancia, y una mirada dolorosa por parte de Jack recayó sobre mí.

—Sí —murmuró—. Estuvimos buscándote por cielo, mar y tierra, y no conseguimos dar con tu paradero. Ni siquiera con todo el equipo del que siempre he dispuesto. Era como si te hubieses ido a otro planeta.

Arrugué el entrecejo. ¿Estuvo buscándome? Volví a marearme.

—¿Estás insinuando que Aarón desvió todo rastro para que no encontrásemos a Mica? —le preguntó esa vez Ryan.

—Parece ser que sí —le contestó Riley—. Eso significa que nadie ha encontrado a nadie porque Aarón y su equipo se han encargado de despistarnos a todos.

El puño de Jack impactó sobre la encimera, haciendo que más de uno nos sobresaltáramos. Giró su rostro hacia su amigo, desencajado, y le espetó en tono duro:

—¿Tienes alguna forma de averiguarlo?

Pude ver por sus nudillos blancos la presión que estaba ejerciendo, y la tensión se marcaba en su semblante. Riley tecleó un par de veces en el ordenador y le lanzó una mirada a Eiren para que lo imitase. Volví a cuestionarme qué hacía ella allí. Nada tenía sentido, o yo estaba sacando las cosas de contexto.

—Sí, creo que sí puedo averiguarlo. Eiren, dame las claves que van a salirte ahora. Voy a meterme dentro del sistema de la policía.

—Pero ¿y si se dan cuenta? —le preguntó Tiziano.

—No lo harán, tranquilo, sé lo que me hago —contestó, seguro de sí mismo—. Solo necesitaré un par de horas y lo comprobaremos.

Jack asintió, se pasó una mano por el mentón y sus ojos repararon en mí, que seguía paralizada por lo que acababa de confesar. El italiano habló de nuevo, ojeando mi carpeta:

—Eeeh..., esto..., Jack —lo llamó. El aludido levantó la cabeza, dejando sus pensamientos a un lado—. *Bella*, ¿sabes qué es esto? —Señaló una imagen.

Me acerqué a él, me coloqué a su lado y observé con asombro el punto en el que posaba su dedo índice. Jack llegó hasta nosotros y su olor inundó mis fosas nasales, provocando que perdiera un poco más el sentido. Estaba tenso y no dejaba de mirarme a cada instante, cosa que comenzó a ponerme más nerviosa.

—No lo sé. Creo recordar que me dijo que era algo de la policía. Es un objeto que están buscando, y deduzco que Angelo o Vadím serán quienes lo tengan. Hasta que no nos veamos, no podré averiguar nada.

Supe que algo no iba bien cuando me fijé en el ceño fruncido que comenzaba a marcarse en la frente de Jack. Justo entonces, el italiano se adelantó cuando él le quitó la foto con rapidez de las

manos.

—¿Esa no es la *merda* que cogiste en Roma hace unas semanas? —Jack no contestó; siguió mirando la foto—. La cosa esa —hizo aspavientos con las manos—, la del bar, lo que estaba en la vitrina —intentó explicarse.

Asintió con lentitud, y pude ver la confusión en él. ¿Se habían visto hacía relativamente poco? Todo me parecía surrealista, y comenzaba a notar que las piernas me fallaban con tanta información.

—¿A quién se lo diste? —le preguntó con interés, en vista del mutismo de Jack.

El interpelado se movió incómodo y salió por la puerta en dirección al salón. Mi hermano y Tiziano lo siguieron mientras Riley cogía la dichosa fotografía y se llevaba las manos a la boca para, seguidamente, teclear otra cosa en el ordenador. Yo no entendía nada. Miré a Ryan de reojo, quien puso los ojos en blanco, dándome a entender lo poco que le gustaba la situación. Otro dolor me atravesó, esa vez más fuerte, y tuve que sostener mi vientre con ambas manos.

—¿Estás bien? —Adara se agachó, contemplándome.

—No. Necesito descansar —le respondí con debilidad.

Noté que me faltaba el aire, pero lo disimulé y me erguí de nuevo.

—Si hay novedades, avisadme.

Salí de la cocina sin ser vista por los tres que estaban en el salón y encaminé mis pasos hacia el dormitorio. Necesitaba estar sola y, sobre todo, pensar en las palabras de Jack.

»A ti.«

»Estuvimos buscándote por cielo, mar y tierra....«

Pero, entonces, ¿por qué se marchó?, ¿por qué aparecía ahora con otra? No entendía nada. Y, en realidad, no sabía si quería hacerlo, ya que eso ocasionaría más dolor del que ya había sentido.

Cuando cerré la puerta, me dejé arrastrar por la fría pared del dormitorio hasta quedarme sentada en el suelo. Enterré mi cabeza entre mis manos y negué un par de veces, notando que los ojos me quemaban.

Comenzaba a necesitarlo de verdad. A desear un abrazo suyo, un beso, una caricia, una mirada que me prometiera los miles de cosas que nos quedaron pendientes. Que me rozara, que me amara tanto como yo lo amaba a él. Y, en el fondo, a sabiendas de que no conseguiría seguir con mi máscara durante mucho tiempo si continuaba viéndolo día sí y día también, no quería dejar de odiarlo; porque el tiempo que estuve sin él me abrió en canal, porque nunca lo entendí y porque me dolía el alma cada vez que un nuevo amanecer se mostraba ante mí.

La puerta del dormitorio cedió lo suficiente como para que lograra discernir una silueta tras ella. Lo miré. Sentí que mis sollozos comenzaban a salir de mi garganta cuando las lágrimas ya resbalaban por mis mejillas.

No hizo falta decir ni una sola palabra. Simplemente cerró, se arrodilló y me cobijó entre sus brazos para darme el apoyo y el cariño que necesitaba. Y, de nuevo, me demostró que me equivocaba cuando siempre le decía que nunca se tomaba nada en serio, que su vida era feliz y los malos tragos no sabía afrontarlos. Porque, en ese momento, supe que él también sufría en silencio.

—Ya está, *la mia ragazza*⁴, ya está.

12

Duele

Jack Williams

Me senté en el sofá del salón, buscando un contacto, y me desesperé no dar con él. Micaela salió de la cocina y se dirigió al pasillo donde estaba su dormitorio. Tiziano me miró y suspiró con agotamiento, pues sabía que no se encontraba bien, igual que pude ver en los ojos de ella la duda y el asombro cuando le dije lo que me había ofrecido Aarón.

Di un paso al frente, olvidándome de todo lo que debía intentar averiguar. Necesitaba hablar con ella, enterrar el hacha de guerra que estaba consumiéndonos a los dos. Había estado una semana sin aparecer por la mansión por la sencilla razón de que no quería alterarla más de lo que ya estaba haciéndolo. Tenía muy en cuenta su avanzado estado de embarazo, y no pretendía que por culpa de mis malos actos, que ya había tenido bastantes, le pasara algo al bebé. Jamás me lo perdonaría.

Tiziano sostuvo mi mano con firmeza.

—Iré yo.

—No —me negué en rotundo, apartándolo.

—Jack, no compliques más las cosas. Ahora no es el momento —me pidió.

—¿Y cuándo lo será?! ¡Necesito hablar con ella! —Soné desesperado.

—Tiene razón —intervino Arcadiy—, ahora no es el momento. Déjala pensar. La bomba que has soltado no la esperaba nadie.

—Es la verdad. —Lo fulminé con la mirada.

Un silencio se extendió. Los tres nos contemplamos desafiantes. De repente, Tiziano caminó hacia la salida y lo seguí, pero me interrumpió la gran roca que era Ryan, que me observaba serio, negando con la cabeza varias veces. Aparté su mano con rapidez, dándole a entender que no me intimidaba su gesto, y respondió sujetando mi camisa con tanta fuerza que retrocedí un paso hacia atrás.

—Suéltame si no quieres que te rompa la mano —escupí entre dientes.

Un rugido salió de su garganta a modo de contestación.

—Créeme —se pegó a mi rostro tanto que nuestras frentes casi se tocaron—, no deseo nada más, al igual que no veo el momento de que «intentés» romperme la mano.

—¿A qué estás esperando? —lo reté.

La mano de Arcadiy se interpuso entre nosotros. Le dio un leve empujón a Ryan y otro a mí para que nos apartásemos, pero ninguno de los dos se movió lo suficiente como para que eso ocurriera.

—No es hora de montar otro espectáculo. —Me miró—. Si queréis mataros, hacedlo en otra

ocasión.

Me giré, ofuscado por la situación, y comencé a dar vueltas de un lado a otro del salón mientras me pasaba las manos por el rostro, desesperado. Atisé a Arcadiy cerrando las puertas dobles, dejándonos la intimidad que supuse que necesitábamos. Cuando terminó, volvió sobre sus pasos y cruzó sus brazos a la altura de su pecho.

—Bien, Jack, empieza.

Apreté mi mandíbula y lo señalé con el dedo.

—¡No me habéis dejado siquiera explicarme! —grité cabreado.

—Ah, ¿que hay una explicación? —me preguntó Ryan con ironía.

Creí que mis ojos escupían fuego, y si no estaban haciéndolo, poco les faltaba. Detuve mi paso para mirarlo con rencor. Me senté en el sofá y enterré mi rostro en mis manos. La situación estaba acabando conmigo.

—Me fui por ella. Todo lo hice por ella —recalqué sin mirarlos—. No quiero que nada de lo que os diga ahora salga de aquí. Lo que menos deseo es hacerle más daño del necesario.

—¿Qué quieres decir con eso? —intervino Ryan, confuso.

—Desde hacía tiempo, yo... —Me callé, chasqué la lengua y coloqué mi barbilla sobre mis manos, manteniendo apoyados mis codos en las rodillas.—Me di cuenta después de los ataques en Barcelona que la ponía en peligro constantemente, y dudé.—Los observé, y ambos esperaron expectantes la conversación que me costaba la misma vida sacar. Seguí—: Una persona me pidió que la dejara. Que, si la quería, la dejara —bufé, apretando mis dientes—. Y yo le hice caso cuando me di cuenta de que era la única solución para seguir manteniéndola con vida. ¡Fue un cúmulo de situaciones que me desbordó! —me desesperé.

—¿Alguien te dice que saltes por un puente y lo haces?

Esa vez fue Arcadiy quien habló con sarcasmo. Tras fulminarlo con la mirada, le expliqué paso por paso lo que sucedió con Lola, relatándole de nuevo la misma historia acerca de sus padres. La misma que él ya sabía. La misma que se repetía.

Enmudecieron, y sus rostros cambiaron.

—¿Por qué has vuelto? —me preguntó Ryan con tono tranquilo, algo que me sorprendió.

No me hizo falta pensarlo para contestar:

—Porque no puedo seguir viviendo sin ella.

—¿Y qué piensas hacer?

Contemplé un punto fijo en el salón antes de responder:

—No pienso irme de aquí sin ella. Cueste lo que cueste.

Pude ver comprensión en los dos, y por esa parte me sentí aliviado. Por fin alguien me medio comprendía, y de esa manera también me quitaba de encima una gran losa, ya que, llegado el momento, quizá podría hacer que me ayudasen si lo necesitaba.

Un par de horas después me encontraba sumido en mis pensamientos, sentado en las escaleras de la mansión, cuando Adara apareció de repente. La miré. Ella hizo lo mismo, solo que con mala cara. Iba a marcharse, pero me levanté con rapidez y la sujeté de la muñeca.

—Adara... —Se giró, contemplándome altiva—. Sé que no tengo derecho a pedirte nada, pero...

—Está sola.

Dio media vuelta sin decir ni media palabra más y desapareció de mi vista, dejándome estupefacto ante su respuesta, la cual no esperaba. Miré a ambos lados, comprobando que todos

seguían en el salón con la puerta cerrada, y me dirigí con urgencia hacia su dormitorio. No aguantaba más, no podía seguir dándole el espacio que quizá necesitaba. Sujeté la manivela, soltando un par de suspiros antes de abrirla. Cuando lo hice, me fijé en su figura recostada en el pequeño muro que había debajo de la ventana. Estaba tan hermosa...

Tocaba su vientre con delicadeza. Su mente se iba lejos, demasiado para mi gusto, mientras miraba la luna, que, presuntuosa, se alzaba sobre cielo. Se tensó, sabiendo quién acababa de cruzar la frontera de su refugio. Cerré la puerta con cuidado y me dirigí hacia ella con admiración, deseando estrecharla en mis brazos como tantas veces había querido. Al llegar a su lado, se levantó, arrugó el entrecejo y me encaró. Sin embargo, mi rostro no buscaba una guerra, sino una salvación. Junté mis labios, a sabiendas de que comenzaba a faltarme el aire, y di un simple paso que me dejó muy cerca de ella.

—¿Qué haces aquí? ¿Tampoco respetas mi intimidad? —me preguntó malhumorada.

Sabía que temblaba tanto o más que yo.

—Respetaré todo lo que me pidas, Micaela.

Selló sus labios sin dejar de mirarme, y pensé que me daría un infarto cuando menos lo esperara debido a las emociones por las que estaba pasando. Las mismas que ella no era capaz de ver.

Acerqué mi mano con cautela a su rostro mientras apreciaba sus destellantes ojos, que a punto estaban de desbordarse. Coloqué uno de sus mechones detrás de su oreja, acariciando cada parte que me permitió, hasta que delineé su mentón, perdido en los recuerdos que tanto añoraba. Mi dedo índice se detuvo en su labio inferior y ella entreabrió la boca; imaginé que por el mismo motivo que yo.

Nos faltaba el aire.

A ambos.

Y eso no podía negarlo.

—Pero ahora... —Me acerqué con decisión a ella, continuando con la misma frase que antes había comenzado, hasta rozar sus labios con los míos—. Ahora no puedo —murmuré.

Cerré los ojos cuando sentí el fuego que desprendían, repasando cada rincón, hasta que escuché un breve gemido que escapó de sus labios. Una de mis manos se colocó en su cadera y noté su temblor. Sin darle tiempo a separarse, sellé mi boca con la suya. Nos fundimos en un beso tranquilo que se volvió desesperado según pasaban los segundos.

Sus manos, hasta el momento quietas, se elevaron para colgarse de mi cuello. Estreché mis brazos alrededor de su cuerpo todo lo que pude, teniendo en cuenta que su vientre impedía que estuviéramos completamente juntos, e, inconscientemente, mis dedos se colocaron sobre él, acariciándolo con mimo. No despegué mi boca de la suya por temor a que me abandonara para siempre, a que solo fuese un beso de despedida sin más.

Mi corazón galopó a una velocidad vertiginosa dentro de mi pecho, reconstruyendo las piezas que meses atrás se habían quedado destrozadas tras mi marcha.

Por mi culpa.

Sus manos resbalaron por mis mejillas, tocaron mi incipiente barba y se quedaron fijas en mis labios. Aquel lento y sugestivo movimiento hizo que nos separáramos. Tragó saliva sin apartar sus ojos de mí, y pude comprobar el brillo que desprendían, seguramente igual que los míos. Bordeó con sus dedos el perfil de mi labio inferior. Intenté unirlos de nuevo a ellos, pero me lo impidió.

—Vete.

La cabeza me dio vueltas. Por nada del mundo deseaba irme. No quería, joder. Sujeté su cintura con fuerza, y esa vez colocó sus preciosas manos sobre mi pecho, marcando la distancia que

pretendía mientras sus ojos descendían hasta el mismo punto.

—Micaela, por favor... —le supliqué, roto, destrozado y hundido.

Ya me daba igual ponerme de rodillas si era necesario. Le bajaría la luna si me lo pidiese, dejaría todo lo que ella quisiera, ¡joder! Hizo el amago de separarse más de mí, así que aproveché el momento en el que el frío invadía mi cuerpo dada su lejanía para sostener su rostro con mis manos.

—Jack, vete —me pidió con un hilo de voz apenas audible.

—No, no, no, no. —Negué con la cabeza mientras lo decía.

Intenté agarrarla de nuevo, pese a sus esfuerzos para que la soltase, pero me negué. No pensaba volver a perderla. No otra vez.

—Ya es tarde.

No me miró, pero esas simples palabras me partieron el alma por la mitad. No podía, no podía decirme aquello. Se dio la vuelta, y pude comprobar cómo arrastraba varias lágrimas que caían de sus ojos con fuerza; supuse que cansada de llorar. Lo que más me enfurecía era que, seguramente, ella pensaba que yo no estaba en la misma situación.

—Micaela, no digas eso. Por favor te lo pido, escúchame. —La seguí.

Conseguí coger su brazo, pero lo apartó con rapidez, como si mi tacto le quemase. Supe que no era verdad. Lo que le ocurría era que sabía que no podría separarse si seguía un minuto más junto a mí.

—No quiero escuchar nada. Vete de mi habitación.

Se giró y volvió a encararme, y aunque sus gestos eran fieros y desmedidos, sabía que no los sentía. La contemplé abatido, sin ganas de enfadarme, chillar ni perder los papeles. Ya lo había hecho bastante. Ya no guardaba las fuerzas para otra cosa que no fuera conseguirla.

Suspiré mientras ella me observaba sin moverse de su posición. Pasé una de mis manos por mi rostro con nerviosismo y me aproximé. Ella retrocedió.

La puerta de la habitación se abrió sin darme tiempo a decir ni hacer nada más, dando paso a un Tiziano con prisa.

—Angelo acaba de llamarme.

Peligro

Micaela Bravo

Miré a Tiziano, que nos contemplaba con preocupación y miedo al ver que Jack estaba en mi dormitorio. Pasé por al lado del hombre que, destrozado como nunca lo había visto, me observaba con terror. Sabía que sufría, pero yo lo hacía también; más que él, seguramente. ¿De qué serviría darnos una nueva oportunidad? Olvidar todo lo que había pasado me era más que apetecible. Todavía sentía sus labios sobre los míos, y lo único que hacía eso era calentarme, matarme. Pero ¿y si mañana volvía a dejarme y desaparecía? No. No quería pasar por la misma situación otra vez. Y aunque era cierto que, como decía mi abuela, quien no pierde no gana, pensarlo me quebraba el alma.

Atravesé la habitación sin ser capaz de mirarlo a la cara. Si lo hacía, sabía que me echaría a sus brazos hasta que muriese entre ellos. Y no, no podía permitirlo. Cuando salí al pasillo, aprecié que Adara se asomaba tras la puerta de su dormitorio. Al verme, salió como un vendaval y se estampó con Tiziano, que daba media vuelta en dirección al pasillo.

—No sabes lo que hacer para estar cerca de mí, y lo sabes, *bambina*⁵.

No le contestó, solo desvió sus ojos asustadizos hacia mí. Retrocedí sobre mis pasos hasta que estuve a su lado y tiré de ella, porque se había quedado petrificada contemplando al italiano, que la devoraba con la mirada. Pude comprobar que temblaba de nuevo. A veces tan segura; otras, tan poco. No la entendía.

—Tiziano... —lo advertí.

La figura de Jack apareció. Nos quedamos en el pasillo los cuatro, sin saber con exactitud quién miraba a quién. Esa vez fue Adara la que tiró de mi brazo para llamar mi atención.

—No vayas —me pidió.

Me extrañó su súplica.

—Eres muy cotilla —le espetó Tiziano, atravesándola con la mirada.

—Micaela, es peligroso. —Obvió su comentario.

—¿Estás ignorándome? —intervino el italiano de nuevo.

—Pero ¿de qué me hablas? —Esa vez fui yo la asombrada.

—¿Por qué me ignoras? —Tiziano otra vez.

Por primera vez desde que la conocía, los ojos de Adara chispearon por el enfado, y se enfrentó a él sin pensárselo dos veces, osadía que me descolocó:

—No estoy hablando contigo. Y te ignoro porque no tengo nada que decirte.

Pero esa valentía se esfumó en cuanto Tiziano pegó su rostro al de ella, intimidándola. Sujeté la mano de Adara cuando supe que poco le faltaba para caer desplomada al suelo y la coloqué detrás de mí.

—¿Puedes explicarme algo? —le pregunté, achicando los ojos.

Le lanzó una última mirada a la chica que se encontraba detrás de mí y sin abrir la boca, seguramente arrepentida por su comentario, y volvió a enfocar mi rostro con rapidez.

—Angelo me ha llamado. En dos horas hemos quedado en vernos en un almacén que hay a media hora de aquí. Es uno de los sitios donde solemos reunirnos de vez en cuando.

—¿Y sabes para qué?

—Me ha dicho que necesita mis servicios. Es lo único.

Miró de nuevo a Adara, y sentí la tensión de ella a través de la mano con la que sostenía su muñeca.

—Bien, iré contigo.

—Adara tiene razón. No es necesario, yo lo acompañaré. Y cuando volvamos, os informaremos.

El tono tajante de Jack me hizo girar mi rostro para mirarlo. Su gesto había cambiado a la seriedad, sin embargo, podía ver un atisbo de dolor en él. No le hice caso y di media vuelta en dirección a la salida, comprobando de primera mano que mi hermano y Ryan intentaban frenarme antes de que alcanzara la calle. Cuando quisieron llegar a mi altura, ya estaba metida en el coche esperando a Tiziano.

—Micaela... —La voz de Ryan me sobresaltó.

—Me quedaré en el coche.

Puso los ojos en blanco, desesperado. No sabía por qué, pero la llamada de Angelo me daba mala espina. Y Tiziano no debía ir solo, aunque también sabía que yo no podía aparecer en escena con él, por lo tanto, marcharme de la mansión no serviría para nada.

Jack se puso al volante, no sin antes lanzarle una última mirada a Ryan, tratando de transmitirle una seguridad que ni él mismo sentía. Entretanto, Tiziano tomaba posiciones en el asiento de al lado. Arrancamos y, en silencio, el italiano le tendió un papel en el que se indicaba la dirección.

Una hora después llegamos, aun sabiendo que quedaba casi una hora más para que llegase Angelo. Nos bajamos del coche y nos encaminamos hacia un almacén que había en una de las calles paralelas a la Piazza Vigliena, en Palermo. Tiziano abrió el gran portón y lo elevó para que accediéramos. Había varias mesas alargadas de color plata repartidas por la estancia, algunos carros enormes en los laterales, donde una cantidad considerable de ropa se amontonaba sobre ellos, y varios utensilios que no sabía a simple vista para qué servían. Parecía más el sótano de una lavandería que otra cosa.

—¿Centro de operaciones? —le preguntó Jack detrás de mí.

El pulso se me aceleró, pero intenté disimularlo lo mejor que pude.

—Algunas veces. —El aludido rio.

—Pues..., dada la situación en la que está... —añadí, dándoles a entender que un sitio en pleno centro turístico no era la mejor zona para trapear con droga.

—Ahora no hay nada. Pero, créeme, un sitio rodeado de turistas no está tan mal. —Sonrió.

Moví mi cabeza de forma negativa mientras él cerraba la puerta de la calle para que nadie nos viese. Recorrí con mis ojos la sala, encontrándome también con unos grandes armarios metálicos en la zona de la izquierda y varios bidones de agua en la derecha. El mundo de la droga no me

llamaba en exceso la atención, nunca lo hizo, pero tenía que admitir que llevándolo bien dejaba dinero. A la vista estaba.

—Desde luego, qué bien te lo montas —puntualizó Jack.

Noté la tensión volver a mí cuando pasó por mi lado siguiendo a Tiziano, que caminó hasta uno de los armarios y lo abrió.

—No creo que mejor que tú —añadió Tiziano, enseñándole lo que parecía un almacén de armas—. Mira, aquí tengo algunas cosas que pueden servirte si las quieres.

—¿Estás haciéndome un regalo? —le preguntó con guasa.

—Somos amigos, ¿no? —se recochineó—. Se las requisé a un imbécil que no me pagó. —Puso los ojos en blanco—. Ya sabes, hay que cobrarse de alguna forma, y puesto que no tengo intención de meterme en el mundo de las armas —movió los hombros con indiferencia—, puedes coger lo que quieras.

La situación me pareció bastante cómica, ya que tiempo atrás no podían ni verse. Escuché unos pasos acercarse a mi espalda y me giré con rapidez para mirarlos a los dos, que estaban enfrascados en una conversación sin darse cuenta de que había alguien más en la calle, y viendo las horas que eran, tenía que ser Angelo. No quedaba ni un alma en el exterior.

Me acerqué veloz hacia ellos y le di un golpecito a Tiziano en el brazo para que me mirara. Antes de que abriera la boca, lo insté con los ojos a que prestara atención a la puerta. En efecto, unos golpes resonaron en ella. Noté el nerviosismo en cada poro de mi piel, puesto que no teníamos escapatoria.

—¡Mierda! —bufó el italiano, viendo la encerrona en la que estábamos.

Lo miré con los ojos de par en par, sin saber qué hacer, hasta que el contacto de Jack hizo que reaccionara cuando me empujó hacia el interior de un armario en el que apenas entrábamos los dos. Negué con la cabeza, pensando que era imposible que cupiésemos, pero me insistió con urgencia cuando escuchamos:

—¿Sabello?

Me coloqué en la esquina del interior. Enseguida, Jack se pegó a mí hasta tal punto que parecía que íbamos a fusionarnos. Lo contemplé a través de mis pestañas. Cuando me disponía a renegar, vi que me pedía silencio con un dedo sobre su boca. Él estaba de espaldas a la sala, pero yo, gracias a las pequeñas rejillas que había en las puertas, podía ver la estancia completa.

La bombilla que iluminaba una de las mesas plateadas se movió cuando Tiziano se chocó con ella al pasar por su lado, y maldijo en italiano hasta que llegó a la puerta, no sin antes sacar su arma y colocársela detrás de su espalda. Jack hizo lo mismo y, antes de que el italiano abriera, la cargó frente a mi rostro. El espacio era más que reducido.

Un leve clic resonó en el armario.

Junté mis labios y contuve la respiración cuando apareció en escena. Iba con un pantalón de traje de color negro y una camisa gris que se ajustaba a la perfección a la musculatura de su pecho. En realidad, era un hombre demasiado atractivo para no caer en la tentación, aunque debía decir que, en aspecto, era mucho menos temible que el hombre que estaba pegado a mí como una lapa.

Moví mis ojos con interés por la sala y vi cómo se saludaban. Tiziano se apoyó sobre una de las mesas, dejando su rodilla flexionada sobre esta, y le pidió que hablase. Angelo se quedó frente a él y buscó algo, cosa que me dio a entender que, con seguridad, sabía que no estaba solo. No era un hombre tonto a quien subestimar, pero nosotros tampoco.

—Tú dirás.

—Dentro de unas semanas tengo un evento con alguien importante y necesito que me traigas el suficiente material para no quedarme corto. —Sonrió.

Jack movió su cabeza lo justo para poder escucharlos mejor, aunque también los podía ver de reojo gracias a la posición que había tomado.

—¿Una fiesta? —Tiziano cruzó sus brazos en el pecho, dando un aspecto amenazante.

—Sí. —Dio varios pasos por la sala—. Un hombre de negocios, ya sabes —le quitó importancia—. Son rusos, y ya sabemos cómo se las gastan.

Me tensé. Estaban hablando de Vadím, y vi que Tiziano sonreía también, sabiendo qué quería decir eso exactamente.

—¿De cuánto estamos hablando?

Angelo lo miró con los ojos brillantes por la emoción, y entonces supe que algo no cuadraba. Estaba segura de que era una trampa, pero no entendía el motivo.

—Un contenedor estará bien.

Tiziano frunció el ceño. Se incorporó y se colocó en una postura para nada agradable. Entrecerró los ojos mientras se acercaba a Angelo, pero este ni se inmutó.

—¿Un contenedor, dices? —le preguntó con ironía.

—Eso he dicho.

—¿Estás tomándome el pelo, Angelo? —Su tono salió furioso.

—No es lo que pretendo.

—¿Sabes lo que estás pidiéndome? —repitió, siendo consciente de la barbaridad.

Jack arrugó el entrecejo también.

—Te lo pagaré por adelantado. Tráeme un surtido bastante amplio. No te cortes.

Tiziano enmudeció, pero poco después comenzó a interrogarlo, puesto que no se fiaba de lo que acababa de pedirle.

Noté que el bebé se movía, clavando como de costumbre una de sus piernas en mi vientre; esa vez, justo en la parte delantera donde Jack estaba, así que era inevitable que no se diese cuenta. Sus ojos se clavaron de manera inmediata en mí, y no supe por qué motivo agaché la cabeza. Parecía una imbécil que no sabía cómo reaccionar ante una situación así, y la cercanía que teníamos no hacía más que empeorar la tensión que se respiraba.

Bajó como pudo la mano que no sostenía la pistola, la puso sobre la zona en la que el bebé se había movido y sonrió con debilidad. Contuve la respiración cuando me tocó, y sentí que flaqueaba con ligereza mientras sus ojos me atravesaban el alma. Acercó sus labios a mi oído, gesto que me puso histérica aunque no pudiera verlo, y noté su aliento en esa parte cuando susurró:

—Te quiero.

Mis ojos se llenaron de lágrimas y me maldije. ¿Por qué no se acababan las lágrimas sin más?, ¿por qué no era capaz de dejar de llorar como una imbécil cuando estaba cerca de mí? Supe que había notado mi estado de ánimo cuando depositó un beso en mi cuello como el que no quería la cosa, como si lo nuestro siguiera adelante sin importar nada. Me miró, y contuvo un suspiro que me desgarró el alma.

Estaba destrozado de verdad.

—Eso no puedo hacerlo. La policía lo detectará antes de que ponga un pie en el puerto. ¿Qué pretendes, Angelo? Sabes perfectamente que estas cosas no se hacen de un día para otro. ¡Un contenedor, dice! —chilló debido a los nervios, dándole el dramatismo que lo caracterizaba.

El tono enfurecido de Tiziano nos sacó de nuestra propia tensión y ambos prestamos atención a lo que decían.

—No si te cuento un secreto —añadió risueño.

El semblante de mi italiano volvió a ser amenazante, y pude intuir que estaba a punto de perder los papeles.

—Déjate de tanto misterio y de tanta *merda* y habla —le urgió, moviendo la mano en su dirección.

—Tiziano, paciencia. ¿Cuándo te he fallado? —le preguntó, alzando sus brazos.

—No me hagas perder el tiempo, Angelo. No te lo repetiré una segunda vez.

La carcajada tirana que salió de Angelo sacudió su cuerpo. Fue en ese instante cuando le mostró su teléfono móvil, enseñándole algo que no éramos capaces de ver desde nuestro lugar oculto. El mutismo por parte de Tiziano me alteró.

—Esto, querido amigo, es el camino al paraíso. Y tenemos que conseguirlo.

—Explícate.

—¿Te acuerdas del viejo Dante?

—Sí —bufó.

—Bien, pues consiguió esta preciosidad, que posee la suficiente información como para comprar a más de una persona. Bueno, comprar no sería la palabra correcta, más bien chantajear.

Tiziano no abrió la boca mientras el otro le explicaba dónde tendrían que «coger» lo que narices estuviera enseñándole. Atenta a su conversación, un pinchazo atravesó la parte izquierda de mi vientre, haciendo que me doblara hacia delante sin ser consciente, y terminé apoyada en la dura roca que tenía frente a mí mientras un gesto de dolor pasaba por mi rostro. Jack movió sus ojos en mi dirección y sujetó mi mentón, elevándolo cuando trataba de disimular el dolor que sentía.

¿»Estás bien ,«?es lo que pude entender de sus labios. Asentí con la cabeza sin hacer ningún movimiento, y mucho menos sin soltar una simple palabra que nos delatara.

No, no estaba bien.

—No soy ningún ladrón —bufó Tiziano.

—Pero lo necesitas, igual que yo —argumentó Angelo.

Tiziano meditó las palabras que el otro estaba diciéndole, hasta que asintió.

—¿Cuándo?

—He quedado con él en unos días. Te informaré en cuanto cierre la hora. Si yo lo entretengo, no tendrás problemas, o eso espero, para poder sacarlo de aquí. Te aconsejaría que llevaras a alguien más contigo, por si la cosa se complica, aunque sé que te defiendes bien solo. —Sonrió con ironía —. Recuerda que tú y yo no nos conocemos.

Con esas últimas palabras, se despidieron en la puerta de salida. Angelo se marchó, dejándome un mal sabor de boca. Miedo me daba averiguar qué era lo que le había propuesto.

La trampa

Cuatro días después de la visita con Angelo, nos preparábamos en el salón para asaltar la casa del tal Dante, quien tenía algo que todavía no sabíamos con exactitud para qué servía. Pero, al parecer, Aarón no era el único que buscaba.

Un maldito chip. El mismo que Aarón me enseñó.

Me coloqué una pistola en la parte trasera del pantalón y después cogí un par de pequeños cuchillos que guardé en mi manga derecha y en la cinturilla delantera.

—No creo que debas venir. —El tono de Arcadiy me desesperó.

—Está todo controlado —murmuré con desgana.

Me tenían hasta las narices todos.

Ryan no abrió la boca. Estaba tan enfadado conmigo que no era capaz de dirigirme la palabra siquiera. En realidad, todos lo estaban, incluso Jack, quien, aunque lo había visto poco en esos cuatro días, se empeñaba en que debía quedarme en la mansión hasta que ellos regresasen.

—No vas a venir —sentenció el hombre de mis pesadillas. Por momentos, me daban ganas de tirarme a sus brazos. En otros, solo deseaba darle un puñetazo para que se callase.

—Dejadme en paz de una maldita vez —espeté molesta por sus constantes órdenes.

—He dicho que no y es que no.

Su tono amenazador no admitía réplica, cosa que me dio más que igual. Adara se llevó las manos a la cara con histeria por culpa de mi cabezonería.

—Me da igual lo que digas. —Lo miré desafiante—. Tú no mandas en mí.

Entrecerró los ojos en un claro gesto de advertencia. Dejó la pistola que estaba cargando sobre la mesa y, de una zancada, llegó hasta mí. Alcé la cabeza con firmeza para que viera que no me imponía, por mucho que se lo propusiera.

—Eres mi mujer —sentenció, y el silencio reinó en el salón a la vez que me aniquilaba con la mirada—. Y he dicho que no vienes. Fin de la conversación.

Cuando se daba la vuelta para seguir con lo suyo, di un paso hacia él sin titubear.

—No soy tu mujer. No tienes nada que lo demuestre, y eso sigue sin significar nada. Deja el machismo para quien te lo permita.

Me crucé de brazos con chulería, pues había ganado, aunque el gozo me duró lo que se dice nada. En el instante en el que se giró de nuevo, pude apreciar una sonrisa victoriosa que no me gustó. Al mismo tiempo, sus ojos pasaban de mí a Tiziano, que nos contemplaba expectante.

—Eso díselo a tu amigo. —Sonrió.

Miré a Tiziano, que tenía una cara de culpable que no podía disimular. Abrí la boca desmesuradamente al saber que me había ocultado esa «pequeña» información acerca de los

papeles de nuestra boda arrebatada.

—No me lo creo —puntalicé, pensado que podría ser un engaño; aunque no me importaba que fuese así, pues haría lo que me diese la gana, e iría con ellos por las buenas o por las malas.

Jack hizo un movimiento de cabeza y el italiano sacó de un armario que tenía al fondo del salón unos documentos. Llegó hasta mí y me los tendió para que pudiera verlos. Comprobé nuestras firmas al final del papel, y me di cuenta de que sí, que era su mujer. La rabia volvió a resurgir en mi interior. En un arrebato, los hice trizas bajo el escrutinio jactancioso de Jack, quien mostró un efímero síntoma de alarma en su rostro que desapareció instantes después para ser suplantado por una enorme carcajada.

—Sabía que harías eso, por eso mismo el original lo tengo yo.

Me guiñó un ojo. Lo fulminé con un simple vistazo, notando que mis uñas se clavaban en la palma de mis manos de tanto apretar los puños. Tiziano se dio la vuelta e intentó cambiar de tema lo más rápido posible; la situación estaba caldeándose:

—Ryan y Arcadiy, iréis juntos. Yo iré solo en un coche, y Jack lo hará en otro. Aquí tenemos todo bajo control, ¿no? —Tiziano miró a Riley, que se encargaba de controlar todos los puntos de la casa en la que estábamos a punto de entrar.

—Todo listo y sin inconvenientes —aseguró el aludido.

Ignoré la breve conversación anterior.

—¿Y yo— ?pregunté, enarcando una ceja.

El italiano me miró, después pasó sus ojos a Jack, y Ryan y Arcadiy también lo hicieron, esperando que este tomara la palabra, lo cual hizo:

—Tú te quedas en casa con Adara y los demás —añadió sin darle importancia a mi pregunta.

Un sonido igual a decirle «Lo que tú digas» salió de mi garganta, y vi que alzaba ambas cejas en señal de que no me movería de allí. No podía estar más equivocado.

En el momento de tensión, mientras todos preparaban sus armas, Eiren entró en el salón con los pinganillos pertinentes que deberían llevar y se los entregó a todos excepto a mí.

—¿Qué pasa con el mío? —la enfrenté molesta.

De nuevo, las miradas volaron por el salón, y en especial la de ella, que observaba a Jack con adoración. Nadie me contestó, y ese silencio me enervó de tal manera que sentí arder cada vena de mi cuerpo.

Eiren pasó una de sus manos por el brazo de Jack con cariño, y estaba tan sumamente pendiente de mi cabreo que no pude escuchar lo que le decía, pero sí vi cómo él le devolvía una sincera sonrisa que no soporté. Le colocó el pinganillo pocos minutos después, con una delicadeza y un tacto que no había tenido con los demás, y cuando sus ojos se cruzaron, comprobé que se ruborizaba visiblemente, sonriendo como una idiota.

»Voy a arrancarte hasta el último pelo de la cabeza«, pensé, pero no lo dije, aunque por poco.

Adara fijó sus ojos en mí, pidiéndome una calma que no supe encontrar, y al ver que nadie me daba lo que había pedido, abandoné el salón en busca de la tranquilidad que necesitaba si no quería matar a alguien. Iba a irme con ellos, quisieran o no.

Antes de que pudiera llegar a mi habitación, una figura apareció detrás de mí. Me giré con rapidez, pero no tuve tiempo de pensar en lo que iba a hacer cuando ya la tenía entre la pared y mi cuerpo, cogiéndola por el cuello. La miré de arriba abajo, achicando los ojos para que cogiera la amenaza muda que estaba lanzándole, y pude apreciar en su mirada un atisbo de miedo que la desenchajaba. Eiren me contemplaba aterrorizada mientras mi mano presionaba con más fuerza sobre su cuello, sin ningún miramiento.

—¿Me temes? —siseé.

Abrió los ojos sin poder contestar a mi pregunta, gesto que hizo que presionara con más ímpetu su garganta. Sus manos se colocaron sobre la mía en un vano intento de poder recuperar el aire que no llegaba a sus pulmones. Apreté con más ganas, sintiendo que mi autocontrol se iba a la mierda en un abrir y cerrar de ojos. Pensé que de un instante a otro sería capaz de ponerse a llorar, y ese pensamiento hizo que sonriera. Era un imbécil al cuadrado.

—Espero que sí —murmuré entre dientes, pegada a su rostro—. Por la cuenta que te trae.

Escuché un carraspeo a mi espalda y me giré. Tiziano se encontraba con los brazos cruzados a la altura de su pecho, sin quitarme los ojos de encima. La solté con un rápido y cortante movimiento, sin apartar la conexión que me unía con el italiano, y sonreí; sonrisa que él imitó antes de darse la vuelta en el pasillo como el que no había visto nada. Le lancé una última amenaza muda y retrocedí sobre mis pasos, momento que ella aprovechó para correr en dirección al otro pasillo.

Anduve con decisión hacia mi dormitorio, con una clara idea, pero tuve que detenerme cuando un dolor incesante me atravesó. Llevaba así desde el día anterior. Cada dos por tres, las contracciones aparecían en mi cuerpo, y eran más dolorosas que las de meses atrás.

Abrí la ventana de mi dormitorio con cuidado y miré hacia el suelo, que estaba al ras. La dejé abierta de par en par. La puerta del dormitorio también se abrió y entró Adara. Al ver mis intenciones, sus ojos mostraron miedo y asombro. Antes de que se pusiera como una histérica, le pedí silencio con un dedo sobre mis labios.

—¿Estás loca? —intentó susurrar, aunque no pudo evitar un tono alterado en su voz.

—Adara...

—No. Micaela, no. No vas a ir.

Aguanté el dolor, que volvía incesante.

—Escúchame...

Intenté explicarme, pero no me dejó:

—¡Estás a punto de parir! ¡No puedes exponerte de esa manera!

Volví a lo mismo, y me reafirmé: a veces tan valiente, a veces tan cobarde. Dejé que soltara por su boca todo lo que quiso y más, y cuando el dolor menguó, coloqué una de mis piernas sobre la madera de la ventana, con la clara intención de meterme en el jardín. Su mano me aferró con fuerza y la miré para que me soltara.

—Sé que no me entiendes, ni ninguno entendéis lo que pienso, al igual que soy consciente del peligro al que me expongo. Pero... —la contemplé suplicante— necesito ir. Estoy segura de que Angelo no está jugando limpio. ¿Está pidiéndole drogas y después robar un chip? ¡No cuadra, Adara!

—Más motivos para que te quedes aquí —concluyó furiosa.

—Adara, por favor, tengo que cerrar esa fase de mi vida, y eso solo lo conseguiré cuando acabe con él.

Me refería a Vadím, y ella lo entendió sin más detalles.

—No ahora —sentenció.

—Ahora o después, dará lo mismo. —La miré en silencio—. Quiero ser feliz —murmuré—, con mi hijo, sin ataduras, sin resentimientos, sabiendo que nadie me pisará los talones cada vez que gire la esquina. Y la única solución es acabar con todo cuanto antes.

—No podrás hacer nada.

—Eso no lo sabes. Algunas veces somos más útiles que ellos, no lo olvides. —No me contestó.

Sabía que era una imprudencia por mi parte, pero mi propio instinto me decía que no me equivocaba, y no pensaba quedarme encerrada viendo cómo les tendían una trampa, y mucho menos si podía aportar algo—. Adara, por favor... —casi supliqué.

Se dio la vuelta como quien no veía nada, y sonreí. Puse mis pies en el jardín, dirigí mis pasos con cautela hasta uno de los coches que ya estaban preparados en la entrada y me encargué de que ningún hombre de Tiziano me viese. Sin pensarlo, abrí la puerta trasera de uno de ellos y me agaché lo que pude cuando empezaron a salir. Puse mi rostro en el asiento, tratando de pasar desapercibida, pero cuando el coche arrancó, me tensé de pies a cabeza. El que conducía no era mi hermano ni Ryan, sino Jack.

Me maldije un millón de veces por la suerte que había tenido y esperé a que saliésemos a la carretera para sentarme en condiciones. El incesante dolor en mi vientre no cesaba. Unos cinco minutos después, me incorporé y se dio cuenta. Entrecerró los ojos, contemplándome por el espejo retrovisor, y dio un fuerte frenazo en mitad de la carretera.

—¿¡Qué haces aquí?! —bufó como un energúmeno.

—Venir, ya te lo dije —le contesté con chulería.

—Me cago... —siseó.

Puso la marcha atrás mientras los otros coches se perdían en la carretera, y detuve su mano con un rápido movimiento que no debí hacer. Un dolor más fuerte me atravesó.

—¡No! —Me miró desencajado. Me puse a su altura—: ¡Déjalo ya! No eres mi padre para estar prohibiéndome cosas, ¡joder!

—¡Eres una inconsciente!

Bufé, harta de tanta tontería por parte de todos, y me crucé de brazos como una niña enfurruñada, recostando mi cuerpo en el asiento. Con la chulería que me quedaba, agarré el cinturón y me lo coloqué con una sonrisa triunfal en mis labios, dándole a entender que no me movería del sitio por más que quisiera.

—No creas que vas a moverte del coche, ¡que lo sepas! —Me señaló con el dedo.

Tenía tan fruncido el ceño que creí que de un momento a otro sus cejas se juntarían. Sonreí interiormente cuando aceleró. En silencio, nos dirigimos al punto de encuentro. Eso sí, no dejó de cabecear y maldecir por lo bajo a cada instante.

Cuando llevábamos casi todo el trayecto hecho, su voz hizo que dejara de mirar por la ventanilla y le prestara atención:

—¿Piensas escucharme algún día?

—No tengo la intención —le respondí tajante.

Soltó un suspiro enorme.

—¿Recuerdas al alemán del que te hablé hace un tiempo? —Asentí—. Tenía una banda de sicarios gigantesca en Alemania. Me hicieron un encargo hace años y asesiné al padre. Claro que, después, tomó el relevo su hijo, alguien mucho peor que él.

—¿Ese fue el hombre que estaba persiguiéndote?

Asintió sin despegar los ojos de la carretera. No sé siquiera por qué pregunté, puesto que si estaba contándomelo, significaba que alguna relación con «lo nuestro» debía tener.

—Micaela, esa gente era peligrosa, y sabía que no iban a parar hasta terminar conmigo o con lo que tuviese a mi lado. —Me miró de soslayo.

—¿Fueron ellos los del avión?

—Sí. Y el tipo que entró en tu apartamento también pertenecía a su grupo.

—Y me imagino que me dirás que acabaste con el trabajo —espeté con sarcasmo.

Sentí otro dolor más intenso que el anterior y lo disimulé apretando los dientes.

—Imaginas bien. Dos meses después de...

—De dejarme sola en Nueva York. Lo sé —concluí arrogante.

—Era lo mejor.

—Lo mejor para ti.

—No —rebatíó.

Resoplé, cansada de escuchar lo que era acertado o no en mi vida, y me desesperé:

—¡Ni siquiera me preguntaste qué pensaba! —Mi tono salió más elevado de lo que pretendía.

—¿Y habría cambiado algo? ¿Me habrías dicho que me marchase a saber cuánto tiempo? — Volvió a posar sus ojos en mí. No le respondí—. Vamos, Micaela, ¡dime! —Mis ojos se fijaron en la ventanilla del coche. Sabía que lo hizo para protegerme, pero eso no le daba derecho a desaparecer de esa manera, y mucho menos a aparecer de otra o, mejor dicho, con otra—. ¡¡Contéstame— !!se enervó.

—¡No lo sé! —grité—. ¡No lo sé!

—Sabes tan bien como yo que no. —Suspiró—. Solo intento que me entiendas, solo quiero que me perdones y que...

Lo interrumpí:

—Y por eso rehaces tu vida con otra imbécil —solté sin pensar.

Frunció el ceño con más fuerza, esa vez acompañando el gesto con un fuerte frenazo en un aparcamiento que no reconocí. Esa no era la dirección a la que teníamos que ir. No le dio tiempo a contestar cuando los golpes de Tiziano resonaron en el cristal. Me observó sin entender qué narices hacía allí, y Jack lo cortó antes de que abriera la boca:

—Mejor no preguntes. ¿Por qué cojones estamos aquí? Habíamos quedado en otro sitio — comentó molesto.

—Esto... —Me miró, disimuló una sonrisa, la cual yo sí mostré abiertamente, y volvió a la conversación cuando el bufido por parte de Jack se hizo patente—: Angelo acaba de mandarme esta ubicación. Es preferible que os quedéis aquí mientras yo avanzo al interior del local. No sé exactamente qué habrá dentro.

—¿Vamos a ciegas? —le preguntó con confusión.

—De nuevo, sí. A Riley no le da tiempo a preparar un operativo en condiciones. Pero seguimos con el plan A. Ryan y Arcadiy están en la casa de Dante, como habíamos acordado.

Jack asintió sin convencimiento.

—Entraré contigo.

Tan rápido como lo dijo, bajó del coche. En cuanto me dispuse a salir también, me señaló con el dedo. Aparté su mano de un manotazo, lo que provocó que su mirada se oscureciera. El italiano desapareció de nuestra vista para dejarnos el espacio que necesitábamos, esperando a unos metros, apartado.

—Ni se te ocurra moverte del coche, y ante cualquier cosa rara, te largas —sentenció con tono duro.

—No me mandes. —Recalqué cada palabra.

Dio una zancada en mi dirección, con aspecto temible. Alcé mi rostro de manera altiva y desafiante, y las comisuras de sus labios intentaron resistir una bonita sonrisa que me deshizo. Acercó su rostro al mío y, muy cerca de mis labios, murmuró:

—No te muevas de aquí. —Usó mi misma forma de enfatizar las palabras.

—Que te den —le espeté con firmeza.

La sonrisa asomó sin poder contenerla. Seguidamente, sentí que me daba un intenso beso que me dejó sin aliento. Separó su boca cuando escuchamos un silbido por parte de Tiziano, que lo llamaba para no demorarse, y me contempló expectante mientras trataba de recomponerme.

—Tenemos una conversación pendiente. Celosa.

Sin decir nada más, se dio media vuelta y desapareció de mi vista, dejándome aturdida. Tras llevar un buen rato, que se me hizo eterno, en el interior del vehículo, me bajé para acercarme un poco a la entrada.

Parecía a simple vista una discoteca normal, y no entendí el cambio de sitio tan repentino. Me encaminé hacia la puerta por la que habían entrado, que casualmente estaba abierta. Asomé la cabeza y vi un largo pasillo que daba a una única puerta. Me puse alerta cuando varios disparos resonaron en la lejanía.

Saqué mi pistola con decisión al escuchar unos gritos provenientes de la misma zona y dirigí mis pasos con firmeza hacia el sonido, pero a mitad de camino me vi obligada a detenerme, puesto que otro pinchazo me envaró de tal manera que no pude dar un paso más. Cuando me recompuse, sujeté el pomo de la puerta con decisión, la abrí y entré a una sala enorme en la que había dos salidas.

¿Y si se encontraban en peligro? ¿Y si había alguien que estaba complicándoles las cosas? Más disparos resonaron, así que moví mis pies con rapidez hasta una de las puertas. Al abrirla, vi otro enorme pasillo que daba a una única salida. Caminé a toda velocidad hacia allí, pero, segundos después, el dolor regresó, esa vez con una fuerza bestial. Tuve que detenerme para sostener mi vientre con ambas manos mientras tomaba una gran bocanada de aire que llenara mis pulmones. Ya no era normal, y comencé a ponerme histérica.

Cuando me aproximaba al acceso, alguien abrió la puerta. Me quedé paralizada al ver que era un hombre al que no conocía y que empuñaba una pistola. Con rapidez, me apuntó. Alcé mi mano con agilidad y disparé sin pensarlo. Entonces me percaté de que otra figura aparecía detrás de este mientras caía al suelo.

—¡¡¿Qué haces aquí?!!

El tono desencajado de Jack me alarmó, pero lo que más me preocupó fue ver que en su camiseta había una gran mancha de sangre. Se llevó la mano al hombro para intentar taponar lo que parecía una herida.

—¡Vámonos! ¡Vámonos!

La urgencia en el tono de voz de Tiziano me hizo darme la vuelta. Cuando salió, me contempló alarmado y gritó también:

—¿¡Qué coño haces aquí?!

Pasó por mi lado y tiró de mi mano. Sin embargo, no me moví ni un ápice, temerosa de dejarme atrás a Jack, quien trataba de cerrar la puerta a toda costa, sin conseguirlo. Me aproximé a él y lo ayudé con las pocas fuerzas que me quedaban a atrancarla. Después de varios intentos, lo conseguimos.

El dolor volvió.

—Vamos, tenemos que salir de aquí —me urgió.

Tiziano nos esperaba en la puerta de salida hacia la otra sala, pero su paso se vio impedido por un hombre que lo atacó sin esperarlo. Jack corrió para echarle una mano. Intenté llegar a ellos, pero tuve que pararme cada dos por tres debido al dolor, que era insoportable. Noté que un líquido salía de mi entrepierna, y temí lo peor. Mis pensamientos se fueron a un tiempo atrás, cuando sentí lo mismo.

—¡¡Micaela!! —gritó al darse cuenta de que me quedaba atrás.

Fui a decirle que ya iba, pero me doblé por la mitad, agarrándome el vientre. Un chillido salió de mi garganta sin poder evitarlo, y antes de que levantara la cabeza, la cual tenía casi rozando el suelo, ya estaba delante de mí.

—¿Qué te pasa? —me preguntó alterado, y tiró de mi brazo para salir del primer pasillo.

No conseguí contestarle, pero no dejó de arrastrarme por el codo hasta que atravesamos la sala y llegamos al primer pasillo, donde tres hombres nos impedían la salida. Jack me resguardó en la pared de la sala colocándose delante de mí y disparó a bocajarro hacia el interior de nuestra vía de escape. Tiziano, por su parte, se quedó en la otra pared, terminando con la vida de otros dos que aparecieron de la nada. Él también estaba herido. Llevaba la cara llena de sangre y zonas por las que asomaba más de un cardenal que comenzaba a tomar un color bastante feo.

Apreté mi mandíbula cuando lo noté de nuevo.

—Micaela, ¿qué te pasa? —me preguntó asustado. Alcé mis ojos, llenos de un sufrimiento desgarrador, y puse mis manos en la misma zona que antes, intentando aliviarlo—. ¿Le pasa algo al bebé? ¡Por Dios, contéstame!!

—¡¡Vámonos, han abierto la otra puerta!! —gritó Tiziano mientras caminaba hacia la salida.

Jack tiró de mí para que lo siguiera, pero tuve que detenerme a mitad del pasillo. ¡Joder! Su cuerpo me cubrió, y lo único que fui capaz de escuchar fue el retumbar de su pistola cada vez que disparaba hacia el acceso por el que acabábamos de entrar. Segundos después, sostenía mi mano con firmeza. Me conducía hacia la salida, la misma que se me hacía interminable, sobre todo cuando un mareo se apoderó de mí.

—No puedo... No... pu... —No conseguía hablar.

Se paró en seco al no saber qué hacer. Sin tiempo que perder, me cogió entre sus fuertes brazos y corrió conmigo auestas con el rostro contraído hasta que llegamos al coche, donde Tiziano nos esperaba con el motor en marcha. Al subirme, el italiano comenzó a despotricar como si no hubiera un mañana mientras pisaba el acelerador para salir de allí cuanto antes.

—¡Sabía que era una trampa! Cuando encuentre a Angelo... —su rictus se oscureció, dejando atrás el tono moreno de su tez para convertirlo en uno rojizo—, lo mataré.

—Esto se veía venir —añadió Jack con un cabreo descomunal—. ¿Has hablado con Arcadiy y Ryan?

—Sí. Van hacia la mansión. Tampoco han conseguido nada en la casa de Dante. Han rebuscado en todos los puntos que teníamos previstos. —Lo miró por el espejo—. Allí no hay nada.

Un grito ahogado salió de mi garganta cuando la presión se hizo más constante, y me vi obligada a doblarme en el asiento. Jack me contempló aterrorizado. Tiziano tenía el mismo gesto o peor que él.

—¿¡Adónde voy?! —nos preguntó con histeria.

—Ad... —resoplé—. Adara...

—Tienes que ir a un hospital —espetó Jack con enfado.

—Tenemos más de una hora para llegar al hospital más cercano. ¡Ni se te ocurra parir en el coche! —vociferó Tiziano.

—¡Cállate y ve a casa! —rugió Jack.

—¡No me chilles!

—¡Pues deja de decir gilipolces! ¡Sabía que no tendrías que haber venido! ¡Lo sabía! —Se peleaba consigo mismo, aunque me miraba a mí.

—Si llegamos a la mansión, podemos coger el helicóptero y marcharnos al hospital.

—¡Dale, dale! —lo apresuró Jack, sin quitarme los ojos de encima.

—¡¿Y qué crees que estoy haciendo?!; Los coches no vuelan, mamonazo!!

Empezaron a discutir debido a los nervios y no pude contestarles. Lo que estaba sintiendo no era nada comparable con otras situaciones, pues, a mi parecer, estaban rompiéndoseme todos los huesos del cuerpo.

Una nueva vida

La gran mano de Jack apartó la puerta de entrada de un solo manotazo. Lo seguía Tiziano, que la atravesó como un vendaval hacia el interior, buscando con desesperación a la rubia que, por norma general, se encontraría en su habitación.

—¡Adara! ¡Adara! —vociferó Jack.

Caminé tras Tiziano, sintiendo que mi cuerpo se quebraba a medida que avanzaba por el pasillo. A mitad de camino, escuché cómo Adara pegaba un gran bote en la cama cuando el italiano entró como impelido por un resorte en el dormitorio. Fui testigo de la cara de terror Adara durante los escasos segundos que Tiziano necesitó para dirigirse a grandes zancadas hasta ella, quitarle el libro que leía, lanzarlo por los aires y sujetarla del brazo. Por poco no la levanta con una sola mano.

—¿¡Qué haces?! —gritó Adara, usando un tono inusual en ella.

No le contestó, sino que la condujo hasta mí. Paralizada, no conseguí dar un paso. Me observó con miedo y se abalanzó sobre mí sin pensárselo.

—¿Qué te pasa, Mica? ¿Qué te ocurre? —me preguntó atropelladamente.

—¡Que tenemos que ir a un hospital! ¡Ya! —La voz de Jack resonó detrás de mí.

Se paseó como un león enjaulado por el reducido pasillo. Era interesante ver al tipo duro que no le temía a nada preso del pánico por un simple parto. Porque ya lo tenía asumido: estaba de parto.

—Creo... Creo que... —Suspiré al no conseguir formular la frase entera debido a las constantes contracciones que estaban machacándome.

—¿Estás de parto? —se alarmó.

Asentí como pude, y la rubia se llevó las manos a la cabeza.

—¡¡Pero...!! ¡¡Haz algo!! —le chilló Tiziano.

Adara se volvió con gesto hosco hacia él. Lo nunca visto.

—¡Eh, tú! ¡No me grites más, capullo!

El italiano se quedó perplejo al escuchar el insulto y entrecerró los ojos, poniendo de los nervios a Adara.

—¿Me has llamado...? —No se lo creía—. ¿Me has llamado capullo? —Se señaló.

Sujeté las manos de Adara y volvió a desviar su atención hacia mí. La miré suplicante, pues no creía que me quedase mucho.

—No hay tiempo —murmuré con debilidad—. Por favor —rugí tras un grito desgarrador—, sácamelo.

Abrió los ojos en su máxima extensión, tratando de asimilar lo que acababa de pedirle. De

nuevo, doblé mi cuerpo por la mitad de manera inconsciente.

—Micaela... Yo no soy... Yo no sé si...

—Llamaré a mi médico —añadió Tiziano, sacando su teléfono.

Era de madrugada. En realidad, no sabía ni qué hora, pero las constantes órdenes a través del teléfono de Tiziano me hicieron darme cuenta de que a la persona a la que estaba llamando no le agradaba demasiado tener que levantarse de la cama para venir.

—Adara..., por favor —musité agotada.

Aterrorizada, asintió con nerviosismo, sujetó mi mano con más fuerza y me empujó hacia mi habitación.

—Está bien... Está bien. —Parecía que se convencía a sí misma.

—¡¡Ella no es médica!! —explotó el italiano.

—¡Cállate ya! —le espetó Jack, malhumorado.

Entramos en el dormitorio, donde con rapidez se puso a dar órdenes a diestro y siniestro, dejándolos a todos estupefactos. Riley y la fulana de Jack aparecieron en el umbral de la puerta y mi gesto se contrajo.

—Riley, trae toallas, una palangana con agua templada y paños. —Se movió apresurada por la habitación. Llegó a la cama y apartó las sábanas, dejando solo la bajera—. Tiziano —bufó al pronunciar su nombre, gesto que no pasó desapercibido para el aludido, que todavía seguía perplejo por su tono—, tráeme todo lo que tengas de primeros auxilios. Jack, ayúdame a quitarle la ropa de la parte de abajo. —Tiziano no se movió del sitio, sin dar crédito a lo que estaba viendo y escuchando. Adara se giró. Al verlo petrificado, chasqueó los dedos con una chulería aplastante y le gritó—: ¿¡Estás sordo o qué te pasa?!

Él abrió la boca para decir algo, pero, al final, se dio la vuelta y se marchó en busca de lo que había pedido.

De pie, noté las manos de Jack deslizarse por mis piernas mientras bajaba mis pantalones. Antes de esto, me quitó los zapatos y los lanzó a la otra punta de la habitación. Estaba pensativo, quizá asustado, quizá inseguro por todo lo que estaba pasando; no lo sabía. Lo único que tenía claro era el terror que sentía yo.

—La ropa interior también —añadió Adara, cogiendo uno de mis camisones del armario.

Alcé las manos y me quedé con el sujetador como única prenda. Escuché que Adara suspiraba, ocasionando un gran estruendo. Miré hacia la puerta y allí no había nadie. Eiren había desaparecido al ser consciente de que no pintaba nada.

—¿Qué? ¿Qué pasa? —le preguntó con miedo Jack.

—Mica, tranquilízate, pero...

—Pero ¿qué? —la apremié, apenas sin respiración.

—¿Has roto aguas?

—¡No lo sé! —me desesperé—. Creo que sí. Antes sentí... Yo... —No atinaba.

Los ojos de Jack se clavaron en mí. Supe que estaba atacado, aunque también enfadado por mi mala cabeza. Con rapidez, me colocaron el camisón en el instante en el que Riley entraba con la niñata, que yo pensaba que se había hecho a un lado, y con ellos, una montonera de paños y toallas que Adara les había pedido.

—Dejadlo todo a los pies de la cama y salid.

Tras esa orden, desaparecieron. Tiziano entró de nuevo con un arsenal, esa vez de utensilios necesarios. Adara rebuscó en la gran caja de cosas, sorprendiéndose por todo lo que encontró. No hizo ningún comentario al respecto, pero pude ver que los ojos del italiano no se separaban de

ella; ya no sabía si con admiración o con miedo por haber descubierto algo más que ni él mismo sabía.

Sin darme cuenta, clavé mis uñas en el brazo de Jack —que seguía a mi lado, sin moverse— cuando una nueva contracción me invadió. Mis piernas flaquearon y caí al suelo de rodillas. Él trató de frenar la caída, sin conseguirlo.

—¡Micaela, Micaela!

Cerré los ojos con fuerza y noté que el mareo volvía con más intensidad que la vez anterior. No podía, no lo aguantaba.

—Me estoy... Me estoy...

Mi cuerpo se movió hacia atrás y Adara supo al instante lo que ocurría. Su mano tocó mi cara un par de veces hasta que abrí los ojos de nuevo, tratando de enfocarla sin mucho éxito. La veía borrosa de más.

—Eh, vamos, Mica, ahora no puedes dormirte. Ahora no.

—No lo aguanto... No puedo más —sollocé.

Parecía irónico por todo lo que había pasado en la vida y, sin embargo, no conseguía resistir los dolores de un parto.

—Tiziano, tráeme un zumo o algo que tenga azúcar. Rápido —le ordenó, esa vez en tono normal.

El italiano se marchó raudo en busca de lo que le había pedido. Entretanto, Adara me contemplaba, segura de sí misma; probablemente, dándose los ánimos que le faltaban.

—Necesito que te pongas en la cama. —Negué con la cabeza. Si tenía que levantarme, me desmayaría—. Bien, entonces necesito que te tumbes. Voy a reconocerte.

Me sonaba a chino. Todo me sonaba a chino. Jamás había estado en un parto, y mucho menos embarazada o con alguien en la misma situación. Dejé que mi espalda tocara el suelo y apoyé mi cabeza en varios cojines que había colocado Jack en cuanto caí. Cerré los ojos y tomé una gran bocanada de aire.

Escuché lo que parecían unos guantes de látex resbalar sobre las pequeñas manos de Adara. Abrió mis piernas y, sin esperar ni un segundo más, sentí uno de sus dedos entrar. Tiziano apareció y cerró los ojos, no sin antes pronunciar un leve «Madre mía. Madre mía». Estaba segura de que no se había visto en una igual.

Se hincó de rodillas a mi lado, abrió el zumo con urgencia y desvió los ojos hacia arriba mientras otro pequeño chillido se escapaba de mi garganta, provocando que mi rostro se contrajera de dolor. Supe que miraba a Jack, quien llevaba un rato muy callado. No había hecho ni un comentario al respecto.

Tiziano apartó los cojines de un manotazo y sujetó mi cabeza para colocarla sobre sus piernas, semincorporándome. En cuanto puso la pajita del dichoso zumo en mis labios y comencé a beber, noté que por lo menos el mareo se apaciguaba un poco. La solté cuando otra contracción volvió. Apreté mis dientes todo lo que pude y más. Sujeté la mano de Tiziano, haciendo una fuerza desmedida. Una vez que se me pasó el dolor, busqué con mis ojos a Jack, quien, aterrado, respiraba con dificultad. Dominado por el pánico, me contempló, y cuando pensé que me diría algo para tranquilizarme, se levantó del suelo, se pasó una mano por la cara y se dirigió hacia la salida.

Tragué el nudo que se había instalado en mi garganta cuando unas terribles ganas de llorar me invadieron. Tiziano, consciente de lo que estaba sucediendo, acarició mi cabello con una triste sonrisa en los labios, momento en el que otra contracción regresó. Hundí mi rostro en su

entrepiera sin querer. Tras menguar de nuevo el dolor, levanté la cabeza y lo miré, pidiéndole disculpas. Puso los ojos en blanco enseguida, dándole el toque de humor que lo caracterizaba en situaciones que se le escapaban de las manos o que iban mal. Adara trasteaba lo que tenía a los pies de la cama y resopló. La observé con detenimiento. Estaba dándose cuenta de todos los movimientos que hacíamos. Aun así, no perdía detalle de lo importante.

—No creo que le dé tiempo a llegar —añadió.

—¿A quién? —le preguntó Tiziano.

Lo miró, y pude sentir el miedo recorriéndola.

—Al médico. —Tiziano soltó un gran bufido. Yo la miré horrorizada al intuir lo que eso quería decir. La contemplé, esperando una respuesta por su parte que no se hizo esperar—: La cabeza del bebé está aquí, Mica. Tenemos que empujar en breve.

Al decirlo, unas enormes ganas de hacerlo me avasallaron. Asentí como pude, presa del terror que recorría cada resquicio de mi cuerpo, y escuché unas voces provenientes del pasillo:

—¡O entras ahora mismo, o te reviento la cabeza!

Miré hacia la entrada. Era Ryan gritándole a Jack. El dolor punzante me amenazó, rompiéndome un poquito más, si es que eso era posible.

—Adara... —murmuré con un hilo de voz.

—Vamos, Mica. Estamos en el final.

Abrió mis piernas como pudo y metió sus manos por debajo de mi rodilla para dejarlas en la posición adecuada. De repente, la puerta se abrió. El hombre que me quitaba el sueño apareció con los ojos hinchados. No quise sacar conclusiones, pero sus esmeraldas se clavaron en mí de esa manera tan especial que siempre lo hacían. Un grito escapó de mis labios cuando Adara decía a pleno pulmón:

—¡¡Empuja!!

Hice lo que me pedía mientras Tiziano se apartaba para dejarle el hueco pertinente a Jack. Se colocó de rodillas, apoyó mi cabeza en sus muslos y asintió con decisión. Miré a la muchacha que, con manos temblorosas, contemplaba la zona por la que saldría el bebé de un momento a otro.

—¿Y...? ¿Y si...? ¿Y si no sé hacerlo? —sollocé aterrorizada.

—Lo harás.

La voz firme de Jack me dio las fuerzas que me faltaban para empujar de nuevo al sentir otra contracción. Y así, una vez tras otra empujé, hasta que los ojos de Adara brillaron por la emoción.

—¡Uno más, uno más! —me apremió.

Tiziano metió, literalmente, su cabeza desde arriba para poder ver de qué manera salía, y no pude evitar poner los ojos en blanco en mi mente. La mano de Jack pasó con delicadeza sobre mi mejilla cuando empujaba a punto de reventar. Lo miré de forma fugaz, y él me mostró una triste sonrisa que no llegó a iluminar sus ojos. Sujetó mi mano con fuerza y se la llevó a la boca para depositar un casto beso en ella. Sonrió. Intenté imitarlo, pero una contracción me envolvió y tuve que cerrar los ojos con ahínco.

De repente, sentí que el bebé se desprendía de mí tras un demoledor desgarró; imaginé que al sacar alguna parte de su diminuto cuerpo. Abrí los ojos al escuchar el llanto del pequeño, y observé a una Adara que lloraba de alegría y sonreía a la vez mientras miraba a un italiano al que también le brillaban los ojos. Dejé mi cabeza caer hacia atrás, exhausta, y escuché que decía:

—Es una niña. —Nerviosa, rio.

La envolvió con una de las toallas que había a los pies de la cama, para segundos después

depositarla con cuidado sobre mi pecho. La acogí entre mis brazos con una sonrisa, notando que las lágrimas empañaban mis mejillas y nublaban mis ojos, sintiendo algo que jamás había experimentado. Algo como que sería capaz de arrancarme mi propio brazo por la personita que acababa de conocer. Eso sí que era amor a primera vista. O, simplemente, el efecto madre, como yo lo llamaba.

Madre.

Acababa de ser madre.

Todavía debía asimilarlo. La contemplé, tan pequeña, tan frágil, y noté que el corazón estaba a punto de salirse del pecho sin permiso. Bajé mis labios hasta su cabecita, aún manchada de restos de sangre, y la besé.

—Atenea... —musité. Los ojos vidriosos de Jack se posaron en mí, y lo miré—. ¿Te gusta— ?le pregunté con un hilo de voz, al borde de ponerme a llorar más que el propio bebé.

Recogió una lágrima que escapaba de sus preciosos ojos antes de que llegara a su fuerte mentón, recubierto con una incipiente barba que haría delirar a cualquiera. Pasó la vista de nuevo a la criatura que sostenía entre mis brazos. Asintió con una sonrisa deslumbrante en los labios y bajó su boca hasta la mía, donde me dio un beso tan tierno que me quebró por dentro.

—Atenea es perfecto —murmuró.

Atenea era por él.

Por sus raíces, por su tierra, esa que tanto adoraba y que tanto me enamoró el día en el que me arrastró hacia ella para dejarme en los brazos de un tirano.

De la misma manera que no lo permitió.

De la misma manera en la que me enamoró más, si es que eso era posible.

Con sus actos, con sus caricias, con su declaración extraña en aquel barco. Con todo lo que era Jack Williams.

Un dios.

Mi dios griego.

Dame una oportunidad

Jack Williams

La contemplé con detenimiento sin perder gesto alguno por su parte, y verla de esa forma, tan destrozada, dolorida e incapaz de ser la misma persona que horas antes me retaba con cada palabra, me superó. Me levanté como pude cuando empecé a sentir un mareo y dirigí mis pasos hacia la salida, sabiendo que me observaba desde la distancia, horrorizada.

¿«Qué estoy haciendo?», me maldije mientras avanzaba hacia el exterior. Con el pánico carcomiéndome, cerré la puerta y me apoyé en la pared del pasillo. Toqué mis sienes con desespero, preguntándome sin parar por qué demonios estaba en aquella situación tan absurda; mejor dicho, por qué notaba un terror exterminarme cuando jamás había sentido tal cosa.

La voz de Arcadiy me sacó de mis pensamientos. Alcé mi rostro y lo vi venir con decisión hacia mí.

—¿Mi hermana está a punto de traer a tu hijo al mundo y tú estás en el pasillo? —me recriminó con ironía y cierto resentimiento.

Lo contemplé con los ojos perdidos.

Iba a ser padre.

Padre.

Una palabra tan lejana como lo estaba yo. «Padre...», me repetí mentalmente sin poder evitarlo.

—¿Estás bien?

Se acercó a mí al ver mi gesto estupefacto. Negué con la cabeza, siendo consciente de que todo giraba alrededor de mí. Abrí la boca para contestarle, pero me fue imposible. En vez de hablar, parecía que boqueaba como un pez, así que opté por no soltar palabra. Sujetó mis hombros con fuerza justo cuando agachaba mi cabeza al sentirme un completo gilipollas por no saber afrontar la situación.

—Eh, eh, mírame —me pidió, alzando mi barbilla—. Ser padre no es malo —añadió con más suavidad.

—Y si... Y si... —balbuceé por primera vez en mi vida.

Me sentí absurdo.

Y me cabreó esa absurdez.

Me aparté de él y apreté los puños. Después, me llevé las manos a la cabeza sin saber qué hacer. Sin embargo, lo que sí tenía claro era que poco hacía en el pasillo cuando lo verdaderamente importante estaba en la puta habitación que tenía detrás.

—Lo harás bien, Jack. No temas por eso —intentó tranquilizarme.

Pero mis dudas no solo estaban en si sería un buen padre o no. No. Se centraban también en si

ella me perdonaría algún día, en si me miraría con los mismos ojos, en si me querría igual que yo, igual que antes, y en miles de cosas que solo giraban en torno a Micaela; las mismas que llevaban martirizándome desde el primer momento en el que la vi, y por las que no conseguíamos avanzar. El tiempo pasaba, y entre nosotros había un trato cordial, en ocasiones; en otras, unas miradas y palabras llenas de odio y resentimiento.

—¡O entras ahora mismo, o te reviento la cabeza!

La voz de Ryan me sacó de mi batalla mental. Alcé mi rostro con la decisión tan firme como la había tenido desde que salí. Su gesto era fiero, y si yo apreté los puños a mis costados, él ya los tenía incrustados por la rabia que lo corroía. Lo miré con detenimiento, asintiendo y sin apartar mis ojos de él. Después los desvié hacia Arcadiy y sujeté su hombro con fuerza.

—Voy a ser un buen padre... —murmuré, intentando convencerme de algo que jamás había tenido.

No tenía un ejemplo a seguir, no sabía de qué manera se hacían esas cosas: cómo se educaba, cómo manejar mi vida. Porque ese era otro pequeño detalle que había escapado de mis pensamientos. Ser consciente de quién era en ese momento me aterró. Si siempre había querido proteger a Micaela, ¿cómo lo haría con dos? Me restregué los ojos con las manos cuando sentí que me quemaban, y por primera vez en mi vida me di cuenta de que las gotas que salieron de ellos eran por puro terror.

Abrí la puerta en el momento en el que Adara abría las piernas de Micaela, y contemplé a la mujer que, destrozada, se encontraba apoyada sobre Tiziano, quien me lanzó una mirada de alivio al verme entrar. Un grito escapó de los labios de Micaela, y me aproximé hacia ella lo más rápido que pude.

—¡Empuja! —la apremió Adara.

Tiziano se apartó para que me colocase en su lugar, pero se quedó justo a mi lado, sosteniendo una de las manos de Micaela mientras con la otra se aferraba a una de las mías con tanta fuerza que pensé que me la partiría. No quise ni imaginarme por lo que estaba pasando, aunque sabía que era una mujer fuerte y cabezota, cosa que me hizo sonreír sin que me viese.

—¿Y...? ¿Y si...? ¿Y si no sé hacerlo? —preguntó con miedo.

El mismo que sentía yo. No sé de dónde saqué el valor para responder por Adara:

—Lo harás.

Volvió a empujar de manera bestial. Vi que su cuerpo se contraía y que su rostro se desfiguraba por el dolor. Me mataba. No podía seguir viéndola de aquella manera.

—¡Uno más, uno más! —Los ojos de Adara brillaron tanto que creí que destellarían en cualquier momento.

De repente, Tiziano inclinó su cabeza desde su posición para ver cómo salía el bebé, cosa que provocó que un gruñido saliera de mi garganta que Micaela no escuchó. La mano del italiano me hizo un gesto, quitándole importancia a mi insignificante bufido.

Pasé mi mano con suavidad por la mejilla de ella, dándole la fuerza que no podía mostrarle, y me contempló de soslayo. Una pequeña sonrisa se instaló en mi boca. Me llevé su mano a mis labios y, después de un casto beso, vi que me sonreía con debilidad. Otra contracción llegó y arrasó con las pocas fuerzas que le quedaban. Cerró los ojos cuando Adara tiró del bebé hacia atrás. Un llanto inundó la sala pocos segundos después.

—Es una niña. —Adara rio, nerviosa.

Cubrió a la pequeña con una de las toallas que había a los pies de la cama y se la puso sobre el pecho a su madre. Observé las lágrimas de felicidad que recorrían el rostro de la persona que me

había robado el corazón, e instantáneamente supe que esa pequeña que lloraba se había colado en él.

—Atenea... —murmuró Micaela. Noté que mis ojos se inundaban pese a la emoción, hasta que me miró—. ¿Te gusta— ?me preguntó con la voz quebrada.

¿Estaba preguntándome? Mi mente comenzó a funcionar a mil. Limpié la lágrima que había escapado de mis ojos. Ella volvió a contemplar a la preciosa bebé que reposaba en sus brazos, ya más calmada. Sonreí, y la besé con toda la ternura de la que fui capaz.

—Atenea es perfecto —musité.

Me recompuse de la situación por la que acababa de pasar y deslicé mi gran mano por la mejilla de Atenea. No me di cuenta de que Tiziano había abandonado la habitación hasta que, minutos después, entró con una pequeña bolsa en las manos.

—Espero que no te importe —añadió Adara con voz débil—, pero viendo que no tenías nada para el bebé todavía, le compré algunas cosas.

La noté intranquila, examinando a Micaela. Ella asintió sin darle importancia a ese detalle. ¿Cómo que no tenía nada para el bebé ?Cogió a la niña entre sus brazos y miró a Micaela, quien, agotada, cerró los ojos.

—Jack, llévate a la niña. En cuanto termine con ella, la adecentaremos. —Posó su mirada en Tiziano y murmuró con vergüenza hacia él :—Llévate la bolsa, por favor.

Una sonrisa asomó a los labios del italiano, y cuando se levantó para marcharse, escuché:

—Claro, *bambina*. —Arrastró la última palabra de tal forma que a Adara se le erizó el vello.

No sabía qué demonios pasaba con esos dos, pero tendría que preguntárselo a Micaela, igual que debía tener una conversación larga y tendida con la que se suponía que era mi hermana.

Adara me contempló a la espera y Micaela abrió los ojos. La primera me instó con la mirada a que cogiera a la pequeña, y de nuevo sentí que me fallaban hasta las piernas. ¿Y si se me caía? ¿Y si no sabía cogerla?

—Vamos, Jack, ven. No es tan difícil, ya verás —me animó, intuyendo mis miedos.

Dejé la cabeza de Micaela reposando sobre los cojines y me levanté con cautela hacia el bebé. Extendí mis brazos, notando que me temblaban como nunca, y depositó a Atenea sobre ellos. Cuando me los colocó en la posición adecuada, me sentí un robot inútil.

—Así es, ya está. Sal al salón con la pequeña. Ahora te aviso.

No conseguí pronunciar una sola palabra. Me quedé embobado contemplando a la preciosa niña que intentaba abrir los ojos sin éxito y movía sus diminutos pies y manos. Miré a Micaela, que me observaba sin pestañear y con una sonrisa en los labios, y me arrepentí de dejarla sola, hasta que ella misma me dio el aliciente que necesitaba para salir:

—Vete, Jack. No te preocupes.

La puerta volvió a abrirse. El médico al que Tiziano había llamado entró, seguido de este. Los dejamos a los tres en el dormitorio y me dirigí al salón para sentarme antes de que las piernas dejaran de funcionar. Arcadiy y Ryan me interceptaron a mitad del pasillo. Con rapidez, se abalanzaron sobre mí para verla. Arcadiy palmeó mi espalda con una sonrisa, acto al que respondí fulminándolo con la mirada.

—¡Quita esa cara! —refunfuñó—, ¡que ya eres padre!

—No me golpees, que puede caerse —le espeté con malas pulgas, moviendo mis brazos en la otra dirección.

—Espero que sepas valorar lo que tienes —murmuró Ryan.

Lo miré con sinceridad, asintiendo a sus palabras.

—Lo hago. Y lo haré el resto de mi vida —le aseguré.

Hizo un gesto afirmativo con su rostro. Conduje mis pasos hasta el salón, donde me senté y la observé con detenimiento. Era tan bonita, tan frágil, tan... nuestra, que sentí que el corazón se me salía del pecho sin poder retenerlo. Pocos minutos después, escuché en la lejanía que Adara se aproximaba. Se sentó a mi lado y me pidió, extendiendo sus brazos, que se la dejara.

—¿Cómo está? —le pregunté preocupado.

Observé sus movimientos para quitar los restos innecesarios que el bebé tenía. Después, se dispuso a hacer todo lo que se suponía que realizaban en un hospital cuando un bebé nacía. Me imaginé que, al no tener los suficientes aparatos que necesitábamos en casa de Tiziano, el médico se habría encargado de ello.

—Bien. No han tenido que darle puntos, por lo que la recuperación será más rápida. —Me observó y juntó sus labios—. Es una mujer fuerte.

—Lo sé. —La contemplé agradecido.

—Mañana tendremos que ir al hospital para hacer todos los trámites necesarios y para que le hagan una revisión intensiva a Atenea.

Asentí. El silencio se hizo entre nosotros, hasta que lo rompí:

—Adara, gracias por todo. Y sé que tenemos que sentarnos para tener una conversación...

Me cortó:

—Lo haremos, y es lo mínimo que podía hacer por ella.

Sonreí.

De nuevo, escuché que la puerta de su dormitorio se abría. El médico salió y le indicó a Tiziano lo mismo que Adara acababa de decirme. Sin más, se marchó, dándonos las buenas noches o, mejor dicho, casi los buenos días.

Unas horas después, al ver que Micaela se había quedado dormida mientras terminábamos de preparar al bebé, la desperté con pesar, pues sabía lo agotada que estaba. Nos dirigimos al hospital con ambas, donde estuvimos casi media mañana, hasta que las dos salieron en perfectas condiciones de sus revisiones. Tiziano la contempló desde su posición antes de decir:

—¿Quieres ir a casa?

Derrotada, Micaela asintió, y pude apreciar que sus ojos casi se cerraban cuando se subió al coche, seguida de Adara, que colocó a la pequeña entre sus brazos.

—Tenemos que ir a por las cosas del bebé ya —añadí.

Micaela ya se había quedado dormida.

—Arcadiy y Ryan se han encargado de eso a primera hora. Estarán montándolo todo —me dijo Adara.

Me recordé mentalmente preguntarle el motivo por el cual no tenía nada comprado todavía, dado el tiempo del que estaba.

Cuando llegamos a la mansión, efectivamente, los dos se encontraban organizando varias cosas, ayudados por Riley y Eiren, que colocaban algunas prendas de ropa en unos cajones de tela. Esta me lanzó una mirada furtiva que pillé al vuelo, y supe que era de tristeza. Tenía que hablar con ella, y no podía demorarlo por mucho tiempo. Era consciente de que comenzaba a hacerse ilusiones, o quizá siempre las tuvo, y no tenía ganas ni tiempo para estar peleando por una tontería tan grande como aquella. Se le notaba a leguas cada vez que se acercaba a mí, y eso que nunca le di pie.

Un codazo por parte de Riley me sacó de esos pensamientos mientras Micaela se dirigía al dormitorio.

—Necesito una ducha —bufó—. ¿Puedes quedarte con ella unos minutos?

—Sí, no te preocupes, pero no creo que debas ir sola. Si te mareas o algo... —murmuró Adara.

—Yo iré con ella.

Ambas volvieron sus ojos hacia mí. Micaela, más nerviosa de lo que la había visto en todo el tiempo que la conocía, no dijo nada y continuó su paso. La seguí en completo silencio.

Al llegar, sujeté la puerta antes de que la cerrara en mis narices. La observé detenidamente, negando con la cabeza.

—No hace falta que vengas, me las apañaré —añadió, arrugando el entrecejo.

Me colé por la pequeña abertura que había quedado y caminé hasta el cuarto de baño.

—En lo bueno y en lo malo —comenté como si nada, sabiendo que eso la pondría más nerviosa.

—Jack...

—Vamos. —Extendí mi brazo, cortando así la conversación de raíz.

Cogió el dobladillo de su vestido bajo mi atenta mirada y suspiró antes de preguntarme:

—¿Puedes darte la vuelta?

Puse los ojos en blanco, sin entender a qué narices venía aquella tontería, pero le hice caso, a sabiendas de que me metería dentro de la ducha con ella. Cuando escuché cómo su vestido caía al suelo, me regañé a mí mismo al darme cuenta de que estaba poniéndome más duro que una piedra sin poder evitarlo. Lo siguiente que escuché fue la mampara de la ducha abrirse y a ella decir:

—Espérame fuera. Si te necesito, te llamaré. —Sonreí sin que me viera. Oí el grifo de la ducha y me volví, encontrándomela de espaldas a mí. Sin tiempo que perder, me desprendí de mi ropa, abrí la mampara y me colé en el interior—. ¡Jack— !Me fulminó con la mirada.

—No tengo ganas de que tengas un accidente por hacerte caso —dramaticé. Sabía que no le pasaría nada.

—Déjame ducharme sola. ¿Tan difícil es?

La contemplé durante lo que me pareció una eternidad mientras nuestros ojos decían todo lo que no expresábamos verbalmente.

—No sabes cuánto —murmuré. Pasé mi brazo rozando su mejilla y agarré el grifo para comenzar a mojarla. Elevó su mirada al techo y llevó uno de sus brazos hacia su pecho para taparse. Inmediatamente, lo retiré de su posición, ganándome como respuesta una mirada amenazante—. No te tapes —le espeté, recalcando cada palabra.

—Esto ya no es lo mismo que antes, y no me siento cómoda. —Frunció el ceño.

Era cierto que su cuerpo había cambiado. En ese momento era más bonito, si es que podía serlo. Me aparté lo suficiente, repasándola de arriba abajo, escrutando hasta el último centímetro de su figura, y ella volvió a mirar hacia el techo al mismo tiempo que se ponía una de las manos en la frente. No pasó desapercibida para ella mi desnudez, y pude apreciar un extenso rubor en sus mejillas que intentó controlar sin éxito. Me acerqué y, muy cerca de su oído, murmuré:

—¿Desde cuando eres tan vergonzosa? —Escuché que tragaba saliva, pero no contestó. La tensión se hizo dueña del ambiente—. Las marcas de guerra son las mejores. Y las que tú llevas son las más bonitas.

Mi boca descendió por el lóbulo de su oreja hasta su cuello, donde me detuve para posar mis labios en él. Un breve gemido escapó de su garganta cuando mis dientes lo rozaron.

—Jack, para... —me pidió sin convencimiento.

Agarré su mano para darle la vuelta. Después de separarme a regañadientes, vertí un poco de jabón en las mías. No quise pensar en lo que podría llegar a hacerle si pudiera en aquel plato de ducha. Enjaboné su pelo, continuando después por su cuerpo, el cual toqué centímetro a centímetro

hasta que quedé satisfecho. Me deleité con sus curvas, con su piel, con sus suspiros ahogados que pedían a gritos convertirse en gemidos, con ella. Su simple presencia me volvía jodidamente loco, pero saber que la tenía en mi mano, tan cerca, estaba matándome por segundos.

Sentí que estaba a punto de reventar, y cuando me pegué a ella, notó mi dureza en su espalda, cosa que provocó que me contemplase con una ceja alzada. Sonreí ante su gesto y volví a susurrar cerca de su oído, sin dejar de masajear sus hombros con el jabón esparcido por ellos:

—Es lo que tiene llevar siete meses sin ti.

No dijo nada, y supuse que le costaba tanto o más que a mí volver a estar en la situación tan íntima en la que nos encontrábamos. Aclaré su cuerpo y su cabello sin dejar un resquicio de jabón, viendo a través de ella más de lo que pretendía. Algunas veces era transparente, y sabía que su mente funcionaba a mil por hora, haciéndose preguntas mudas, las mismas que me hacía yo.

La giré para que quedara frente a mí, y nuestros labios casi se rozaron con ese movimiento.

—¿Por qué no me preguntas lo que quieres saber? —malmetí, observando tanto sus ojos como sus labios.

Entreabrió la boca de esa forma tan sensual que tenía de hacerlo y respondió antes de lo que esperaba:

—No creo que se te hayan resistido muchas mujeres como para guardar un voto de castid...

—Tengo el nivel de fidelidad muy alto, todavía —le contesté sin dejar que terminara la frase.

—No tenías por qué —añadió con seriedad .Suspiré al pensar que ella había estado con otros hombres, y ese pensamiento me enfureció. No quise dejarlo entrever, pero ya era tarde para remediarlo—. ¿Celoso— ?Repitió la misma palabra que yo le dije.

Mi rictus cambió; hasta yo mismo lo noté. Me pasé una mano por la frente y después coloqué ambas en mis caderas.

—Eiren es la hermana de Riley. —Me contempló sin hacer ningún gesto—. ¡Y por supuesto que no tengo ni he tenido nada con ella! —Me cabreeé al ver que no movía ni una simple pestaña—. Ella solo nos ha ayudado, o por lo menos lo ha intentado, a encontrarte. Tiene más contactos que Riley, y él pensó que podría echarnos una mano. No hay más. No ha pasado nada más —me apresuré a explicarle. Asintió sin decir ni una palabra, y esa vez me fue imposible saber qué pensaba. Intentó salir de la ducha, movimiento que impedí colocando mi brazo entre el cristal y ella, de manera que su rostro quedó pegado a este—. Micaela... —casi supliqué.

Giró sus ojos hacia mí, con los labios sellados. Estaba comenzando a desesperarme su mutismo y el no saber qué pasaba por su cabeza. ¿De verdad había pensado que Eiren y yo estábamos juntos? ¡Estaba loca! ¡Era una cría! Cerré los ojos y suspiré con fuerza, sintiendo su escrutinio en cada parte de mi cuerpo, y le pedí en un susurro apenas audible:

—Dame una oportunidad. —Su pecho subió y bajó, dominado por la tensión, pero sus labios permanecieron sellados, gesto que me confundió. ¿Por qué no me hablaba? .—?Has encontrado a alguien que...? —No pude terminar la pregunta, y tuve que apartar mis ojos de ella porque no quería ni podía imaginármelo. Porque, de ser así, tendría que matarlo, y ese pensamiento se me presentó más que apetecible.

Notaba sus ojos fijos en mí. Giré mi cabeza cuando la escuché confesarme:

—No he estado con nadie, Jack. —Hizo una pausa, sin romper la conexión—. Con nadie —recalcó.

No lo soporto más

Micaela Bravo

Tres semanas después de haber dado a luz, estaba completamente recuperada. Cuando el italiano recibió la llamada de Angelo, que había vuelto de Colombia, le urgió para que se viesen en la casa de él lo más rápido posible. Claro estaba que, esa vez, iríamos a por todas, aunque la cosa terminase mal.

Tiziano tenía un cabreo considerable al no haber conseguido entender la trampa que le tendió, aunque, según él, tenía un plan y no lo había llamado como un energúmeno para pedirle explicaciones. Pensaba dejarle claro, cara a cara, quién mandaba, aun sabiendo que no debíamos actuar sin pensar, ya que perderíamos la pista de Vadím si Aarón, del que todavía no tenía señales, se enteraba. Aarón estaba dándonos mucho espacio. Y eso me preocupó. Me preocupó porque supe por sus ojos cuando nos vimos que tenía una urgencia extrema por encontrar aquella cosa.

Jack estaba completamente entregado a su obligación como padre, pero era cierto que ambos seguíamos durmiendo en distintas habitaciones, cosa que no significaba que él, cada día, cada minuto, intentara convencerme de que estar juntos era lo mejor para Atenea, y por supuesto para nosotros. Sabía que de un momento a otro caería en sus brazos. Estar cerca de él todos los días comenzaba a ser insoportable, y el simple hecho de seguir conteniéndome me destrozaba con lentitud.

Me senté en la cama para darle de comer a Atenea, quien bebía un poco de pecho y otro tanto de biberón, porque la leche no me había subido como debía y la pequeña se quedaba con hambre la mayoría de las veces. Adara me aseguró que era normal en muchas mujeres, palabras que me dejaron más tranquila. No sabía cómo debía criar a un bebé, y me aterraba más por días.

Toqué su cabecita con mimo, dejando que mis dedos se colaran entre la espesa cabellera negra con la que había nacido. Delineé el contorno de su rostro hasta que llegué a su pecho, donde posó una de sus diminutas manos sobre mi dedo. Ese gesto me hizo sonreír con ternura. «Quién me lo iba a decir a mí», me dije, sumida en mis pensamientos.

Escuché que la puerta del dormitorio se abría, como cada mañana. Alcé mi rostro y me encontré con un Jack sudoroso de pies a cabeza, con un pantalón de deporte y una sugestiva falta de ropa en la parte superior. Mi garganta se secó, y fui consciente de que me era imposible generar la suficiente saliva que necesitaba antes de asfixiarme. Me contempló desde su posición con la misma cara de todas las mañanas: sonriente y lleno de un amor que me desbordaba.

Con galantería y haciendo alarde de sus pasos chulescos a la hora de andar, se acercó a nosotras. Cuando estuvo a la distancia perfecta, colocó sus manos en el colchón, a ambos lados de

mi cuerpo, se agachó para llegar a la mejilla de Atenea y la besó con cariño. Elevó su rostro hasta que nuestros labios casi se juntaron, y ese acto me puso más nerviosa de lo que esperaba. No entendía por qué actuaba así con él, me daba rabia parecer una imbécil a su lado, y sabía de sobra que cada uno de mis movimientos eran controlados por él, por lo tanto, se daba cuenta de los síntomas por los que pasaba cuando lo tenía cerca.

—Voy a darme una ducha —murmuró, pegado a mi boca. Me aparté ligeramente y levanté a la niña para darle pequeños golpecitos en la espalda después de su comida, aunque también lo usé como barrera entre nosotros. Sonrió de medio lado, derritiéndome por completo—. Tenemos que hablar —añadió con voz seria.

Asentí sin ser capaz de pronunciar una sola palabra. Al ver mi actitud, se enderezó y me observó unos segundos. Su rostro había cambiado, y el tema, o tenía que ser lo suficientemente serio, o era algo que le preocupaba. En los últimos días, su humor había mejorado de manera considerable.

Cuando llegaba a la puerta del cuarto de baño, le recordé:

—En tu dormitorio también tienes una ducha.

Se paró en seco, dejó la ropa que llevaba sobre la cómoda de la entrada y se giró para mirarme.

—Me gusta más la tuya. Además, guardo la esperanza de que tengas que ducharte —ronroneó, recuperando el humor.

Negué con la cabeza mientras sonreía.

—Ya lo hice a primera hora —canturreé.

Escuché un resoplido seguido de una risa. Dejó la puerta medio abierta; supuse que invitándome a entrar, cosa que no haría. «No lo hagas, no lo hagas...», «me repetí como un mantra». El grifo se abrió y me concentré en la pequeña que tenía entre mis brazos durmiendo plácidamente.

La ducha terminó antes de lo esperado, lo que me llevó a pensar que no lo había visto hacer tan rápido en mi vida. Sentí un escalofrío que me recorrió de pies a cabeza cuando el colchón se movió bajo mi cuerpo, indicándome que acababa de subirse a la cama. Segundos después, se quedó pegado a mi espalda. Me tensé al escuchar su voz tan ronca, tan varonil, tan él:

—Atenea ya está dormida. —Mi cuerpo se paralizó y no reaccioné—. Micaela... —murmuró mi nombre, aunque más bien me pareció una advertencia.

Al ver que no hacía ni un simple movimiento, se levantó de la cama y se colocó frente a nosotras, con una toalla liada en su cadera. Cerré los ojos sin poder evitarlo e intenté normalizar mi respiración, que comenzaba a funcionar descontrolada. Cogió a la pequeña entre sus enormes brazos, la depositó en la cuna con cuidado y le echó una de sus mantitas sobre el cuerpo. Me incorporé en mi asiento como movida por un resorte al ser consciente de su cercanía y me quedé de pie junto a él. Apoyó ambas manos en sus caderas mientras me contemplaba con descaro.

—¿Hasta cuándo vamos a seguir así? —me preguntó, arrugando el entrecejo.

—¿Así cómo?

Cerró los ojos, apretándolos con fuerza. Volviendo a ponerme la máscara que tan cansada estaba de llevar ante su presencia, esa misma que un día derribó, esperé paciente. Dio un paso al frente, se paró a escasos milímetros de mí y continuó:

—Te he dado todo el tiempo que has querido para pensar las cosas. Te he ofrecido las explicaciones que necesitabas y más. —Agachó un poco su rostro para encontrarse con el mío, que permanecía impasible, con los labios sellados y sin hacer ningún gesto—. Pero —hizo una pausa que se me antojó eterna— cuando salgamos por esa puerta —la señaló—, para marcharnos de Sicilia... —negó con la cabeza, como si él mismo estuviese debatiéndose entre una opción u

otra—, tú y la niña os vendréis conmigo. Te pongas como te pongas.

Entrecerré los ojos al oír la determinación de sus palabras y retrocedí un paso —el único que podía antes de chocarme con el filo de la cama— para mirarlo.

—Eso será si decido irme contigo, no porque tú lo impongas —lo contradije con firmeza.

Negó con la cabeza, tan serio como hacía tiempo que no lo veía.

—No.

—Sí —rebatí con más seguridad.

—No.

Apreté la mandíbula, dada la absurda conversación que estábamos manteniendo. Me pasé una mano por la frente, tratando de retener las barbaridades que tenía ganas de soltarle.

—Jack —respiré—, no puedes obligarme a hacer algo que no quiera.

Otro paso más.

La tensión podía cortarse con un cuchillo. Alcé mi rostro y lo enfrenté con toda la valentía de la que fui capaz.

—Me da igual. He dicho que os venís conmigo. Y, o lo haces por las buenas, o te llevaré a rastras, pataleando, gritando o lo que prefieras. Fin de la discusión.

La que negó fui yo, pero no me dio tiempo a rebatir nada más porque su boca se estampó contra la mía, ansiosa, implacable y sin una pizca de piedad. Apoyé mis manos en su pecho desnudo mientras él se encargaba de intensificar ese beso y apretaba mis caderas contra su cuerpo. Noté su miembro clavarse en mi vientre, restregándose para que supiese lo duro que estaba. Me tambaleé hasta terminar sobre la cama, con él encima. Se colocó entre mis piernas a la vez que nuestro beso se convertía en algo tan salvaje y peligroso que no era capaz de detener. Nuestros dientes chocaban con rabia, mis labios ardían hinchados y doloridos, y mi sexo comenzó a lanzar punzadas de dolor incesantes que no había forma humana de detener. Tampoco quería, que eso era lo peor.

Su mano descendió por mi cuerpo, tocando cada resquicio de él, hasta que llegó al filo de mi vestido, lo elevó y restregó su miembro con más ímpetu. Alcé mi cadera de manera involuntaria cuando su mano se posó sobre la fina tela de mis bragas, pensando que moriría en aquel momento cuando apartó la tela para rozar mi sexo.

—No puedo más... —murmuró con voz ronca—. No lo soporto más.

Sus labios bajaron de forma bestial por mi cuello, mordisqueando y absorbiendo lo que tantos días llevaba reprimiendo, hasta que llegó a mi escote, donde besó y lamió cada parte de mi piel que se encontraba a su paso.

Nos movíamos al mismo ritmo, rozando nuestros cuerpos con desesperación. Sentí que se clavaba en mí con tanta impaciencia que me desesperé. Alzó su rostro para encontrarse con mis ojos y volvió a mi boca sin pensarlo. Entretanto, su mano se deslizaba por la abertura de mi sexo, hasta que encontró la entrada que buscaba e introdujo uno de sus dedos. Creí desfallecer al sentir su contacto de nuevo, tanto que mi cadera se alzó temeraria justo cuando escuchaba un gemido ahogado que acabó muriendo en su boca. Apartó la toalla que lo cubría de un solo manotazo y la lanzó a la otra punta de la habitación. Seguidamente, noté que mi cuerpo se movía cuando rasgó mi ropa interior, dejándola hecha trizas en su mano libre.

Mi fuero interno hormigueaba de tal manera que era consciente de que habíamos llegado a un punto en el que no podíamos detenernos, pero aun así lo intenté con las pocas fuerzas que me quedaban:

—Jack... —musité con un hilo de voz desgarrador—. Para...

—No quieres que pare —me contradijo áspero mientras mordía el lóbulo de mi oreja.

Siguió con su reguero de besos, deslizando su lengua por mi cuello hasta llegar a mi hombro desnudo, donde dibujó pequeños círculos, y después se detuvo en mis pechos. Los sacó con maestría, sin cejar en sus constantes embistes con sus dedos en mi interior, arrancándome un jadeo tras otro, volviéndome loca. Su dedo pulgar se instaló en el punto necesario, lo que me ayudó a llegar al abismo con el que tantos días había añorado, y me quebré en mil pedazos. Subió su boca hasta la mía y, a escasos centímetros de poder rozar de nuevo sus labios, siseó con la mandíbula apretada:

—Córrete.

No me hizo falta ningún impulso. Noté que estallaba sin remedio entre sus brazos, deshaciéndome debido a las rudas acometidas a mi sexo. Arqué la espalda, movimiento que aprovechó para apoderarse de mis labios. Al terminar, y aún con mi cuerpo temblando, tiró de una de mis piernas y la colocó junto a su cadera mientras se acomodaba en la posición necesaria para poder entrar en mí.

Entrelacé mis piernas a su cintura como pude, incitándolo a entrar, deseosa, perdida y con la mente presa de las emociones y la lujuria recorriéndome las entrañas. Noté su miembro en mi entrada rozándome con delirio, a punto de explotar; tenso, ardiente, dispuesto a avasallar mi sexo sin descanso. Mis labios se abrieron tratando de coger el aire que necesitaban para llenar mis pulmones, que no querían reaccionar. Sus dientes atraparon mi barbilla con ímpetu, enloquecidos de tal manera que ya no sabía si era él quien se movía con más locura o yo la que no podía remediar el desespero que sentía.

—¡¡Micaela!! —Con las respiraciones desacompañadas, ambos nos miramos cuando escuchamos el grito de Tiziano en el pasillo. No dijimos nada, solo nos contemplamos durante lo que pareció una eternidad mientras escuchábamos los incesantes golpes en la puerta del dormitorio—. ¡Micaela! ¡Sal, rápido!

Su tono de voz me alarmó, y Jack se levantó de su posición a regañadientes, con el rostro serio y una desesperación temeraria en él. Me bajé el vestido todo lo rápido que fui capaz, mirándolo mientras cogía su pantalón limpio y la camiseta que había traído. Estaba duro como una piedra.

Maldije al italiano un millón de veces.

Me acerqué a la puerta cuando controlé mi respiración y abrí, y me lo encontré con las manos metidas en los bolsillos y los ojos brillantes por la emoción.

—¿Qué coño te pasa? —gruñí.

—Vaya humor. No sabía que estabas dormida...

Dejó sus palabras en el aire cuando sus ojos se desviaron a la persona que tenía detrás de mí, con el mismo gesto de enfado que el mío.

—Mmm... No habré interrumpido nada importante, ¿no? —Una risita tonta salió de sus labios. Con mala cara, me crucé de brazos—. Vale, vale, necesito que vayas a por Adara.

—¿Y por qué no vas tú? —Señalé su dormitorio, que estaba al lado del mío.

—¡Oh, no! Solo me faltaba eso. —Elevó sus manos al techo.

—Que yo sepa, eres experto —añadí furiosa.

Joder, sí. Estaba cabreada.

—Mejor te lo dejo a ti, *bella*. Es urgente. —Sonrió de esa forma tan enloquecedora que tenía.

Bufé, pero me dirigí hacia la habitación de la susodicha. Me la encontré tumbada en la cama, leyendo uno de sus habituales libros de medicina. Alzó su rostro por encima de la tapa y me contempló.

—¿Te ocurre algo? —me preguntó al ver mi seriedad.

—No. —Mi tono salió más tajante de lo que pretendía, pero ella no hizo mención alguna. Tan prudente como siempre—. Tiziano quiere que salgas.

Me miró a través de sus pestañas con gesto confuso, igual que lo estaba yo. No entendía a santo de qué venía tanto secretismo, pero estaba claro que poco me quedaba para averiguarlo. Se levantó de la cama, desconfiada, y se ajustó la ropa antes de dirigirse a la puerta.

—¿No te ha dicho...? ¿No...? Bueno... —No atinaba a formular la pregunta.

—No. No me ha dicho para qué —terminé por ella.

Asintió con temor y abrió. Lo siguiente que escuché fue un grito que resonó en toda la mansión. Después, observé cómo Adara corría por el pasillo hasta el final. Asomé la cabeza y vi que se abrazaba a alguien. Cuando se separó, me di cuenta de que era Agneta la que estaba plantada en la entrada, con una sonrisa de oreja a oreja.

—¡¡Mamá!!

—Mi niña, mi niña —repetía Agneta, cargada de emoción—, cuánto te he echado de menos.

Sonreí al verlas a las dos, hasta que Agneta reparó en mí. Con los ojos llenos de lágrimas por la emoción, extendió sus brazos en mi dirección. Me acerqué con premura hasta ella y nos fundimos en un candoroso abrazo que me embriagó.

—Mica, ¿cómo estás, cariño? —murmuró, y me besó en el pelo.

—Pero... ¿qué haces aquí?

Llevaba sin verla dos meses más o menos, y aunque había hablado con ellas casi todas las semanas, no le había contado el pequeño detalle de que Jack había vuelto, ni a ella ni a mi abuela. Después de dar a luz, le enviamos un montón de fotografías de Atenea y prometí ir a Atenas en cuanto saliese de Sicilia, tal y como tenía pensado hacer.

—No creerías que iba a esperar más tiempo para conocer a mi nieta, ¿no? —añadió, llena de alegría.

—Pero... —Todavía seguía confusa—. ¿Y mi abuela? —me preocupé.

Antes de que terminara la frase, la única mujer de mi vida asomaba su anciano rostro por la esquina, con un bastón en la mano. Abrí los ojos al verla y corrí hacia ella. Me esperaba con una sonrisa en los labios. La abracé con fuerza, notando que sus lágrimas empapaban mi hombro desnudo, y a lo lejos vi a Tiziano, que nos contemplaba con una sonrisa emotiva de oreja a oreja. Después de unos segundos, desapareció por la salida de su casa, dejándonos la privacidad que necesitábamos. Las observé a las dos, y las cuatro nos fundimos en un abrazo cariñoso que me llenó de dicha, pues las había echado de menos más de lo que se imaginaban.

—Mi niña, ¿dónde está esa hermosa criatura que tanto ansiamos ver— ?me preguntó mi abuela con impaciencia.

Sujeté su mano y las conduje por el pasillo hasta que llegamos al dormitorio, donde Atenea descansaba. Agneta se llevó las manos a la boca; seguramente, al darse cuenta del gran parecido que tenía con Jack. Su tez era igual de morena que la de su padre.

—Parece... Parece...

—Sí —le contesté a una abuela orgullosa—. Es igual que Jack. Solo tiene el color de mi pelo —murmuré con una sonrisa.

Con los ojos llenos de lágrimas, mi abuela se giró y me abrazó de nuevo.

—Siento mucho no haber estado aquí cuando me has necesitado, mi niña. Lo siento de verdad.

La abracé, infundiéndole la tranquilidad que necesitaba, y besé su cabello con mimo.

—No te preocupes, he tenido una buena compañía. —Mi mirada fue directa a la chica que

Agneta agarraba de los hombros.

Su madre la contempló con orgullo. Una sonrisa se instaló en la boca de ambas mientras le contábamos, omitiendo algunos detalles innecesarios, cómo fue el parto y el papel tan principal que desempeñó Adara en él. Se ruborizó unos minutos, quitándole importancia a su cometido.

La puerta del dormitorio se abrió, y quien menos se esperaban apareció. Todos los ojos se desviaron hacia ese lugar, y volví a sentir que el ambiente se cargaba de tensión, solo que esa vez también podíamos añadirle los reproches y las miradas asesinas de unos a otros.

La mano de mi abuela tembló con debilidad, agarrada de mi antebrazo, y la miré. Estaba llorando como una niña. Arrugué el entrecejo. Jack dirigió sus pasos hasta llegar a nosotras.

—Eh, abuela, tranquila. —Toqué su mano—. No te he dicho nada porque no quería que te alterases; a decir verdad, ninguna de las dos. —Fijé mis ojos en Agneta, que no apartaba la vista de su hijo—. Pero estoy bien, de verdad.

Lloró con más fuerza.

Me descolocó el gesto de Jack cuando llegó a nosotras. Antes de acercarse a su madre, sujetó las manos de mi abuela, arrebatándomela de mi lado, y la miró con adoración.

—Lola, aquí, el único culpable soy yo. ¿De acuerdo?

La aludida apenas pudo asentir mientras un llanto desolador la arrastraba, soltando hipidos por doquier sin poder controlarlos. Jack la apresó entre sus brazos, y la vi tan pequeña y frágil que, comparado con el cuerpo robusto de él, apenas se la veía.

Observé a Agneta, pidiéndole explicaciones de algo que no sabía, a lo que esta contestó mirando hacia ellos de nuevo, actitud evasiva que me indicó que sabía más que yo. Hice lo mismo con Adara, solo que ella sí que negó con la cabeza en señal de no tener ni idea. Dejé de darle vueltas, siendo consciente de que en cuanto se recompusiera de su estado le preguntaría hasta sacarle la información que me aclarara las dudas.

Cuando Jack se separó de mi abuela, contempló a Agneta a una distancia prudencial. Ella seguía observándolo con rencor, y no entendí el motivo por el cual lo hacía. Él sí era parte de ella, yo no.

—Agneta... —murmuró.

—Jack —contestó ella de manera tajante.

Dio un paso en su dirección y depositó un casto beso en su mejilla, pero antes de que ella se retirase, abrazó su cuerpo junto al suyo. Agneta se emocionó por ese gesto. Jack besó su cabello igual que hizo con mi abuela, y escuché la voz de su madre cargada de esperanzas que ni ella misma sabía si existían. En realidad, ninguno sabíamos si algún día Jack sería capaz de sentarse con la que sí era su familia.

—Felicidades. —Se calló unos segundos—. Espero que sepas apreciar lo que tienes y se convierta en lo más importante de tu vida.

Sus ojos se encontraron, y supe que estaba hablando incluso de ella misma y de lo que sintió al tener que dejarlo en aquel orfanato.

—Esa es mi prioridad. Ahora y siempre —le aseguró.

Queda, Agneta asintió. Volvió a darle un beso en la mejilla tras separarse de él y me contempló. Antes de que ninguno desviase el tema, hablé, enfocando a mi abuela la primera:

—Creo que tenemos que hablar.

Peones

Después de llevar más de media hora contándoles a las dos todo lo que había pasado — saltándome, por supuesto, detalles que no pensaba revelarles— mientras estábamos sentadas en el jardín de la mansión de Tiziano, terminé mi narración sintiendo que mi garganta se había resecado una barbaridad.

—¿Qué vas a hacer? —me preguntó Agneta.

Mi abuela seguía más callada que de costumbre, y cuando comencé mi explicación, no pasaron desapercibidas para mí las lágrimas que recogía con disimulo sin ser capaz de mirarme.

Esperé paciente durante la media hora, pero en vista de que no soltaba prenda, supe que yo misma tendría que preguntarle si quería enterarme de algo. Retomando la pregunta de Agneta en mis pensamientos, miré por el enorme ventanal que daba al salón y vi a Jack sonreír mientras le gastaba alguna de sus habituales bromas a Arcadiy, y me sorprendí viendo a Ryan involucrado en la conversación con el humor que tanto lo caracterizaba.

Tiziano estaba en la barra, haciendo una especie de pirámide con sus cuchillos, mientras que Adara se encontraba en uno de los sillones, sentada sobre sus pies y leyendo un libro de misterio que tenía una portada un tanto siniestra. Desde luego, la lectura era su pasión. El italiano le lanzaba miradas de vez en cuando, y en cuanto ella las pillaba, agachaba su cabeza con un rubor extenso en su mejilla y continuaba leyendo.

Riley seguía con su consola, maldiciendo seguramente porque su contrincante le había ganado, y Eiren permanecía a su lado, a la que conocía de muy poco y con la que seguía teniendo serios reparos cada vez que observaba a Jack de esa manera tan especial que me cabreaba.

En resumen, entendí que éramos una familia de locos, psicópatas y dementes, pero, a fin de cuentas, una familia.

—Pues creo que no tengo muchas opciones —murmuré, ensimismada con la estampa que tenía delante.

Agneta desvió sus ojos en mi dirección, no sin antes ver a Jack besuquear la cabecita de Atenea, quien se movía entre sus fuertes brazos.

—Si lo tienes claro, no pienses tanto, Micaela, o puede que el tren se escape y no te dé tiempo a cogerlo.

Claro que sabía lo que haría, y por supuesto que me iría con él. No porque me lo impusiera, como había hecho antes; aunque tenía que admitir que esa faceta de dominante prepotente me caldeaba. Todavía podía sentir su dureza entre mis piernas y mis labios hinchados, motivo por el que me llevé las manos a ellos de forma inconsciente.

—Yo...

La voz apagada de mi abuela me sacó de mis pensamientos. Detuve mis manos en el aire, dejando de acariciar la zona que horas antes había devorado Jack con tanta ansia. Rompió a llorar de nuevo, acto que no supe cómo afrontar porque nunca la había visto tan frágil y deprimida.

—Eh, abuela, ¿qué pasa? —Toqué su mano con cariño.

—Es que..., antes de que os marchaseis de Atenas... —Lloró—. Yo le dije..., yo no quería...

—¿No querías qué? —me desesperé.

Me miró con los ojos cargados de tristeza. Mi corazón comenzó a bombear con fuerza en mi pecho al saber que sus palabras no me agradarían lo más mínimo.

—No quería que la historia de tus padres se repitiese. —Silencio—. Y, de una forma distinta, estaba volviendo a suceder. Te habías enamorado de un asesino, de alguien peligroso. —Se detuvo, intentando excusarse, y alzó su rostro para mirarme fijamente—. Le pedí que te dejase si te quería de verdad. Le dije que solo te causaría sufrimiento y que acabaría arrebatándome lo único que me quedaba. —Lloró con más fuerza—. ¡Fui una egoísta! ¡Lo siento tanto...! —se lamentó.

Contuve la respiración, incapaz de contestarle. No podía despegar mis ojos de la mujer que se rompía.

—Lola, Jack no es una persona de hacer caso a la primera. El marcharse debió ser por algo más, quizá por un cúmulo de cosas que no supo manejar.

—Lo fue —sentencié con más rudeza de la que pretendía.

—Pero ¡yo lo empujé a hacerlo! —se culpó.

Suspiré. Ya nada podía hacerse. El daño estaba hecho.

—Abuela —alzó sus ojos vidriosos—, no actuaste bien, y eso ya lo sabes. Pero estoy segura de que la culpa no la tuviste tú. No sufras de esa manera. Además, si es por eso, creo que él ya te ha perdonado desde que llegaste.

—¿Tú crees? —me preguntó sin convencimiento.

—Claro que sí.

La abracé, tratando de menguar el malestar que sentía. No estuvo bien, no. Pero no podía achacarlo a su marcha, puesto que sabía que la culpable no fue ella únicamente.

Unos minutos después, justo cuando entrábamos en el salón de la mansión, el teléfono de Tiziano sonó a modo de mensaje. La pirámide de cuchillos cayó sobre la barra y soltó un improperio digno de él. Tras mirar el teléfono, sus ojos pasaron a mí a toda velocidad. No entendí la rapidez con la que los desvió, pero entonces habló:

—Angelo me espera a las afueras de Palermo en una hora.

Las miradas volaron por la estancia.

—Pues vámonos —añadió Arcadiy.

—¿Micaela— ?me llamó.

Miré a Adara, que hizo un gesto con su cabeza, dándome a entender que ella se encargaría de la pequeña en mi ausencia. Asentí mientras veía el gesto de enfado de Jack, quien entraba a prisa por el ventanal del jardín.

—No es necesario que ella venga. Podemos ir nosotros cuatro —puntualizó con tono duro.

—Si viene, puede sernos de ayuda.

—¿Para qué? —Alzó una ceja, mirando al italiano.

—En el caso de que la cosa se complique. —Cabeceó—. Ella es una mujer.

Su excusa me sonó a rollo infumable, algo que Tiziano no estaba acostumbrado a hacer. Recogimos las cosas que necesitábamos bajo la expectante mirada de la nueva visita, que no

entendían nada. Les expliqué por encima la situación que teníamos y dejé a Atenea acostada antes de marcharme en busca de Tiziano. Lo encontré en la terraza de su dormitorio, y me sorprendí cuando me di cuenta de que Adara iba en la misma dirección, por lo que decidí esperar en el marco de la puerta sin quitarles los ojos de encima.

El italiano se mantenía firme y desafiante, contemplando desde su posición el mar, gesto que me dio a entender que había algo que se me escapaba y que no nos había contado. Se tensó al sentir la presencia de una Adara que pisaba con suavidad el suelo de la terraza, con las manos juntas, retorciéndoselas, quizá de los mismos nervios que sentía. ¿Adónde iba?

—Tiziano —lo llamó después de carraspear.

El aludido se giró con seriedad. Ella agachó la cabeza por el terror que sentía al estar tan cerca de él. Pero, entonces, ¿para qué iba en su busca? Él elevó su mano hasta colocarla en el mentón de ella y tiró hacia arriba para que lo mirase. Adara no sabía dónde meterse, y se veía claramente cómo su mente batallaba por haber ido a buscarlo.

—¿Qué ocurre, *bambina*? —Su voz fue apenas un susurro, cargado de tristeza.

—Yo... quería... —Rompió su contacto moviendo su rostro hacia la derecha y tragó saliva. Tiziano no le quitaba los ojos de encima—. Bueno..., solo quería darte las gracias por traer a mi madre —murmuró con un hilo de voz que casi no escuché.

Él asintió sin moverse del sitio. Apretó sus labios lo justo y necesario, para después hacer una mueca con ellos y morderse el interior. Adara retorció sus manos con más fuerza, y antes de salir en dirección a donde yo me encontraba, me sorprendí cuando se alzó de puntillas, dada la diferencia de estatura, que era bestial, y depositó un casto beso en la mejilla del italiano, al que creí que acababa de cortársele la respiración.

—Gracias, de verdad —musitó de nuevo. Sus ojos se contemplaban fijos mientras se separaban.

Se giró, aún con sus manos juntas, y con un rubor más que llamativo, salió de la terraza. La miré con una pequeña sonrisa en los labios y ella soltó un resoplido como si llevara conteniendo el aire desde que había entrado.

Moví mis ojos en busca del italiano, quien, descolocado, siguió sus pasos hasta que la perdió de vista. Frunció el ceño. A continuación, se giró de cara al mar como anteriormente estaba. Caminé con decisión hasta que me coloqué a su lado, tomando la misma postura que él. Lo miré, a la espera de que dijera algo, pero no fue así, sino que siguió contemplando cómo las olas rompían contra la exuberante roca que teníamos enfrente.

—¿Por qué lo has hecho? —le pregunté con interés.

—¿El qué? —No se movió.

—Traer a Agneta y a mi abuela.

Se encogió de hombros, queriendo quitarle importancia a la situación.

—Me pareció buena idea que conocieran a su nieta y bisnieta.

Moví mi cuerpo lo suficiente como para poder verle el rostro. Desvió sus ojos en mi dirección sin menearse del sitio e hizo un gesto con ellos, preguntándome de forma muda qué me pasaba, y sonreí. La mansión en la que estábamos era casi secreta. Casi, porque muy poca gente sabía que existía. Tiziano tenía mucho a sus espaldas.

—¿Lo has hecho por mí o por ella?

Contuve la risa. Él arrugó el entrecejo.

—Por las dos —fue su respuesta escueta.

Suspiré al ver que no conseguiría que se abriera a mí tan fácilmente, y antes de marcharme, me

paré justo a su lado de cara a la puerta de la terraza.

—Ten cuidado con lo que desees, Tiziano. —Lo miré—. Ella no es para ti. Recuérdalo.

No hizo ningún comentario al respecto, pero en sus ojos pude comprobar el efecto que tuvieron esas últimas palabras, y lo que vi no me gustó nada. Si llegaba el caso, no pondría impedimentos. Yo era la menos indicada para hablar de relaciones descabelladas, pero Adara no era como él. Nunca sería como él. Ella buscaba la calma, y él solamente le llevaría la tormenta a su vida. Y, en el fondo, Tiziano lo sabía. Creí que eso era lo que estaba consumiéndolo, aunque no lo confesase. A veces era un libro abierto con Jack, pero, de vez en cuando, yo también podía ver más allá de lo que mostraban.

Un rato más tarde, salimos de la mansión en dirección a Palermo, tal y como le había dicho Angelo. Solo esperaba que esa vez no fuese otra trampa, o el italiano echaría las muelas cuando llegase. O peor, cuando lo encontrase.

Nos detuvimos unas calles más alejadas de la dirección que nos había dado y nos separamos en dos grupos, como habíamos planeado de prisa y corriendo. Arcadiy se marchó con Ryan y conmigo, mientras que Tiziano y Jack se encaminaron hacia la entrada principal, este último quedando rezagado, ya que no se esperaban que fuese solo.

—¿Por dónde vamos a entrar? —les pregunté, tratando de seguir las zancadas de ambos.

—Por allí hay una escalera exterior. Es el sitio perfecto —señaló Ryan.

—Todavía no entiendo por qué cojones has venido.

—Arcadiy, deja de renegar. Bastante tengo con uno —le espeté.

—Que no se te olvide que ni siquiera sabemos para qué estamos aquí. Tiziano ha sido muy escueto en su explicación. Estamos haciéndolo todo a lo loco. Sin pensar. Y eso no puede seguir así, Micaela —apostilló Ryan, echándole más leña al fuego.

Mi hermano frunció el ceño con más ímpetu mientras llegaba a la dichosa escalera de hierro que había en la parte trasera de lo que parecía un edificio abandonado. Viendo que había una ventana desde la que se podía enfocar directamente la entrada principal por la que entrarían Jack y él, se coló de un salto.

No esperaba ver a nadie. Era más pronto de la hora citada, pero me sorprendí cuando, de repente, un fogonazo de luz inundó la planta que podíamos ver. En ella apareció Angelo, que se encontraba junto con seis hombres más, a la espera de que Tiziano apareciera. No tardó en hacerlo, ya que iba encañonado por el arma de otro de los hombres de Angelo, igual que Jack, que lo seguía. La respiración se me agitó al ver que los desarmaban a los dos al mismo tiempo que Angelo lanzaba unas palmadas al aire, con satisfacción.

—*Molto bene, ameco*⁶.

Tiziano resopló, sin hacer ningún comentario. Lo que sí vi fue su entrecejo fruncido. Otro detalle que se me escapaba. Él mismo fue el que repartió cómo nos separaríamos y el que decidió que yo debería irme con mi hermano y Ryan, propuesta que me extrañó, porque siempre iba con ellos.

—Me falta alguien, Tiziano —pronunció en italiano de nuevo.

Los tres nos miramos con confusión a la vez que Ryan señalaba la azotea por donde imaginé que trataríamos de sacarlos de allí antes de que los cosieran a balazos.

—¿A qué vino esa encerrona? —escupió Tiziano, lleno de rabia.

—Estaba poniéndote a prueba. Tenía que saber lo eficaz que eras —lo miró—, o erais.

Angelo sonrió, y volví a darme cuenta de la gran trampa en la que habíamos caído. Estaba claro

que jugaba con nosotros como si fuéramos unos simples peones, y ese hecho me cabreó. La cara de Tiziano se tornó de un color rojizo y pensé que estallaría.

—Ten cojones y diles a tus hombres que se marchen. Entonces verás lo eficaz que soy —lo retó.

—¿Y quedarme solo con uno de los mejores asesinos a sueldo y con el mayor narco de Italia? —Chasqueó la lengua—. Ni pensarlo. Sería el fin de mi carrera —añadió con sorna.

—No lo dudes.

Esa vez fue Jack el que le lanzó la última palabra de forma amenazante. Se me heló la sangre cuando escuché:

—¿Dónde está ella? ¿Dónde está *la mia principessa*⁷?

Aprecié cómo todos los músculos de Jack se contraían en uno solo al imaginarse a la persona que estaba buscando, cosa que no tardé mucho en descubrir. Cuando me enderecé, atónita por lo que acababa de escuchar, sentí el breve clic de una pistola apuntándome a la cabeza. Detuve mis movimientos, y reparé en que Ryan y Arcadiy estaban de la misma forma, este último mirando hacia el cielo, seguramente pensando en el motivo por el que habíamos sido tan imbéciles.

El silencio se hizo patente en el interior, hasta que, minutos después, tras bordear la plaza hasta la entrada principal del edificio, abrieron la puerta de hierro pesado y Jack se giró junto con Tiziano. Angelo se encontraba apoyado en una mesa de madera que había en mitad de lo que parecía un taller mecánico casi abandonado, con una de sus rodillas flexionadas y un porte chulesco acompañado de su cara de diversión habitual.

Otro demente más.

Visualicé la sala, y me di cuenta de que desde el exterior parecía un edificio común de oficinas. Pero no, estaba equivocada. Daba la sensación de estar más abandonado que otra cosa, y el único sitio por el que se podía ver algo del interior era por las ventanas en las que nos habíamos puesto con anterioridad.

—Micaela... —murmuró Angelo, con un evidente deseo en su voz.

El rictus de Jack se oscureció de tal forma que creí que cometería una locura. Lo miré, tratando de transmitirle tranquilidad, pero no surtió el efecto que pretendía. Se removió en los brazos del tipo que lo tenía apresado por la espalda, hasta que se soltó y anduvo dos pasos en mi dirección, pero se encontró con cuatro armas apuntándole a la cabeza, así que no tuvo más remedio que detenerse. Me contempló con el terror reflejado en sus bonitas esmeraldas verdes. Sin que nadie me oyese, musité:

—Tranquilo.

Su pecho subía y bajaba rápidamente a la vez que las aletas de su nariz se abrían y se cerraban sin parar. Estaba que echaba humo por las orejas, y no era para menos. Pobre de Angelo como fallase en un solo movimiento. Antes de que uno de los hombres que me apuntaba por la espalda pudiera desarmarme, me acerqué a Angelo con premura, quedando a escasos milímetros de él. Me contempló lujurioso, y en respuesta, alcé mi rostro de manera altiva y temeraria. Si se pensaba que únicamente íbamos a ser peones para él, se equivocaba.

Se equivocaba porque estaba ante la reina.

—Me alegro de volver a verte. —Sonrió.

Miré a mi alrededor, contando los hombres que había. Nueve. Y nosotros solo éramos seis. »Demasiados al estar desarmados ,«pensé.

—Me habría gustado más de otra manera. Sin tanta pistola y mirada amenazante —comenté como si nada.

Una perfecta dentadura blanca se mostró ante mí justo cuando elevó sus brazos para cruzarlos a la altura de su pecho.

—Y, dime, ¿crees que puedo fiarme de ellos? —Los señaló—. De Tiziano, sí. Ha cumplido su palabra de traerte hasta mí.

El corazón dejó de latirme, pero lo disimulé lo mejor que pude. No fue el caso de Jack, de quien escuché un breve «Hijo de puta». Tiziano no mostró ningún gesto de emoción en su rostro, y tampoco me miraba. ¿Qué había hecho ese condenado?

La peor parte se la llevó mi pensamiento; pensamiento que fue directo a mi pequeña Atenea. Estaba sola. Sola con Adara, Agneta y Lola. Sin defensa alguna. ¿Cómo habíamos sido tan imbéciles?

—¿Sorprendida? —me provocó Angelo al ver mi mutismo.

Negué con la cabeza, sin responder. No podía quitarle los ojos de encima a Tiziano, que ni siquiera se dignaba a mirarme. Enseguida, mi mente comenzó a funcionar. ¿Y si era él quien quería entregarme a Vadím por una cuantiosa cantidad de dinero? ¿Y si se había aliado con Aarón? ¿Por qué me entregaba a Angelo? No entendía nada. A decir verdad, nada tenía sentido. Ni siquiera sabía si Vadím estaba buscándome o no. Lo único que tenía claro era mi venganza. Tampoco era relevante que se juntase con Aarón. ¿Para qué? Pero, entonces, ¿por qué demonios me traía ante Angelo sin habérmelo dicho? La cabeza iba a explotarme de un momento a otro.

—No le des más vueltas, *ragazza*.

Se acercó a mí como un depredador a su presa y me puse en guardia. Cuando estuvo tan pegado que apenas el aire pasaba entre los dos, sujetó mi cadera izquierda con fuerza, aplastándome contra su cuerpo. Pude escuchar el gruñido de Jack, y no quise ni mirarlo, pues sabía que, si lo hacía, sería capaz de cometer una locura y perder la vida por ello. Sin pensármelo dos veces, y a sabiendas del plan y el motivo por los que me había acercado a él, me preparé mientras decía:

—Te esperé aquella noche —murmuró sensual, bajando sus labios hasta mi mentón, el cual delineó con su boca—. Y no estabas cuando volví, aunque después me dijese que estabas... indispuesta —gruñó, llegando a mi cuello y lanzándole un fugaz vistazo a Jack—. Y ya veo que aquí no hay nada. —Posó su mano en mi vientre y fingí un dolor que no sentía. De esa manera, no sabría de la existencia de Atenea, que era lo que pretendía—. Ya veo, *principessa*. Yo puedo darte los que quieras. —Puso la otra mano sobre mi nuca y agarró mi pelo con fuerza. Yo mantenía las mías inmóviles en mis costados, sin hacer ningún movimiento que me delatase, pero estaba más que preparada—. Estoy dispuesto a seguir con la negociación que quedó pendiente. —Movié sus ojos, buscando los míos—. Y para eso necesito saber si tú estás dispuesta a darme lo que quiero —murmuró deseoso, mordiendo el lóbulo de mi oreja.

Aprecié un breve revuelo a mi espalda y temí por la vida de Jack. No se contendría viendo a otro hombre manoseándome a su antojo; de eso estaba segura. Con un ágil movimiento mientras le sonreía de manera descarada, saqué el cuchillo que guardaba en una de las mangas de mi abrigo y se lo coloqué en la garganta. Angelo me observó sorprendido por mi reacción. Al ver que se quedaba perplejo, aproveché la ocasión y desenfundé el arma que descansaba en mi bolsillo para apuntar a su vientre. La cargué con rapidez y mi sonrisa se ensanchó, al igual que la suya. Loco. Estaba loco.

—Veo que no pierdes el tiempo —puntualizó.

—Ves bien —le respondí con desgana—. Ahora, deja que se marchen. Todos.

Abrió sus ojos con asombro, y vi que Tiziano me contemplaba como si hubiese perdido el juicio. Angelo les pidió a sus hombres con un gesto de cabeza que bajaran las armas y así lo hicieron, aunque no perdieron detalle de lo que ocurría. Si su jefe moría, estaban muertos ellos también.

—¿Insinúas que vamos a quedarnos solos? —me preguntó con picardía.

—Eso he dicho. Sí.

—Entonces, busquemos un lugar más... privado. No me gusta dar espectáculos.

Jack se revolvió. Me giré sin dejar de apuntar a Angelo con mi pistola y fijé mis ojos en los suyos. Negó con la cabeza, con los labios apretados y el rictus muy serio.

—Si te mueves un milímetro, te reviento las entrañas, Angelo —lo amenacé.

—Mmm, interesante, pero de momento no tengo pensado morir —añadió con chulería.

Me acerqué a su oído y, en el mismo tono, le contesté:

—Yo tampoco.

Anduvimos hasta la salida del edificio, siendo conscientes de que nadie nos quitaba los ojos de encima, y antes de traspasar la puerta, escuché:

—Si nos siguen, acabad con ellos.

—Recuerda que eres tú el que está indefenso ahora —argumenté.

—Y tú recuerda que nunca puedes subestimarme.

Miró hacia arriba, al techo de la sala, y descubrí que había varios hombres con rifles apuntando a cada uno de los que estaban en el interior. Lo miré con desagrado y chasquéé la lengua con pesar.

—Andando. No tengo tiempo para perderlo contigo.

¿Un cambio de bando?

Tras girar la esquina de la calle, andando como si fuésemos una pareja normal en medio del barullo de gente, llegamos a una vivienda en la que Angelo metió la llave y abrió. Lo empujé con mi pistola, apuntando su costado, y entramos en una especie de recibidor donde solo había una puerta más. La abrí y me encontré con una casa normal, en la que seguramente vivía alguien. Estaba decorada y preparada.

Angelo avanzó unos pasos, alejándose de mí. Eso ocasionó que temiese que mi plan se fuera a la mierda y reaccionara antes que yo.

—No voy a matarte, Micaela. Solo quiero proponerte un trato. —Se giró para contemplarme con adoración, y suspiré—. Siéntate, *ragazza*.

Me quedé de pie, sin apartarle la mirada, intuyendo que no jugaría limpio. Puso los ojos en blanco y se paseó por la sala con las manos metidas en los bolsillos.

—Cuando viniste al club, sabía que ibas con Tiziano y demás compañía. —Movié su mano en el aire, quitándole importancia—. Yo lo sé todo. O, mejor dicho, lo controlo todo. —Asentí, a la espera de que me dijera algo que no supiese. Tenía claro que era un tipo listo. Demasiado listo—. Es cierto que la segunda vez le tendí una trampa a Tiziano. No esperaba que acudieses con él a nuestra cita.

—Cita a la que tú no fuiste.

—Claro que no. Era una trampa, *princepsa*.

Bufé al escuchar otra vez el apelativo cariñoso con el que me llamaba. Yo no era nada suyo, ni nunca lo sería. Saqué mi teléfono bajo sus expectantes ojos y marqué un rápido mensaje sin quitarle la vista de encima.

Micaela:
¿Estás bien?

Su respuesta no tardó en llegar.

Jack:
Sí.

Fue escueta, pero me hizo saber que no se había marchado, sino que seguía en la calle esperándome. Si algo me había demostrado esos últimos días era que no se cansaba tan fácilmente frente a las adversidades, y esa vez no era para menos. Se mantuvo en línea al otro lado del teléfono.

Alcé mi rostro, encontrándome con un Angelo risueño que sonreía ante mi gesto.

—Yo siempre cumplo con mi palabra —continuó—. Espero que tú lo hagas con la tuya.

—Dime qué quieres de mí.

—Mmm... —murmuró, sin apartar sus ojos lujuriosos de mi figura. Paseó por la estancia hasta que cogió una carpeta en su mano. Con paso decidido, se aproximó. La abrió, pero antes se explicó, algo que no esperaba—: Tiziano sabe que esto te beneficia, por eso te trajo hasta mí.

Nunca dudé de él. Tiziano era la lealtad personificada. Eso siempre me lo demostró, y aun con la mosca detrás de la oreja, sabía que todo tenía un qué o, en su caso, un por qué.

—Lo que tenga que hablar con Tiziano o no es problema mío —sentenció tajante.

Río ante mi gesto de malhumor, pero sobre todo ante mi carácter endemoniado.

—Supongo que sabes que la policía está detrás de mí, por el asunto de mis negocios, y que también pretenden usarme para llegar hasta Vadím Ivanov —apreté mis labios al escuchar su nombre—, hombre al que sé de sobra que le tienes un especial cariño.

—¿Adónde quieres llegar, Angelo? —Comenzaba a perder los nervios con tanto misterio.

Señaló la carpeta que sostenía sobre sus grandes manos.

—También sé que ese poli tiene una relación, o tenía —se corrigió—, especial contigo. Al igual que sé que no es a ti a la única que ha llamado, sino que también lo ha hecho con el titán que quiere romperme todos los huesos del cuerpo.

—Y lo hará —murmuré, contemplando la foto.

—¡Ja! Qué bien. Más enemigos, que me faltan —espetó con humor—. Mis fuentes me han dicho que el poli, Aarón, creo que se llamaba, dice que yo tengo este chip que ves en la foto. El mismo chip que tu...

—Marido —lo interrumpí cortante.

Hizo un gesto con los ojos, chasqueó la lengua con desagrado y prosiguió:

—Que tu marido robó hace unos meses aquí en Roma. Este se lo vendió a un intermediario, y dicho intermediario terminó en la cuneta de una carretera al querer beneficiarse del objeto que, a posteriori, se llevó el poli.

Mi rostro mostró extrañeza, dada su explicación. No me cuadraba nada y el puzle seguía sin poder formarse.

—¿No se suponía que lo tenía un tal Dante?

Río.

—No, Micaela. Todo era mentira. Incluso lo que te contó Aarón era mentira. Ahora más que nunca debes saber que no puedes fiarte de él. De la poli no debes fiarte nunca. Me impresiona que deba decírtelo yo.

Lo miré altiva, aún con la perplejidad dibujada en mi semblante.

—¿Y de ti? ¿Se supone que tengo que fiarme de ti?

Acercó su rostro al mío hasta que quedamos a escasos milímetros el uno del otro, pero no me moví. No le tenía miedo, y debía dejárselo claro.

—De mí del que menos.

Sonreí.

—¿Y para qué me buscas?

—Por una razón muy simple. —Se separó y retomó la explicación, siendo consciente de lo caldeado que estaba poniéndose el ambiente; obviamente, para él—: El poli te ha mentado, pero yo sé que tú eres una mujer lista y conseguirás robárselo, para luego entregármelo a mí.

—¿Qué hay en el chip? —le pregunté sin pensar en lo que acababa de decirme.

—No solo contiene la información de policías corruptos, sino también cuentas de multimillonarios. Ya sabes, cosas que no pueden descubrirse.

Otro detalle que Aarón había obviado. Empezó a parecerme un tipo listo de más que acababa de topar con un hueso duro de roer.

—Y me imagino que quieres todas esas cuentas para llevarte algo que no es tuyo —expuse con desdén.

—¡Obvio! Trafico con mujeres, ¿crees que va a importarme llevarme millones y millones a mis cuentas? —Cabeceó con chulería—. Claro que no. Me importa una mierda. Además, dentro del chip hay información muy importante sobre altos cargos de la policía. ¿Tienes idea de lo que me facilitaría el trabajo?

Asentí a sus explicaciones. Me di cuenta de que tampoco tenía un ápice de piedad por nada más que no fuese él, cosa que entendí. Cada uno era como le daba la gana, y yo era la menos indicada para juzgar a nadie.

—¿Y qué se supone que gano yo con eso? —Arqueé una ceja, interrogante.

Cerró la carpeta sin quitarme los ojos de encima, supuse que intentando intimidarme, algo que no consiguió. Estaba acostumbrada a tratar con personas como él, y por mucha sensualidad que transmitiese, no iba a comprarme con unas simples miradas, ni con nada.

—Tú quieres a Vadím.

—¿Y puedes llevarme hasta él? —Mi tono fue desconfiado, y lo notó.

—Puedo conseguirlo. —Esbozó una sonrisa mientras se acercaba de manera peligrosa—. Puedo conseguir todo lo que me proponga, *bella*.

Volví mi rostro en su dirección, quedando a escasos milímetros de su boca. Sin apartar la vista de sus finos labios, hablé:

—Eso quiere decir que no tienes contacto directo con él, por lo que tampoco sabes si podrás conseguirlo, cosa que solo me dice que yo te hago un favor —recalqué esa palabra— sin saber si recibiré mi pago a cambio.

Sopesó mis palabras durante unos segundos, hasta que suspiró. Acababa de ser consciente del gran error que habíamos cometido. Angelo no tenía ninguna reunión prevista con Vadím, y todo seguían siendo tretas que no conseguía descifrar. La mano negra tenía nombre y apellidos.

—Puedo pagarte de muchas maneras si se da el caso. —Me guiñó un ojo.

—Creo que para esas cosas no te necesito.

Me separé de él y guie mis pasos hacia la salida. Justo antes de agarrar el pomo de la puerta, me llamó:

—Mícaela.

Esperé sin girarme y solté una última provocación, dadas sus constantes insinuaciones para que me acostase con él:

—¿Vas a matarme si te digo que no?

—Posiblemente.

Esbocé una sonrisa irónica antes de abrir con fuerza la puerta que daba al rellano.

—Estaremos en contacto, Angelo.

No le vi el rostro, pero supe que estaba riéndose, sobre todo cuando escuché, antes de dar un paso más, lo que dijo a continuación:

—Por algo dicen que eres el mejor asesino a sueldo. —Rio de nuevo y yo me quedé paralizada—. Ya puedes salir, Jack —comentó con desgana.

Alcé mis ojos, sorprendida por sus palabras, y me di de bruces con la cara del hombre al que

tanto amaba. Elevó su pistola, que quedó justo al lado de mi oído, y sin apartarla, me puso detrás de él.

—La reputación hay que ganársela —añadió Jack con chulería, sin dejar de mirarlo.

—Ya veo. Tengo que decir que estoy sorprendido. No me he percatado de tu presencia hasta este instante. —La mirada de Angelo descendió a los pies de Jack. Yo bajé la mía también, para encontrarme con dos hombres tirados en el suelo—. Veo que, además, has acabado con mi seguridad. —Sonrió con sarcasmo.

—Nunca subestimes a un hombre.

»A un hombre enamorado ,«pensé.

—Creo que puedes irte, Micaela.

—Claro que puede irse —lo enfrentó Jack con saña—. Estás en desventaja, y si quieres seguir levantándote cada mañana, es mejor que lo hagamos por las buenas, ¿no crees? —le vaciló.

Angelo soltó una nueva carcajada que me congeló la sangre. Entretanto, Jack permanecía impassible ante su comportamiento. El italiano hizo un gesto de despido con su mano a la vez que se giraba hacia la mesa de la que había sacado la carpeta.

Jack tiró de mi mano y caminó delante de mí hasta que salimos a la calle. Me arrastró hacia un callejón paralelo a la vivienda y pegó mi cuerpo a la pared.

—Quédate aquí. Si ves algo extraño —me contempló fijamente—, márchate.

—Pero... ¿adón...?

No me dio tiempo a decirle nada más porque desapareció como el humo. Con el corazón en un puño por no saber a qué lugar se dirigía, esperé con impaciencia su llegada. No pensaba moverme de allí hasta que no apareciese. Y, obviamente, al menor ruido que escuchase, saldría en su busca.

Unos minutos más tarde, el rugido de un motor me hizo salir de mis pensamientos. Por inercia, saqué el mismo puñal que había usado horas antes sobre el cuello de Angelo. Una sombra se reflejó en el suelo. Segundos después, una figura apareció ante mí y mi puñal se colocó en su garganta.

—Cómo me pones cada vez que te veo con cualquier arma —bufó.

La retiré con rapidez al darme cuenta de que era él. Aprecié un hilo de sangre que salía de su piel por culpa de la presión que había ejercido sobre su cuello. Mi mano subió hacia la herida y le quité el resto de sangre. Durante mi breve caricia, sentí que sus ojos se clavaban en mí de esa manera tan especial, con esa adoración tan desbordante que desprendía cada vez que estaba a mi lado. Sujetó mi rostro con fuerza y aprisionó mis labios con los suyos en un beso desesperado.

—¿Por qué no te fuiste? —murmuré pegada a su boca, tratando de recobrar el aliento.

Un casto beso hizo hormigear mis labios.

—Por nada del mundo te dejaría sola. —Me traspasó con sus esmeraldas—. Nunca más.

La agitación volvió a mí. Sentí su calor, sus ganas de perderse en mi alma si era necesario. Pero alguien nos esperaba con urgencia, y alguien tenía que darnos unas explicaciones. Me contempló, sabiendo lo que pasaba por mi mente, y asintió.

Llegamos a la entrada de la mansión de Tiziano. Desde la distancia podía escuchar el revuelo que había en el interior. Eso solo significaba que habían llegado antes que nosotros.

Por el camino había llamado a Ryan y me había confirmado que aún tardarían un rato en regresar, dado que estaban siguiéndole los pasos a Angelo y sus hombres para saber con exactitud cuál era su ubicación.

Me bajé del coche, no sin antes apreciar cómo el gesto de Jack cambiaba por segundos. El enfado se apoderaba de él, lo mismo que me pasaba a mí, solo que yo creía que de verdad había una explicación para la supuesta traición de Tiziano. Todo pasó con una rapidez trepidante, pero fue suficiente para atisbar el miedo que se reflejaba en una de las habitantes de la casa.

Tiziano se encontraba al principio del pasillo, cubierto por el diminuto cuerpo de Adara, quien, desencajada, abría sus brazos en cruz intentando poner una paz que no sabía si en realidad necesitaba o no. Por parte del italiano, su gesto no era otro que el de la parsimonia, pero no denotaba esa chulería habitual que tanto lo definía, sino que me pareció verlo derrotado, o por lo menos molesto.

Ryan y Arcadiy lanzaban voces a diestro y siniestro con sus armas apuntándolo. Le gritaban a Adara que se retirase, que era un traidor. Carlo, la mano derecha de Tiziano, también estaba en la entrada al lado de su jefe, señalando con su pistola a los dos hombres que gritaban furiosos, momento en el que el resto de los hombres de Tiziano aparecieron en escena, rodeándolos.

—¿Queréis hacer el favor de bajar las armas— ?les suplicó Adara. Al borde del llanto, chilló —: ¿¡Estáis locos?!

—Apártate de él. No sabes lo que ha hecho... —siseó Ryan.

—Ryan, por favor, ¿por qué no esperáis a que llegue Mica y lo hablamos todos? —Miró a mi hermano, que no meneaba ni un músculo—. Arcadiy..

Sin embargo, nadie estaba dispuesto a colaborar. Y, para más inri, el silencio del italiano era desquiciante, si contábamos con el carácter que tenía.

Ryan dio un paso hacia él sin miedo a llevarse un balazo. Adara pegó su espalda a su cuerpo en un vano intento para que no llegasen a más. Estaba alterada, muy alterada. Pero, sobre todo, tenía miedo. Miedo de que lo hiriesen.

No la entendía. Sencillamente, no la entendía.

—Ryan, no hagas ninguna tontería. ¿¡Qué demonios estáis haciendo?!

—se desesperó. Sus ojos brillaban. Se giró para mirar a Tiziano por primera vez desde que llegué—. Tiziano, ¡diles algo!

Nada. No se movía ni reaccionaba.

—Bajad las armas y marchaos. Tú también, Carlo.

Adara abrió los ojos en su máxima extensión, seguramente preguntándose qué demonios estaba haciendo aquel loco. Hicieron caso a las órdenes de su jefe y desaparecieron por el mismo sitio por el que habían venido, pero Carlo permaneció donde estaba, saltándose esas órdenes.

—Carlo —le dio un toque de atención con voz ruda.

—No pienso dejarte solo con estos dos —le dejó claro el aludido en italiano mientras los miraba con mala cara.

Tiziano arrugó el entrecejo al ser consciente del reto y lo aniquiló con la mirada. No me dio tiempo a nada más cuando Jack avanzó a pasos agigantados hacia el interior de la mansión. Al llegar a su altura, apartó a Adara con rapidez hacia un lado, y esta, temblando como una hoja, lo miró horrorizada y se cayó al suelo. Jack estampó su puño contra la mejilla del italiano, que se tambaleó hacia atrás.

—¿Estás bien? —La ayudé a levantarse. Seguía sin dar crédito a lo que estaba viviendo—. ¿Dónde está Atenea ?—le pregunté atropelladamente.

—Con Agneta y Lola en su habitación. ¿Qué está ocurriendo? —Su preocupación era evidente.

—Márchate con ellas. Enseguida iré.

Observó a Tiziano una última vez. Recibía un golpe tras otro de Jack, y aunque intentaba defenderse, los puños del hombre cegado no se lo permitían. Me apresuré y aparté a Jack del

italiano, que ya se preparaba para abalanzarse sobre él.

—Basta.

Fue una palabra simple, cargada de determinación. Y fue suficiente para que todos los que se encontraban allí enmudecieran. Las voces de Ryan, Arcadiy y Carlo ya no se escuchaban, pues todos estaban pendientes de mí.

Después de unos segundos sobrecogedores, Carlo repuso, intimidante:

—¡Maldita sea, Tiziano! ¡Échalos de tu casa ahora mismo!

Me fijé en sus ojos turquesas, que emanaban fuego. Su gran porte y aquella voz tan ruda me sobrecogió como nunca. Jamás había reparado en el hombre serio, mudo la mayoría de las veces y que únicamente vivía por y para su jefe. Tan leal como Tiziano, o como hasta entonces lo había sido.

—Ahora, vamos a sentarnos. Vamos a tranquilizarnos todos —los miré uno a uno—, y cuando terminemos esta conversación, veremos si seguimos a puño limpio o no. —Jack bufó, sin despegar aquellos prados verdes de mí—. He dicho to-dos.

Extendí mi mano hacia el salón, invitando a que cada uno fuese entrando, incluido Carlo, que me contempló con desaprobación. El último en dar el paso fue Tiziano, que me lanzó una breve mirada; sin arrepentimientos, pero sí apreció un cabeceo en señal afirmativa que no supe descifrar a qué se refería.

Nadie se sentó, tal y como había previsto, sino que todos esperaron impacientes de pie, con cara de desquiciados —en especial Jack— y brazos cruzados a la altura del pecho. El único que permaneció con las manos entrelazadas, en la puerta del salón, fue el armario empotrado de Carlo, que nos contemplaba a todos con desprecio.

—Veo que va a concedérseme el honor de hablar. Que rápido juzgáis...

El tono bromista de Tiziano me desquició. Con malas formas, solté:

—No estamos para gilipolces, Tiziano. Es una traición en toda regla, así que explícame por qué puto motivo no tendría que sacarte las entrañas aquí mismo.

Carlo, con un ágil movimiento, sacó su arma y le quitó el seguro. Jack se giró a toda velocidad, apuntándolo.

—Eso no será necesario —dijo Tiziano, vertiendo un poco de *whisky* en un vaso—. Carlo, baja el arma. Jack, tú también.

—En mí no mandas —le espetó este último con malhumor.

—Muy bien. Carlo, baja la pistola.

Como si nada, siguió con mucha tranquilidad. Dio un largo sorbo y se sentó en uno de los taburetes.

—No tengo todo el día, Tiziano. Y estás agotando mi paciencia.

Tragó el líquido amarillento y volvió a mirarme.

—Siempre te he sido leal. —El comienzo no me dio buena espina, pues esperaba un »pero« después de esa frase. «No, no podía ser», me dije—. Desde que comencé contigo en el club hasta que ese mamón se largó y me dijiste que jamás de los jamases querías volver a saber nada de él. —Señaló a Jack—. Y lo hice. Durante todos estos meses he estado contigo y con él, consolando tus llantos y aguantando sus amenazas para que le dijese dónde estabas. Y como no sabía qué cojones hacer, me callé. Me callé y permanecí duro como una piedra para no verte sufrir más. Porque tú me lo pediste. Y, ahora, a la primera de cambio, piensas que te he traicionado, cuando siempre he sido el alfil que más ha velado por ti en este puto tablero de ajedrez.

No sabía adónde pretendía llegar, pero sus palabras se perdieron en aquel vaso de cristal y

sus ojos color miel brillaron en exceso; no tenía claro si de rabia o de tristeza por mis pensamientos.

—Comprenderás que a las pruebas podemos remitirnos —le espetó Ryan, tirano.

Tiziano soltó el vaso con fuerza sobre la barra, ocasionando un fuerte estruendo en el salón. Yo no abrí la boca. Quería que fuese él quien terminara con sus explicaciones. Deseaba más que nada en el mundo que me lo aclarase.

—¡Me conoces tanto como ella, Ryan! ¡Me cago en la puta! Y todos, todos —nos señaló—, estáis pensando que me he unido a ese desquiciado de Angelo.

Pude apreciar un levantamiento de ceja por parte de Arcadiy; supuse que porque a desquiciado no lo ganaba nadie. Tiziano dio dos pasos hacia donde se encontraba Jack y lo encaró cuando apenas quedaban dos centímetros para que sus rostros chocaran.

—Eres un gilipollas. ¡Has puesto nuestras vidas en peligro!

Jack entrecerró los ojos y el italiano se movió en mi dirección. Solté todo el aire que tenía acumulado cuando se colocó delante de mí y sacó algo del bolsillo del pantalón. Lo levantó con sus dedos, mirándolo. Jack rugió.

—Sabía que no nos pasaría nada. —Lo fulminó con sus ojos y volvió la vista al cacharro—. Esta mierda se la robé a Aarón hace dos semanas en Barcelona. Bien, este es el chip por el que se supone que estamos todos aquí. Y ahora te preguntará por qué sé tantas cosas y por qué no te lo he contado antes.

—¿Has ido para robarle el chip? —le preguntó Jack con desconcierto.

—Sí, amigo, pero este no es el verdadero. Ya lo he comprobado —dijo con retintín—. Verás, durante estas semanas que estabais con todo el jaleo de Atenea, he tenido tiempo de investigar con Carlo. Unimos piezas, encajamos el puzle, y más o menos lo tenemos resuelto. Uno de esos días, Angelo me llamó y me reuní con él. Me contó lo mismo que a ti, solo que hay un detalle que ha pasado por alto. Imagino que él también tendrá sus cartas debajo de la manga.

—¿Cuál es ese detalle? —Esa vez fue Arcadiy quien preguntó.

—No tan rápido. Se supone que Aarón llamó a Jack para ofrecerle un trabajo: recuperar el chip que ellos ya sabían que tú le habías entregado al tal Dante semanas antes. Su cambio era sencillo: te entregaban a Micaela, ya que ellos se habían encargado de desviar toda la información que pudierais encontrar sobre el paradero de ambos. Tenían claro que las personas cercanas a vosotros os ayudaríamos, y jugaron con esa baza.

«A ti, mi querida Micaela, te ofrecieron a Vadím ,porque también saben que lo buscas y no lo encuentras. Misteriosamente, no he conseguido información acerca de él, pero sé que la única persona que puede llevarnos hasta su paradero es Angelo.

—Y por eso has decidido que lo mejor era ocultarme todo lo que sabías —ironicé.

—Y por eso he decidido que dejaros disfrutar de vuestra hija tres semanas estaría bien antes de tener que marcharnos. —Arrugué el entrecejo sin saber a qué se refería. Jack quiso intervenir, pero Tiziano continuó—: Sé que Aarón ha hablado con Angelo. No sé qué le ha ofrecido, pero hay gato encerrado. Y... por la obsesión que tiene contigo, imagino lo que es. —Contempló a Jack y después a mí—. Si convencía a Angelo de que nos uniéramos, tendrías el paradero de Vadím en breve, y también tendríamos a un aliado. Porque, si no me equivoco, la lista de enemigos comienza a crecer, Jack.

—Nos has engañado a todos, ¡déjate de gilipollecas! —se enervó el aludido.

—Os he ocultado información —lo corrigió el italiano—, porque si te hubiese dicho que Angelo quería a tu mujer para follársela veinte veces seguidas, estoy seguro, y perdóname que lo

suponga —añadió con sarcasmo—, de que te habrías opuesto. Te habrías opuesto porque ¡estás desesperado! ¡Porque se te nota a las putas leguas que bebes los vientos por ella! ¡Y porque estás tan enamorado que no ves una mierda!

Jack lo fulminó con la mirada, aun sabiendo que estaba en lo cierto. Tragué saliva.

—Eso no es una excusa. —Rechinó sus dientes.

—Jack —lo miró con seriedad—, el amor lo jode todo. El amor, a nosotros —nos señaló—, puede matarnos.

Un tenso silencio se creó mientras aquellos dos titanes se retaban. No obstante, Jack se dio cuenta de que, por mucho que quisiera apelar, esa acusación llevaba razón. Mucha razón.

—Volviendo al tema de antes. Tú tienes el chip falso, el cual podemos usar mientras averiguamos dónde está el original. Angelo está de nuestro lado. Aarón no sabe nada. Y, ahora, ¿cuál se supone que es el plan?

Tiziano me contempló. Extendiendo su mano, me dio el chip.

—El plan es que, primero, tenemos que ocultar a Atenea, así que pensaremos en cómo hacerlo. Hiciste bien en darle a entender que habías perdido al bebé. Nadie debe conocer que Atenea existe. Nadie. Debemos ponerlas a salvo. Solo así podremos ir con la mente fría.

—Sin dar palos de ciego —repuso Ryan.

—Exacto —secundó el italiano.

—¿Qué haremos con el chip falso? —El tono de Jack era firme, aunque con un tenue matiz resentido.

—De momento, lo guardaremos. Angelo te lo ha pedido como moneda de cambio para entregarte información sobre Vadím. Démosle unos días y esperemos a ver qué consigue. Entonces, solo entonces, tentaremos a la suerte con una pista falsa. Él quiere poder, y está claro que Aarón le ofreció un trato, y ese trato eras tú, *bella*.

—Así que, si no me equivoco, nos quedan todavía muchos cabos sueltos que atar. Y por lo que dices, tendremos que seguirle la corriente al poli para que no sospeche de nosotros. Hasta que encontremos a Vadím y el jodido chip.

—En efecto, Arcadiy. Pero nosotros seremos más listos, iremos un paso por delante de ellos. Y con el equipo al completo, descubriremos qué esconden el cabrón del poli y, por supuesto, Vadím. Aarón sabe que si Micaela se une a él, nosotros... también.

—¿Quieres decir que tu cabeza está dentro de esa recompensa que pretende obtener con sus mentiras? —le preguntó Ryan.

—¿Cuántas medallas crees que conseguiría por encerrar a un narco, un asesino a sueldo, los más buscados por la justicia, seguramente, un traficante de mujeres y un proxeneta? —Se mantuvo callado durante unos segundos—. Atad cabos y sabréis qué quiere ese cabrón. Somos los malos. No pueden ir un paso por delante de nosotros. Jamás.

Nos contempló a todos. Observé que, uno a uno, cabeceaban afirmando, incluido Carlo. Durante un rato, mantuvimos nuestra completa atención en las palabras de Tiziano. Se suponía que el plan comenzaba en el instante en el que Aarón me llamase a mí y a Jack, pues supusimos que no tenía ni idea de que nos encontrábamos juntos. Y, por el momento, para descubrir qué era lo que de verdad quería de nosotros, debía seguir siendo así.

Debíamos comportarnos como auténticos rivales y engañarlos a todos.

Un juramento

No esperamos mucho más para recoger nuestras cosas, empaquetar hasta el último cajón de armas necesario y subirlos al avión privado de Tiziano. Jack, que había permanecido serio y callado desde que terminamos nuestra conversación en el salón, salió al jardín para llamar a Bill, el muchacho rubio que siempre estaba para lo que necesitara. No era recomendable que fuésemos en el avión de Tiziano, pues el que los llevaría hasta territorios griegos era el militar, y con Atenea era preferible ir en otro distinto, por si las cosas se torcían.

Miré los ojitos de Atenea, que me contemplaba espabilada, y sonreí con tristeza al ser consciente de que me apartaría de ella en muy pocos días. Ya estaban habilitados los pisos francos donde Agneta y Adara se esconderían con ella. No hicimos partícipe a mi abuela. Lo mejor era que se marchase a su casa, y cuando la cosa se calmase, volveríamos a vernos.

—Cuidaos mucho, mi niña —me dijo antes de marcharse con Ryan, que la esperaba para llevarla al avión.

—Lo haremos. Tú también.

Nos abrazamos durante lo que pareció una eternidad, y por el rabillo del ojo aprecié que Jack se acercaba, le hacía un breve asentimiento de cabeza y mi abuela sonreía con sus labios pegados a mi hombro. Eso quería decir que quizá no fuese su culpa que Jack me abandonase, pero tal vez sí el último empujón que necesitaba para hacerlo.

Con todo el dolor del mundo, me desprendí de su mano cuando encaminó sus pasos hacia la salida. Volví mis ojos a la pequeña bebé, que dormía en mis brazos, y escuché a Tiziano a mi espalda:

—Tengo a diez hombres que vigilarán los pisos. He desalojado los edificios enteros. Eso quiere decir que estáis solas. Con mis hombres. —Bajó los cuatro escalones que separaban la entrada de la gran fuente de sirena y continuó andando hacia uno de los cajones que se encontraban delante. Lo abrió—. Debéis llevaros esto.

Sacó dos pistolas con sus respectivos cargadores. Adara se tensó y Agneta le echó el coraje que no tenía pero que pretendía. Tiziano las cargó y las descargó en un abrir y cerrar de ojos.

—También os daré estos dispositivos. Podremos encontraros en cualquier momento si no os quitáis las pulseras.

Sonreí cuando Riley me miró después de su breve explicación, pues yo había llevado una igual. Agneta se la colocó, después lo hizo Adara, y yo sentí que me moría un poco más, que mis piernas fallaban un poco más.

Me separaban de ella.

Me separaban de una de las cosas que más quería.

Y ya no podía pensar en dejar mi venganza, pues la venganza me había encontrado a mí. Y si no

actuaba, mi familia, todos ellos, jamás estarían tranquilos.

Tiziano se acercó a Adara, tanto que cualquier gesto podría rozarla. Contempló sus ojos con media sonrisa y elevó uno de sus cuchillos hasta colocarlo frente a sus ojos.

—Llévalo siempre. —Lo cerró, haciéndolo diminuto—. Si la pistola te falla, este te salvará la vida. —Descendió la mano hasta llegar al filo de su pantalón, subió su camiseta un poco, sin importarle que su madre, yo y todos estuviéramos en el jardín contemplando y sintiendo la tensión que emanaban, y se lo metió en la cintura, ajustándolo con el filo de sus braguitas. Escuché que alguien carraspeaba, aunque no supe quién—. Lo quiero de vuelta, *bambina*.

Asombrosamente, Adara no agachó la mirada ni un instante, y me sorprendió. Tiziano pasó por su lado y atisbé un breve roce de su mano sobre la de ella. Los ojos de la muchacha se desviaron a mí de manera fugaz. No sonreí. Ninguno lo hacíamos. A decir verdad, parecía que nadie aprobaba aquel acercamiento que acababa de ocurrir.

—He conseguido las fichas policiales de cada uno de vosotros —anunció de repente la rubia tonta de Eiren.

Apreté los dientes al ver que sus ojos se comían a Jack, quien acababa de quitarse la camiseta para cargar los cajones de las armas con Ryan y Arcadiy. A ninguno de estos dos los miraba de la misma manera, y me reventaba. Me reventaba porque los celos me carcomían por dentro.

—Dame a la pequeña. Iré a acostarla —me pidió Adara, viendo que su madre seguía contemplándola con desaprobación.

Al desaparecer, Tiziano volvió al exterior y miró a Agneta, que lo observaba seria y con mala cara. El gañán sonrió, sabiendo que no era plato de buen gusto que se acercara a su hija de aquella manera, pues, aunque se hubiese portado como un caballero de reluciente armadura, Tiziano era Tiziano y todos lo conocíamos.

—Si quieres, puedo darte uno a ti también. No quiero celos.

Agneta no le contestó, pero sí lo aniquiló con los ojos.

—¿Las tienes aquí? —La voz de Jack resonó en mitad de aquella tensión.

Lo miré a él y después a Eiren. Me encontraba paralizada como una estatua, y comenzaba a cabrearme de verdad la poca reacción que estaba teniendo con todo. Sin embargo, por otro lado, pensaba que tampoco era nadie para interferir en su vida. Y, pensándolo bien, Tiziano llevaba mucha razón en sus palabras.

Al final conseguiría que lo matasen.

Porque no tenía la mente fría. Porque pensaba constantemente en protegerme. En mí. Y ahora en Atenea.

—Sí —murmuró Eiren con debilidad—. En las fichas viene un nombre. Supongo que es el del caso. Riley está desbloqueando algunos servidores y conseguirá el expediente.

—¿Cómo se supone que se llama el caso ese que dices? —Tiziano la observó, rompiendo aquellas miradas que le lanzaba a Jack.

—Operación Rey.

Todos nos miramos.

Todos miramos a Jack.

—Ahí tenéis vuestra respuesta —puntalicé, sin quitarle los ojos de encima al hombre que más amaba.

Él arrugó el entrecejo. Los demás me contemplaron.

—¿A qué te refieres? —me preguntó Ryan.

—Para llegar al rey, tienen que acabar con todos sus alfiles, caballos, torres y... con su reina. —

Paseamos los ojos de unos a otros—. El único fin de Aarón en todo esto es darte caza a ti y...

—Y quedarse contigo —terminó Jack por mí.

El rostro de Eiren se descompuso, y fue entonces cuando confirmé mis sospechas: estaba enamorada de verdad. Esa idiota todavía no se había dado cuenta de que no tenía nada que hacer con él. Y si lo intentaba —que podría darse el caso aun con esa apariencia de mosquita muerta—, yo misma le rebanaría el cuello.

Jack siguió con su cargamento, olvidándose del tema durante unos instantes, o eso pensamos todos. Pero no era verdad. Lo único que hacía era darle vueltas a la cabeza. Podía notárselo.

—Cuando lleguemos a Atenas, iremos en un barco hasta Santorini y nos veremos allí. Tengo a mis hombres esperándonos con los coches en el puerto y a la hora indicada —añadió Tiziano, cerrando su teléfono.

—Esto ya está listo. En marcha.

Arcadiy me contempló tras esas últimas palabras, me sonrió de manera cómplice y le lanzó un breve vistazo a Eiren. Lo imité, sabiendo que debería tener una conversación con él en breve, pues parecía saber mucho más que yo.

Anochece cuando entrábamos en el barquito de Jack, anclado en el puerto de Atenas. Bill venía con nosotros, tan entusiasta como siempre, y me sorprendió de nuevo ver lo que aquel chaval adoraba a Jack.

—Ya no aparece como antes en los medios, señor. Yo creo que las autoridades se han olvidado de buscarlo.

—Bill, te he dicho un millón de veces que no me llames de usted —añadió Jack mientras desataba el nudo del amarradero.

—Sí, señ... Lo siento, Jack. No me acostumbro. —Sujeté a mi pequeña con una sonrisa en los labios. Bill la contempló y sonrió con sinceridad antes de volver a decir—: Es muy hermosa, señora... —alcé una ceja—, Micaela. —Cabeceó, dándose cuenta de que a mí tampoco debía tratarme de usted.

—Bill, ya sabes que...

—No sé nada. No se preocu..., no os preocupéis. Me encargaré de todo lo que me ha..., has ordenado y te mantendré informado, como siempre.

Le enseñó un teléfono móvil antiguo y lo guardó. Jack sonrió y palmeó su espalda varias veces, despidiéndose de él.

—Nos vemos. Ten mucho cuidado.

—Usted... Vosotros también. Suerte.

Jack sonrió y extendió su mano para que subiésemos al barco. Arrancó el motor y, sin esperar ni un segundo más, puso rumbo a la isla más bonita que había conocido.

Un rato después, acosté a Atenea en una cuna de viaje que había colocado justo en la habitación y salí, dejándola dormidita y acurrucada con unos cuantos peluches que Adara y Agneta le habían regalado. Desde el pasillo, apoyada sobre mi espalda en el marco de la puerta, me crucé de brazos y miré el perfil de Jack, sentado en el banquito, con los pies por fuera y fumando mientras miraba al mar. Era tan guapo, tan imponente y tan hombre, que se me secaba la garganta solo con admirar ese fuerte mentón, esa barba incipiente y aquellos músculos, que se definían se pusiese la prenda que se pusiese. Esos gestos chulescos, esa voz ronca, esa manera de darle una calada al cigarro, que se consumía con rapidez; esos sensuales labios, que te llevaban al cielo.

Sus ojos, tan bonitos y destellantes, me contemplaron mientras lo inspeccionaba. Sonreí con timidez. Me acerqué a él cuando extendió su mano en mi dirección.

—¿Estabas repasándome? —me preguntó, volviendo la vista al mar.

—Sí. Tal vez ya no te recordaba como antes —susurré.

—Yo siempre te recordé.

El aire pareció dejar de correr entre los dos, y mi respiración se paralizó al darme cuenta de lo que lo había echado de menos. De lo que lo amaba en realidad.

Con la misma fuerza que lo caracterizaba, aprisionó mi mano, sacó sus piernas de delante de la barandilla y tiró de mí. Me costaba respirar, igual que a él. No dijimos una sola palabra. Sabíamos que no eran necesarias.

Achiqué los ojos sin saber qué demonios pensaba hacer, hasta que me colocó a horcajadas encima de él y apretó mi cuerpo junto al suyo sin dejar de contemplarme. Segundos después, me sujetó con más fuerza, se levantó y caminó hacia el interior del barco. Lo contemplé por encima de mis pestañas, sabiendo qué era lo que iba a suceder, y sentí mi humedad desde la distancia. Al entrar, conmigo cargada en sus brazos, su cuerpo aprisionó el mío contra la pared, casi sin dejarme respirar. Su boca buscó la mía, desesperada, hasta que nos encontramos luchando con nuestras propias lenguas. Masajeó mis nalgas con ímpetu y, de un bote, entrelacé mis piernas alrededor de su cintura mientras sujetaba su cara con ambas manos y nos besábamos con locura.

Atravesamos el pasillo y me permití admirarlo de nuevo en profundidad, como tantas veces había hecho desde que lo conocí. Su rictus estaba serio, pero sus ojos brillaban con el mismo deseo que los míos, y no se hizo de rogar. Abrió la puerta de la habitación como un bestia y la dejó semiabierta, impidiendo que se cerrase con su pie. Mi cuerpo se empotró contra la madera, y tuve que arquear la espalda cuando sus labios llegaron a mi cuello, arrancándome un gemido tras otro.

Tiró de mis piernas para colocarlas en el suelo, desabrochó mis pantalones y los arrastró sin paciencia hasta mis tobillos. Mis manos se fueron hacia su camiseta a la vez que los besos arrebatados volaban cada dos por tres mientras nos quitábamos la ropa. Juntó su rostro al mío en un acto desesperado. Me percaté de que lo único que se interponía entre nosotros era su bóxer, mi camiseta y mi sujetador. Paseé mis manos por su pecho. Sin despegarse de mí, cogió el cuello de mi camiseta y, de un tirón en seco, la rasgó hasta que se abrió por la mitad.

—Eres un salvaje —siseé, perdida por el deseo en su boca.

Un gruñido salió de su garganta. Me quitó el sujetador en un abrir y cerrar de ojos y apretó mis nalgas con más fuerza. De un solo movimiento, mis piernas se entrelazaron en su cintura. Miré a Atenea, que seguía dormida.

Una de sus manos bajó hasta la cinturilla de su ropa interior, y en menos de lo pensado, la prenda estaba junto al montón de ropa que había esparcido en el suelo. Separó sus labios, intentando conseguir el aire que a ambos nos faltaba, lo que provocó que durante unos segundos nos contempláramos con fijación.

Mi boca se entreabrió, presa de la falta de aire, y mi cabeza se apoyó en la pared cuando me vi obligada a echarla hacia atrás al sentir su mano resbalar por mi sexo. La bajé, y un jadeo traspasó sus oídos. Dejé mis brazos colgados alrededor de su cuello. Me contempló con una intensidad que me desbordó mientras paseaba mi mano con firmeza por la comisura de sus labios, para después tirar de su mentón hacia mi boca. Antes de que me besara y perdiéramos la cabeza, musité:

—Jack —me contempló a través de sus pestañas—, recuerda la palabra de seguridad.

Arrugó el entrecejo sin entenderme.

—¿Tenemos palabra de seguridad? —musitó, paseando su lengua por el contorno de mi cuello.

—Sí.

Se detuvo en mi boca y su aliento hormigüeo mis labios cuando habló. Me estremecí de pies a cabeza al escuchar el tono ronco y sensual que me prometía tantísimas cosas:

—¿Y cuál es?

No había terminado la pregunta cuando noté que su miembro me traspasaba, razón por la que no fui capaz de contestar. Me amoldé a su grosor, a un grosor ya olvidado, oyendo el gruñido varonil que salió de su garganta cuando tocó fondo. Jadeé, y volví mis ojos a la posición anterior.

—Se llama cuarentena.

—Humm... —protestó con ese sonido—. No pienso poner ninguna barrera entre tú y yo.

—Jack... —Temblé al escuchar aquellas palabras.

—Pararé antes de tiempo —me prometió, perdido en el deseo que lo recorría.

Aferré mis piernas con más ímpetu a su cintura. Él elevó sus ojos hasta toparse con los míos. Sin tiempo que perder, puesto que ardía sin control a la espera de sus caricias, le ordené sin titubear:

—Fóllame, Jack.

Sonrió de medio lado y noté la primera investida, que llegó sin avisar. Junté mis labios con los suyos, sintiendo que sus acometidas eran cada vez más rudas y salvajes. Pero no me importó. Me gustaba de esa manera: tan dominante, tan arrebatado, tan él, como siempre.

Me separé de su boca cuando el aire no conseguía llegar al sitio necesario y tiré de su cabello como una salvaje al sentir que las oleadas de placer estaban tan cerca que casi podía rozarlas con la punta de mis dedos. Dejé que manejara mi cuerpo a su antojo, y un pinchazo me atravesó cuando sus dientes tiraron de uno de mis pezones erectos.

Arqueé mi espalda por el terrible placer que estaba sintiendo y bajé mis manos hasta su espalda, donde clavé mis uñas, rozando mi sexo contra el suyo, escuchando cómo resonaban los rudos golpes en la habitación. Comencé a desesperarme cuando el temblor apareció. Apreté mis piernas con fuerza en un intento de retener el devastador orgasmo que me amenazaba, pero Jack no estaba por la labor de que eso fuera posible. Al ver mis intenciones, bajó una de sus manos y sus expertos dedos me tocaron arriba y abajo un par de veces, provocando que explotara como un volcán de sensaciones. No pude reprimir el grito de placer que salió del fondo de mi garganta, el mismo que él atrapó con un arrebatador beso que me dejó sin aliento.

Sin salir de mi interior, se sentó en la cama conmigo a horcajadas y presionó mi cadera para que tomara más profundidad, gesto que me hizo jadear. Perdía la cabeza por segundos y no podía evitarlo.

Como una amazona, moví mis caderas, notando que otro orgasmo, incluso más grande que el anterior, empezaba a burbujear dentro de mí. Sujeté su rostro con ambas manos, pegando mi frente a la suya para no romper nuestra conexión.

—¿A qué estás esperando? —susurré con la voz entrecortada.

—A verte perdida otra vez —murmuró ronco.

Dio una estocada tan fuerte que pensé que traspasaría mis entrañas, y sus dedos se clavaron con tanto ímpetu en mis caderas que un dolor agudo me traspasó. Me contempló como si no pudiese creerse que de verdad estábamos unidos, y esa mirada me tambaleó al imaginarme una vida sin él.

Bailé sobre su cuerpo con movimientos provocativos y sensuales, llenos de erotismo, pero también de verdadero amor, del que nunca había sentido hacia nadie. Mis manos bajaron por su pecho desnudo, delineando cada músculo que lo marcaba, hasta que mi deseo por besarlos fue

mayor que lo demás y coloqué mi boca en cada sitio por el que mi mano había pasado. Paseé mi lengua con maestría por cada resquicio de su piel, hasta que llegué a su cuello, donde me perdí sin dejar de mover mis caderas con desenfreno. Agarré el lóbulo de su oreja y tiré con un mordisco mordaz. En respuesta, sentí una de sus manos golpear en seco uno de mis cachetes.

—Bruta... —jadeó.

—Siempre al límite... —murmuré extasiada.

—Siempre al límite —repitió, gimiendo en mi cuello.

Temblé como una hoja. Minutos después, mi cuerpo se deshizo entre sus brazos, los mismos que me movían con urgencia sobre su miembro, provocando que un orgasmo abrasador me quemase hasta el último rincón de mis sentidos. Mi piel serpenteaba a cada avance de sus manos, y noté un ligero temblor que comenzaba a agotarme por la intensidad de aquel encuentro que tanto había deseado. Empujó con fuerza en mi interior y respiré para seguirle el ritmo, a sabiendas de que estaba a punto de desfallecer.

Besó, mordió y lamió todas las partes que tuvo a mano en aquel instante, hasta que escuché que me pedía con urgencia:

—Quítate.

Mi espalda se arqueó por el placer que volvía a crecer en mí, lo que mi hizo ser consciente de que la capacidad orgásmica femenina no tenía límites, aunque eso fue algo que con él nunca me faltó. El cosquilleo resurgió como un ave fénix mientras escuchaba sus constantes jadeos ahogados, ocasionando que mi cabeza se emborrachara de ellos.

—Micaela, ¡joder!

Apretó la mandíbula, supe que conteniéndose más de lo que ya estaba haciéndolo, y me rompí sin remedio, sintiendo los espasmos que mi cuerpo daba mientras me sacudía sobre él. Tiró de mí hacia el lateral, dejándome bajo su cuerpo. Se colocó entre mis muslos, y después de cuatro estocadas tan profundas y secas que me hicieron delirar, llevándose con ellas el resto de mi orgasmo brutal, salió con rapidez a la vez que soltaba un gruñido demoledor.

Mi pecho subía y bajaba a una velocidad vertiginosa. Noté en mi entrepierna su líquido caliente, impregnándose en mi piel. Sintiendo que me mareaba por la falta desmedida de aire, pasé una de mis manos por mi frente y restregué mis ojos con ella en un intento de recuperarme. Noté su mano en el mismo sitio donde acababa de derramarse y vi que tenía una toalla. Limpió la zona. Después, cogió mi mano y tiró de mí hasta que quedé recostada en su pecho y él sentado en la cama, ambos tratando de recuperar la normalidad.

—Tenemos que buscar un remedio inmediato para esto —se quejó, besando mi cabello.

Sonreí como una idiota mientras dibujaba círculos invisibles en su pecho.

—Eres un impaciente —añadí en broma.

—Dame diez minutos y te demostraré la impaciencia que me causas —me amenazó tentador.

El silencio se hizo entre nosotros. Era un silencio necesario para los dos, y supe que él también pensaba y meditaba sobre todos los acontecimientos que habían pasado desde que nos conocíamos. Sentí una presión en el pecho, pero esa vez no era de dolor, sino de amor.

—Prométeme que no vas a irte nunca más —murmuré, notando que mi voz se quebraba.

—No te lo prometo —musitó, y bajó su rostro hasta que pudo verme a la perfección—. Te lo juro.

Besó mis labios con pasión, sabiendo que me derretía con su contacto.

—¿Bastará con cinco minutos a lo sumo? —ronroneé pegada a sus labios, con una sonrisa de oreja a oreja.

—¿Quién es la impaciente ahora? —Imitó mi gesto y me colocó bajo su endemoniado cuerpo.

Navidad

Jack Williams

Avancé hasta el interior del camarote después de divisar que en breve llegaríamos al puerto de Santorini, donde se suponía que estaban esperándonos. Admiré la isla con una sonrisa instalada en mis labios, terminando de darle la última calada a mi cigarro.

Una vez que atravesé el pasillo, contemplé la esbelta figura que dormía envuelta en una sábana blanca, desnuda, en medio de la cama. Disfruté de cada resquicio de su cuerpo hasta saciarme, hasta recordar la última parte de todo lo que había perdido durante tantos meses. Noté una tirantez en mis pantalones según avanzaba hacia ella. Coloqué mi cuerpo a su lado y delineé con mis dedos su costado, ocasionando que se revoliera y apretara su rostro en la almohada. La amaba tanto que se me antojaba desgarrador alejarme unos minutos de ella. Me miró con sus cristalinos y brillantes ojos y con una sonrisa tierna que me desarmó.

—Ya hemos llegado...

Besé sus labios con delirio, sin dejar que terminase la frase, mordisqueando su labio inferior, descendiendo por su mentón y acabando en medio de sus piernas. Aparté la sábana con un rápido movimiento y me desprendí de mi pantalón con toda la agilidad de la que fui capaz. Me desesperaba.

Elevé sus brazos hasta colocarlos sobre su cabeza y entrelacé mis manos con las suyas mientras volvía a esos labios sonrosados por mis besos. Bajé mi rostro, posicionándolo entre sus turgentes pechos, devorándolos con premura. Escuché un jadeo ahogado de su boca al mismo tiempo que un dulce llanto llegaba a mis oídos. La miré con una gran sonrisa en mis labios.

—Iré yo.

Desnudo, me incorporé, siendo consciente de que inspeccionaba mi cuerpo. Me aproximé a la pequeña cunita y me encontré con una joya en bruto que me contemplaba con los ojos abiertos. Apreté mis labios en una sonrisa y sentí que el pecho me reventaría de un momento a otro.

Micaela se acercó por detrás y entrelazó sus manos alrededor de mi cintura. Puse las mías sobre la suyas sin dejar de observar a mi princesa.

—Es perfecta —escuché que decía en un susurro.

La miré de soslayo, sonriendo.

—Como tú.

Nuestros ojos no se despegaron. Arrimé mi boca y le di un candoroso beso, alargándolo, sin dejar de contemplarla. Entreabrió sus labios, gimiendo, y alcé una ceja insinuante cuando la

escuché decir:

—No deberíamos estar así.

—¿Así cómo? —le pregunté, aún en su boca.

—Ahora tendría que decirte que todo lo que ha pasado ha sido un simple revolcón. Que no te amo. Que tenemos que separarnos para que todo salga perfecto, para que los sentimientos no interfieran.

Mi gesto cambió y ella lo notó.

—Y yo te diría que si no me amases de verdad, no habrías querido ni ese simple revolcón. Ni lo siguientes. Y también te diría que te dejases de gilipolleces, a no ser que quisieras que te atase al poste del barco, desnuda, hasta que cambiases de opinión.

Hice un gesto con mis ojos. Ella rio, deslizó sus manos y se perdió en la cocina, donde imaginé que estaría preparando un biberón para la niña. Cogí a Atenea y me senté en el borde de la cama que tanto placer me había dado hacía escasos minutos, hasta que su madre llegó. Extendí mi mano para que me diese la comida, y mientras Atenea devoraba su biberón, Micaela, con gesto preocupado, se sentó a mi lado.

—Tiziano tiene razón, Jack. Si te preocupas por lo que no debes, llegará un momento en el que fallarás.

—¿Piensas que dejándome me olvidaré de ti? ¿Viéndote cada puto minuto? No, Micaela. No pienso dejar que nada ni nadie nos separe. Y si tenemos que fingir un papel, lo haremos.

—Hay muchas cosas que me escaman; creo que se nos escapan. Y no sé por qué me da la sensación de que volvemos a ser unas marionetas en las manos equivocadas.

Suspiré con fuerza antes de contestar:

—Si somos las marionetas, pronto lo descubriremos. Pero ten por seguro que no permitiré que te ocurra nada. Ni a ti ni a Atenea. Y si para eso el que tiene que morir soy yo, que así sea.

Su gesto cambió al enfurruñar su rostro.

—No consiento que digas eso. No vamos a morir. Ninguno.

Sonreí al escucharla. Esa determinación me gustaba. Esa era la Micaela que siempre fue y la que volvía a resurgir. El problema era que el destino, el futuro, era tan incierto a veces que cuando llegaba te atacaba donde más dolía.

Eramos el bando malo, sí. El bando en el que los valientes también morían.

Elevé a la pequeña sobre mis brazos y atisé una mirada de amor por parte de su madre. Me recreé besando su cabecita, sus brazos. Era perfecta, joder. Era el amor de mi vida. Y después de toda esa incertidumbre que sentí el día de su nacimiento, supe que sería el mejor padre del mundo. O por lo menos lo intentaría.

Pasada media hora, atracábamos en el puerto de Santorini, donde Tiziano y Arcadiy no esperaban. Micaela bajó con Atenea, ayudada por su hermano, que las contemplaba a las dos con devoción mientras las envolvía en sus fuertes brazos debido al frío que hacía en el puerto.

—¿Cómo se ha portado mi hermosa niña? —le preguntó.

—Estupendamente. Parece que ha nacido para viajar en el barco de papá.

Arcadiy posó sus ojos sobre mí, sonriendo, y supe en aquel momento que me había perdonado. Eso no quitaba que tuviésemos que hablar. Tiziano, con el ceño fruncido, ató el barco al muelle y, en silencio, se encaminó hasta el coche. Micaela también se dio cuenta, solo que ella no tardó en preguntarle:

—¿Qué te ocurre?

Bufó.

—He visto las fichas policiales, y no te lo pierdas. No solo me acusan de narcotráfico y asesinato —cabeceó, sabiendo que era obvio—, sino de violaciones a mujeres que ni conozco. ¡Violaciones! ¡Yo! —Se señaló.

—¿Estás ofuscado por eso? —le preguntó ella sin entenderlo.

—Pueden acusarme de muchas cosas, pero no de violar a una mujer. Jamás. ¿Acaso tengo pinta de eso? ¡Me cago en la puta! Pienso sacarle las tripas a ese tal Aarón en cuanto lo vea. En cuanto lo vea. —Rechinó los dientes.

—Tiziano, esas cosas las hacen para poder reducirte condena el día que te cojan y así acabar juzgándote por lo que de verdad has hecho. O sea, que te comes una mierda y pagas. —Reí.

—No me hace ni puta gracia. Ni puta gracia —ladró el aludido con mala leche.

—¿También te harás un collar con sus tripas? —le preguntó Micaela, recordándole el momento en el que Tiziano le dijo a ella que, cuando todo lo de Anker acabase, tendría que entregarle a Adara para hacer un collar con esa parte de su cuerpo por llamarlo italiano de mierda.

Tiziano la fulminó con los ojos y se quedó rezagado a mi lado.

—¿Sabes cómo me ha mirado tu hermana?

Negó con la cabeza.

—¿Te importa lo que piense Adara?

Se calló. Sacó sus labios como si pusiese morritos y chasqueó la lengua, cerrando la boca. No quería dar más detalles, aunque gracias a Micaela, yo ya sabía lo que había sucedido entre los dos.

Arcadiy, que había escuchado mi última pregunta, reía. El italiano lo insultó:

—Deja de reírte, cabrón. No estoy para que me toques los cojones hoy.

—No sabes de qué estoy riéndome, así que métete tus amenazas por el culo. —Siguió riendo.

El Arcadiy de siempre revivió, y me alegré de que no hubiese cambiado aquel carácter que tanto me gustaba. En los últimos días había podido apreciar la gran relación que los dos hermanos tenían, y eso me gustó. Se merecían tener un futuro juntos después de tanto tiempo sin saber nada el uno del otro. De pensar que él estaba muerto. De pensar que ella no existía.

Subimos al coche sin dejar de escuchar a Tiziano despotricar, riéndonos de él y pinchándolo para que se cabrease más por la mayoría de cargos falsos que le habían adjudicado. Acurruqué en uno de mis brazos a Atenea, que ya iba envuelta en dos mantitas para bebés, y elevé el otro para acoger a Micaela, depositando un casto beso en una de sus sienes cuando la tuve a mi lado.

—Ah, se me olvidaba. Como estáis tan graciosos, ni me he acordado —dijo con un tonito nada bueno—. Te diré que allí arriba, en la casa de nuestro friki del alma, tienes a una muchachita loca por comerte la polla. A ver cómo solucionas eso, o vamos a tener una pelea de gatas.

El silencio se extendió. Los ojos de Arcadiy me miraron por el cristal y negó con la cabeza. Tiziano sonreía al ver la cara de mala hostia de Micaela. Y yo... Yo quise matarlo.

—Eiren no quiere comerme la polla. Deja de decir tonterías —sentencié.

—No, qué va —soltó con chulería—. Está enamorada hasta las trancas del amiguito de su hermano —canturreó.

Escuché un suspiro por parte de Micaela.

—No inventes, Tiziano, que al final terminas ganándote un puñetazo —intervino Arcadiy.

—Sí, espérate a que nos veamos con el poli, que entonces sí que vamos a ver cómo vuelan los puñetazos. —Me miró, después a Micaela y cabeceó.

—Aarón y yo no hemos tenido nada. Tiziano, ¿vas a pelearnos a todos o qué te pasa? —le espetó ella con mal genio.

—Yo no digo nada. Vosotros os metéis con mis marrones impuestos cuando no veis ni los vuestros. Pues jodeos.

—Yo no he abierto la boca —se defendió ella.

—Tampoco me has apoyado.

—Oh, Tiziano, mira que te gusta exagerar. Conduce y calla —intervino Arcadiy.

—Tú cállate, que he visto cómo miras a Adara. Fíjate, lo mismo al final termináis siendo cuñados. Cuñados-hermanos. ¿Cómo se come eso?

Micaela alzó su mano y le propinó una colleja. Él renegó, cagándose en todo aunque sin perder el contacto visual con la carretera. Entretanto, Arcadiy le quitaba hierro al asunto tratando de cambiar de tema.

—Pues si Arcadiy suspira por Adara, creo que en breve tendremos otra trifulca —añadió Micaela, soltando la última pulla antes de bajarse del coche.

De reojo, mientras sonreía, Tiziano abrió la boca, dándose por aludido, y se bajó del coche con rapidez en dirección a la morena, que avanzaba hasta la casa.

—Eh, eh, eh. ¿A qué ha venido eso? —La señaló con el dedo.

Micaela lo apartó de un manotazo.

—Donde las dan, las toman. Recuérdalo.

Sin más, se metió en la casa, dejándolo paralizado en la puerta. Arcadiy le lanzó una sonrisa, aunque yo sabía que esa sonrisa no era verdadera y que él sí sentía algo por Adara.

Al entrar, los recuerdos me invadieron. Los que ocupaban la mayor parte no eran solo míos, sino de los dos. La miré, y advertí que sonreía.

Durante un rato, estuvimos colocando la cuna al lado de la cama y adaptando las cosas que teníamos para Atenea en toda la casa, aunque en breve tendríamos que recogerlo para marcharnos a otra distinta.

Un olor a comida invadió mis fosas nasales cuando la puerta de la casa se abrió, dando la bienvenida a Agneta, Adara, Riley, Ryan y Eiren, con un montón de platos de comida que colocaron sobre la mesa, ya abierta para que entráramos todos.

—Hoy es Navidad —murmuró Agneta con un poco de vergüenza—. He pensado que, aunque no tengamos adornos ni regalos, nos tenemos los unos a los otros y podemos celebrarlo en... familia.

Nadie habló, pero sí sonrieron, hasta que Tiziano resopló, con el móvil en la mano.

—Es la sexta vez que mi madre me pregunta dónde coño estoy. Por eso de la Navidad que estabais hablando. —Elevó los ojos al cielo—. Estoy muerto de hambre. ¿Comemos?

Micaela pasó por al lado de Agneta, depositó un beso en su mejilla y le dijo:

—Gracias por ser como eres. Ya sabes que la Navidad y yo no nos llevamos muy bien, pero me ha encantado el detalle.

—A partir de ahora, mi niña, eso tendrá que cambiar.

Sonriendo, Agneta miró a Atenea, que seguía en mis brazos. Eiren pasó por mi lado rozando con su mano mi costado. Quise pensar que no era aposta, pero los ojos de Micaela habían cogido al vuelo ese roce. Levantó la ceja y se acercó a mí. Antes de darse la vuelta para tomar asiento, susurró:

—Tu piscina es muy bonita. No quieras encontrarte un cadáver dentro.

No lo dijo con mal tono, pero supe que era una amenaza en toda regla.

—Hablaré con ella después.

Asintió brevemente y dirigió sus pasos hasta Arcadiy, que la invitaba a sentarse con una reverencia exagerada. Ella rio con ganas y Adara lo contempló con admiración y una risa risueña.

Se llevaban de maravilla, y supe por el rostro del italiano, que estaba en la otra punta de la mesa, que no le sentaba tan bien ese acercamiento. Agneta apareció a mi lado y besó la cabeza de Atenea.

—Puedes acostarla cuando quieras. He colocado las sábanas ya y la lamparita está encendida.

Asentí, observándola. Me sonrió con tristeza, y al darse la vuelta para marcharse, la sujeté por el brazo. Me miró a mí y después mi agarre.

—Puedo intentarlo. —Me contempló con los ojos brillantes, sabiendo a qué me refería—. Podemos intentarlo. Si tú quieres.

Hizo una mueca de agrado con sus labios y apretó mi brazo con cariño.

—Vuelve sano y salvo, y entonces intentaremos lo que quieras. —Me dio un suave beso en la mejilla—. Siempre te he querido y siempre te querré. Pase lo que pase. No lo olvides. —Se dirigió a la mesa.

Sentí los ojos de Micaela clavarse en mí. Asintió con orgullo brevemente y desvió su atención de nuevo a los comensales, que ya empezaban a lanzarse pullas entre Tiziano, Ryan, Riley y Arcadiy.

Acosté a la pequeña, bajé y me incorporé a la mesa de locos que hablaban sin parar. Acurruqué a Micaela a mi lado, y me di cuenta de que era una de las mejores cenas de Navidad que había tenido en toda mi vida.

Unas horas más tarde, las botellas corrían de un lado a otro de la mesa, la música sonaba en el salón con poca fuerza para no despertar a Atenea y las anécdotas de Tiziano y Ryan salían a relucir.

—Así que agente de la CIA. Eres un cabrón, Ryan. Nos lo has ocultado todo este tiempo. No lo entiendo —canturreó el italiano.

—Exagente de la CIA. Rectifica —lo corrigió el aludido.

—No puedo creérmelo, Ryan. De ahí todos tus contactos... —murmuró Micaela, tan sorprendida como lo estábamos todos.

—¿Y lo dejaste sin más? —le preguntó Adara.

Éramos tantos en aquella conversación que las preguntas saltaban de un lado a otro sin cesar.

—Lo dejé porque a mi mujer no le gustaba. Después de llevar diez años allí, nos fuimos a España, conocí a Micaela...

—Y te engatusó con sus encantos —terminó Tiziano.

Un cubito salió disparado hacia el italiano, dándole en el pecho. Él reprendió a Micaela con la mirada y ella se defendió:

—Yo no lo engatusé. Acababa de abrir el Diamante Rojo. Él buscaba trabajo y lo contraté. No hubo nada más. Pervertido.

—Después, ella se marchó a Londres y yo me quedé en España, hasta que comencé con mis idas y venidas para estar con ella.

Le dio un trago a su bebida mientras terminaba su explicación. Todos menos Micaela nos enteramos de que estaba divorciándose y de que ella era un alto cargo político en la ciudad de Londres.

Los ojos de Eiren me repasaron por enésima vez cuando a Tiziano se le ocurrió decir que en mi expediente había tantos cargos de asesinato que era incapaz de calcular una suma. Muchos más de los que había cometido, también era cierto. La mayoría de los que ponían en aquel papel, inventados.

Micaela me observó y se apartó de mí.

—Voy a ver cómo está la niña.

Su simple mirada me dio a entender que había llegado el momento de poner cartas en el asunto. Me levanté, cogí mi vaso y caminé hacia la terraza, no sin antes darle un breve golpecito a Eiren en el brazo. Se asustó al sentir mi contacto, y le pedí que saliese conmigo a la terraza mientras todos seguían hablando sin parar, sin darse cuenta de ese pequeño detalle. Todos menos Riley.

Coloqué mis manos en la barandilla de la terraza, esperando a que llegase. Pocos segundos después, apareció a mi lado con una pequeña sonrisa y un rubor muy extenso en sus mejillas.

—¿Te encuentras bien? —le pregunté.

—S... Sí... —balbuceó—. ¿Ocurre algo?

La miré, seguramente intimidándola, porque agachó la cabeza tanto que creí que se escondería como una tortuga.

—No lo sé. Dímelo tú.

Abrió sus ojos en su máxima extensión. Aprecié su respiración descompasada; creí que a punto de sufrir un infarto. Era muy joven, demasiado para entender las cosas, tal vez.

—Yo... Yo no tengo...

La corté, quizás con un tono más rudo del que pretendía, pero yo nunca había sabido cómo llevar los asuntos del amor. Tampoco me había hecho falta.

—Eiren, agradezco mucho la ayuda desinteresada que has estado dándome todo este tiempo, pero... estás confundíndote. —No dijo nada. Siguió mirando el mar—. Yo... —No sabía cómo continuar.

Respiré aliviado al escucharla decir:

—Tu corazón ya pertenece a otra persona. Lo sé.

—No sé cómo afrontar esta conversación. Supongo que estarás dándote cuenta —le dije con toda la tranquilidad que pude.

Ella no me miraba, y su rubor crecía y crecía.

—Sabes usar un arma y no sabes cómo romperle el corazón a alguien. Qué irónico.

Un breve enfado apareció en sus ojos, que seguían sin ser capaces de enfocarme.

—No pretendo romperte el corazón. —No me fui por las ramas—. De hecho, nunca te he dado motivos, y mucho menos esperanzas. ¿Eres consciente de a quién tienes delante? —Esto último me salió con mucha ironía.

—¿Y ella? —Sus ojos enfadados me miraron—. ¿Ella es consciente de a quién tiene a su lado? Ah, claro, que ella es igual que tú —escupió con rabia.

Me sorprendí por su carácter; un carácter que no esperaba.

—Ella es la única mujer a la que he amado en mi vida.

Mi gesto se endureció, y lo notó. La conversación no estaba yendo por donde yo quería. Todo estaba torciéndose, y terminó de hacerlo cuando, antes de darse la vuelta, me dijo:

—Parece que, para conquistarte, hay que saber disparar un arma y matar.

Iba a contestarle de malas maneras, sin embargo, la puerta de la terraza se abrió y Riley entró, mirándola. Ella ni siquiera reparó en su hermano; al revés, cogió su bolso bajo la atenta mirada de todos y se marchó. Riley me contempló e hizo una mueca graciosa con los labios.

—Parece que la cosa no ha ido muy bien.

—No. No lo ha hecho —renegué.

Me bebí el vaso de una tacada. »A mis años, estoy yo para tonterías como estas«, pensé mentalmente, negando con la cabeza.

—Está enamorada de ti desde el primer momento en que te vio. ¿Qué quieres?

—¿Y la culpa la tengo yo?

—No, para nada. —Se subió las gafas y se apoyó en la barandilla—. Jack, hablaré con ella, no le des más vueltas.

—No quiero soplapolleces, Riley. Micaela le sacará la cabeza como siga mirándome de esa forma. ¡Me come con los ojos, joder!

Riley chasqueó la lengua.

—En ese caso, o la dejo ciega —dijo como si nada, en un tono de broma—, o la mando de vuelta a casa. Decide si es necesario en esta misión. Si no, adiós Eiren. No podemos permitirnos fallar por tonterías.

—Es tu hermana, Riley. Me cago en todo. Tu puñetera hermana.

Me miró desde su posición con un gesto sin importancia.

—Y tú eres el hermano que nunca tuve, Jack.

Palmeó mi espalda y se dirigió al salón de nuevo. Me giré, y vi que Micaela bajaba las escaleras y me miraba. Entré en el salón cuando todos se levantaban.

—¿Os marcháis?

—Si seguimos con la juerga, van a darnos las seis de la mañana. Y debemos dejar muchas cosas listas en estos días —argumentó Tiziano.

Arrugué el entrecejo sin saber a qué se refería. Todos los ojos pasaron de mí a Micaela. Querían dejarnos intimidad.

—Jack, si queréis, puedo llevarme a Atenea. Tenemos espacio de sobra en la casa de Riley y...

—¿Por qué queréis llevaros a Atenea? —le preguntó Micaela, llegando a nuestra altura.

—Para que estéis...

—Para que podáis follar a gusto, cojones, que os cuesta decirlo. —Colleja que se llevó el italiano, esa vez de parte de Ryan—. ¿Qué? Follar es lo más sano del mund...

Sin dejarlo terminar, Ryan lo empujó hacia la salida mientras decía:

—Anda, cállate, que cada vez que abres esa boca sube el pan.

Miramos la escena con diversión. Después, presté atención a Agneta.

—Nos quedan pocos días. Ya tendremos tiempo, pero gracias. —Le sonreí.

Ella me imitó con cariño. Tocó mi brazo y el de Micaela y desapareció por la puerta con el resto.

La mujer que más amaba en el mundo me contempló, e intuí que su deseo era tan grande como el mío cuando se tiró a mis brazos y reptó con sus labios hasta llegar a mi boca.

Una extraña llamada

Micaela Bravo

—¡Levántate!

Resoplé.

Las seis y media de la mañana marcaba el dichoso reloj digital de la pared del gimnasio de Jack. Moví mi cuerpo una milésima hacia la izquierda al ver venir un puñetazo. Lo esquivé y sonreí, pero fallé cuando ese gesto provocó que una de sus piernas ocasionara mi caída de espaldas. Bufé, coloqué mis manos a ambos lados de mis costados y volví a resoplar por lo cansada que estaba.

—¿Podemos dejarlo ya?

—No estás en forma. ¡Arriba! —me ordenó, azuzándome con la mano.

—Te juro que no puedo más.

Entrecerró los ojos, se puso de rodillas con rapidez, tiró de mi pierna derecha hasta colocarla en su hombro y subió mi vestido lo justo y necesario para llegar a mis braguitas. Metió la mano por debajo, tocando la abertura de mi sexo y provocando que me moviese para pedirle más al ver que sus dedos no pasaban de esa zona. La sacó con la misma rapidez que la introdujo y se levantó.

—Si estás dispuesta a que te toque, estás dispuesta a pelear.

Me enfurruñé.

—Yo no quiero pelear. Quiero que sigas.

—Levanta.

Volvió a provocarme con la mano. Lancé un breve vistazo hacia la cuna de Atenea para comprobar que seguía dormida. Adara llegaría en unos minutos para llevársela un rato con ella mientras nosotros nos pondríamos al día con las armas y los dispositivos que usaríamos. Ella me había dicho que Tiziano no se había quedado a dormir en casa de Riley, e imaginé el motivo.

El motivo era ella, por mucho que lo negase.

—Vamos, pégame.

—Estás obsesionado. —Reí al recordar la primera vez que entramos en aquel gimnasio y me dijo lo mismo. Puso los ojos en blanco, pero sonrió.

—Y tú sigues siendo la misma gandula de siempre.

—Lo mío no es el ejercicio. Ya te lo he dicho. —Terminé esquivando un golpe que me venía de la derecha.

—Tienes que aprender a defenderte bien.

—Ya sé defenderme bien —le chuleé. Él volvió a intentar darme.

Al final, un golpe llegó a mi hombro y yo se lo devolví tirándome encima de él. Tan sumida estaba en la pelea que teníamos que no me di cuenta de que unos minutos después había público. Me centré en golpear cada parte de su cuerpo. Difícil, pues apenas conseguí darle uno solo sin que lo detuviese. Según Jack, estaba siendo muy predecible. Traté de concentrarme en ese punto. Para mi sorpresa, me encontré dándole puñetazos con rabia, tantos que hubo un momento en el que no sabía por dónde le llegaban. Algunos pudo detenerlos, pero otros impactaron de manera feroz en sus brazos y sus costados. No me detenía, sino que me apremiaba a continuar:

—¡Dale, dale, dale! ¡Vamos, Micaela! ¡Pégame de verdad, cojones!

Seguí y seguí, hasta que escuché una voz familiar detrás de mí:

—Al final la mata.

—O lo mata ella. —Adara le llevó la contraria a Tiziano.

Me giré, sorprendida porque esos dos hubiesen charlado más que en todo el tiempo en el que se conocían. Justo en ese instante de descuido por mi parte, oí una sola palabra de Jack antes de derribarme al suelo con un sencillo movimiento:

—Error. —Me contempló con mala cara—. Nunca te despistes.

—Pero... —traté de defenderme.

—Nunca —sentenció.

—Nunca —repetí, riendo.

Negó con la cabeza y sujetó mi mano.

La puerta del gimnasio se abrió de nuevo, dando paso a un Riley lleno de cables y portando un aparatejo gigante con letras de esas raras que él entendía. Sonreí cuando me miró. Cuánto cariño le tenía a aquel chico y cuánto odio a su hermana. Jack me había contado la conversación de la noche anterior, y no me gustó. Porque una mujer enamorada podía ser más letal que cualquier veneno.

Antes de llegar hasta Adara, Tiziano avanzó quitándose la camiseta con una chulería innata. Aprecié una sonrisa maléfica por parte de Jack al llegar a su altura.

—¿Adónde va? —me preguntó Adara en un susurro.

Bebí un largo trago de mi botella de agua y desvié mis ojos momentáneamente a mi pequeña, que no se inmutaba.

—A pelear. —Reí.

Riley los contempló por encima de sus gafas y se sentó en medio de las dos, sin dejar de tocar el cacharro.

—Esto se pone interesante. ¿Apostamos dinero?

—No sé yo —dije mientras sonreía.

—Apuesta por mí, *bella*, que voy a machacarlo —rugió con ganas el italiano, dando pequeños saltitos como si estuviese en un *ring*.

—No cantes victoria. Hace dos días te llevaste una somanta de hostias buena.

Tiziano arrugó el entrecejo, preparándose para lanzarle el primer golpe. Jack elevó su rostro de manera arrebatadora, instándolo a que siguiera, y el italiano se abalanzó como un descosido hacia él.

Los golpes de Tiziano eran demoledores, pero los de Jack asustaban. Pensé que de un momento a otro alguno se haría daño de verdad, porque no estaban reteniendo la fuerza a la hora de impactar en el cuerpo de cualquiera de los dos. Tiziano levantó una de sus piernas, y me di cuenta de que también se defendía bastante bien con las artes marciales. Jack no dejó ni un solo golpe sin detener, hasta que un salto por parte del italiano chocó en su costado izquierdo, ocasionando que

se doblara.

Jack flexionó su rodilla izquierda, reponiéndose de inmediato, y elevó su brazo derecho para detener la furia de puñetazos que llegaban sin control e intentaban arremeter contra su rostro. Se agachó, provocando que el italiano se despistase un segundo y terminase en el suelo, con el antebrazo de Jack presionando su cuello. Estaba poniéndose azul, pero comenzó a reírse como un jodido demente.

—Dime que no me has tenido, más de una vez, en una lista de esas tan molonas que te daban —le vaciló.

—Por desgracia, sí —le aseguró el otro—. Vamos, defiéndete.

Tiziano palmeó el suelo con fuerza y después llevó los puños hacia la cara de Jack, que volvió a esquivarlos con facilidad, sin soltarlo.

—Tiziano, vas a morir —lo amenazó.

—¡Y una polla!

Elevó su rodilla y le dio en el hombro a Jack, por lo que este se vio obligado a separarse de él al perder el equilibrio. Tumbado en el suelo, Tiziano se colocó a horcajadas sobre él, con cara de desequilibrado. Alzó un puño y lo estampó con toda la rabia del mundo en la colchoneta.

—Si llegas a darme, me tiras dos dientes mínimo —añadió Jack con gracia.

Adara no respiraba. Riley no despegaba los ojos de ellos, como si estuviese hipnotizado por tanta fuerza bruta. Y yo... Yo simplemente admiraba a aquellos dos titanes que se daban de hostias.

Jack consiguió cambiar las tornas y el que terminó debajo fue Tiziano, otra vez con el antebrazo de su rival en el cuello. La risa desquiciada volvió a recorrer la estancia. La cara de Adara era un poema de los de verdad.

—Vale. —Carcajada—. Vale, vale. —Carcajada doble—. Vas a matarme. Lo asumo.

Jack se levantó, extendió su mano y el italiano la aceptó con una risa tonta. Me miró y, chasqueando la lengua, se pasó una toalla por el rostro impregnado en sudor.

—Eres un blandengue.

—Recuérdame —me dijo Tiziano— que si alguna vez tenemos que matarlo, lo hagamos con un rifle. Nos evitaremos sufrimientos innecesarios.

Negué con la cabeza.

Me alegraba muchísimo que los dos hubiesen congeniado de esa manera, pues Tiziano era una parte indispensable en mi vida. Era mi familia. Era la persona más leal que había tenido, después de Ryan.

Entre risas y frases malsonantes que pusieron a Adara de todos los colores, mi teléfono móvil sonó. Me acerqué para cogerlo, sin dejar de escuchar las barbaridades que ambos se lanzaban, y al ver el nombre de Aarón en la pantalla, mis ojos se desviaron con seriedad hacia Jack, que detuvo su risa al momento.

Descolgué.

—Hola, Micaela.

—Aarón.

Mi saludo fue seco, aunque no tanto como el suyo, que se me antojó incluso chulesco. Deduje enseguida el motivo.

—Nos vemos en dos horas en el Barrio de los Dioses. En la Plaka. Yo te encontraré. Ven sola.

Y colgó.

No me dio tiempo a decir nada. El rostro se me descompuso.

—¿Ha colgado? —me preguntó Tiziano.

Les conté dónde me había citado.

—El Barrio de los Dioses es el barrio más antiguo de Atenas. Sabe que estás aquí.

Jack le lanzó una breve mirada a Riley, y este se puso manos a la obra enseguida, pidiéndome el número de teléfono desde el que me había llamado. No tardó ni dos minutos en conseguir una ubicación.

—Efectivamente, está allí.

Asentí sin saber cómo demonios sabía Aarón que me encontraba en Atenas, y miré a Jack, que comenzaba a poner su mente en marcha.

—Tenemos que prepararnos. No puedes ir sola.

—No va a hacerme nada.

—No se trata de que te haga o no. No vas a ir sola y punto. Quedasteis en recibir una llamada cuandouviésemos que ir a Rusia. ¿Por qué te llama ahora y por qué sabe que estás aquí?

Negué con la cabeza, sin saber qué contestarle.

—Tenemos un topo —dedujo Adara.

Todos la miramos.

—¿Qué dice esta? —espetó Tiziano de malas maneras.

La muchacha me miró con pánico. Asentí, sabiendo que tenía razón. Jack también lo hizo, y todos miramos a Tiziano, que nos observó ofendido.

—Tiene razón —la apoyó Riley.

—No estaréis pensando que soy yo, ¿no? —El italiano se señaló, enfadándose.

—Tenemos que averiguar de quién se trata —añadí—. Agneta es imposible. Adara tampoco. — Creí que la chica dejó de respirar cuando la mencioné—. Solo quedamos nosotros: Ryan, Arcadiy o tu hermana.

—¿Y si el poli os ha puesto algún dispositivo a alguno de los dos sin que os deis cuenta? —nos preguntó Riley.

—La única forma de que eso ocurriese sería en la ropa que nos pusimos el día que nos vimos con él en Londres. O en la piel.

Ahora todos me miraron a mí.

—Eh, eh. No vayáis por ese camino, que estáis confundiéndoos —les espeté, cabreándome.

Jack tiró de mi brazo y caminó hacia el baño. Antes de llegar, le lanzó una mirada a Riley y me dijo:

—Desnúdate.

—¿Qué? ¿Estás tonto o qué coño te pasa? Te he dicho que no he tenido nada con Aarón. ¿Cómo demonios va a ponerme un localizador?

—Desnúdate.

—¿Estás dudando de mí?

—Estoy buscando soluciones. Desnúdate, o te quitaré la ropa yo.

Abrí la boca para renegar, sin embargo, sabía que era perder el tiempo a lo tonto. Me la quité, quedándome desnuda ante él y con los brazos cruzados a la altura del pecho. Alguien tocó a la puerta del baño. Jack la abrió un poco y cogió el detector.

—No puedo creer lo que estás haciendo.

—Las manos en cruz.

—Jack, ¿estás escuchándote? ¿Estás escuchándome a mí?

No contestó. Siguió pasando el detector por todo mi cuerpo sin que oyésemos un simple pitido.

No contento con eso, abrió la puerta como un vendaval y salió de allí a grandes zancadas. Me vestí todo lo rápido que pude y fui al salón. Me lo encontré revolviendo todas mis cosas.

—Dame la maleta, el bolso. Lo que haya.

Viendo que comenzaba a perder los papeles, me acerqué a él. Tiziano le decía que era imposible que me hubiese implantado nada. Yo estaba ofuscada por el simple hecho de que pensase que lo había engañado en algún momento, cuando ya le dije que no había estado con ningún hombre. ¡Y encima con Aarón! Adara se mantenía en un rincón con la pequeña en sus brazos, que ya se había despertado.

—Eh, ¿qué coño te pa...?

Pip, pib.

Ese simple sonido nos dejó mudos.

La primera que no terminé de formular la pregunta fui yo. Extendí mi mano hasta sujetar con fuerza el bolso que había pitado, sabiendo a ciencia cierta que no lo llevé aquel día.

Negué con la cabeza.

—Es imposible... —murmuré, mirando la tela.

—No. No es imposible. ¡Mira dónde lo tenías! Si te lo colocó en el bolso, muy lejos no podía andar de...

—Ese día no llevé bolso. —Lo miré, comprobando de primera mano su enfado—. ¡Jack! ¡Tú me viste! Llevaba la pistola y el abrigo, joder.

Pero no me escuchaba. Destrozó el aparatejo en el suelo, pisoteándolo, y encaminó sus pasos hasta la habitación en la que minutos antes reíamos y peleábamos como si no tuviésemos ningún problema al que enfrentarnos. Comenzó a dar órdenes a diestro y siniestro antes de cerrarnos la puerta en las narices:

—Adara, recoge tus cosas, las de Agnetta y las de la niña. Esta noche cambiamos de destino. Riley, acaba con todo rastro del localizador y revisa la maleta de arriba abajo con el detector. Busca a Arcadiy y revisa todo lo que vaya a trasladarse al piso de Oia. Tiziano, pon al corriente a los demás y prepara a Ryan. Nos vamos de caza. —Me observó de manera fugaz, y supe que estaba enfadado—. Cámbiate de ropa. Nos vamos.

Iba a renegar, pero cerró la puerta del gimnasio con un portazo que resonó en toda la casa, dejándome con la palabra en la boca.

Una hora después, casi llegado el momento en el que había quedado con Aarón, nos deteníamos en la entrada del barrio antiguo. En el coche íbamos Ryan, Jack y yo. Los demás se habían quedado en Santorini, recogiendo a toda máquina para trasladar las cosas al piso en el que se quedarían las tres, protegidas por los hombres de Tiziano, quienes ya estaban alojados en el bloque.

Riley había revisado hasta mis bragas, encontrando otro localizador en uno de mis sujetadores. La cara de Jack se descompuso de tal manera que pensé que le daría un infarto antes de darme cuenta. No me dejó siquiera decirle que era imposible, que algo estaba ocurriendo, ya que no había estado con Aarón jamás.

Durante todo el camino hasta la Plaka, había mantenido un silencio sepulcral, sin despegar sus ojos de la carretera desde que nos subimos al coche en el aeropuerto, tras dejar el avión de Tiziano en una de las pistas privadas de Jack. Me enfadé como nunca. ¿Por qué no quería escucharme?

Aparqué en la esquina de la entrada a la plaza y cogí la maneta de la puerta para bajarme. Su

mano tocó mi muslo antes de que lo hiciese.

—¿Habéis comprobado que el dispositivo funciona bien? —les preguntó Jack a Riley y a su hermanita, que se encontraban al otro lado de la línea.

—Sí. Funcionan a la perfección.

—Bien. —No me miró, pero sí me dijo—: Ten cuidado.

El resoplido de Ryan perforó los oídos de los tres y de los que estaban al otro lado de la línea. Lo contemplé, esperando algo más por su parte que no llegó. Negué con la cabeza, me bajé del coche y di un portazo, escuchando en el pinganillo un «Me ha dejado sordo» por parte de mi friki particular.

—Lo siento —musité.

—Estás perdonada —comentó como si nada.

Me acerqué al centro de la plaza. Ryan se separó de mí en cuanto me dijo:

—No estaré lejos. A la mínima, me tendrás encima. Carga el arma antes de entrar.

Asentí. Toqué la parte trasera de mi pantalón, comprobando que el arma estuviera en su sitio. Ya la había cargado antes de salir de la casa de Jack. Suspiré al contemplar el gentío, y no pude evitar recordar todas las cosas que poco tiempo atrás me habían ocurrido en esa misma plaza. De repente, un hombre, con su habitual chupa de cuero y unas gafas de sol negras, estaba mirándome a solo unos metros de distancia.

—Lo tengo delante —murmuré casi sin mover los labios cuando la gente se cruzó en nuestro campo de visión.

—¿Qué dices? ¿Mica? —La voz de Riley me confirmó que los dispositivos estaban fallando.

No podíamos tener tan mala suerte.

—Que lo tengo delante. ¿Me oyes? ¿Riley?

No pude decir ni una sola palabra más cuando un extenso pitido se hizo eco en mi oído y Aarón ya estaba casi delante de mis narices. Lo inspeccioné, con ese aspecto de tipo duro, tan chulo como de costumbre. Llevaba unos pantalones oscuros ajustados perfectamente a su cuerpo y una camisa informal de color negro también. Unos seductores músculos se apretaban a esa chupa de manera irresistible. Al acercarme a él, me contempló de pies a cabeza.

—Hola —murmuré, quise imaginar que tragando un nudo que tenía en la garganta.

—Hola, Aarón —le contesté con seriedad.

—Entremos. —Extendió su mano en dirección a la cafetería que teníamos a la izquierda, pero desconfié—. No voy a hacerte nada, Micaela.

—Ya se te ocurriría, soplapollas.

La voz de Ryan resonó a mi espalda, provocándome un pequeño susto del que me recompuse de inmediato. Aarón me miró con desconfianza.

—Te dije que acudieses sola.

—Y yo no te dije en ningún momento dónde estaba. Y lo sabes. Así que estamos empatados. ¿Entramos o me marcho?

Dirigió sus pasos hasta la cafetería, y en la esquina, la sombra de Jack se ocultó entre los turistas que paseaban como locos por allí. Nos sentamos en una mesa, apartados del resto. Lo contemplé a la espera de que hablase. Ryan hizo lo mismo, con la mano puesta en su pistola.

—Eso no será necesario, Ryan.

—Tampoco era necesario ponerle un localizador a ella. Y lo has hecho.

—¿Qué? —Pareció sorprenderse—. Yo no he hecho nada de eso.

—Entonces, ¿cómo sabías dónde estaba? —le espeté.

—Tengo contactos muy cercanos a ti.

Una luz se encendió en mi cabeza. Porque tenía claro que él no lo había colocado ni en ese sujetador ni en el bolso.

—Muy bien, don Contacto, dime, ¿qué quieres?

—Dentro de tres días partiremos todo el equipo a Rusia. Concretamente, a esta dirección. —Me tendió un papel—. Si queréis un piso franco, solo tienes que...

—Nos las apañaremos con eso. ¿Qué más?

—La localización de Vadím ya la tenemos.

Dejé de respirar. Achiqué mis ojos, instándolo a continuar.

—¿Y dónde se supone que está? —Ryan se adelantó.

—En Rusia. Te daré toda la información cuando lleguemos y encontremos el chip del que hablamos.

—Y ese chip, ¿se supone que también está allí?

—Sí.

—¿Sabes dónde, o voy a tener que sacarte la información con una cucharilla? —ironicé.

Dio un largo suspiro y contestó:

—En una mansión que hay a las afueras de Moscú. —Se calló durante unos instantes; no supe muy bien por qué motivo—. Toda la información te la daré cuando lleguemos.

—Esta visita era únicamente para darme este papel. —Alcé la hoja.

Se removió en su asiento, incómodo. Miro a Ryan y después a mí. Bajó sus ojos al suelo, para subirlos al segundo.

—Me han llegado noticias de tu embarazo. Solo quería saber si estabas bien.

Inspeccioné su rostro con detenimiento antes de contestarle, sin mostrar ninguna emoción:

—Estoy capacitada para continuar, si es lo que quieres saber.

Asintió de manera imperceptible. Durante unos segundos, permanecimos estudiándonos. Ryan, por su parte, no pestañeaba. Tampoco dejaba de enfrentarlo con su mirada acusatoria.

—Micaela..., ten cuidado con tus nuevos aliados. Pueden desear algo que puedas darles y después usarlo en tu contra.

—¿Algo más o menos como lo que haces tú? —lo cuestioné con arrogancia.

Estaba hablando de Angelo, por supuesto, pero también de otra persona; de otra persona que quería lo que yo tenía. Demasiadas cosas sabía aquel poli, que comenzaba a cabrearme como nunca.

—Micaela... Vigila tu espalda.

No le dio tiempo a decir nada más, porque un sinfín de disparos se escucharon en la calle.

Mi corazón galopó a toda velocidad. Me levanté de la mesa como impelida por un resorte, seguida de Ryan, que ya sacaba su pistola sin miedo. Aarón caminaba detrás de mí hacia la salida.

Busqué a Jack con la mirada, sin encontrarlo.

Una posibilidad entre un millón

Abrí la puerta de la cafetería con pánico; pánico por encontrármelo tirado en las calles de su adorada Atenas. Miré a un lado y a otro, sin verlo. Salí a toda prisa, escuchando las constantes voces de Ryan y Aarón para que me detuviese, pero los ignoré, y ese fue el peor error que cometí aquel día.

Una ráfaga de balas avasalló la terraza. Ryan se lanzó sobre mí, tirándome al suelo. En ese instante, dos tipos se abalanzaron contra él para separarlo de mi cuerpo. Consiguieron tirarlo a un lado, y me aterroricé al ver que le costaba levantarse. ¿Le habrían dado?

Uno de los tipos alzó mi cuerpo del suelo mientras el otro peleaba a puño limpio con Aarón, a mi lado. De soslayo, discerní que en el callejón había un gran revuelo, y descubrí a Jack allí cuando, de refilón, asomó su cabellera por la esquina. Saqué mi pistola de la parte trasera de mi pantalón y disparé dos veces, fulminando al hombre que me tenía sujeta. Caí de rodillas justo cuando Ryan se lanzaba hacia otro que lo golpeaba sin piedad.

—¡Búscalos!

El rugido de Ryan dio el pistoletazo de salida para que mis pies se pusieran a correr en medio de aquella terraza. Llegué al callejón donde Jack se encargaba de tres a la vez. Cogí una de las sillas y se la partí en la espalda al primero que encontré a mi paso. Uno de los tipos apuntó con su pistola a Jack, pero este le propinó un cabezazo que ocasionó que el hombre se tambaleara. Al ver que su arma estaba tirada en el suelo, le lancé la mía con rapidez. La cogió al vuelo y les disparó sin piedad a los tres.

La gente corría, se abría paso de un lado a otro como caballos desbocados. Mientras Aarón llegaba hasta mí, me fijé en la figura de una persona que me contemplaba desde el centro de la plaza, con las manos entrelazadas entre sí.

Abrí mis ojos sin poder creerlo.

La persona en cuestión me hizo un único gesto con su mano: pasó su dedo de izquierda a derecha sobre su cuello, dándome a entender que estaba muerta. Antes de desaparecer entre la multitud, me sonrió.

—No... —negué como una desquiciada—. No puede ser...

—Es... —Aarón no daba crédito.

Quise echar a correr detrás de la persona, sin embargo, me detuve cuando Ryan llegó a mi lado y me puso la mano en el costado. Al dirigir mi mirada hacia el lugar, vi una barbaridad de sangre en ella.

—¡Ryan!

Traté de sujetarlo antes de que cayese de rodillas, y fue entonces cuando me di cuenta de que su

pierna también sangraba.

—Le han dado. Joder, ¿te han dado, Ryan! —alzó la voz Jack.

—¡Ya lo sé, soplapollos! —bufó endemoniado, pero con demasiada debilidad.

—Viene la policía. Marchaos ya —anunció Aarón. Lo miré—. Marchaos, Micaela, ¡rápido!

Asentí, presa del temor al ser consciente de que Ryan estaba herido de gravedad. Entre Jack y yo conseguimos que colocara una mano en cada uno de nuestros hombros. Arrastrando su pierna, llegamos al coche; eso sí, sin dejar de mirar a todos lados por si volvía a verla.

—Dime que no es verdad. ¡Dime que no me han acibillado a tiros hombres dirigidos por esa mala puta! —ladró, muy pálido.

—¡Joder! —Manotazo de Jack en el volante—. ¿No se suponía que estaba muerta?

—Se suponía... —musité, aún sin poder creerme que la persona que había organizado todo aquel tiroteo hubiese sido Eli.

Eli.

Mi Eli.

La que me traicionó.

La que murió aquel día en el club ante mis ojos.

—Voy a matarla. —Ryan rechinó los dientes cuando le conté el gesto en su cuello hacia mí.

—Ryan, por favor, tranquilízate y deja de malgastar fuerzas a lo tonto. Estás perdiendo mucha sangre. ¡Acelera, por Dios, Jack!

—¡Eso estoy haciendo! —me gritó alterado.

Ryan se quejó, y pude apreciar que sus ojos se cerraban con lentitud cuando ya llegábamos al aeropuerto. Llamé a Tiziano con rapidez, indicándole la grave situación en la que nos encontrábamos, a lo que él me dijo, más alterado todavía, que prepararían todo para nuestra llegada.

—Eh, Ryan, eh, mírame. —Toqué su rostro, dando pequeñas palmadas en él—. No te duermas, por favor. Te lo suplico.

Me sentía como una mierda. Estaba así por mi culpa, por salir de la cafetería como un torrente sin escucharlo. Se había interpuesto entre esas balas y yo para salvarme.

Iba a matarme. Eli iba a matarme a sangre fría, como una cobarde.

»Lo que siempre fue, «me dijo mi mente con una ira desmedida.

—Si me muero...

—¡No digas gilipollecés! —le chillé, notando cómo mis ojos se llenaban de lágrimas.

—Si me muero —repitió sin hacerme caso—, vende la casa, manda a mi exmujer a tomar por culo y que no se quede nada. Nada de nada, ¿me oyes?

—Ryan, ahora no es momento de hablar de esas tonterías. Ya tendrás ocasión de mandarla a tomar por culo cuando volvamos a Londres. —Reí, notando que una lágrima resbalaba por mi mejilla. Él sonrió de manera débil. No estaba bien. Joder, no lo estaba. Traté de desviar el tema entre sonrisas y algunas lágrimas—: Haremos una cosa. Nos iremos de Londres. Podemos irnos a Noruega. ¿Te he dicho alguna vez que me gusta mucho ese país?

—Sí, me lo has dicho. Y estás mintiéndome, porque estás llorando, hija de puta, y sabes que voy a morirme.

Apreté su mano con fuerza y la coloqué en mis labios. Jack no respiraba. Mis ojos se fueron a él con premura, viendo en los suyos que las posibilidades eran muy pequeñas. Con la otra mano, seguí presionando la herida del costado. Ya no sabía cuántos disparos tenía en la zona, pero sí tenía claro que no era uno solo. La sangre no dejaba de salir a borbotones.

—Nos llevaremos a Skype. Sé que quieres a mi perro más que a mí. Si sales de esta, prometo dártelo. —Rio, y lo seguí—. Ryan, por favor, aguanta...

Tras un frenazo provocado por Jack en la entrada del hospital, abrí la puerta con rapidez y les grité a los celadores que traíamos a un herido de gravedad. A toda prisa, actuaron y lo llevaron hasta los quirófanos, dejándonos a los dos en la entrada y dándonos con la puerta en las narices. Me llevé las manos a la cabeza, dominada por el terror que me invadía solo con pensar en perderlo.

No podía perderlo a él también...

Me senté en las sillas del largo pasillo, con sangre en las manos, en el rostro y en gran parte de mi ropa. Miré a un punto fijo en el suelo, pensando en el destino.

Si Aarón no hubiese sabido que estábamos en Atenas, no me habría llamado. Si no me hubiese llamado, no habríamos ido. Y aunque esa parte la desconocía, tampoco habríamos tenido el encontronazo con Eli. Y Ryan no hubiese estado herido, luchando por su vida en un quirófano de Atenas. Apreté las manos con desesperación.

El sonido de unos pasos acelerados se acercaba. Era Tiziano. De fondo, lo escuché comentar que Arcadiy se había quedado con ellas, con Riley y Eiren. Me sentí aliviada al saber que mi hermano se encontraba allí. Conforme estaban las cosas, no podíamos descuidarnos, y toda precaución era necesaria. Jack le contó los últimos acontecimientos y Tiziano se sentó a mi lado.

—¿Te encuentras bien? —me preguntó.

Parecía que me habían hipnotizado. No conseguía apartar mis ojos del suelo blanquecino, pensando.

—Está viva, Tiziano. Eli está viva y ha venido para matarme... —murmuré ida.

Soltó un fuerte resoplido al mismo tiempo que echaba su cuerpo hacia atrás. No me contestó al momento, pero supe que los dos estaban igual que yo: pensando y pensando.

—Nos crecen los problemas —añadió Jack.

—Tenemos que poner a la niña a salvo cuanto antes. Si Aarón sabía dónde estabas...

—El localizador —dijo Tiziano de repente. Su tono no era amigable; su rostro, tampoco—. Tenemos que hablar de eso...

Lo miré, y antes de que continuara, terminé por él:

—Ha sido Eiren. —Asintió de manera imperceptible. Noté el cuerpo de Jack tensarse—. Y que los dispositivos fallaran ahora, también ha sido idea de ella.

Volvió a asentir, sin quitarme los ojos de encima.

—¿De qué estáis hablando? ¿Cómo va a hacer eso ella? ¡Es la hermana de Riley!

—¿Cómo iba a tener yo un localizador si no me acerqué a Aarón tanto como para eso? —ironicé—. Ya ves, Jack. Aunque no lo creas, a veces, estas cosas pasan.

Me contempló, dolido por mi comentario, pues sabía que llevaba doble intención por haber desconfiado de mí, al igual que también era consciente de mi enfado.

—Cuando los dispositivos han fallado, Riley se ha dado cuenta. Todos lo hemos escuchado decirle que era imposible que se desconectaran si no se desactivaban manualmente.

—Y por desactivarlos, Ryan ha entrado en la cafetería conmigo, y ha salido así. —Moví mi mano en dirección a las puertas que separaban el pasillo de los quirófanos.

Jack no se pronunciaba.

—Digamos que he usado un poquito de mi presión endemoniada y ha cantado como un gallo. Ella te puso los localizadores.

—No sigas —le pedí.

Notaba que mis venas estaban a punto de reventar, y preferí que se guardara el resto de la información hasta que Ryan saliese sano y salvo de aquel horripilante sitio, o me marcharía de allí en busca de Eiren y la mataría con mis propias manos. De hecho, si Ryan no salía por esa puerta, lo haría.

Las horas pasaban sin darnos tregua. En silencio, le mandé un mensaje a Adara para que me tuviese informada de cualquier contratiempo. Me aseguró que Atenea estaba bien y que el resto del ambiente... estaba, sencillamente. Los ojos de Jack intentaron pedirme perdón en varias ocasiones, pero decliné sus disculpas. Se había comportado como un gilipollas, anteponiendo mi palabra.

Ví a dos policías entrar en una de las alas del hospital y lo observé con rapidez.

—Deberías marcharte. Pueden reconocerte. Además, estoy segura de que tu damisela en apuros va a necesitarte cuando yo llegue.

—No voy a irme de aquí —espetó furioso, ignorando mi última pullita.

Tiziano ni respiró.

La puerta del quirófano se abrió y un hombre con bata blanca apareció quitándose unos guantes y preguntando por los familiares de Ryan. Intranquila, me acerqué a él con pasos torpes, contemplándolo con una esperanza que jamás había tenido. La cara del doctor era seria, y me temí lo peor.

»No puedes haber muerto. No puedes...«

—El paciente se encuentra muy grave. —Mi pecho se encogió—. Cinco minutos más y no habríamos podido detener la hemorragia. Hemos sacado dos impactos de bala del costado y uno del muslo izquierdo. Afortunadamente, no ha habido complicaciones ni afectado ningún órgano, pero ha perdido mucha sangre. Me temo que no podemos asegurarles que sobreviva. —La cara del doctor se contrajo—. Nos... han informado del tiroteo de la Plaka. La policía vendrá para hacerles unas cuantas preguntas sobre lo ocurrido. Ojalá puedan dar con el responsable. Por lo demás, ya saben que las veinticuatro primeras horas son cruciales, aunque no puedo darles esperanzas. Lo siento.

Mi cuerpo se desplomó en el asiento más cercano y mi mirada volvió al punto fijo que había estado contemplando con anterioridad. Los ojos me quemaban tanto que apenas veía las losas.

No podía morir.

No podía.

La voz de Tiziano me sacó del estado de *shock* en el que me encontraba. Ni siquiera había sentido los fuertes brazos de Jack rodearme.

—Agneta viene hacia aquí. Ella se quedará con él. Le he explicado la situación y dirá que ella lo acompañaba, que estaban en la cafetería tomándose un café cuando todo ocurrió y nosotros lo ayudamos a llegar al hospital. —No reaccioné. No sabía cómo—. Yo me quedaré con ella hasta que llegue la policía. Después desapareceré e iré a Santorini. —Jack seguía sin articular palabra. Yo ni siquiera era capaz de elevar mis ojos del suelo—. Micaela, tenéis que marcharos. No es seguro que Atenea siga allí. Hay que trasladarse al piso franco cuando antes. Mis hombres están esperándoos. Carlo se encuentra al mando.

Impulsada por Jack, me levanté. Arrastré los pies hacia la salida, sintiendo que lo abandonaba a su suerte por proteger a mi hija. Y me sentí mal. Muy mal. Porque él era parte de esa familia que poco a poco había construido, y moría lentamente al pensar en la mínima posibilidad que nos

había dado el doctor.

»No te mueras...«. No sabía a quién le suplicaba, pero lo hacía. Constantemente, lo hacía.

Una hora y poco más tarde llegábamos al aeropuerto de Santorini. Fuimos recogidos por Carlo, que saludó a Jack con familiaridad, aunque con un gesto de desagrado permanente en su rostro. No íbamos a llevarnos bien en la vida. Él nos odiaba, y nosotros... Nosotros no sabíamos nada de aquel armario empotrado con cara de malas pulgas.

Aparcamos en la entrada de la casa de Jack, donde nos entregó el papel con la dirección del piso en Oia. Di gracias a nuestras cabezas por no haberla comentado con nadie, sobre todo en vista de los últimos acontecimientos con la hermanita de Riley.

Eiren.

Esperaba... No, deseé con todas mis fuerzas matarla a sangre fría en aquel momento, y solo yo supe cuánto me contuve al traspasar la puerta.

En el salón, todos levantaron la cabeza al vernos entrar, incluida Eiren. Nadie habló. Nadie preguntó. Y supuse que Tiziano ya los había puesto al corriente. Adara tenía los ojos hinchados de tanto llorar. Arcadiy mostraba un rostro serio y enfadado, seguramente ocultando los sentimientos que lo corroían al saber que podríamos perderlo. Riley me observaba con miedo, y lo hacía con razón ,pues el recorrido de mi mirada se detuvo cuando la posé sobre su hermana.

Avancé con pasos lentos, sin despegar mi vista de sus asustados ojillos, hasta colocarme delante de ella. Antes de que nadie pudiese reaccionar, me encontré encañonándola con mi pistola. Cerró los ojos con miedo. Su cuerpo tembló y sus lágrimas comenzaron a descender como cascadas por sus mejillas.

—Micaela, por favor... —me suplicó Riley—. No ha pensado las cosas...

No lo escuché. Sabía que Riley miraba a Jack pidiéndole ayuda, y también sabía que él no se la daría. Adara se acurrucó en los brazos de Arcadiy y comenzó a llorar cuando le dije:

—Ryan está luchando por su vida. —Presioné la pistola contra una de sus sienes, con fuerza—. Si muere... —rechiné los dientes con rabia—, mueres —susurré como una loca—. Pero antes de morir, puta asquerosa, te haré tanto daño que me suplicarás que te mate. Ya ves —ironicé, presionando de nuevo el arma—, mira la que has montado por querer follarte a mi marido, niñata estúpida. —Ella continuaba sollozando—. Reza. Reza a quien quieras para que se recupere, o no tendrás lugar en el mundo donde esconderte.

Quitó la pistola de su cabeza, aunque ella siguió llorando con los ojos cerrados, murmurando mil perdones que no quise escuchar. Jack me contempló con seriedad, con las manos entrelazadas a la altura de su vientre. Yo no miré a nadie; simplemente, me di la vuelta y moví mis dedos en el aire, dando a entender que nos marchábamos. Sujeté el cuco donde Atenea dormía y, antes de llegar a la puerta, dije:

—Nos vamos. Y a ella no quiero volver a verla con nosotros. Riley, puedes decidir si quedarte o marcharte. Eres libre de elegir.

Con un sonoro portazo, cerré. Me dirigí al coche en el que Carlo nos esperaba. Todo el equipaje se lo habían llevado a Oia, y solo teníamos que instalarnos los tres días que nos quedaban antes de volar a Rusia.

Aun así, el destino decidió que no era suficiente.

Que tenía más sed de sangre.

Y que tenía que ser ya.

Una fabulosa cuenta atrás

Jack Williams

Habían pasado dos días.

Dos días en los que no había mejoría con respecto a Ryan.

Ni tampoco noticias de Riley.

Ni un simple acercamiento por parte de Micaela.

Me encontraba en la habitación del hospital con ella y Arcadiy. Agneta estaba en la sala de espera, controlando que ningún policía se acercase. Bastante habíamos tenido, pues a Ryan lo habían identificado, y de ahí habían sacado para quién trabajaba antes.

Micaela le tocó la frente, inmóvil y fría, por segunda vez. Suspiré, sabiendo que tenía el pecho encogido al ser consciente de que al día siguiente se marcharía a un destino incierto del que no sabía si volvería o no. Al igual que tampoco sabía si, al marcharnos, poco después nos darían la fatídica noticia de que él había muerto.

No lo soportaría.

—Deberíamos irnos. Esta madrugada partiremos pronto —musitó Arcadiy, cerrando un libro.

—Sí. Además, tengo que dejar organizadas varias cosas con Atenea y Adara.

Ni siquiera me miró.

Resoplé. Pocos minutos después, salí de la habitación, echándole un último vistazo a la roca que, con los ojos cerrados, no se movía de aquella dichosa cama. Deseé con todas mis fuerzas que se despertase y me soltara aquello de «Eres un soplapollas».

Arcadiy me siguió, dejando a Micaela a solas con él unos minutos.

—¿Has hablado con ella? —me preguntó cuando llegamos al aparcamiento.

—No quiere escucharme.

—Obvio. Yo tampoco lo haría. Has ido cometiendo una cagada tras otra. Lo raro es que no te haya pegado un tiro.

Lo contemplé con una sonrisa torcida.

—Veo que he perdido a mi hermano y ella lo ha ganado —murmuré con un falso enfado.

Detuvo su paso, contemplándome. Moví mi rostro lo suficiente como para enfocararlo, y aprecié los mismos ojos de la mujer que no quería ni verme.

—Te entiendo, Jack. Y, aunque me dolió al principio, siempre te entendí. No solo la protegías a ella. Nos protegiste a todos. —Asentí, dando por entendido que esas palabras eran las justas y necesarias para enterrar un hacha de guerra que no habíamos sabido resolver desde nuestro reencuentro. Me acerqué a él, palmeé su espalda, y él me estrechó entre sus brazos con afecto—. Siempre serás mi hermano mayor, Jack. La vida me ha dado una segunda oportunidad para conocer

a mi otra mitad, y no voy a desaprovecharla. No quiero joderla. Pero no puedo vivir sin ti.

—A mí siempre me tendrás, enano. No lo olvides nunca.

—Lo sé.

—Gracias por cuidarla —murmuré.

Me separé de él, y vi que sonreía con esa chulería innata que Arcadiy poseía. Reconponiendo su grave tono de voz, añadió:

—Apártate. Estas mariconadas no me van. Estás sobándome.

—Has empezado tú. —Lo señalé con el dedo.

Reímos, pero la risa nos duró poco cuando sentí una presencia a mi espalda. Era Micaela, y nos contemplaba con el entrecejo fruncido y mala cara. Pasó por delante de mí. Arcadiy me lanzó una mirada acusatoria por no detenerla y hablar con ella.

Después de un camino silencioso en el que Micaela no dejó de observar el cristal de la ventanilla, miré al asiento del copiloto, donde se encontraba Arcadiy. Ella no había querido sentarse a mi lado.

Riley estaba en la puerta del edificio al que nos habíamos mudado en Oia.

Con Eiren.

La chica me lanzó un breve vistazo, dejando sus ojos fijos en mí. Todavía no sabía cómo manejar que una chiquilla se hubiese enamorado de la persona equivocada, pero sí sabía que la mujer que tenía detrás terminaría haciéndole mucho daño.

—Esperadme aquí.

—¿Qué coño hacen aquí? ¿Cómo saben dónde estamos?

—No lo sé. Pero voy a averiguarlo.

Escuché el cinturón de Micaela desatarse, y supe que en segundos estaría frente a ellos.

—Dejádmelo a mí —espeté con rudeza. El silencio fue la respuesta—. Por favor.

Arcadiy movió sus manos hacia arriba en señal de no tener nada que objetar. A Micaela no la escuché, pero obedeció y recostó su espalda en el asiento, aunque sabía que durante poco tiempo. Bajé y caminé hasta llegar a su posición, desde donde pude divisar que siete hombres apuntaban a sus cabezas apostados tras las ventanas del edificio.

—No deberíais estar aquí. Pueden mataros sin preguntar —anuncié huraño—. ¿Cómo tienes la dirección? —Miré a Riley.

Alzó una ceja, y solo le faltó decirme «¿Con quién te crees que hablas?». Asentí, indicándoles con dos dedos a los hombres de Tiziano que bajaran las armas. Obedecieron al instante.

—Agneta y Adara llevan las pulseras con el localizador. —Puso los ojos en blanco y su tono cambió—: Tenemos que... hablar —titubeó.

—Lo único de lo que tenemos que hablar es de si vienes o no —le dejé claro.

—Jack..., creo que Eiren tiene algo que...

—Eiren no tiene nada qué, Riley. O vienes, o te marchas por donde has venido.

—Jack...

La mano de la muchacha se posó sobre mi brazo después de pronunciar mi nombre. La aparté con brusquedad, y escuché el sonido de la puerta de un coche al cerrarse. Ella elevó sus ojos en la dirección por la que seguramente vendría Micaela.

—Tienes que escucharla. Sabes que habría venido solo si no fuera importante.

Eso me confirmaba que seguía teniendo a Riley conmigo.

—¿Qué mierda hace esta traidora aquí? ¿Acaso quieres que te mate en mitad de la calle? ¿No has tenido suficiente?

Las preguntas de Micaela resonaron con dureza y sin darle siquiera tregua. Riley cogió su mano y tiró de ella para que lo enfocase.

—Mica, por favor, deja que hable con él. Es importante.

El silencio reinó entre unos y otros. Asentí de manera sutil y les insté a que entrasen en el portal. En vez de acceder al piso donde estaba Atenea, con Agneta y Adara, lo hicimos en el de Tiziano. Carlo abrió la puerta antes de que pudiese tocar.

—Jack.

—Carlo.

Lo miré, y no hizo falta decir nada más para que nos dejase entrar; no sin que antes contemplara con desconfianza a la traidora del equipo. Anduve con paso firme hasta una de las habitaciones y, bajo los expectantes ojos de Micaela y de los demás, cabeceé para que entrase. Pasó por delante, con la cabeza agachada, y antes de que cerrase, Riley llamó mi atención apartándose de los demás.

—Sé lo duro que debas. Pero escúchala.

Con los labios sellados, asentí. Le lancé un último vistazo a Micaela y cerré.

Eiren se retorció las manos entre sí sin atreverse a mirarme. Al ver que no entablaba la conversación, comencé:

—He necesitado dos días para pensar. Dos días para no matarte. Dime, Eiren, ¿qué quieres?

Me mantuve serio, a distancia, esperando. Abrió sus labios, tratando de mirarme con una debilidad que solo transmitía un miedo atroz.

—Siento... Siento mucho...

No pude esperar a que continuara:

—¿Qué sientes? ¿Que uno de los nuestros esté a punto de morir? ¿O sientes ser una traidora?

Dio un paso en mi dirección, intentando tocarme de nuevo. Moví mi hombro en una señal muy clara de que no lo hiciera, y al comprobar que no cejaba en su empeño, saqué mi pistola, quitándole el seguro.

—Jack... —Me contempló con terror.

—No tengo todo el tiempo del mundo. Tienes dos minutos para decirme qué cojones quieres, o te mataré. En este mundo no hay segundas oportunidades para personas como tú. Dale las gracias a tu hermano, o de lo contrario yo mismo te habría matado el otro día.

—Tú no serías capaz de hacer algo así...

No le dio tiempo a terminar la frase cuando elevé mi pistola y disparé a la cama. La bala casi rozó su hombro, asustándola. Sus ojos se clavaron con verdadero pánico en mí y sus pasos retrocedieron todo lo que pudieron para apartarse.

—Sí. Sí lo soy. Y no me conoces. ¡Última oportunidad! —ladré.

Sus lágrimas se derramaron, perdiéndose por sus mejillas. La observé sin pestañear, a la espera de esa ansiada información que tanto necesitaba.

—Siempre supe a quién buscabas cuando Riley me llamó para pedirme ayuda. —Se limpió una gota salada con rabia—. Lo hice por celos. Porque no soportaba que la quisieses a ella y a mí no. —Pronunció con rabia el final de su argumento, o más bien su excusa para justificar sus actos.

—Esta conversación ya la hemos tenido. Si me has hecho subir hasta aquí para decirme eso, te aseguro que no saldrás por esa puerta.

Negó con la cabeza.

—N... No... No serías capaz de hacerme daño... —Cansado de sus tonterías, avancé con paso seguro hasta colocarme junto a ella. La traspasé con mis ojos fieros y enfadados, comprobando de primera mano cómo menguaba sin ser consciente, hasta que escuché en un susurro sus siguientes palabras—: Eres un monstruo...

Sonreí para que se diese cuenta de una maldita vez de que sí. Que lo era y no me asustaba.

—Soy un asesino, Eiren. Un asesino al que has traicionado. Has puesto la vida de mi hija y la de mi mujer en peligro por gilipollices de tu cabeza. La vida de todos nosotros —recalqué—. Y no voy a permitirte ni una vez más.

—Eres un monstruo... —repetió—, como ella.

Entrecerré los ojos al percibir el asco con el que había pronunciado la última palabra. Cabeceé, dándole la razón, y alcé el mentón para que continuase. No pensaba volver a repetirle que no tenía todo el tiempo del mundo para perderlo con una chiquilla y sus pataletas. Pataletas que podrían costar muy caras.

—Angelo te matará —soltó, sin quitarme la mirada de encima. Arrugué el entrecejo sin saber a qué se refería—. Durante todo este tiempo, he sido yo la que ha ayudado a Aarón a desviar el paradero de Micaela. Para que no la encuentres. Y... al contrario... —musitó.

La rabia comenzó a correrme por las venas con tanta fuerza que no supe si sería capaz de controlarme y no matarla antes de que acabase.

—¿Qué más? —le pregunté tajante.

—Él... me ofreció un puesto en la policía y...

—Y tú te lo creíste —ironicé.

Ignoró mi comentario, volviendo a lo importante:

—Aarón sabe que Tiziano le robó el falso chip. Lo puso ahí para él.

—Porque te encargaste de seguir los pasos del italiano y se lo contaste, ¿me equivoco? —Moví mi rostro lo suficiente como para poder toparme con sus ojos, que no se atrevían a levantarse del suelo. Negó, dándome la razón—. ¿Qué más sabe ese hijo de puta?

—Jack..., yo... —Lloró, y sus hombros temblaron—. Lo siento tanto... No quería ponerte en peligro. A ninguno, pero..., pero... a ti... Mucho menos a ti.

Sujeté sus hombros con las dos manos, presionándolos, y grité con todas las fuerzas que pude:

—¡¡¿Qué más sabe, Eiren; ¡!?Déjate de putos lamentos y dime qué cojones le has contado!!

La chica calló al suelo de rodillas cuando la solté, llorando. Sujeté el puente de mi nariz en un vano intento por tranquilizarme, pero eso no fue posible y me vi perdiendo los papeles cuando encañoné su cabeza con mi arma.

La puerta de la habitación se abrió.

—Lo único que no le he contado ha sido que Atenea existe. —Me miró con los ojos llenos de lágrimas—. ¡Te juro que no sabe nada!

Presioné el arma sobre su piel.

—Jack... —La voz de Riley sonó muerta de miedo.

Eiren se sorbió la nariz y, entre llantos e hipidos, continuó:

—Os ayudé porque Aarón me lo pidió, porque todo estaba tramado de esa forma. Cuando consiga el chip, se lo dará a cambio a Angelo para que te mate. ¡No quiero que mueras, Jack! ¡No lo soportaría! —La pataleta no hizo que apartase la pistola—. Lo siento. Lo siento de verdad. No pensé en las consecuencias. Yo no tuve nada que ver con el tiroteo. De hecho, Aarón ni siquiera me habló de esa mujer.

—Pero sí que le has ido con el cuento de todo lo demás. Lo que descubríamos, lo que hacíamos.

Todo.

Asintió, temblando como una hoja.

—Podéis jugar con la baza de que piensa que vosotros creéis que él posee el chip que está buscando. Podéis engañarlo en cuanto pongáis un pie en Rusia, para dar con el paradero de Vadím. Y después de eso, solo tendréis que deshaceros del policía y marcharos a casa.

—Si no le entregamos ese dichoso chip a Aarón, no nos dará el paradero de Vadím. Nada de lo que dices tiene sentido si es él quien lo tiene. ¡¿Y por qué iba a querer Angelo matarme?! —espeté con rabia, elevando la voz más y más.

Río. Pero era una risa histérica. Una de las que ya había escuchado en muchas ocasiones.

—Quieren cazaros a todos. En eso no se equivocaba el italiano. A fin de cuentas, no sois tan tontos...

No le dio tiempo a continuar, pues el dorso de mi mano impactó contra su mejilla, girándole la cara por completo. Notaba la presencia de Micaela a mi espalda, sin embargo, y para sorpresa mía, no se pronunció. Riley soltó un pequeño quejido, sin atreverse a dar un paso.

—Voy a darte cinco segundos para que me des un puto motivo, ¡uno solo!, para no volarte la cabeza y esparcir tus sesos por esta habitación. Cinco.

El olor del perfume caro de Tiziano recorrió mis fosas nasales, haciéndome saber que también estaba allí.

—¡Eiren, deja de hacer el idiota! —le gritó Riley.

—Cuatro.

—¡Eiren! —volvió a chillarle su hermano.

Mientras escuchaba la cuenta atrás, la chica se levantó y me contempló.

—Tres.

Elevé mi pistola hasta colocarla de nuevo en el mismo sitio que antes.

—¡Eiren, joder! —Riley casi le suplicó.

—Dos.

—Te odio. Te odio, Jack Williams. Y espero y deseo que esto te lleve a la muerte por como eres —sentenció con rabia.

Apreté mi mandíbula. Mi mano también.

—Uno.

—¡Eireeeeen! —Riley se dejó la garganta.

Coloqué el dedo en el gatillo, dispuesto a apretarlo, pero ella elevó su mano con un pequeño aparato sobre su palma. La contemplé. Después volví mis ojos a lo que suponía que era aquello.

—Se lo robé a Aarón la segunda vez que nos vimos. Sabía que en algún momento me serviría de cambio. Y este es el cambio que quiero por mi vida.

La mano de Riley temblaba. Lo supe cuando la colocó en mi hombro, suplicante.

—Jack, por favor, baja la pistola.

—¿Es el verdadero? —La voz de Tiziano resonó por toda la habitación.

—Sí —le respondió ella sin dejar de mirarme.

—¿Y Aarón no sabe quién se lo ha robado?

—No. Ni lo sabrá —le contestó a Tiziano, aún con su mirada puesta en mí.

—¡¿Pensabas dejar que nos marchásemos a Rusia, poner nuestras vidas en peligro, teniendo tú lo que todo el puto mundo está buscando?! —vociferé, a punto de estamparle la cabeza.

—Pretendía dártelo antes de marcharte si...

—¡¿Si qué?!!

Me acerqué tanto a ella que esa vez fue la mano de Micaela la que sujetó mi brazo, tirando de mí hasta conseguir apartarme. Me colocó detrás de su cuerpo y se hizo cargo de la conversación:

—Tiziano, llévatelo. —Se dirigió entonces a Eiren—: A partir de ahora, hablarás conmigo. Demuéstrame que es el verdadero ahora mismo.

Notaba que el pecho me ardía, que no era capaz de controlar los impulsos que estaban carcomiéndome. Riley se apresuró a ofrecerle un ordenador, donde insertaron el chip y comprobaron que era cierto. Era el verdadero.

—Vamos, machote, necesitas una copa para menguar ese mal genio.

La broma de Tiziano no surtió efecto. Antes de salir, sentencié:

—Si está aquí cuando vuelva, la mato. Riley, la mato.

No sabía cuántas horas llevaba en silencio, sentado en el asiento del copiloto, mientras Tiziano paseaba por las calles de Atenas como si se conociera la ciudad. En realidad, estaba perdido, pero él no iba a reconocerlo. De vez en cuando, silbaba; otras veces, tarareaba la canción que sonaba con suavidad en la radio, sin sabérsela y equivocándose; otras, me contemplaba de reojo. Sin embargo, el silencio seguía estando presente, sin que ninguno se atreviese a romperlo.

Maldita embustera.

No había controlado tanto en mi vida los instintos asesinos hacia una persona. Ni siquiera podía llegar a comprenderla por quererme de esa manera. No me valía de excusa, o tal vez estaba tan cegado que no quería escucharla.

No.

De hecho, no quería volver a verla en mi vida.

Alcé los ojos cuando atravesábamos una carretera que me era muy familiar y me di cuenta de dónde estábamos.

—Detente aquí.

Con otro silbido que indicaba que aparcábamos, Tiziano se detuvo en el arcén y dejó el coche de cualquier manera, fuera de la carretera. Abrí la puerta y escuché que él también lo hacía.

—¿Dónde demonios estamos?

Contemplando el orfanato abandonado que tenía delante, cerré.

—En una carretera —le contesté, con la vista fija en la imponente puerta.

—Eso ya lo sé, don Silencioso. —Se mantuvo callado pocos segundos. Yo ya había abierto la veda al hablar, y Tiziano era preguntón y hablador a partes iguales. Cambió su tono antes de preguntar—: ¿Aquí es donde te dejó? —Se refería a Agneta.

—Sí —le contesté escueto.

—Pues... —pronunció mucho la ese—. Qué ganas tienes de recordar cosas como esas.

—He venido durante toda mi vida muchas veces. Antes de que lo abandonaran incluso.

Saqué el paquete de tabaco de mi bolsillo y me encendí un cigarro. Le ofrecí uno que no declinó.

—¿Puedo preguntarte para qué?

Reí con sarcasmo por su pregunta ya formulada.

Suspiré con fuerza y le di una calada a mi cigarro.

—Para recordar qué, por qué y quién soy.

Un adiós muy doloroso

Micaela Bravo

—¿Recuerdas cómo tienes que abrirla? —le pregunté por enésima vez mientras cerraba una de las escotillas secretas del piso.

—Sí, Mica. No se me olvidará.

—¿Tienes todas las cosas de Atenea preparadas? ¿Se nos olvida algo?

Estaba histérica, y se me notaba. No quería echarme a llorar como una niña, pero ganas no me faltaban. No podía pensar en el momento en el que tuviéramos que marcharnos, ocasionando que tuviese que despedirme de mi pequeña.

Había ido a visitar a Ryan después de la marcha de Eiren. Comprobamos que el chip era el verdadero, pero aun así seguía sin fiarme de ella, incluso habiéndome dicho Riley que no tendríamos de qué preocuparnos. Había jurado no entrometerse más en nuestros asuntos, y también había dejado el teléfono móvil por el que contactaba con Aarón. En el instante en el que ese teléfono sonase, si lo hacía..., yo estaría para descolgar. Y aquel poli no podía ni imaginarse cuánto deseaba que llamase.

Agneta cogió mis manos con mimo y me apartó de la cuna de la pequeña, que dormía con placidez. Me contempló con una diminuta sonrisa, sin desviar sus ojos ni un segundo.

—Estará bien. Estaremos bien —se corrigió.

—Y no lo pongo en duda, Agneta. Es solo que..., que... —titubeé. Por una vez en mi vida, lo hice.

—Que es peligroso. Que no sabes qué pasará. Que desconoces con lo que vas a enfrentarte. Y que estás tan perdida como lo estuve yo en su tiempo. Pero sé —me tocó la mejilla— que él te protegerá y tú lo protegerás a él. No importa lo que tardéis. Solo importa que volváis, cariño. Es el futuro para los tres. El que os merecéis lejos del mundo.

Dándole la razón, cabeceé un poco y suspiré. Escuché el sonido de la puerta al abrirse y me giré, temerosa de encontrarme con un Jack más enfadado de lo que se había marchado. Jamás lo había visto llegar a ese límite, y supuse que el motivo de su retención había sido Riley; de lo contrario, seguramente estaríamos enterrando un cadáver.

Paseó su mano por la cabecita de Atenea, contemplándola con adoración, hasta que desvió sus ojos hacia mí, a la espera de un movimiento por mi parte. Estaba muy dolida. No solo no me había creído, sino que prefirió hacerlo con alguien que no conocía. Y aunque el enfado se me había pasado un poco, el resentimiento seguía latente.

—Buenas noches. —Riley entró cantarín, y un poco de vergüenza se coloreó en sus mejillas cuando me miró de soslayo durante una milésima.

—Sentimos interrumpir, pero tenemos que hablar sobre... cierto plan. —El italiano levantó dos dedos en el aire y los rotó sobre sí mientras soltaba un pequeño silbido.

Detrás de él llegaba mi hermano. Riley vació sobre la mesa una caja con piezas de ajedrez. Alcé la ceja, sin saber qué pretendía con aquello, y nos pidió calma con sus ojos a la vez que Tiziano sonreía de esa manera tan demencial.

—Imaginemos que estas piezas corresponden a cada uno de nosotros. Seremos las piezas oscuras, mientras que la panda del poli serán los blancos. Y, ahora, sentémonos, que tenemos para rato.

Durante más de una hora estuvieron explicándonos lo que habían pensado. El plan consistía en distraer a Aarón todo lo posible y más, por lo menos hasta averiguar qué era lo que quería de nosotros, aparte de cazarnos uno a uno. Debíamos mantener en secreto que poseíamos el chip. Cuando la pregunta estrella de si Eiren se había ido de la lengua se lanzó, los ojos de Riley volvieron a posarse sobre mí, pidiéndome un perdón que no debían. Él no era su hermana. De eso era muy consciente.

—Os aseguro que no lo ha hecho. He hablado con ella, y pocas veces me miente.

—¡En esta ocasión se ha coronado! —ladró Jack.

Riley agachó la cabeza, sin saber qué contestar a eso. Tiziano rompió el incómodo silencio:

—He hablado con Angelo. Lo tenemos de nuestro lado. Nos veremos en Rusia, y en cuanto le demos el chip, tendremos a Vadím. Él mismo nos llevará hasta él.

—¿Te ha confirmado su paradero? —le pregunté exaltada.

—Sí. Ya lo tiene.

—¿Y para qué cojones queremos involucrarnos en lo que sea que quiere el poli? —preguntó Arcadiy.

—Porque si no eliminamos a Aarón de una vez por todas, nunca dejará de perseguirnos. ¿Acaso no os habéis dado cuenta? Ya no estamos hablando con un policía de calle normal. Estamos hablando con alguien que pertenece a una gran brigada, y seguramente tenga muchas más facilidades para jodernos la vida de lo que pensamos.

—¿Y por qué no lo hace ya sin montar tanta parafernalia? —le preguntó mi hermano a Riley.

—Porque quiere ganar su triunfo —añadió Jack con la voz pausada.

Todos lo miramos.

Después, cada uno de los presentes me enfocó a mí y nadie dijo nada.

Suspiré sin entender por qué estaba llevando las cosas tan lejos. Él no era así. O eso creía. Me levanté de mi asiento bajo la atenta mirada de todos, y encaminando mis pasos hacia la pequeña ventana, divisé las luces de Oia. Tan bonitas como las de Santorini. Tan brillantes y acogedoras que te daban ganas de no salir de allí jamás.

—No expondremos nuestras vidas a más riesgo —sentenció con tono firme—. No daremos más palos de ciego ni intentaremos seguir teniendo aliados para que nos cubran las espaldas. Iremos a Rusia, le daremos el supuesto chip a Angelo para que nos dé la localización de Vadím, y si el italiano nos molesta..., lo mataremos. Cuando acabemos con Vadím, iremos a por Aarón. Nos sentiremos, y será la última oportunidad que tenga, o también morirá —dictaminé. Moví mi rostro lo suficiente para poder verlos a todos, sin llegar a girarme—. Ahora nosotros iremos por delante. Y nosotros sentenciaremos nuestro final.

—¿Y qué hacemos con la información del chip? —preguntó Tiziano.

—Riley, haz una copia de seguridad por lo que pudiera pasar. A nosotros no nos importa si se desmantela una red entera de policías corruptos, si Angelo le roba dinero a ricachones o si

quieren atragantarse con el puto chip. Todos partiremos a Rusia en unas horas, pero cuando llegue el momento, la única que se arriesgará seré yo.

Una silla se movió con brusquedad. Me giré, confirmando de quién se trataba. Jack me contemplaba con el entrecejo arrugado y los puños apretados.

—No vas a ir sola a ningún sitio.

—Conozco a Vadím más que tú, Jack. Al igual que tú conocías a Anker más que nadie. Y vosotros no pintáis nada en esta guerra. Esto es por mi familia. Por mí.

—Tu guerra es mi guerra —bufó ceñudo.

—Y la mía —añadió Arcadiy, levantándose.

—Y la nuestra —murmuró Adara, apretando la mano de Agneta, quien asentía.

—Yo también voy —se unió Riley.

Todos miramos al único que faltaba por abrir la boca. Tiziano movía su navaja en su mano derecha, deslizándola por sus dedos. Con un gesto que mostraba claramente que le importaba bien poco, dijo con chulería:

—Yo no voy a quedarme aquí. —Se levantó de la silla, dio un paso y se quedó al lado de Jack—. Si tú vas, yo voy, *bella*.

El silencio volvió a extenderse. Todo eran dudas e incertidumbres. Aunque sabía cómo debíamos proceder, el destino siempre tenía otros planes que nadie podía controlar.

»Y tanto...«

—Os dejaremos con la pequeña unas horas. Antes de que os vayáis, Adara y yo vendremos aquí para acomodarnos, ¿de acuerdo? —Agneta nos miró a los dos.

Asentí, sintiendo los ojos de Jack y Adara clavarse en mi ser. De pie junto a Arcadiy y Riley, Tiziano abrió la puerta para darles paso a las dos mujeres que abandonaban la casa, y se fijó en exceso en la última: en la rubia menuda que ni siquiera alzaba su rostro para darle las buenas noches. Escuché el sonido de la puerta al cerrarse seguido de unos pasos que se aproximaban con premura a mi espalda, ya que había ido a la cocina para limpiar el biberón que le había dado a la pequeña hacía solo un rato. Apoyé mis manos en la encimera y esperé a que hablase:

—Micaela..., ¿vas a perdonarme?

—¿Crees que debo hacerlo?

—No.

Alcé una ceja al escuchar su respuesta. Me giré, y comprobé que guardaba las distancias. Crucé mis brazos a la altura de mi pecho, esperando a que continuase, pero al ver que no lo hacía, hablé:

—Veo que te lo dices todo tú solo. Se supone que no debo estar enfadada porque hayas creído a una gilipollas antes que a mí. Porque te pienses que la conoces más a ella que a mí. ¡Y mira!

Con mi dedo, señalé la puerta, indicándole lo que horas antes había ocurrido. Sin apartar sus bonitos ojos, suspiró y se acercó. Lo contemplé altiva cuando colocó una de sus manos en mis caderas y me estrechó entre sus brazos.

—¿Podemos pasar un rato juntos, los tres, y después vuelves a enfadarte conmigo? —murmuró; me pareció que con la voz estrangulada.

—Sí... —susurré con debilidad.

Se separó de mí para ir hacia la cuna, cogió a Atenea, se la llevó a grandes zancadas hasta la cama y la depositó en ella. Después, se quitó la camiseta y se tumbó a su lado. Siendo testigo del amor con el que la observaba, me acomodé a su izquierda.

—Es perfecta. —No hablé, solo lo miré, pero él continuó—: Quiero que si ocurre algo que no

deba...

—No. Quedamos en que no volveríamos a hablar de eso, Jack.

—Déjame continuar, Micaela. —Su tono duro me hizo callar con el fin de escucharlo—. ¿Te acuerdas del sitio al que te llevé a disparar con el rifle la primera vez? —Asentí—. Detrás de la montaña hay una casita pequeña que construí hace muchos años. Estará desastrosa, pero es mía, y quiero que vayas allí con la niña. A salvo. Nadie te encontrará. Eres la primera que sabe de su existencia. Las llaves están aquí.

Se levantó y sacó una pequeña caja de una bolsa. Era un colgante con la llave.

—Cuando todo termine, iremos. —Lo miré con fijeza y añadí con seriedad—: Juntos.

Asintió con poco convencimiento, dando por concluida la conversación tan corta.

Durante horas estuvimos contemplando a la pequeña, hasta que se despertó. Mientras volvía a prepararle la comida, él se afanó en cambiarle el pañal y hacerle mil y una carantoñas que le arrancaron una diminuta sonrisa que iluminó no solo mi alma, sino la suya también. Y supe a ciencia cierta, sin lugar a duda, que teníamos que volver.

Teníamos que hacerlo para verla sonreír, para verla crecer. Para todo.

La noche había caído sobre nosotros con rapidez, casi sin darnos cuenta. El teléfono de Jack sonó, indicándonos que estaban esperándonos en la puerta de casa. Tras un millón de besos por su parte y otros tantos de la mía, contemplé a Agneta, que sonreía con debilidad. Cogí sus manos, como ella había hecho horas atrás, y le dije convincente:

—Volveremos.

Su sonrisa se ensanchó al descubrir que había encontrado la confianza que ese mismo día me faltó cuando supe que me separaría de Atenea, cuando supe que, seguramente, iba camino de mi muerte. Siempre pensé que Anker era un tipo peligroso, tal vez el que más, pero a Vadím no se me había ocurrido juzgarlo en ningún momento de mi vida, y comenzar a hacerlo ahora se me antojaba perturbador.

Porque a él lo conocía de verdad.

Y sabía que no tenía escrúpulos.

Le lancé un breve vistazo a mi pequeña con los ojos llenos de lágrimas y reprimiendo el nudo que tenía en la garganta. No quería marcharme, ya no me importaba mi venganza, y maldije por que el destino me lo hubiese complicado todo de aquella manera.

—Tengo el helicóptero esperando —nos informó Tiziano con cautela.

Los ojos de Jack se cruzaron con los míos y asintió de manera imperceptible. Suspiré y cerré la puerta después de contemplar a Adara, que cabeceaba ligeramente. Subimos y despegamos segundos después.

Las luces se hacían más pequeñas y, con ellas, los latidos de mi corazón eran más fuertes. ¿Cómo podía doler tanto separarse de un ser tan diminuto? ¿Cómo? Me sentía mal. Peor que nunca. Tenía la sensación de que la abandonaba a su suerte, de que no estaba siendo buena madre.

Una mano se posó en mi barbilla con nerviosismo; un síntoma que deseaba evitar a toda costa y que, por lo que se veía, para mi hermano no pasó desapercibido.

—Estará bien. Además, no se quedan solas. Carlo será su sombra.

—Lo sé, y confío en él, de verdad. Pero tengo algo aquí —me señalé el pecho, sincerándome— que no me deja respirar.

Escuché que Jack reía con Tiziano en los asientos delanteros, que pilotaba el transporte que nos

llevaría hasta Atenas para coger el avión privado de Tiziano. Riley se encargaba de trastear su particular aparato de letras, sin despegar la cabeza de él.

—Es normal. —Volví mi atención a Arcadiy—. Eres madre. Y eso es otro nivel. —Rio, pero yo no lo seguí. Sujetó mis manos con cariño—. Escucha, cuando lleguemos, vamos a montarnos una casita donde quieras. Con un gran jardín, una piscina y una gran cocina para que pueda hacerle pasteles y comidas inventadas a Atenea.

—No vas a comprarme con la comida. Lo que te pasa es que quieres venirte a vivir con nosotros —le contesté de broma, sonriendo.

—¡No esperaba menos! Nos ha costado media vida encontrarnos. Creo que vivir unos años juntos nos irá bien.

—Como en Londres —sonreí, y él me imitó.

—Como en Londres.

Me estrechó, arropándome en sus enormes brazos. Besó mi cabeza con mimo y sonrió justo cuando descendíamos con lentitud para llegar a la pista.

—¡Vamos a comprobar los motores del avión! ¿¡Descargáis vosotros las dos bolsas de la parte trasera?! —preguntó gritando Tiziano para hacerse oír entre el ruido de las hélices que poco a poco se detenían.

Asentí mientras le daba un golpe en el pecho a Arcadiy. Los labios de Jack se curvaron al pasar por nuestro lado.

—Está celoso.

—¡Calla, Arcadiy!

—Los celos son por mí, no por ti, que lo sepas.

Otro golpe sonoro seguido de una carcajada llegó de repente mientras caminábamos con las bolsas hacia el avión.

Y la sonrisa me duró muy poco.

A mi izquierda, en medio de la gigantesca pista, una cabellera larga, movida por el viento, y unos ojos que relucían bajo la escasa luz llamaron mi atención. Detuve mi paso, contemplando cada gesto, cada movimiento. Mis manos avanzaron con rapidez hasta la cinturilla de mi pantalón y sujetaron mi pistola con una fuerza desmedida. Arcadiy dejó de hablar al darse cuenta de que detenía mi paso, con la vista clavada al frente.

—Elisenda.

La aludida sonrió como una loca a la vez que le daba vueltas a un bate de beisbol en su mano derecha.

—Tienes que estar muy enfadada conmigo para llamarme de esa manera..., Mica. —Pronunció mi nombre con asco.

—Le disparaste a la persona que ha estado protegiéndote durante años. ¿Esperas que te haga palmas y te abrace?

—Me dejaste morir en aquel club de mierda que tenías antes de que volara por los aires. —Sonrió. Abriendo sus manos en el aire, sin soltar el bate, dijo—: Boom..

—Estás loca. Y voy a matarte.

Cargué mi arma una vez que la saqué para que la viese. Sonrió con más fuerza, y lo que menos me esperé, ocurrió.

De su izquierda, dos hombres salieron sujetando a Eiren del cabello. La lanzaron contra el asfalto mientras ella lloraba. Tenía las manos atadas. Arcadiy dio un paso hacia delante, pero impedí que continuase.

—Veo que has hecho las paces con el matón de tu hermano. Es guapo, quizá también puedas follártelo.

—Estás obsesionada. Imagino que tu vida sexual no está muy activa.

—Oh, perdona que te ofenda. No sé, como todo lo que pasa por tu lado... Ya sabes, como el poli, como el asesino... —lo siguiente lo murmuró entre dientes—, como el italiano...

Reí. Reí en voz alta para que me escuchasen ella y todos los que estaban a su lado. Solo esperaba que Jack y Tiziano no tardasen mucho en llegar, pues en número nos superaban. Había contado a cinco hombres y dos mujeres, incluyéndola a ella.

—Sigues enamorada de Tiziano. Eres penosa —le solté con rabia.

Ahora, la que rio fue ella.

—No. Lo penoso es creerse la reina del mundo siendo una mierda. Lo peor es que, según me ha contado un pajarito —miré a Eiren, que me contemplaba con los ojos impregnados de lágrimas—, hayas perdido a un bebé con el estado tan avanzado. Qué triste, ¿no? —Rio—. Lo peor es que haya muerto el hombre que te protegía contra viento y marea y que tú —me señaló con rabia— no hayas podido evitarlo. Ya ves, Mica, no puedes controlar el mundo. ¿Te das cuenta?

—¿Qué coño quieres, Eli? —le pregunté, obviando su soliloquio.

Colocó su pie sobre la espalda de Eiren, haciendo que esta cayese de bruces contra el suelo y se propinara un gran golpe en la mandíbula.

—Tengo entendido que estás buscando cierto aparato. —Se miró las uñas—. Cuando lo consigas..., me lo darás.

Alcé una ceja, recelosa.

—¿Dártelo? ¿Por qué tendría que dártelo?

De una patada, volvió a estamparle la cabeza a Eiren contra el suelo. Dio unos pasos en mi dirección, soltó el bate de beisbol, sacó su pistola y la cargó delante de mis narices. Al llegar a mi lado, una vez frente a frente, me observó con fijeza.

—Esto solo ha sido una visita de cortesía, aunque te demostraré que voy en serio. Pues te garantizo que tu futuro será mucho peor si no me entregas ese chip —me aseguró amenazante—. Y no sabes con qué equipo estoy, Micaela...

—Dile a Vadím que si quiere el chip, venga a buscarlo él mismo —siseé.

Sus labios se curvaron tanto que temí. Alzó los brazos a ambos lados, pero yo sabía que aquel gesto no demostraba superioridad, sino miedo. Miedo a no poder seguir sosteniéndome la mirada. Miedo a saber que la que terminaría enterrada sería ella.

Giró sobre sus talones y se dirigió a un coche que llegaba en ese instante. La exclamación de Riley me confirmó que ellos ya estaban allí. Su pistola apuntó hacia la cabeza de Eiren antes de decir:

—Qué pena que hayas tardado tanto, Micaela Bravo.

No supe a qué se refería hasta dos segundos después.

Todo sucedió a tanta velocidad que no me dio tiempo a asimilar lo que ocurría. De repente, la pistola de Eli sonó, pero no había apuntado en dirección a Eiren, que seguía arrodillada en el suelo, sino que se había girado completamente y disparado a bocajarro a la persona que tenía a mi lado.

Los impactos de bala resonaron en la pista cuatro veces.

Cuatro malditas veces.

Abrí los ojos por la sorpresa y me caí al suelo.

Mis manos cogieron su cabeza y se llenaron de la sangre que salía de su boca a borbotones. Se

ahogaba con ella y casi no podía respirar.

Mis ojos se nublaron.

Mis lágrimas cayeron como ríos.

Y mis gritos resonaron como un trueno cuando cerró los ojos.

Lo zarandeé sin escuchar nada, sin saber qué sucedía a mi alrededor, siendo consciente de que lo perdía de verdad.

—¡No cierres los ojos! ¡Joder, no los cierres! —le gritaba, aunque no me oía.

No supe que Jack estaba frente a mí hasta que lo vi arrodillado y sujetando su cuerpo como si fuese una pluma.

—Eh, Arcadiy, mírame. Vamos, enano, mírame.

Me llevé las manos a la boca mientras escuchaba que varios coches se alejaban de allí a toda velocidad. Entretanto, Tiziano gritaba y gritaba con un teléfono en la oreja; imaginé que pidiendo ayuda. Riley se apresuró a levantar a su hermana del suelo y yo comencé a entrar en estado de *shock*.

Jack zarandeaba a Arcadiy, tratando de taponarle las heridas de cualquier manera, sin embargo, era imposible, pues no sabía por cuántos sitios sangraba. El charco del suelo era más grande de lo que nadie esperaba, y los ojos de Jack reflejaron miedo.

Una mano se posó sobre mi brazo, ocasionado que saliese del trance unos segundos. Arcadiy me contemplaba con los ojos tristes. Yo no sabía ni cómo actuar.

—Al final... tendremos que... dejar... lo de la... casa...

—No digas eso —murmuré, sorbiéndome la nariz—. No hemos tenido tiempo, Arcadiy. No lo hemos tenido...

Me negué a escucharlo.

Me negué a aceptar que se moría.

—Lo sí..., siento...

—Arcadiy, por favor... —le supliqué, apretando su mano contra la mía.

Sollocé. Lloré y grité por el cruel destino que siempre nos esperaba a la vuelta de la esquina. ¿Por qué a él? ¿Por qué le había disparado a él?

Eiren apareció a mi lado, sin mirarme, y comenzó a hacerle un torniquete a su pierna. Después, se quitó la chaqueta y la rasgó, cubriendo su pecho y presionando.

—Carlo está aquí. Rápido. Tenemos que levantarlo —nos informó Tiziano.

Me apartaron a un lado y, entre el italiano y Jack, se lo llevaron al helicóptero, donde Adara se bajaba con la cara descompuesta en nuestra dirección.

—¿¡Qué ha pasado?! —preguntó escandalizada, andando de espaldas hacia el transporte.

—No preguntes y haz algo —le contestó Tiziano, huraño.

—Tiziano, el quirófano está preparado. Tardaremos dos minutos en llegar al hospital más cercano.

Escuché lo que Carlo le decía a su jefe, sin poder enfocar otra cosa que no fuese mi hermano, quien, por segundos, palidecía más. Antes de que se marchase, agarré su mano, sintiendo que la de Jack tiraba de mí hacia atrás.

—Tenemos que irnos —murmuró Tiziano.

Contemplé a Arcadiy, y volví a sentir la misma sensación que con Ryan, que con Atenea: que los abandonaba a su suerte. Él me observó, aunque sus ojos se iban de un lado a otro sin poder evitarlo. En un último susurro, escuché que me decía:

—Vete. Acaba con él... Y vuelve.

Sujeté la mano de Jack con fuerza, notando las lágrimas correr por mis mejillas, y antes de que desapareciese de mi vista, murmuré con la voz estrangulada:

—No te mueras...

Pero, como siempre, las cosas no salían como uno quería, y tardaría poco en descubrirlo.

Mi adorada Rusia

Llevábamos casi un día en Rusia.

Sin saber nada de mi hermano.

Sin saber nada de nadie, excepto de Aarón, que se había puesto en contacto conmigo para facilitarme la dirección del sitio al que deberíamos acudir en unas horas.

Eiren se había marchado con Adara y Carlo. No entendía muy bien para qué, pero Riley me prometió que, aunque no conseguiría que la perdonase, por lo menos los ayudaría en lo que pudiese mientras volvíamos.

Si es que lo hacíamos.

El frío me caló hasta los huesos. No recordaba lo duros que eran los inviernos en aquella parte del mundo. El olor, las calles, las gentes... Todo me era tan familiar que parecía que no había pasado el tiempo; tanto que, casi sin darme cuenta, conducía uno de los coches de Tiziano hasta la puerta de mi antigua casa como si hubiese sido impulsada por algo hasta allí.

Jack me acompañaba. Los demás estaban en una de las casas del italiano, a las afueras de Moscú, apartada del resto de la población, mientras que nosotros habíamos decidido que iríamos a un supermercado para abastecernos de comida por lo menos para una semana. Esperaba no tardar tanto.

En cuanto me bajé del coche, oí que la puerta de mi lado se abrió también. Jack me observó sin decir nada. Lo miré y asentí, dándole a entender que aquella había sido la casa de mi infancia, la que tantas cosas me había dado y las que tantas me había arrebatado. Di un paso para cruzar la calle y escuché un sonido procedente de la puerta de entrada. De ella salió una mujer de color, vestida con un uniforme, acompañada de una escoba y un recogedor. Cantaba una canción y se la veía sonriente. Pensé que quizá habían comprado la casa. Desde que me marché, no había vuelto a pisar aquella calle, y lo más probable era que perteneciese a otra familia.

Otra familia que no sabía lo que había ocurrido allí.

La mujer me contempló con una sonrisa instalada en sus labios cuando me detuve en la entrada del jardín.

—¿Puedo ayudarla?

Jack se colocó a mi lado, esperando una respuesta por mi parte que no llegó. Él lo hizo por mí:

—¿Vive usted aquí?

—No —sonrió, y desvió sus tiernos ojos al hombre que le hablaba—. Mi marido y yo limpiamos la casa. Pero no es nuestra y tampoco vivimos aquí. ¿Necesitan algo?

—¿Puede decirnos a quién pertenece? —le pregunté, saliendo del trance.

—Sí. La casa era de un matrimonio. Irina y Álvaro. —El pecho se me encogió—. Pero hace muchos años que el señor Ivanov la cuida con sumo mimo para que esté impoluta.

Me mareé. Tuve que dar un paso hacia atrás al escuchar el apellido de Vadím. Jack colocó su gran mano en mi espalda, instándome a que tuviese el valor que últimamente me faltaba, y tomó la palabra de nuevo:

—¿Él suele venir por aquí?

—No. El señor solo se encarga de su cuidado, pero no suele venir a la vivienda. ¿Quieren que le deje algún recado?

Los ojos de Jack me contemplaron, deseando la respuesta que él no podía dar. Negué con la cabeza, le agradecí en voz muy baja la información que nos había facilitado y me giré, dispuesta a marcharme de allí. Al subir al coche, tomó el poder del volante y nos dirigimos a la casa con el resto. Durante el trayecto, permanecí en silencio, pensando y pensando el motivo por el cual cuidaba la casa de mis padres.

—¿Estás bien? —La pregunta resonó muy lejana en mis oídos.

—No lo sé. No sé cómo estoy nunca. Todo está afectándome más de lo que debería.

—Es normal, Micaela. Es tu pasado. Tu futuro. Tu familia.

Englobó en aquella contestación todo lo que había ocurrido desde que decidí buscar al responsable de todos mis problemas de la infancia. ¿Cómo había podido ser tan tonta? ¿Cómo había podido engañarme de aquella manera?

—Creí que era como un padre para mí. Le tenía un respeto. Una admiración. —No se atrevió a interrumpirme; al contrario, dejó que me desahogara—: No sabes cuánto he podido llegar a querer a ese miserable. Cuánto he esperado poder verlo de nuevo. Cómo se me hacían de largos los días deseando que apareciese en casa de mi abuela... Y ahora... —murmuré con rabia, clavándome las uñas en las palmas mientras apretaba y apretaba los puños—. Ahora solo quiero matarlo con mis propias manos.

—¿Haremos bien dándole el chip a Angelo? —cuestionó.

—Es el único que puede llevarnos hasta él. Estoy segura de que Aarón está marcándose un farol. Sabemos demasiadas cosas, y todo encaja a la perfección. ¿Tienes dudas?

Lo miré. No despegó la vista de la carretera, aunque tardó unos minutos en contestar; algo que me confirmaba lo que ya sospechaba desde el primer momento: que Angelo no era trigo limpio. Y, eso, Jack lo sabía también.

—Haré lo que quieras que hagamos. Estamos aquí por ti. Por nosotros.

Tiró de una de mis manos, ocasionando que abriese los puños. La entrelazó con una de las suyas, para después llevársela a los labios y besarla con mimo.

—No permitiré que ninguno de los dos muera. No podemos permitirnoslo por Atenea —sentencié.

Llegamos a las afueras de Moscú y entramos en un camino de tierra en mitad del bosque. Tras atravesar una puerta blindada con un código de seguridad dactilar, accedimos a otro camino de piedra, rodeado por amplios y cuidados jardines. No me sorprendía que Tiziano tuviese casas en todas las partes de mundo, pues viajaba mucho, pero esa en concreto era espectacular. Tenía dos plantas, una entrada impresionante abierta a ambos lados, y estaba rodeada por un largo césped cuidado al milímetro. Desde la carretera, era imposible adivinar que había un hogar en el centro de aquel campo verde. Y, cómo no, con seguridad máxima. Se notaba a leguas quiénes eran las personas que vivían en esa casa.

Dos hombres de Tiziano nos saludaron con un movimiento de cabeza cuando aparcamos el

coche en la entrada. Nos bajamos en silencio hasta llegar al portón principal, donde un Tiziano sin camisa nos recibió con una botella en la mano.

—¿Quién quiere una copita? —nos preguntó en tono cantarín.

La sonrisa se le borró del rostro al ver la cara que seguramente llevaba. Jack negó en señal de que no dijese ninguna de las suyas, así que se apartó para que entrase.

—Quizá en otro momento. Ahora quiero descansar un poco antes de ir a ver a...

—Al capullo de Aarón —terminó el italiano por mí.

Asentí, dándole la razón, y avancé por el reluciente pasillo blanco. La vivienda estaba decorada con suma delicadeza, sin ser cargante ni ostentosa, aunque eso no significaba que no se respirase riqueza por todas las esquinas. Era muy elegante.

Continué por la planta baja. Encontré a Riley en el salón, con una baraja de cartas y una copa en la mano también. Escuché el ruido de las bolsas de la compra en la cocina, junto con unos susurros por parte de los dos hombres que había dejado atrás. No iba a pararme a escuchar algo de lo que ya sabía que estarían hablando.

Sobre mí.

Sobre mi casa.

Sobre Vadím.

Una palabra malsonante llegó de la boca del italiano; después, otra y otra. Y así, una andanada de insultos, hasta que se cansó. Imaginé a quién iban dirigidos mientras llegaba a la puerta del dormitorio que me había asignado. Empujé hacia abajo la manivela y entré en una habitación, blanca también, adornada con muebles de madera, caros y sofisticados. Elevé el dobladillo de mi camisa, me la quité, la tiré al suelo y me desabroché los pantalones. La puerta volvió a escucharse, y supe de quién se trataba.

—¿Puedo tumbarme contigo?

—No sé a qué viene esa pregunta —le espeté más ruda de lo que pretendía.

Sus manos se posaron en mis hombros y los masajearon.

—Entiendo el mal momento por el que estás..., estamos —se corrigió— pasando. Sé lo importante que es Ryan y Arcadiy para ti. Sé lo difícil que es mirar ese salón y no escucharlos. No verlos. —Suspiré, notando que las lágrimas se agolpaban en mis ojos al pensar en los dos. No podía asegurar por cuál de los dos sufría más—. Sé que piensas que no estás siendo una buena madre con Atenea, que la has abandonado. Yo también pienso lo mismo sobre mí. —Detuve mis manos al escucharlo. La conexión que teníamos asustaba de verdad. Bajó el tirante de mi sujetador, para después desabrocharlo desde atrás y quitarlo. Muy cerca de mi oído y con otro tono de voz, me susurró—: Sé que piensas que eres débil, Micaela, pero puedo asegurarte que no he conocido mujer más fuerte que tú. Y que las cosas que sientes aquí —me tocó el corazón— es porque de verdad tienes sentimientos.

—Estoy volviéndome débil. Lo sé. Lo noto en mis ojos, que se humedecen por todo. Lo noto en los sentimientos que tengo. Y no me gusta.

—No eres débil —repitió—. Esos sentimientos son porque de verdad te importa.

—Me da miedo olvidar quién soy —sentenció—. Que no vuelva a ser la misma de antes.

—El tiempo corre a favor y en contra de todos, amor, algunas veces para bien y otras para mal. Cambiar no hace daño. Cambiar ayuda a ser quién eres de verdad.

Sonreí al escuchar aquel apelativo cariñoso de su boca, con un tono seductor.

—Tú también estás cambiando.

—Ah, ¿sí? ¿Y eso por qué?

Delineó mi espalda con sus dedos, avanzando con sus manos hasta colocarlas en mis pechos, los cuales estrujó y masajéó a su gusto, provocando que soltase un suspiro de placer.

—Me has llamado amor... —murmuré en voz baja.

—Te he llamado amor. Te he dicho que te quiero. Que te amo, más bien. Te he pedido un perdón que sé que no has perdonado. —Sonrió en mi oído. Lo imité—. Y sigo dispuesto a recuperar todo lo que he perdido. Incluido a la Micaela dura y fría que conocí. Aunque esta me gusta más.

—¿Por qué?...

Jadeé al notar sus manos descender por mi vientre y colocarse en el filo de mi ropa interior. Posó su boca en mi cuello y repartió pequeños mordiscos que terminaron convirtiéndose en lametones y besos apasionados. Durante unos minutos, se entretuvo en su tarea, tirando de la poca ropa que me quedaba hasta dejarme desnuda.

—Porque me gusta ver cómo miras a Atenea, cómo reflejas que es lo mejor que te ha pasado en la vida. Porque sé que ella es parte de ti. De mí. De nosotros. Y que si está aquí es porque eres la persona que siempre he buscado. —Me giró para que quedase de cara a él. Elevé mis ojos para fijarlos en los suyos con una mueca graciosa en los labios—. Porque no pienso dejar que te vayas de mi lado nunca más.

—¿Y si vuelven a cruzársete los cables? —le pregunté altanera. En cierto modo, lo decía de broma, aunque, en algún rincón de mi mente, ese miedo vivía permanente.

—Entonces dejaré que cojas el rifle y me cuentes hasta diez para correr. —Rio y lo seguí. Acurruqué mi rostro en su fuerte pecho.

Tras unos minutos de silencio por parte de ambos, mientras yo recibía innumerables caricias de sus largos dedos en mi espalda, le dije con voz firme y sin que me temblase el pulso:

—Te amo, Jack. Te amo más que a mi vida.

—Y yo, amor, y yo.

Alcé mis labios hasta sellarlos con los suyos. Lo deseaba, lo echaba de menos a todas las malditas horas. Jugué con su boca, con su lengua, rememorando cada resquicio de aquellos besos que tanto anhelaba, dejando que me devorase.

Dando pasos cortos y cuidados, de espaldas, llegué al filo de la cama, donde me tumbé, seguida de un Jack que se deshacía de su ropa con urgencia. Sus manos paseaban por mi cuerpo a su antojo, acariciándolo, mimándolo como solo él sabía.

—No sabes cuánto te echo de menos...

—Estamos perdiendo práctica —murmuré en su boca, y volví a besarlo.

—Permíteme que retome esta conversación de otra manera.

Sin esperar ni un segundo más, abrí mis piernas, dispuesta a recibir aquel miembro grande y gustoso que me llenaba por completo, que me saciaba y me llevaba al firmamento con un simple roce. No quería entretenerme, por lo menos en ese instante. Lo necesitaba tanto que no veía el momento de que me embistiera como un bruto y me hiciese gritar de puro placer. Sujeté sus hombros con fuerza cuando lo sentí entrar, acoplándose entre mis paredes. Suspiré en su boca y me perdí en las acometidas que, con una lentitud desmedida, entraban en mí. Mis piernas se apretaron más y más a su cuerpo. Mis caderas cogieron un ritmo automático, frenético. Desgarrador. Lo sentí jadear en mi boca, lo oí gruñir pegado a mi cuello mientras mordisqueaba mis pezones y tiraba de ellos.

Entraba y salía, cada vez más rápido, más loco.

—Jack... —gemí mientras arqueaba mi espalda y notaba que el placer crecía sin medida.

Sujetó mis caderas con saña y, como un bruto, tiró de mi figura hasta volverme y colocarme

sobre él a horcajadas.

—Enséñame que no te has olvidado.

Alzó su barbilla, risueño, aun en mi interior, y le dio tal palmetazo a mi cachete que me hizo vibrar. Moví mis caderas en círculos, permitiéndome provocarlo, volverlo loco, y cuando pensé que con ese ritmo tan lento, tan doloroso, me correría antes de lo esperado, balanceé mis caderas y subí y bajé por su gran falo con fuerza. Escuché nuestros sexos chocar, nuestras respiraciones agitadas y enloquecidas y sus constantes palabras lascivas en mi oído, deseando que continuara, pidiéndome más y más. Dejé que mi cuerpo hablara por sí solo, que hiciese lo que quisiese. Que mi hombre hiciese lo que quisiera conmigo.

Yo ya sabía que estaba dispuesta a darlo todo por y para él.

Unas horas más tarde, salíamos de la habitación. Al llegar al salón, tres pares de ojos se giraron en nuestra dirección. Alcé las cejas al comprobar que sonreían como gañanes, y Jack les hizo una mueca con los labios. Se ganó un puñetazo en el pecho que ni siquiera lo movió, seguido de las carcajadas del resto de los ocupantes.

—¿Nos vamos? —les pregunté, intentando que dejaran de lanzarse miradas.

—Yo creo —dijo Tiziano, exagerando el esfuerzo que le costaba levantarse del sofá— que deberíamos, o llegaremos tarde a la reunión con cierto señor.

Jack se encargó de recoger la gran bolsa de debajo de la mesa del comedor y repartió las armas como si fuesen chucherías.

—¿Yo? —Riley se señaló.

—¿El friki también lleva pistola? Esto se pone interesante.

—Tiziano... —lo regañó Jack—. Solo por si acaso. No creo que en la primera reunión vaya a dismantelar todo lo que sabemos. De hecho, estoy seguro de que no sospecha nada. O eso espero. —Miró a Riley de nuevo.

Tenían una conversación pendiente, lo sabía, y aunque Jack no estaba dolido con Riley, no dejaba de ser su hermana, y él había perdido los papeles más que nadie.

—Dejemos que hable, que nos cuente cuál es su plan y para qué nos quiere. Después, cuando volvamos, ya sabremos qué hacer. ¿Has hablado con Angelo?

Un gruñido por parte de Jack llegó a mis oídos. Tiziano me contestó:

—Sí. Imagínate quién quiere que acuda a la cita. —Su tono fue cantarín y chulesco, como era habitual cuando quería tomarle el pelo a alguien, y ese alguien era Jack.

—Iremos. Los tres. Riley se quedará en el coche, para así evitar daños innecesarios. Ahora somos menos. No podemos permitirnos perder a uno más.

—Según me ha dicho, tiene algo importante para ti.

—¿Vadím? —le preguntó Jack, cargando el rifle.

La garganta se me secaba cada vez que lo veía de aquella manera, tan concentrado, tan normal, como si llevase un tenedor y no un arma de matar entre sus grandes manos.

—No creo que sea él. Angelo no tiene tanto poder de convicción como para atrapar a Vadím. Pero, por su tono, imagino que algo gordo tiene que ser.

—Terminaremos con Aarón, idearemos nuestro plan y nos reuniremos con Angelo. Esto tiene que acabar cuanto antes.

Cogí mi pistola, seguida de un cuchillo que metí en mi bota derecha, y me colgué el rifle que Jack había terminado de cargar. Empezaron a salir cuando, justo a mi espalda, pegado a mi oído,

el comentario de la persona que más amaba me hizo sonreír:

—¿Te he dicho alguna vez que me pones mucho con un rifle?

Sonreí. Salí de la vivienda y recordé el plan que todos llevaríamos a cabo. Aarón todavía no sabía con quién trataba.

Había llegado el momento de dejar de ser las marionetas.

De poner las cartas sobre la mesa.

De mover la pieza de ajedrez que ganaría la partida.

El juego del despiste

Habíamos quedado en uno de los edificios cercanos a la famosa Plaza Roja de Moscú, en el centro de la ciudad. Miré el teléfono móvil para comprobar la localización que Aarón nos había mandado, y encontré con un simple vistazo uno de los edificios más antiguos.

Avancé con pasos decididos, seguida de los tres hombres que me acompañaban a mi destino incierto, y toqué el porterillo indicado. La puerta se abrió sin hacernos esperar. Antes de dar un paso más, los miré a todos y asentí, dándoles a entender que nadie debía salirse del plan, que todos nos llevábamos bien, pero que Jack y yo no podíamos ni vernos. Arrugué el entrecejo mientras subía por las escaleras del destantalado edificio.

Al poner un pie en el último escalón de la planta, la puerta de una de las casas se abrió, dando paso a un hombre al que comenzaba a odiar de verdad. Lo miré de pies a cabeza, repasándolo. Estaba muy guapo, como la última vez que lo había visto, y si no estuviese siendo tan sumamente cabrón con nosotros, incluso me habría dado pena que estuviese sufriendo, con seguridad, por amor.

Nos contempló, aunque a la que devoró de verdad fue a mí. No escuché ningún comentario por parte de Jack, que iba el último, y deseé que continuase así. No podíamos fastidiar el plan.

—Hola —murmuró cuando me detuve delante de él.

—Hola, Aarón —le contesté con sequedad.

—Pasad. Veo que venís juntos. ¿Dónde está Arcadiy?

Tragué el nudo de mi garganta. El punto número uno de nuestros planes era el de no dar más información de la necesaria, dejarme a mí llevar la voz cantante de la situación sin que nadie se entrometiese.

—No ha podido venir. Decidió quedarse con Ryan.

—¿Está muy herido?

Me pareció apreciar cierta empatía por él, aunque yo seguí en mis trece. No podía fiarme de un hombre como Aarón.

—Seguramente, tú lo sabrás mejor que yo.

—No. De hecho, hace muchos días que no tengo noticias de mi informante.

Sabía que la habíamos descubierto. Era un tipo muy listo.

—Qué pena —dramaticé—. ¿Entramos? ¿O seguimos hablando de tu chucho chivato?

No vi la cara de Riley. Y aunque sentí lastima por él, por Eiren no tenía ninguna, por lo que chucho chivato era lo menos dañino que podía decirle, por mucho que intentara arreglar su traición con Arcadiy.

»Arcadiy...«. Tragué saliva sin que se notase, dejando los pensamientos que tanto me dolían.

No podía imaginarme mi vida sin cualquiera de ellos. No podía el destino quitarme lo que tanto tiempo me había costado encontrar. Y allí estaba, en la otra punta del mundo, sin tener ni una simple noticia. Habíamos tratado de localizar a Eiren en varias ocasiones, sin embargo, no lo conseguimos, y volver de nuevo sobre nuestros pasos no era viable. Teníamos que terminar de una maldita vez con todo. Si no me fallaban las cuentas, en pocos días estaríamos en casa; esperaba que con buenas noticias y dos cabezas rodando por el suelo.

La de Vadím y la de Aarón.

—Claro, entrad.

Extendió su mano, dándonos paso. Al echarle un vistazo a la amplia estancia sin paredes, me encontré con una rubia explosiva, un poco más alta que yo, casi como Jack o Tiziano, me atrevería a decir, mirándome con mala cara. Su semblante cambió cuando el último de nuestra comitiva atravesó el umbral, y sentí unos celos irracionales que debía controlar. ¿Habrían tenido algo? ¿Por qué pensaba de aquella manera y qué me llevaba a comportarme como una quinceañera con cada mujer que lo mirase lasciva?

—Cada vez tienes menos gusto para los sitios, poli. —Tiziano pronunció la última palabra con un asco desmedido.

—Tenemos que apañarnos con lo que nos dan.

—Claro, es que encima vais de gorriones. Ya sabía yo.

—Tiziano.

Jack lo regañó y Aarón sonrió. El italiano se giró con el entrecejo fruncido y le dijo muy bajo, para que solo lo escuchásemos nosotros:

—Si vuelves a regañarme como si fueras mi padre, te pego un tiro y aquí termina nuestra amistad.

—Pues deja de decir gilipolleces y cierra la puta boca —le respondió, con el entrecejo igual o más fruncido todavía.

—Cuando terminéis la batallita de machos que tenéis, me gustaría presentaros a una de las agentes de la brigada que nos acompañará en el caso. Los demás estarán cubriéndonos las espaldas desde la central, así que estaremos nosotros seis solos.

Los dos titanes giraron sus rostros hacia Aarón con instintos asesinos muy claros.

—Cinco —lo corrigió Riley, rompiendo la tensión.

—¿No vendrás? —le preguntó Aarón.

—No es necesario —espeté, mirando a la lagartona, que no despegaba los ojos de mi marido.

La mujer levantó su trasero del escritorio en el que estaba apoyada y caminó hasta el poli. Nos repasó de pies a cabeza mientras Aarón hacía las presentaciones pertinentes, señalándonos:

—Noa Wood, agente de la brigada. Ella es Micaela, Riley, Tiziano y...

—Jack —ronroneó ella, mordiéndose el labio inferior; gesto que todos apreciamos—. A él ya lo conozco muy bien.

Sonrió, y me dieron ganas de borrar esa puta sonrisa de un puñetazo que acabara con parte de su mandíbula, y si era con todas sus piezas dentales al completo, mejor. Me descubrí pensando en los miles de torturas que podría llevar a cabo en aquella tipeja. Tiziano soltó uno de sus silbidos impropios y lo aniquilé con los ojos.

Se aproximó con pasos decididos mientras extendía su delicada y cuidada mano en dirección a todos. Cuando llegó a Jack, se entretuvo más de la cuenta, paseando sus largos dedos, acariciándolo. Él los retiró con mucha educación. Siguió con el italiano, que la miró con lascivia varias veces. Riley le estrechó la mano, con sus habituales mejillas sonrojadas. Cuando llegó mi

turno, la miré fijamente, alzando el mentón para que pudiera contemplar bien a quién tenía delante. Decliné la oferta pasando por su lado y dándole un pequeño empujón con mi hombro. Me coloqué frente a Aarón, que no perdió ni un solo detalle.

—Me requieren para otros asuntos. Eso quiere decir que no tengo todo el tiempo del mundo, así que te pediría que te dejases de tanta presentación y fuésemos al grano.

Trató de disimular una sonrisa que estaba a punto de asomar a sus labios. Pensé que si sonreía, sacaría el cuchillo que llevaba en la bota y se lo clavaría en el estómago. Intenté calmarme, aunque en vano.

Fijándose mucho en mí, Aarón asintió y, con su mano, nos indicó que nos sentásemos en las sillas que teníamos a la espalda. Todos tomaron asiento, y yo me coloqué alejada de Jack. Aarón nos contempló a los dos; imaginé que pensando que no habíamos solucionado las cosas.

Y el circo empezó.

—No os he contado toda la verdad.

Alcé mis cejas sin quitarle la vista de encima al poli, que repartía unas carpetas. Como era de esperar, la primera voz que intervino fue la de Tiziano:

—¡Vaya!... —Alargó mucho las vocales—. Qué sorpresa. No puedo creérmelo viniendo de ti. De la poli —puntualizó.

Aarón lo ignoró y la rubia se colocó muy cerca de Jack. Suspiré ruidosamente, llamando la atención. Riley me miró mal.

—Empezaré por el principio. —Ninguno le contestamos. Tiziano elevó una de sus piernas con gesto chulesco, lo contempló con las cejas alzadas y abrió las palmas de sus manos, indicándole que podía empezar. Después se encendió un cigarro—. Es cierto que os necesito, indistintamente del equipo con el que queráis ir. Pero... —Me contempló con fijeza—. El chip que estamos buscando lo consiguió la policía pocos días después, y unas semanas más tarde alguien me lo robó. Igual que el falso. —Sus ojos se desviaron a Tiziano.

El aludido ni se inmutó.

—¿Quieres decir que has montado todo este pollo por algo que tú ya tenías? —le preguntó Jack con hosquedad.

—No. Quiero decir que con anterioridad yo fui poseedor del chip, pero ahora no lo tengo y necesito que me ayudéis a recuperarlo cuanto antes. La vida de muchas personas está en juego.

—Querrás decir el estatus, el dinero y las represalias que puedan surgir si ese chip sale a la luz... —lo rebatió Jack, llevando la voz cantante.

—Si no se lo hubieses vendido a ese tal Dante, nos habríamos ahorrado una víctima.

Pareció culparlo, y Jack arrugó el entrecejo, enfadándose.

—Vaya, la poli matando civiles. Qué raro también.

Riley miró al italiano con mala cara. La rubia tocacojones de Noa aprovechó el momento de tensión para pegar su silla mucho más.

—Quiero decir que si ese chip se lo hubiese entregado a la policía...

—¡Yo no trabajo para la puta policía! —Jack se levantó de su asiento, señalándolo con el dedo—. Dinos qué cojones quieres de nosotros.

—Ahora sí estás trabajando para la policía.

Aarón volvió a mirarme, intentando pasar desapercibido.

—Porque fuiste un puto chantajista —se enervó—. ¡Mira de lo que ha servido!

—Fue lo que quisiste. No soy el culpable de vuestras desgracias sentimentales, Jack.

Dio un paso hacia Aarón, temerario, muy peligroso, quedándose muy cerca de su rostro, y con

un tono que todos pudimos oír a la perfección, le dijo:

—¿Sabes quién soy de verdad, Aarón? Esa brigada de mierda en la que trabajas, ¿te lo ha dicho?

—Te conozco perfectamente —le contestó sin pestañear.

—Cuando todo esto acabe, cuando tengas tu chip y tus mierdas, te sacaré las tripas una a una —recalcó con mucha lentitud—. Retorceré tanto tus entrañas que llorarás y suplicarás que te mate.

Me levanté y, ejecutando mi plan, tiré del brazo del hombre equivocado para que se separasen. Pareció quemarlo, pues sus ojos se mostraron brillantes y sorprendidos. No vi la mirada de Jack, pero supe de su enfado al escuchar cómo se sentó en la silla. El resto de los presentes no dijeron una sola palabra.

—¿Qué tenemos que hacer y cuándo? —Me mostré sumisa.

Me encantaba aparentar un papel tan dócil, pues cuando llegase el batacazo, temblaría. Lo más gracioso de todo era que parecía incluso creérselo.

—Sabemos que en Kolomna hay alguien que también quiere el chip. Hasta ahora no conocemos el nombre de la persona, pero hemos estado investigando sobre quién lo ha tenido y los paraderos en los que ha estado.

—Eso quiere decir que nosotros nos encontramos dentro de esa lista.

—Tú y Jack sí. Fuisteis los que los robasteis de aquella cafetería en Roma —le contestó a Tiziano.

—¿Y se supone que no tienes ni idea de quién puede tenerlo? —le pregunté.

—Me temo que no. No ha podido ser alguien de mi círculo. La cerradura de mi casa estaba forzada cuando llegué y me encontré el pastel. Creo que, para no andar dando palos de ciego, lo primero que tendríamos que hacer es investigar este sitio, ver qué es y saber quiénes son. Quizá con eso consigamos el paradero del chip.

—¿No se supone que la policía puede encontrar todas esas cosas? —cuestioné.

—Si la policía hubiese podido hacerlo, no te necesitaríamos a ti.

El comentario, aquella respuesta por parte de Noa, me tensó. Me cabreó. La miré y di un paso en su dirección de manera intimidante, y ella elevó su rostro más, a punto de partirse.

—Y dime, Noa Wood, ¿para qué te queremos aquí a ti? Es algo que todavía no me encaja. Porque, por lo que estoy viendo, el mandamás aquí es él.

Señalé a Aarón con suficiencia, y pude ver un atisbo de sonrisa en los labios de Jack. Parecía un papá orgulloso de sus polluelos, y eso me hizo reír interiormente. Riley sonrió, y Tiziano, directamente, soltó una carcajada. Aprecié que tragaba saliva sin hacer ruido a la vez que regresaba su perfecto culo al asiento. Escuché a Aarón de nuevo:

—Hemos usado todos los dispositivos de la policía para verificar el sitio. No hay ni rastro de esa localización en el mapa; es más, parece que es un solar abandonado con una fábrica antigua. No sabría muy bien cómo definirlo—. Extendió un mapa gigantesco, seguido de unas fotos que nos indicó que sacásemos de las carpetas.—Como veis en las imágenes, es lo que os he comentado. No hay nada. Allí no puede vivir nadie.

—Si no hay nadie, quizá sea un sitio cercano. Tal vez alguna casa de los alrededores.

—Tiziano, las hemos registrado todas en un radio de diez kilómetros de donde se encuentra la fábrica y no hemos encontrado nada.

—Tal vez sea un punto falso —opiné.

—O puede que solo esté ahí para despistar. ¿Estáis seguros de que hay alguien más que quiere ese cacharro? —preguntó Tiziano.

Avancé unos pasos de un lado a otro del salón, pensando. Riley tenía el ordenador en la mano, funcionando a toda mecha para tratar de averiguar cualquier pista. Jack se encontraba mirando las imágenes con minuciosidad, y Tiziano seguía hablando de posibles pistas con Aarón.

—¿Crees que puede tener relación con la persona que tiene el chip?

La pregunta sonó tan plausible que hasta yo me lo creí. Algo no encajaba, aunque intuí saber el qué. Estaba claro que Aarón no sabía que el aparato lo teníamos nosotros ni que Eiren se lo había robado. Los nervios empezaban a hacer mella en él debido a la cantidad de información que podría salir a la luz con aquel cacharro.

—Hay una persona que puede estar involucrada.

Todos me miraron.

—¿Quién? —me preguntó Aarón.

—Buscad a Elisenda Fuentes.

Noa miró a su compañero, se levantó veloz y corrió hacia otro de los ordenadores mientras Riley seguía investigando el terreno y los posibles ficheros que pudieran darle información.

—¿Quién es ella? —nos preguntó Noa.

—Una antigua amiga —le contesté con retintín.

—¿Crees que Eli tiene algo que ver? —Esa vez fue Aarón el que dudó en su pregunta.

—Estuvo en Atenas, sus hombres le dispararon a Ryan... Algo tiene que ver. Estoy segura.

Obvié el comentario que me hizo en el aeropuerto cuando disparó a Arcadiy.

—Aquí tengo la información de ella. Voy a verificar los posibles lugares en los que ha estado y ahora os digo.

Noa se separó de nosotros y se sentó tras un gran escritorio ubicado en el salón. Los muebles en la vivienda eran muy escasos, lo cual quería decir que ni siquiera dormían allí. Sumida en mis pensamientos, escuché la voz de Aarón. Se colocó a mi lado y se apoyó en la ventana del salón, justo a mi lado, desde donde veía el exterior, que ya anochecía.

—¿Cómo estás?

Lo miré.

—¿Cómo tendría que estar? —le pregunté, alzando una ceja.

Suspiró con pesar, sin quitarme los ojos de encima.

—Sé que la pérdida de un niño tiene que ser muy dolorosa...

—Ese niño solo me traería problemas, Aarón. Es lo mejor que ha podido ocurrir.

Me sentí ruin por hacer aquel comentario, aunque el dolor y la culpa menguaron un poco al saber que lo hacía por su bien.

—Jack y tú...

—Jack y yo, nada —lo corté de nuevo—. No tenemos nada que decirnos. Es mejor así. Además, tampoco queda nada que nos una.

—Entiendo.

—Puedes estar contento. Has conseguido el trabajo del mejor asesino del mundo gratis y sin esforzarte mucho.

Durante unos segundos pareció meditar su respuesta, mirando hacia la calle, pero no tardó en continuar:

—No pretendí hacerte daño. Pero también sabía que era la única manera de que me escuchases.

—No querías que te escuchase. Querías que trabajase para ti.

—Quería volver a verte.

Su confesión ocasionó que mis ojos se volvieran hacia él, clavándose en lo más profundo de

aquellos iris castaños que me atravesaban el alma.

Seguía enamorado.

—Después de nuestra última conversación, yo no tendría ganas de volver a verte.

—No todos somos iguales —me respondió con una sonrisa chulesca.

Por mi parte, permanecí seria, mirándolo con atención, sabiendo que le temblaban las manos, que deseaba volver a tocarme. Sentí la rabia bullir en mi interior, y traté de calmarme pensando que todavía no había llegado el momento, que debía esperar. Lo miré atentamente a los ojos. Reflexioné sobre lo que había ocurrido a lo largo de los días. En gran parte, él tenía la culpa, porque si no nos hubiese localizado, jamás habríamos tenido que esconder a Atenea, Ryan no estaría luchando por su vida y Arcadiy seguiría cocinando para nosotros, mimándome, riendo y gastando bromas por cualquier tontería. Estarían conmigo. Con nosotros.

Sin embargo, jamás habría vuelto a ver a Jack.

O tal vez sí.

Era egoísta echarle la culpa, aunque ¿acaso él no había sido egoísta al intentar reunirnos a todos para cazarnos como a ratones, con el único fin de quedarse conmigo? ¿Qué pretendía aquel hombre?, ¿mantenerme en una torre de cristal hasta que cediese a sus antojos? No entendía el comportamiento de Aarón, y poco me quedaba para descubrirlo.

—No todos jugamos de la misma forma.

La chirriante voz de Noa se escuchó a nuestra espalda y me giré, dejándolo estupefacto. No había adivinado a qué me refería, ni siquiera sabía que lo tenía cogido por los huevos, pero sí que sabía que algo no olía bien.

—Además de los trabajos que ha tenido anteriormente —me miró—, no he encontrado nada relevante sobre esta mujer. ¿Vive aquí, en Rusia?

—No lo sé —le contesté con tono normal.

—Podemos investigar mañana un poco más y buscarla para hacerle un interrogatorio.

La carcajada que salió de mi garganta hizo que todos los presentes me mirasen. Tiziano se levantó y se puso a mi lado. Jack tenía mala cara.

—¿Qué te hace tanta gracia? —me preguntó con mala cara.

—¿A qué se dedica vuestra brigada? ¿Sois espías o aficionados? —pregunté con sorna.

—Mica... —Contemplé a Aarón al llamarme de aquella manera. Tiziano alzó la ceja por la familiaridad con la que había pretendido hablarme—. Somos una brigada secreta de la policía. No hay nada más que tengas que saber. Ella no la conoce.

—Mis disculpas, caballero —teatralicé—. Cuando la encontréis, avisadme. Estoy segura de que se alegrará mucho de verme a mí y a él. —Miré a Tiziano, que sonreía con malicia.

Recogí mis cosas, dispuesta a marcharme. Llegábamos tarde a lo verdaderamente importante: la cita con Angelo. Y toda esta pantomima terminaría antes de lo previsto.

—Por si no me ha quedado claro: buscamos a Elisenda, la interrogamos y después registramos el terreno para encontrar... ¿qué?

—Para intentar dar con el ladrón del chip, Noita —le contestó Tiziano con su tono chulesco.

—Escúchame bien, italiano fardón, conmigo no vas a andarte con tonterías, así que guarda ese tono para quien te lo permita.

Tiziano, impassible, acercó su rostro a ella, y muy bajito, aunque escuchándolo todos, le dijo:

—¿Alguna vez te han follado esa boquita de barbie?

Riley tiró de su codo para apartarlo de la mujer, quien, colorada por la rabia, apretaba los puños a ambos lados de sus costados mientras él reía como el demente que era.

Al llegar a la puerta, sembré una última duda que se quedaría clavada en Aarón hasta que volviésemos a vernos. El circo ya estaba montado.

—Ah, se me olvidaba. No hemos hablado de tu chuchito. ¿Te has preguntado tal vez cómo está?

Sin recibir una respuesta que no fuese la tensión del ambiente, cerré con una sonrisa en los labios y un nuevo plan en marcha.

El plan

—¿Todos de acuerdo con lo que tenemos que hacer?

—Tiziano, lo has preguntado siete veces desde que hemos salido. La puta ubicación, miradla —gruñó Jack, manejando el volante del coche.

—Verás como a alguno...

—Sí. Me quedaré en el coche con el contacto puesto —murmuró Riley con cansancio.

—Esto no saldrá bien —refunfuñó Tiziano.

—¿Por qué? Está la información casi copiada en el chip falso. No tendría que darse cuenta. En cuanto tengamos la dirección de Vadím, nos largaremos.

—Angelo tomará medidas.

—Y estaremos esperándolo, Tiziano —le contesté con firmeza.

El italiano cabeceó en señal de malos augurios y continuamos nuestro camino discutiendo las posibles torturas de Angelo cuando se diese cuenta de que el chip que le entregaríamos no era el verdadero. Estábamos convencidos de que el italiano número dos ocultaba algo. Y, con seguridad, lo descubriríamos ese mismo día.

Aparcamos en una gran explanada rodeada de naves repletas de cajones enormes, preparados para subir a los barcos. El silencio que hubo al bajar del coche fue lo primero que me escamó.

—Aquí no hay nadie —añadió Jack—. Como esto sea otra puta trampa...

Sacó su pistola, la cargó y después se colocó el rifle en el hombro.

—Desde que has salido, estás de muy malas pulgas. ¿Qué pasa? ¿También quieres follarte a la rubia?

Jack lo miró con muy mala cara.

—A ver si te piensas que todo el mundo actúa con la polla, como tú.

—Oh, perdóname. Me olvidaba de que eres todo un caballero. —El italiano se rio a su costa, ganándose una mirada reprobatoria por parte de su amigo.

Giré mi rostro en busca de Riley, que comenzaba a sudar por los nervios.

—Si en algún momento la cosa se pone fea, ya sabes lo que tienes que hacer.

—Y si es así —pareció asustarse más todavía—, ¿cómo regresaréis vosotros después?

—No te preocupes por eso. Lo que debes tener a salvo es lo otro.

Asintió, sin dejar de mirar el pequeño ordenador que llevaba en las manos. Jack había aprovechado el despiste de Noa al levantarse para buscar la información sobre Eli y le había colocado un localizador en la chaqueta, la cual descansaba a su lado.

Nos habían seguido.

Y eso era lo que pretendíamos.

—El coche se ha detenido dos calles atrás —nos informó Riley.

—Genial.

Jack pasó por detrás del coche reajustándose el chaleco antibalas. Después lo hizo con el mío, y metió sus manos por debajo de mi camisa.

—¿A mí no me lo compruebas? —le preguntó el italiano.

—No te pongas celoso —le contestó con tono bromista.

—Mmm... A ver con qué me pagas los mimos que no me das. ¿Vamos? —nos preguntó, cargando una escopeta con cara de psicópata.

Avanzamos por la esplanada, buscando el cajón que Angelo le había dicho a Tiziano. Cuando dimos con el número catorce, lo encontramos a él, tan elegante como siempre, con un pantalón de pinza blanco a juego con los zapatos y una camisa en varios tonos azules. No tanto como Tiziano, pero destilaba riqueza y poder por todos los poros. Nos observó en la distancia, rodeado de hombres, y sonrió.

—He contado ocho —musitó Jack.

—Hay dos francotiradores en los cajones de arriba. Uno a la izquierda, y otro más dos cajones a la derecha.

—Recuerda que son tuyos. Quizá, cuando tengas que saltar por encima de alguno de esos cajones, te vuelvas más desquiciado de lo que estás.

—Eres muy glotón. Lo quieres todo para ti, asesino.

—Cállate ya, narco.

Negué con la cabeza, escuchándolos. Se notaba que se llevaban muy bien, aunque los piques seguían latentes a todas horas. Y eso me gustaba, ya que nunca perderían su esencia.

Angelo palmeó sus manos en el aire. Llegué hasta él y extendió una de ellas para que le diese la mía. Lo hice, y recibí un candoroso beso en ella. Sin dejar de mirarlo, escuché que me decía:

—Mi querida Micaela, veo que al final nuestro trato se hará realidad. No sabes cuánto me alegro.

—La dirección, Angelo —le espeté sin dejar de mirarlo.

—Oh, oh, *ragazza*, tranquila. No te asustes. Todo esto que ves es solo por mi seguridad. Ya sabes, tú no puedes fiarte de mí, yo no puedo hacerlo de ti. Además, veo que traes dos guardaespaldas armados hasta los dientes.

—Opino lo mismo que tú.

Moví mis ojos, haciéndole un gesto de suficiencia, y él rio.

—Eres una mujer muy lista. Y como me gustan las mujeres listas, tengo un regalo para ti.

Se giró hacia una mesa que tenía colocada de manera estratégica detrás y cogió un sobre marrón. Me lo ofreció, y dudé. A simple vista se veía plano y sin nada amenazante en su interior. Sin embargo, la duda no dio lugar, pues el hombre que tenía a mi derecha cargado con su rifle se lo arrebató de las manos. Angelo sonrió sin quitarle los ojos de encima a Jack, quien abrió el sobre, encontrándose con unas fotografías y una dirección escrita.

—¿Aquí está Vadím? —le preguntó.

—Sí. Las fotografías son de ayer. Para que veas que no te miento.

Jack me las pasó y vi al hombre que tantos disgustos había estado causándome a lo largo de mi vida. Estaba bastante desmejorado desde la última vez que nos vimos, y eso me extrañó. Vadím no era un hombre que se dejara a la ligera.

Me giré con pasos firmes en dirección al coche donde Riley se encontraba. Al llegar, extendí la imagen en la que aparecía la dirección y se la di para que comprobase que era cierta. No miré directamente, pero a través de mis pestañas aprecié la silueta de Aarón y Noa detrás de uno de los

cajones.

—Están pocos metros antes de llegar al coche.

—Acabo de verlo por el espejo retrovisor —informó Jack a mi lado.

Escuchaba a Tiziano hablar con Angelo de las plantaciones en Colombia, pero no les presté mucha atención. Riley levantó la cabeza y asintió, confirmando que Vadim se encontraba allí. Me mostró la pantalla del ordenador y encontré a varios hombres custodiando la vivienda.

—Son de la cámara de seguridad de la calle. Lo tenemos.

—Bien. Riley, prepárate.

Automáticamente, el aludido puso el contacto del coche, y como si estuviésemos haciendo un intercambio de información, me colocó en la mano el chip falso. Cabeceé, dándole el aliento que le faltaba, y retrocedí sobre mis pasos hasta llegar al mismo sitio.

—¿Por qué estás tan callado? —le pregunté a Jack antes de llegar.

—Conozco el sitio que nos ha facilitado Aarón.

No pude preguntarle de qué, pues Angelo me contemplaba impaciente.

—Está bien. La información que me das es correcta, así que aquí tienes tu cambio para que puedas hacer lo que quieras con él.

Elevé mi mano con el chip en ella y aprecié que sus ojos brillaban.

—Fantástico. —Pareció saborearlo—. Fantástico...

—No quiero tretas, Angelo. Desaparecerás para siempre y nunca nos hemos visto.

El chip contenía información verdadera de la copia que habíamos hecho, pero no toda, solo la suficiente como para que Angelo no se diese cuenta de nada. Días atrás, Riley y Jack habían estado investigando e incluso escuchando conversaciones de Angelo con sus hombres de confianza sobre quiénes eran sus enemigos; seguramente, a los que quería destruir con aquel cacharro. Esa información la contenía, por lo tanto, no volvería a molestarnos, puesto que ni siquiera se daría cuenta de la gran cantidad de personas que faltaban dentro de ese chip. Unos policías corruptos, casi toda la lista de enemigos y unos cuantos más de relleno bastarían para contentar al italiano, que ni siquiera se percataría de ello. No entendía las dudas de Tiziano, ya que todo estaba controlado al dedillo.

Acerqué mi mano hasta él con el chip en ella. Angelo cerró la suya en torno a la mía, y no me gustó lo que dijo:

—Me habría gustado tenerte a ti como premio, pero tengo que decirte que hay alguien que me ha pagado mucho más por eso.

Alcé mis ojos para mirarlo fijamente, momento en el que me giró y me apuntó con su pistola en el cuello. Chasquéó la lengua en señal disconforme al comprobar que Jack y Tiziano ya lo apuntaban a la cabeza.

—Suéltala ahora mismo, Angelo. —El tono de Jack no era para nada conciliador.

Miré al frente y vi a Aarón, que subía a una de las plataformas. Desde el otro punto, Noa lo hacía también; imaginé que encaminando sus pasos hacia los francotiradores. Éramos conscientes de que tres personas en contra de un ejército era una locura, sin embargo, ninguno creímos que la cosa se torcería. Ninguno excepto Tiziano, que parecía haberlo predicho.

—Lo siento, Jack, pero, como he dicho, hay alguien que me ha pagado mucho más por ella. A decir verdad, el trato eras tú.

—¿Por qué? ¿Quién te ha pagado más? —le pregunté, pero a él parecía interesarle más el tema de conversación anterior. Sacar los trapos sucios, mejor dicho.

—Cuando el poli me llamó, pensé que era una buena idea. Lo ayudaba a deteneros a todos, yo

me quedaba con el cotarro de Tiziano, le entregaba a la damisela —apretó el arma en mi cuello— y encima me colgaba una medallita por matar al asesino más buscado del mundo. Un buen negocio, ¿verdad?

—Un negocio de imbéciles. ¡Suéltala! —bufó Tiziano.

—Pero después —siguió con su monólogo— me llamaste tú —señaló al italiano— y me ofreciste un trato. Pensaste que era gilipollas y que no sabía que lo habías organizado todo con tal de que me pasase a tu bando. Me hiciste creer que de verdad habías traicionado a la preciosa *ragazza*. No sé qué tienes..., pero todos bebemos los vientos por ti. —Lo último lo susurró muy cerca de mi oído, rozando su nariz con mi cuello.

La zancada, seguida del grito de guerra de Jack, y los sonidos de las armas de los hombres de Angelo apuntándolo me estremecieron.

—¡¡Suéltala ahora mismo, o te volaré la cabeza!!

El rifle de Jack estaba tan cerca de mí que supe que moriríamos todos si apretaba el gatillo. Nos encontrábamos rodeados, y ya había perdido la cuenta de la cantidad de personas que había allí, aunque estaba muy claro que no las mismas que cuando llegamos.

—Jack, no estás en posición de vacilarme. Baja el puto rifle si no quieres que te revienten la cabeza a ti.

—Jack, baja el arma —le pedí.

Me miró con los ojos rojos, ido, con la mandíbula apretada y con las venas de las muñecas y las manos comenzando a marcársele, lo que me indicó que no tardaría mucho en perder los papeles.

—Como iba contándoos, después de eso, el plan con vosotros se me antojó mucho más apetecible, porque, a fin de cuentas, todos salíamos ganando. Pero... —dramatizó, recalcando mucho la palabra— alguien apareció y me ofreció un trato mejor.

—¿Y cuál era ese trato? —le pregunté, sin apartar mis ojos de Jack.

—Tú.

La sangre dejó de correrme por las venas, el pulso se me aceleró, y pensé que estaba en una puta pesadilla de la que no podía escapar. Los ojos de Jack se desplazaron a mi espalda. Los de Tiziano también.

No supe cómo, pero de un momento a otro me encontré sin el arma de Angelo apuntándome, sin nadie a mi lado y con los ojos del hombre al que amaba clavados en mí. Una voz que pensé que jamás volvería a escuchar susurró detrás de mí:

—Hola, pequeña.

Me giré, tratando de no perder el equilibrio y caer redonda al suelo, y allí estaba. Tan temible como siempre, acompañado de la hija de puta más grande que había conocido en mi vida.

—Anker...

Sonrió como si de verdad se alegrase de verme, como un jodido demente que ansía algo que no puede tener, como el hombre que querría despellejarme viva. ¿Cómo era posible?

Los ojos de aquel tirano se posaron en Jack unos segundos, los suficientes como para que él consiguiera tirar de mi camisa hasta pegarme completamente a su pecho. Noté el calor que Jack emanaba. Sentí incluso cómo le latía el corazón, cómo deseaba salirse del cuerpo.

Con un poderío innato, sostuvo el rifle con una sola mano mientras con la otra sujetaba mi cadera en un intento por fundirme con su propia piel. Estaba igual de sorprendido que yo, sin embargo, en mi rostro no se mostraba otra cosa que no fuese el asco y el desprecio que le tenía.

—Hijo, ¿no te alegras de ver a tu padre? —le preguntó con una sonrisa en los labios.

Llevaba aquel bastón que muchas veces había visto y el mismo que Jack me dijo que para nada

necesitaba. Sabía que con dinero podían conseguirse muchas cosas, pero aquello era surrealista. ¿Cómo había podido sobrevivir?

—Tú no eres mi padre —escupió con rabia.

Los ojos de Eli pasaron un segundo a Anker, y reparé en que lo miraba con una sonrisa torcida, malévolamente. Mostré asco al ver en qué se había convertido, con quién estaba, y lo peor era el fin que tendría aquella desgraciada junto a ese hombre, que le triplicaba la edad.

—Y yo no debería tratarte como a un hijo. Me dejaste solo. Me abandonaste a mi suerte —siseó entre dientes, fijando sus ojos en mí—. Y ahora he venido a por algo que me pertenece.

No pude pronunciar palabra alguna. Sentí la mano de Jack aferrarse con más fuerza a mi cadera y su boca muy cerca de mi oído. Un simple vistazo bastó para saber qué sería lo que ocurriría a continuación cuando los ojos de Tiziano se cruzaron con los de Jack.

Miré de soslayo a un Angelo que permanecía impassible, apartado de nosotros. No supe por qué, pero le pedí ayuda con mis ojos. Una ayuda que no llegó. Apartó la mirada hacia otro lado, tratando de no fijarse en mí.

—El dinero sigue sin llegar, Anker.

El viejo enfocó a Angelo, quien, impaciente, comenzaba a poner caras serias. Anker rio con fuerza, observando a Eli. Sin esperarlo, salieron de la nada una decena de hombres armados de pies a cabeza. Ya no solo nos apuntaban a nosotros, sino también a los hombres de Angelo y al mismo jefe.

—La cosa mejora por momentos —renegó Tiziano.

—Eres un necio, Angelo Fachinni.

Contemplé al italiano que me había traicionado y sonreí para que me viese. Él negó con la cabeza, cabreándose, y sacó su arma reluciente, encañonando a Anker también. Tiziano asintió, haciendo unas muecas extrañas con la boca, lo cual indicaba que cada vez íbamos a peor, y ya nadie sabía a quién apuntar y a quién no. Todos los hombres de Angelo dirigieron sus armas a los de Anker.

—A lo mejor, el necio eres tú, viejo —le contestó con asco—. Paga lo que debes, o te mataré.

—Cállate, sucio italiano. Eres despreciable, como todos los de tu calaña —añadió Eli, ganándose una mirada aniquiladora por parte de Angelo.

—Los italianos no somos sucios, perra. Megalos, dile a tu puta que cierre la boca. Tiene un pico muy largo.

La voz de Tiziano sorprendió a Angelo. Los demás sabíamos que con su país no se metía nadie, y el comentario de mi amiga iba por él. Ella volvió sus ojos enrojecidos por la rabia hacia Tiziano, pero yo sabía que, dentro de todo ese odio, había algo mucho más fuerte: ella seguía enamorada de él, y se moriría estándolo.

Jack movió la cabeza de un lado a otro, hasta que la fijó en los cajones que teníamos delante, desde donde segundos después se escuchó un grito. Todos contemplamos cómo los dos francotiradores caían desplomados al asfalto. Miré hacia arriba y vi que Aarón asentía en su dirección y Jack le correspondía el gesto.

No dio tiempo a más.

—¡Corre! —me gritó, cubriéndome con su cuerpo y comenzando a disparar.

Las balas derrumbaron a una fila de siete hombres en menos de dos segundos. No supe si fueron los de Anker o los de Angelo, ya que solo fui capaz de agachar la cabeza, tratando de esconderme detrás del cajón que tenía a mi espalda, con Jack a mi lado. Busqué a Tiziano como una desesperada mientras Jack cargaba el rifle. Nuestro transporte salió disparado por la pista, y

suspiré al saber que Riley había hecho caso por una vez en su vida.

—¡¡Tiziano!! —Jack se dejó los pulmones.

—Dime, *amore mio*⁸ —canturreó con algo en la boca.

Continué buscándolo, sin verlo.

—¿Sigue latíendote el corazón?

—Ajá, le queda para rato —le contestó el italiano, cargando la escopeta.

Saqué mi pistola y miré Jack, asintiendo.

—Izquierda. Yo, derecha. A la de tres. Uno. —Lo miré con decisión. Las balas seguían tronando descosidas al otro lado—. Dos...

—Y tres —terminé. Salí de mi escondite y conseguí llegar al cajón contiguo, donde me encontré con una sorpresa.

Angelo me contemplaba con mala cara, resoplando.

—Eres un cabrón traicionero —gruñí entre dientes.

—Pero me ha salido mal la jugada, y lo siento. —Parecía arrepentido. Con destreza, le disparó a un hombre que llegaba desde el cajón de enfrente.

Me lancé sobre él y le propiné un puñetazo en la boca que lo hizo sangrar. Gruñó, tratando de separarme, pero no le dio tiempo a hacerlo. De soslayo, en mi flanco derecho, aprecié que una mano, mucho más grande que la mía, se aproximaba a su cara y lo tiraba de espaldas en el suelo al impactar con su ojo.

—¡Maldito cabrón! ¡Voy a matarte!

Jack rechinó los dientes y se lanzó de cabeza a por él. Entre puñetazo y puñetazo que Angelo intentaba en vano esquivar, lo escuché decir:

—¿Podemos hablarlo? ¡Fue un puto calentón! ¡Vas a matarme!

—Hijo de puta —siseó Jack, sin dejar de golpearlo.

Mi cuerpo se giró al sentir que alguien daba un fuerte tirón de mi cabello. Y allí, observándome con cara de asco, estaba ella.

—Zorra —mascullé.

Di un paso, dejando que Jack se encargara de Angelo, y fijé mi mirada asesina en la mujer que tenía frente a mí. Sonrió con superioridad, tratando de ser amenazadora, pero lo único que consiguió fue cabrearme más.

—Vamos, Mica, ven a por mí.

Cegada por la rabia, avancé un paso, y ella salió corriendo cual miserable. Sabía que era una trampa, pero la ira no me dejaba ver más allá de poder matarla con mis propias manos. Giraba la esquina cuando escuché:

—¡Micaela, no!

El grito llegó de la garganta de Jack, quien se había percatado de que a la vuelta de la esquina me esperaba una hilera de hombres para acribillarme. Aarón llegó justo en el momento en el que doblaba la esquina y las armas comenzaban a resonar como cañones. Tiró de mí hasta esconderme detrás del cajón, en el que impactaron todas las balas.

—¡Nos habéis engañado! —se enfureció.

Le di un golpe en el pecho, con rencor.

—¡Y tú nos has utilizado!

Achicó sus ojos. Tiziano apareció desde lo alto del cajón con un Angelo masacrado, y Jack lo siguió con un rostro tan temerario que asustaba.

—Tenemos que irnos. Discutiremos esto en un sitio en el que no estén intentando matarnos.

—Pero... Anker...

—Micaela, al coche —sentenció Jack, sujetando mi mano y apartándome del contacto de Aarón. Angelo me observó con un ojo casi medio cerrado y el labio partido.

—¿Este se viene con nosotros? —pregunté con mal genio por los modales de Jack.

—O se viene, o lo liquido aquí y ahora —volvió a rugir el malaspulgas.

—Prefiero suplicar clemencia —añadió el aludido.

Jack sujetó mi brazo con fuerza y comprobó que podíamos salir a la parte de la explanada donde había dos coches más: el de Angelo y el de Aarón. Noa apareció desde la otra punta disparando a todo el que llegaba tras ella.

—¡Rápido! ¡Vienen veinte más!

—Pero ¿ese cabrón qué tiene?, ¿un puto ejército? —preguntó Angelo.

—Más o menos —le respondió Jack, cargando el rifle de nuevo.

No quería ni pensar en la cantidad de balas que podría haber disparado. A la carrera, nos subimos en los coches sin mirar siquiera con quién íbamos.

—¡Id al piso franco! —gritó Aarón.

Las ruedas chirriaron mientras las balas seguían impactando en los coches. No podíamos acelerar más, pues llegaban desde cualquier distancia, desde cualquier lateral.

—¡Joder, joder! —gritó Tiziano cuando la luna trasera se rompió.

Jack y yo nos encogimos. Él, por supuesto, se llevó la peor parte tratando de protegerme.

—¿Por qué coño nos subimos con este gilipollas? —les chillé, intentando que me oyesen.

—Porque este gilipollas es el único que tiene coche.

—Nos has traicionado —mascullé otra vez, contestándole a Angelo.

—Lo hice en caliente. Te lo juro.

—Voy a matarte... —le aseguré, con los dientes apretados y extendiendo mis manos para coger su cuello.

Jack tiró de mi cuerpo hacia atrás para que no llegase. Pataleé, escuchando la voz de Tiziano, que me pedía calma a gritos. En medio de aquella pelea de voces e insultos por parte de todos, en uno de los arcones, atisé nuestro coche parado y sin nadie en el interior.

—¡Para, para! —le grité.

El frenazo ocasionó que casi acabase en el asiento del copiloto con Tiziano. Me bajé a toda prisa, siendo consciente de que los hombres de Anker y él incluido venían a por nosotros, y suspiré al ver que Riley asomaba la cabeza con miedo.

—Ve con ellos, yo conduciré con Riley. ¡Vamos!

Jack asintió. Sacó la cabeza por la ventana y, a punta de pistola, disparó a los vehículos que se acercaban. Le insté a Riley que moviese el culo, y tardó medio segundo en colocarse en el otro asiento. Chirriando ruedas, salimos de allí, buscando la forma de despistarlos y conseguir llegar al piso franco de Aarón.

Demasiadas cosas teníamos que aclarar.

Verdades sobre la mesa

Durante todo el camino conduje como una loca al volante, esquivando los coches que salían de todas las partes habidas y por haber, hasta que conseguimos llegar al piso, aparcando cuatro calles atrás.

Riley no abrió la boca, y ese mutismo me extrañó, pues nunca lo había visto tan asustado como hasta el momento. Toqué su brazo con cautela cuando corrimos en dirección al piso, esperando que me mirase, pero en vez de eso, agachó la cabeza y subió escaleras arriba como si lo persiguiese el mismísimo diablo.

Al cruzar la puerta, aprecié que los demás ya lo habían hecho, y lo que me encontré fue un completo desastre. Riley se llevó las manos a la cabeza y sentó en una esquina sin ser capaz de poner paz en aquel caos que había formado. Jack se encaraba con Angelo, retenido por Tiziano, que le pedía calma con las manos, sujetando su camisa y empujándolo de vez en cuando para evitar que siguiera masacrándole el rostro, que tenía ya muy mal color. Aarón le gritaba a Jack, y él, a dos bandas, se defendía profiriéndole todo tipo de insultos. Creí que la vena del cuello iba a reventarle.

—¡No me empujes más, Tiziano! —le gritó.

—¡Pues cállate, cojones!

—¡Casi nos matan por este gilipollas!

Señaló a Angelo, y consiguió que uno de sus puños llegase a su cuello. Angelo cayó al suelo, estampándose la cabeza contra la pared. Noa corrió para intentar ayudarlo a ponerse de pie y Aarón cogió número para soltarle de todo.

—Habéis estado mintiéndonos desde el minuto uno. Queríais darnos la vuelta, ¿como fuese!

—¡Y tú has intentado jodernos desde que nos vimos! ¡No me jodas, Aarón! ¡No me jodas! —le gritó Jack con más fuerza.

—Cállate, poli, que al final te revienta la boca que tienes. —Esa vez fue Tiziano.

—¡No sabes cuáles eran mis motivos, así que no me tires de la lengua!

—¡Desde luego que encerrarnos a todos era el principal! —siguió chillándole más y más el italiano.

Riley volvió a llevarse las manos a la cabeza.

—¡Ya basta! —voceé, pero nadie me hizo caso. Seguían en sus trece, como gallinas, y así no conseguiríamos nada. Al acercarme a Riley, vi una preocupación en su rostro—. Eh, ¿te encuentras bien?

—Yo... Yo...

—Riley, tranquilo. Estamos aquí, ¿vale? No va a ocurrirte nada, te lo prometo.

—Yo...

—Riley, tranquilízate, por favor. Ayúdame a calmar a estos...

No me dio tiempo a terminar de hablar porque lo que escuché me dejó muda, igual que a todos:

—Me he tragado el chip.

Tragué saliva, mirándolo y sin entender qué había querido decir con eso. Pensé que me había equivocado, que no lo había escuchado bien. La voz de Tiziano se oyó a mi espalda:

—¿Qué... has... dicho?

Y el gallinero paró.

Y todos miraron a un Riley acojonado.

Y yo sentí que las piernas me fallaban.

—Me he tragado el chip —repitió, por si no nos había quedado claro.

Miré a Tiziano, que abría los ojos tanto que parecía que iban a salirse de las órbitas. El torrente de voz de Jack, cabreado hasta la médula, resonó en la habitación:

—¿¡Cómo que te has tragado el puto chip?! ¡Explícate! —Su rugido nos hizo dar un bote a todos.

—Pues... que...

—Qué de qué, Riley. ¡Qué de qué!

—¡Deja de chillar, cojones! —lo amonestó Angelo, ganándose otra mirada que, si no llega a ser por la mano de Aarón, que detuvo a Jack, habría terminado en otro ojo casi cerrado.

—Vamos a calmarnos todos. Y vamos a tratar de entender qué está diciendo —nos pidió Noa.

La fulminé de un simple vistazo. Volví mi atención al hombre que temblaba y se subía las gafas a su posición. La frente comenzó a perlársele de sudor al ver mis profundos ojos clavados en él.

—A ver, Riley, explícanos eso de que te has tragado el chip.

Intenté sonar calmada, pero no lo conseguí mucho. Juraría que estuvo a punto de echarse a llorar.

—Pues... escuché las balas... Después... —Me contempló con ojillos de cordero degollado—. Después... —asentí para que continuase. Escuché un resoplido de Jack— me puse muy nervioso al pensar que podrían venir y llevárselo. Y... como me dijisteis que.... Bueno..., que me lo he tragado.

Nadia habló.

Y eso daba miedo.

—¿Te has tragado el chip de verdad? —La pregunta por parte de un Aarón asombrado provocó que Riley agachase la cabeza.

—Sí...

—No puedo creérmelo... —murmuró Tiziano—. No puedo creérmelo... —repitió—. Qué crac.

Todos nos giramos en su dirección y lo contemplamos con mala cara cuando soltó una carcajada digna de admirar y, con seguridad, llena de unos nervios que no iba a demostrar.

—Se ha comido el puto chip —musitó Angelo sin dar crédito, y frunció el ceño al darse cuenta de un detalle. Con sorpresa, preguntó—: ¿Me habíais engañado?

Todos lo miramos como si fuese obvio, sin embargo, nadie contestó.

—Te dijimos que protegieras el chip, ¡no que te lo comieras, Riley! —La voz de Jack fue subiendo de decibelios según terminaba su intervención.

—¿Y ahora qué se supone que tenemos que hacer? —preguntó la tonta al cuadrado de Noa.

Tiziano seguía riendo como un descosido y, sin más, soltó:

—Cuando lo cague, habrá que cogerlo.

Otra carcajada con más fuerza salió de la garganta del italiano. Jack avanzó temerario hasta él. Tiziano levantó las manos cuando vio sus intenciones y dijo:

—No me río más. Te lo juro.

Pero seguía aguantando la risa en los mofletes, que estaban a punto de explotarle. Negué con la cabeza y miré a Riley, tratando de buscar una solución.

—¿Y si vomitas?

Negó con la cabeza, con pánico.

—No. No. No soy capaz de meterme los dedos en la boca para tal cosa. No puedo con ello.

Un rugido, igual que el de un animal, salió de la garganta del hombre que tenía detrás, resoplando. Su mano pasó por al lado de mi hombro para coger a Riley.

—Me cago en mi puta vida. Yo te haré vomitar —sentenció con rudeza.

Los ojos asustados de Riley me pidieron ayuda, y se la ofrecí:

—No podemos sacárselo por las malas.

Intenté que razonara mientras se encaminaba hacia el baño con grandes pasos. Parecía un potro desbocado. No lo había visto nunca con semejante enfado.

—Ya lo veremos.

—Jack, por favor, déjame que...

—¡No pienso abrir tu mierda para sacar el puto chip! —le gritó.

—Yo lo haré, pero no me hagas... —casi le suplicó Riley.

—¡Al baño! —le ordenó Jack.

—¡Deja de gritarle! —Me puse a su lado, colocándome delante de Riley.

Soltando el agarre que Jack ejercía en el brazo de su amigo, los separé. El titán enrabiado entrecerró sus ojos, taladrándome. Trató de apartarme, y al ver que conseguiría hacerlo con un solo empujón, saqué mi pistola y se la coloqué en la garganta.

El silencio volvió a crearse en la estancia.

Él me contempló, intentando intimidarme con su mirada.

—Eh, Micaela, vamos, baja la pistola —me pidió Tiziano con tono neutro y nada bromista.

Jack, dispuesto a seguirme el pulso, sacó la suya, la colocó en mi cuello e hizo un gesto vacilón con sus ojos. Yo arrugué los míos y junté mis labios en una fina línea.

—¿Comprobamos quién dispara antes? —me provocó.

—Eh, no tenéis que llevar las cosas a este nivel. Podemos hablarlo, vamos. —Esa vez fue Aarón quién intentó calmarnos.

—Jack, Micaela, bajad las armas. —La voz de Tiziano no sonó conciliadora.

Mi marido me lanzó una mirada suspicaz, y en sus ojos atisbé el deseo que lo corroía. Desde luego, no estaba bien de la cabeza. Negué de manera casi imperceptible al leerle el pensamiento.

—Vomitaré. Haré lo que sea necesario, pero, por favor, bajad las armas y dejad de hacer el idiota. Lo siento, Jack, pensé que era lo mejor y los nervios me pudieron.

El hilo de voz por parte de Riley nos hizo mirarnos. Jack pareció arrepentirse de haberlo tratado de aquella manera. Cabeceó muy despacio, bajó la pistola y se dio la vuelta, alejándose de nosotros.

—¿Quieres que vaya contigo?

Negó con la cabeza y lo dejamos a solas, instante en el que me percaté de que Noa no se encontraba con nosotros. Jack tampoco. Los busqué, deseando que dejaran de suceder cosas de mal gusto por un momento. Necesitaba centrarme, y de esa forma no podía. En efecto, cuando giré, me la encontré acariciando el brazo de Jack.

Y él se dejó.

Y me miró con superioridad.

Alcé mis cejas, las cuales él vio. ¿Estaba vacilándome?

Noa tenía un brazo extendido, apoyado en la pared del salón, mientras le decía cosas en las que no quise ni pensar. Jack no le contestaba, pero ella continuaba manoseándolo, y no pensaba permitirlo. Me agaché, bajo las miradas de Tiziano, Angelo y Aarón, saqué mi cuchillo de la bota y, sin pensarlo, lo lancé a la pared, dejándola a ella clavada por la manga.

—Tienes buena puntería, sí —argumentó Tiziano, sujetándose el mentón con la mano derecha.

Aarón me contempló con el entrecejo arrugado. Angelo no abrió la boca. Noa se giró como un basilisco, llena de rabia, y dio un fuerte tirón para sacarse la manga, la cual rompió. Llegué hasta ellos, no sin apreciar la sonrisa vacilona de Jack.

—Si me disculpas, me parece que tenemos que hablar.

Sujeté el brazo de Jack, que me contemplaba con una sonrisa guasona en los labios, y tiré de él hasta que nos metimos en una de las habitaciones contiguas al salón. Cerré la puerta con brusquedad, encarándolo después.

—¿Qué mierda estás haciendo? —bufé.

Se acercó a mí para tocarme. Rechacé su mano, que casi rozaba mi hombro, de un simple manotazo. Lo advertí con el dedo en alto, lanzándole una amenaza muda.

—Me la has puesto dura con esa pistola. ¿Te he dicho alguna vez que me encanta verte con un arma?

Sus felinos ojos se clavaron en mí, calentándome. Me negué a dejar que hiciera lo que quisiera conmigo. Estaba enfadada de verdad. Avanzó con pasos seguros y firmes hasta dejarme encajada entre la pared y su cuerpo.

—Estoy enfadada.

Crucé mis brazos con más fuerza sobre mi pecho mientras él se encargaba de ponerme nerviosa elevando los suyos hasta colocarlos a ambos lados de mi rostro.

—Y yo —me contestó.

—No me gusta que te toquen.

—Ni a mí.

Alzó una ceja con gracia, devolviéndomela.

—La próxima vez, la mataré.

—Y yo.

Sabía que se refería a Aarón.

Fruncí el ceño, imitándolo, y él hizo lo mismo, solo que con la diferencia de que sus labios mostraban una deslumbrante sonrisa que me encandiló. Estampó su boca con brusquedad contra la mía, besándome con rabia, con anhelo y lujuria; un cóctel explosivo que no podíamos permitirnos si queríamos seguir llevando a cabo el plan de que no estábamos juntos.

Sentí un pinchazo en mi sexo y noté sus pantalones abultados en mi vientre. Jadeé en su boca mientras envolvía mis brazos alrededor de su cuello. Sujetó mis caderas con fuerza, pegándose a su cuerpo.

—Voy a destrozarte cuando llegemos... —murmuró con la voz ronca.

—No prometas cosas que no vas a cumplir. —Besé sus labios de manera intermitente.

—No —beso— me pongas —beso— a prueba —beso más largo—, o no saldremos de aquí en un buen rato.

—Te has portado muy mal con Riley —lo regañé.

—Lo arreglaré. —Se separó de mí con una sonrisa deslumbrante. Me abracé a él, sintiéndolo. Cerré los ojos un instante y di gracias a que todavía podíamos seguir respirando—. Ahora, salgamos. E intenta que no se fijen mucho en esos labios hinchados. —Rio.

—Lo mismo digo, refunfuñón.

Fui a girarme para coger el pomo de la puerta. Sin embargo, me giró hacia él y me besó de nuevo.

—Te amo —musitó en mi boca.

—Yo también te amo. —Lo besé con más fuerza.

Después de soltarme de su agarre y abrir la puerta, vi que un gesto enfurecido aparecía en su rostro. A los demás podía engañarlos. A mí no.

Todos nos miraron cuando regresamos al salón. Tiziano lo hizo con una sonrisa que disimuló poniendo morritos. Aarón y Angelo, al que apenas se le veía el ojo izquierdo, no entendieron nada, y pensaron que, seguramente, habríamos tenido algunas palabras privadas por lo que nos unió en el pasado, y Noa me contemplaba con mala cara.

Me acerqué a ella sin quitarle los ojos de encima y, colocando la mano en el cuchillo de la pared, le dije:

—He fallado.

Sonreí con superioridad, pues había errado aposta. La amenaza le quedó bastante clara cuando me observó sin perderse ni un solo detalle de mis facciones al sacar el cuchillo.

—Ahora, vamos a sentarnos. Tranquilos. A hablar y buscar soluciones. —Como si fuese una jueza, me coloqué de cara a todos ellos. Miré al primero—. Angelo.

—Lo he explicado antes. No tengo nada más que añadir... Pero ese cabrón me las pagará.

—¿Piensas de verdad que puede quedarse con nosotros? —intervino Jack.

—Os ayudaré a encontrarlo.

—Y nos apuñalarás cuando menos nos lo esperemos —terminó Tiziano.

—No. Esta vez no.

Me acerqué a él con parsimonia, sin dejar de mirarlo. Coloqué mis manos en los reposabrazos de la silla y, viendo que no perdía de vista mi contacto visual, murmuré con voz tajante:

—Te concederé el honor de quedarte con nosotros —ironicé—, pero como me falles, como me traiciones una vez más..., no habrá lugar en la Tierra donde puedas esconderte. Te encontraré, te torturaré y te mataré yo misma.

El duro e implacable de Angelo asintió.

—Alto y claro, jefa. —Eso último lo dijo con un tono jactancioso que ignoré. Le lancé un último vistazo y quité mis manos de los reposabrazos.

—Márchate. Cuando preparemos el asalto a Anker, te avisaremos. Antes de nada, necesito atar unos cabos.

Movió su cabeza en señal afirmativa. Tampoco tenía que saber más cosas de las necesarias, y sobraba decir que no contaríamos con él, así que se levantó y salió por la puerta sin decir ni una sola palabra más.

—Aarón, tenemos que hablar. —Miré a su compañera—. A solas.

Cogió la indirecta. Más bien fue una directa, pues mis ojos se posaron en ella al instante.

—Iré a por algo de cenar. Me llevo el teléfono —le comunicó a su jefe, sin apartar sus ojos coléricos de mí.

Aarón asintió, mirándome también. La puerta volvió a escucharse.

—Tiziano, ¿puedes preparar un vuelo inmediato?

Él sabía a lo que me refería .Agneta, Adara y Atenea tenían que cambiar de sitio. Si Anker estaba vivo, eso quería decir que, lo mismo que me habían encontrado en Atenas, las encontrarían a ellas.

—Saldré en dos horas. Lo he preparado todo mientras aclarabais vuestras cosas.

—Bien, avísame cuando tengas novedades.

Asintió y se despidió de Jack con un ademán de su mano. Sujetó su chaqueta y salió a toda prisa del piso franco. Jack se aproximó a la puerta del baño y le preguntó a Riley cómo se encontraba, y este le informó que tardaría un rato. Eso solo quería decir que no había conseguido vomitar.

—¿Por qué se marcha? —me preguntó Aarón.

Suspiré. Me senté en una de las ventanas cercanas al sofá, pensando en si lo que iba a contarle sería buena idea o no. Aunque si lo meditaba, llegados al punto en el que estábamos, o íbamos todos a una, o estaba claro que no conseguiríamos sobrevivir.

—¿Qué quieres hacer con el chip, Aarón? Dime la verdad, porque no pienso volver a repetírtelo.

Depositó mi pistola sobre la mesa del salón, muy cerca de mí.

—No necesito que me amenaces con eso. Sé que ninguno de los dos ha sido sincero.

—¿Prefieres que esté o que se marche? —le pregunté, sabiendo que la presencia de Jack no le gustaba. Quería que me dijese la verdad, que no hubiese más tretas.

—Creo que es indiferente que esté o no. Me ha quedado muy claro cuando has salido de esa habitación.

Durante unos segundos nos mantuvimos en silencio, cada uno en una esquina de la estancia: Jack, junto a la puerta del baño, sin dejar de prestarnos atención pero sin entrometerse; Aarón, sentado en una de las sillas cercanas a los ventanales, y yo en la misma posición que la anterior.

—¿Pensabas encerrarme en una casa hasta que te quisiese? —le solté a bocajarro.

—Pensé que tal vez quedaba algo dentro de ti.

—Te vendí. Te mentí. No podías seguir queriéndome, Aarón.

Hice referencia a la última vez que nos vimos, cuando pensó que le entregaría a Jack.

—Siempre tuve la esperanza, y quise creer que de verdad estabas de mi lado.

—Nunca podré estar de tu lado. Eres la poli.

—La poli que está ayudándote.

—De momento, solo me has dado dolores de cabeza. —Silencio—. Cuéntame la verdad, Aarón. La única verdad.

Permaneció mudo durante unos minutos, seguramente pensando en cuál sería la respuesta adecuada para aquella pregunta.

—Solo te quería a ti.

—Y a los demás —añadí.

—Si tu venías, ellos lo harían contigo. —Lo contemplé, esperando a que continuase—. Yo tendría el chip. Ellos estarían en la cárcel...

—Pero el destino de Jack era uno bien distinto.

Agachó la cabeza, para después asentir. No nos equivocamos en nada. Absolutamente en nada. Angelo mataría a Jack, Aarón se colgaría las medallas, y yo, alguna vez en la vida quizá podría haberlo querido.

—¿Qué quieres que te cuente, Micaela? Ya lo sabes todo.

—Has jugado muy sucio. Con Eiren, conmigo, con todos. Has intentado poner a Angelo en nuestra contra y has conseguido algo peor. No te diferencias en nada de todas esas personas que

aparecen como policías corruptos.

—Nunca imaginé que Anker seguía con vida —me recriminó—. Te dije que no te fiases de tus nuevos aliados. Era consciente de que intentaríais llevároslo a vuestro terreno. Y a la vista está... Se ha vendido al mejor postor.

—Angelo no se diferencia mucho de ti. Tú te has comportado como él —le espeté.

Mi tono era pausado, tranquilo y conciliador. El gallinero anterior había desaparecido para dar paz a nuestras mentes, para poner en orden las cosas que debíamos hacer, los pasos que tendríamos que seguir.

Elevó sus ojos sin poder recriminarme nada, suspirando.

—¿Qué quieres hacer? —me preguntó al fin.

—¿Qué podemos hacer contigo aquí? —le devolví la pregunta.

Anker estaba vivo. ¿Cómo? No tenía ni idea, y era algo a lo que le daría bastantes vueltas, pues no llegaba a comprenderlo. La dirección de Vadím estaba en mi poder, y esa sería la primera parada que haría. Después, todo sucedería en orden, estrictamente pensado, milimetrado, sin fallos y sin perder los papeles. Porque, después de todo lo que nos había ocurrido, ¿qué más podía pasarnos?

Huida

Adara Megalos

Puse un dedo en sus mofletes, delineándolos, hasta que terminé en la pequeña boquita rosada. Sonreí al ver cómo me contemplaba con esos ojos tan iguales a los míos. Tan verdes como los de Jack.

Pensaba en lo bonita que era la vida para ellos, ahora que tenían a alguien que llevaba la sangre de los dos. Que era de los dos. Y también pensé en el amor, en ese que ojalá algún día consiguiese sentir yo. Nos habíamos convertido en una familia perfecta. Con sus defectos, con sus virtudes, pero, a fin de cuentas, perfecta.

Nosotras estábamos bien. Con miedos a la hora de salir, evitando todo lo posible el contacto con el exterior, por lo menos hasta que volviesen. Mi madre se había marchado a realizar unas compras y todavía tenía que entregar suministros a dos de los hombres de Tiziano, que se encontraban en otro punto de la isla. Pensé en irme a dar una vuelta con Atenea, ya que necesitábamos un poco de aire. Llevábamos encerradas desde que se marcharon a Rusia, y las paredes del piso comenzaban a asfixiarme. Necesitaba ver la luz, necesitaba poder respirar el aire de la montaña, perderme un día entero estudiando, leyendo. Y todo eso lo eché de menos gracias a la jovencita que se encontraba en mis brazos, mirándome. Sonreí al ver su rostro, dándome cuenta de que todo ese tiempo que no me dedicaba a mí se lo dedicaba a ella. De nuevo, supe que estaba predestinada a ayudar a los demás.

Porque me sentía bien.

Porque me sentía útil.

Escuché la voz de Carlo, alguien con quien había tomado la suficiente confianza los últimos días tras los acontecimientos. Desayunaba, comía y cenaba con nosotras. Al final, terminó mudándose al salón, donde acondicionamos una cama de otro de los pisos del bloque. Nos encontrábamos protegidas, tal vez de más; aunque, sabiendo con quién tratábamos, la seguridad era poca. Había escuchado conversaciones sueltas con el resto de los hombres, y parecía que el edificio había sido vaciado con intenciones muy claras y con todos los recovecos del bloque bien estudiados, pues, según escuché, escondía varias salidas de emergencia.

»Emergencia...«. Ojalá nunca las necesitáramos.

—Bueno, pequeña bebé, ya está —finalicé, cambiándole el pañal.

Me coloqué un dedo en la nariz, tapándomela, y le hice una carantoña con un sonidito en plan ¡»Buaaag!», a lo que la pequeña contestó sonriendo. La acurruqué en mis brazos y posé mis labios

en su cabecita, llena de un cabello negro tan oscuro como la noche. Descrucé mis piernas y me levanté de la cama. Aunque deseaba acostarme y dormir hasta el día siguiente, cogí uno de mis libros. Pronto llegarían los exámenes, así que quería estar preparada, aunque tuviese que sacar el tiempo a ratos. Me gustaba ayudar a la gente, poder dar más de mí, y supe desde el primer momento que la carrera de Medicina era la apropiada para mi futuro.

Carlo subía por las escaleras del bloque. Aquel era un punto deficitario en cuanto a discreción se refería, pues si hablabas más alto de la cuenta, todo el edificio se enteraba, aunque estuviésemos solos, como aquel que decía. Mi móvil sonó desde el mueble de la entrada mientras iba hacia la puerta para recibirlo, pero no lo miré. Apreté a la pequeña entre mis brazos con una sonrisa instalada en mi boca al saber que no estaríamos solas hasta que mi madre llegase. Sin embargo, la sonrisa se me borró de la cara cuando, mientras abría la puerta, escuché una voz más:

—¿Te han dicho algo de la embarcación?

—No. Está todo controlado, Tiziano, no te preocupes. Dentro de dos días estará listo. Podemos ir informando al comprador —le contestó Carlo.

Permanecí en el salón, semiescondida entre la columna y el diminuto pasillo de entrada. No estaba bien espiar, eso lo sabía, pero la información extra tampoco venía mal. Por si las moscas. Mi móvil sonó con más insistencia dos veces.

—Necesito unas vacaciones.

—No te veo en un futuro sin dedicarte a esto.

—Me agotan. Dime que no tenemos más pajilleros hormonados que quieran retornos. Porque me tienen hasta los cojones —bufó Tiziano.

Esto último lo dijo con tono huraño, aunque nunca desaparecía el italiano bromista. Jamás lo había visto enfadado de verdad; molesto sí, pero se le pasaba al instante, y no entendía cómo alguien como Tiziano era capaz de mantener ese temperamento en los momentos más difíciles.

El sonido de la puerta al cerrarse retumbó y el móvil también.

—¿Qué *merda* de sonido es ese? —gruñó, acercándose a mi teléfono, que descansaba en el recibidor.

—Me imagino que será el teléfono de la señorita Adara —le contestó Carlo.

—¿Dónde está...?

La pregunta del italiano se quedó en el aire al verme allí con Atenea en brazos, y sentí que me clavaban mil puñales con aquellos afilados ojos de gato. Me inspeccionó desde mis pies descalzos hasta mi recogido malhecho en un moño. Con la mano que tenía libre, tiré de mi vestido hacia abajo. Se me había quedado arremolinado al levantarme de la cama, y ni siquiera me había dado cuenta de lo mucho que se veía la piel.

—Aquí. Si te refieres a ella.

—No me has dejado terminar la pregunta —le dijo a Carlo, sin apartar los ojos de mí—. ¿Y Agneta? —le preguntó a su hombre, pero seguía mirándome.

Un temblor extraño me recorrió de pies a cabeza, y él lo sabía y lo notaba, aunque no quisiera. No podía evitarlo, y me horrorizaba pensar que aquel monstruo podía siquiera gustarme, pero mis actos involuntarios estaban demostrándolo con creces.

Abrió mi teléfono, sin permiso, y lo ojeó. Su ceño se acentuó. Avancé decidida en su dirección y le quité el aparato de las manos con malas formas.

—Mi madre ha salido a por provisiones. Enseguida volverá. Y esto se llama intimidad y no se coge sin permiso. —Señalé el teléfono—. ¿Dónde están Micaela y Jack? —le pregunté a la

carrerilla, sintiendo un rubor en mis mejillas.

—¿Quién es Eliot— ?Alzó una ceja. No le contesté, y él continuó con una sonrisa pícar—. Micaela y tu hermano —pronunció lo último con saña— siguen en Rusia.

Dio un paso corto en mi dirección, sin apartar los ojos de mí. Yo retrocedí tres, por lo menos.

—¿Y por qué estás tú aquí?

Otro paso más, esa vez más largo, más firme y más directo. Sin contestarme, se colocó frente a mí, acercándose con peligrosidad. La pequeña era el único obstáculo que impedía que se pegara completamente a mi cuerpo. Aun así, consiguió llegar a escasos milímetros de mi boca. Tragué el nudo que tenía y él se dio cuenta, como con todo. Miró mis labios y susurró:

—Porque tenía ganas de verte, *bambina*...

Un latigazo atravesó mi sexo, deseándolo. ¡Maldita fuera! No podía comportarme así, pues mis gestos eran demasiado evidentes. Miré aquellos esponjosos labios, deseando perderme en ellos como no había podido hacerlo ninguna de las veces que lo había visto. Sintiendo que me ardía el rostro, se juntó un poco más, casi tocándome. Tras unos intensos segundos, se giró levemente, sin dejar de observarme, movimiento que provocó que me rozara el labio inferior, y terminó depositando un beso en la cabeza de Atenea.

Casi caí desplomada. Las piernas me temblaban. Las manos también.

Una sonrisa de rufián se instaló en sus labios al separarse y regresó junto a Carlo. Este último me contempló. Me giré, presa de la vergüenza que él habría apreciado. Dejé a Atenea en el balancín y lo puse en movimiento para que estuviese entretenida durante unos minutos. Menos mal que la niña era buena y no se quejaba de nada. Necesitaba desaparecer de allí a toda prisa.

—Cerrad la puerta con llave en cuanto os marchéis —les indiqué cuando pasé por al lado de ambos, sin mirarlos.

Llegué al baño y cerré con un portazo, sin pretenderlo. Me apoyé en la madera con la respiración agitada. Pocos minutos después, escuché que se marchaban. Respiré con dificultad, casi sin conseguir el aire. Moje mis manos con abundante agua y me las pasé por el rostro hasta empararlo. Miré hacia abajo, sujetando con fuerza el mármol del lavabo, hasta que sentí que mi vestido subía solo. Busqué el foco de un contacto que me crispó, y cuando mi mirada se proyectó en el espejo, lo hizo la suya, afilada y destellante.

—¿Qué...?

No me dejó terminar:

—Atenea se ha dormido en ese cacharro infernal que tiene canciones espantosas y se mueve sin parar —murmuró, pegándose a mi oído—. Y he venido a buscarte porque... —sensual, me miró— pensaba que te habías perdido en el baño.

Detuvo su mano, que masajeaba mi muslo con lascivia. Tenía los vellos de punta, el corazón a mil por hora porque lo deseaba con todas mis fuerzas y las mejillas tan coloradas que poco les quedarían para estallar.

—Déjame, Tiziano.

Traté de apartarlo con un manotazo que ni lo movió, pero antes de que pudiese dar la vuelta, me sujetó por el codo, dejándome de frente a él. Su rostro casi rozó el mío, y mi pecho reventó cuando lo escuché:

—Has estado provocándome todas las veces que nos hemos visto...

—Yo no he hecho nada de eso —lo corté, tajante.

—Intentas volverme loco...

—Eres un paranoico.

Me ignoró, sin dejar de recorrer con sus ojos mi boca. Ascendió con una mano por mi cintura, delineando mi figura, y se detuvo en mi mandíbula para acariciarla con parsimonia.

—Con tus vestidos cortos... —Tiró de él con la mano que toqueteaba mi muslo, encendiéndome—. Con tus andares provocadores delante de mis narices... Con tus miradas retadoras... —Detuvo sus manos y sus ojos se posaron sobre los míos. Con seriedad, dijo—: Dándome celos con Arcadiy, hablando ahora con otros hombres, en especial con un tal Eliot...

Aquello no me lo esperaba, y la sorpresa se vio reflejada en mi rostro. Iba a contestar, pero sus labios hambrientos me lo impidieron estampándose contra mi boca, devorándome. Su lengua se abrió paso con rapidez, con una brusquedad que no recordaba, aunque sí rememoraba muchas noches el único beso que me dio.

Mis manos sujetaron con más fuerza el mármol. Mi mente pensó y pensó que no podía ocurrir de nuevo, que no podía permitirlo, o estaría perdida. Pero yo sabía que era tarde cuando alzó mi trasero, me apretó a su cuerpo y mis manos volaron impulsadas hasta envolverse en su sedoso pelo. Noté que se deshacía de mis braguitas y escuché la cremallera de su pantalón al bajarse. Se sentó encima de la tapa del inodoro y, sin esperar a que pudiera decir una sola palabra, pasó la mano por la abertura de mi sexo, gruñendo con fuerza, sin dejar de besar mis labios.

Lo sentí deslizar sus dedos hasta el fondo, tratando de acostumbrarse a mi estrechez. Sin embargo, las mariposas que revoloteaban en mi estómago ganaban al escozor que me provocaba. Se separó y me contempló durante unos instantes. Sin moverse, pronunció severo:

—Si quieres marcharte, hazlo ya, Adara. Hazlo, o te follaré en este baño hasta que no puedas ni andar.

Otra punzada de deseo me atravesó, clavándose en lo más hondo de mí. Deseé tener la fuerza de voluntad necesaria para levantarme y dejarlo plantado. Era lo que se merecía. Era lo que tenía que hacer. Y lo hacía porque, en el fondo, lo deseaba, aunque tuviese miedo de su reacción. Porque un día estaba bien; otro, de mal humor —siempre risueño, pero a fin de cuentas de mal humor—; otro, me miraba extraño. Sin embargo, la mayoría de las veces trataba de ponerme nerviosa a propósito, e incluso a veces me ignoraba, como si no existiese o como si mi simple presencia lo molestase.

—¿Debería... marcharme? —le pregunté titubeante, con un hilo de voz que apenas escuché.

Sus labios se curvaron hacia arriba. Su cadera se movió una milésima, ocasionándome placer con ese simple roce. Cerré los ojos y volví a abrirlos instantáneamente cuando su mano apretó mi mandíbula para que lo mirase.

—Los ojos abiertos, *bambina*. Y... deberías dejarme la polla seca. Deberías dejarme hacerte mil y una cosas hasta que me saciase de ti.

Su tono tan pausado, tan sensual, tan ronco, me estremeció, sofocándome. Tiró del broche que sujetaba mi cabello en aquel destartado moño, deshaciéndolo. Mi pelo cayó en cascada hasta rozar mi cintura. Lo miré, temblando, vergonzosa, sin poder decir que no a algo que estaba deseando.

Sus labios fueron directos a mi cuello, todavía con sus dedos incrustados en mi interior, y su mano libre se coló por mi vestido hasta tocar uno de mis pechos. Devoró mi cuello con tanta ansia que temí las marcas de después, y sin ser consciente de ello, me encontré moviéndome sobre sus dedos, pidiéndole más. Una ronca y gran carcajada salió de su garganta, y agradecí que no hiciese comentarios a mi respuesta, pues me moría de la vergüenza cada vez que me hablaba con aquellas palabras tan malsonantes y subidas de tono.

Yo no estaba acostumbrada a eso.

No estaba acostumbrada a estar con un hombre.

Mis manos tiraron con fuerza de su cabello mientras mi pecho se presionaba involuntariamente contra su mano y su cuerpo. Me despegué de él lo suficiente para buscar con premura sus labios, y los encontré ansiosos por estrellarse contra los míos. ¿Cuándo me había vuelto así? ¿Podría llamarlo el efecto Tiziano? Era una muchacha tímida, miedosa, que no se atrevía a hacer prácticamente nada, que todo le costaba sudor y lágrimas y que la parte de ser valiente se la dejaba a los demás.

Nuestras lenguas jugaban brutales, nuestros sexos se rozaban con desespero, y antes de que pudiera esperarlo, me encontré entre sus grandes manos, sujetando mi cadera con una fuerza desmedida, tirando de mí hacia arriba para poder encajarme en su gran falo. Cogí el aire que conseguí guardar en mis pulmones, tratando de contenerlo hasta el momento en el que estuviese dentro. Nos miramos un segundo, tras el cual noté la cabeza de su miembro en mi entrada, deseoso de atravesarme.

Pensé que el mundo se había parado cuando ya casi entraba. Entonces, escuché la puerta de la casa abrirse, seguido de un:

—¿Adara?

El corazón me latió a toda velocidad. Mis ojos se abrieron en su máxima extensión, y lo único que aprecié por parte de Tiziano fue una sonrisa lasciva que me perturbó. Traté de levantarme deprisa de sus piernas, pero me lo impidió. Lo miré al borde del infarto, suplicándole con los ojos que me dejase salir.

—¿No pensarás que vas a dejarme con este puto empalme? Podemos hacer un trío si quieres. No me importa compartir.

Me pareció incluso que se enfadaba, y lo miré horrorizada por su último comentario. Yo no escuchaba nada más que la voz de mi madre llamándome, sin saber dónde estaba, aunque poco tardaría en entrar por la puerta del baño. El piso se dividía en dos pasillos con sus respectivas habitaciones, por lo que tampoco era decir que fuese muy grande. Y la puerta del baño estaba entornada.

Tragué saliva y empujé con más insistencia el pecho del italiano, que no se movía un ápice; al contrario, me sostenía con una fuerza brutal que no me daba margen a separarme de su cuerpo. En uno de los intentos por apartarme, sentí que su miembro se introducía casi por completo. Solté una pequeña exclamación debido al dolor que me ocasionó. Pude ver los ojos de Tiziano, que negaba con la cabeza mientras contenía una mueca de placer.

—¿Adara? ¿Dónde estás? —Silencio. Quise morirme al escucharla tan cerca—. ¿Adara?

Lo miré suplicante.

—Por favor, Tiziano, escóndete. Déjame salir... —Casi lloré.

—*Bambina...*, quien juega con fuego, se quema —murmuró, mordiendo mi labio inferior y empujando para llegar al fondo de mis entrañas.

Lo peor de toda la situación era que notaba cómo ardía por dentro, y sabía que el deseo irrefrenable por moverme sobre él estaba resultándome incontrolable.

—Por favor... —lloriqueé.

Me contempló con los labios sellados y un rostro curioso. Le hacía gracia. Ese gesto me enfadó. Levantó las cejas al ver mi entrecejo arrugado.

—No pienso esconderme. Y... —se acercó de nuevo hasta morder mi mejilla, para después hacerlo con el lóbulo de mi oreja— esta me la pagarás. —Alzó las palmas de las manos en señal de rendición.

Aproveché la ocasión antes de que se arrepintiese para salir corriendo. No me molesté ni en colocarme las braguitas; tampoco me dio tiempo, pues mi madre se encontraba justo en el otro pasillo y no tardaría en descubriarnos. Tiré de mi vestido hacia abajo, intentando a la vez peinar mi cabello de cualquier manera.

—¿Mamá?

La llamé cuando casi giraba la esquina del pasillo donde estábamos. No sabía ni cómo iba a explicarle por qué estaba él allí y por qué arrastraba aquel ahogo. Las mentiras nunca se me dieron bien.

—No te encontraba. —Me miró—. ¿Te encuentras bien? Pareces sofocada.

—Sí..., sí— tartamudeé sin querer. Pasé por su lado y casi corrí hasta el salón, seguida de sus pasos, evitando a toda costa sus ojos. Mal, porque ahí era donde te cazaban a la primera de cambio. Ya me lo advertía Micaela cada dos por tres—. ¿Te ayudo con la compra? ¿Qué has traído?

—Adara, ¿qué te pasa? Estás muy colorada. Cariño, ¿no tendrás fiebre?

Se aproximó para tocarme la frente y temí. Temí por que tuviese que darle explicaciones de mis labios hinchados, de mis mordiscos en el cuello, de la rojez que Tiziano había provocado en mi mejilla, e incluso de que pudiese oler la humedad que se deslizaba por mis muslos.

—Estoy bi... —Unos pasos se escucharon a nuestra espalda. Mi madre se giró y alzó una ceja, interrogante.

—¿Tiziano? ¿Qué haces aquí? ¿Han venido los demás? ¿Dónde estabas? ¿Acabas de entrar? — Lo soltó todo de carrerilla y sin darle tregua a contestar.

Pareció olvidarse del tema, aunque yo sabía que no era tonta. Alcancé unos zapatos y me los puse. Después, me recogí el pelo con un coiletero, intentando con ello aparentar que no ocurría nada.

—Hola, Agneta —soltó cantarín. El gran bulto de sus piernas me hizo cerrar los ojos, y rogué que ella no se diera cuenta—. He venido para ver cómo estabais. Digamos que nos hemos encontrado con algún que otro contratiempo.

—¿Contratiempo? —le preguntó ella, extrañada.

—Sí, verás, estab...

Tiziano se disponía a hablar cuando el teléfono le sonó y unos golpes en la puerta resonaron con fuerza, seguidos de la voz de Carlo:

—¡Nos han descubierto! ¡Tiziano! ¡Nos han descubierto!

El aludido se dio media vuelta como un huracán y caminó a grandes zancadas. Mi madre me observó sin perder tiempo y corrió hasta la habitación de Atenea, ordenándome cosas a voces.

—¡Coge a la niña! ¡Tenéis que ir os ya! —nos gritó Carlo, entrando como un torrente.

—¿Qué ha pasado? ¿Quién nos ha descubierto? —pregunté de manera atropellada, sintiendo los nervios en mis manos mientras recogía el kit de emergencia que tenía dispuesto en uno de los muebles de la cocina.

Tiziano cerró y se echó la mano a la parte trasera de su pantalón, de donde extrajo una pistola y la cargó en un abrir y cerrar de ojos. También sacó una navaja que más bien parecía un enorme cuchillo y se colocó en la entrada del pasillo. Los disparos empezaron a escucharse en todo el edificio, y supe que habían llegado hasta nosotros. ¿Quién había entrado?

Carlo se apresuró y quitó la gran alfombra del suelo, abrió la escotilla que había de un solo tirón y se deslizó escaleras abajo.

—¡Adara, la niña! ¡Vamos! —me chilló histérico.

Los cristales del pasillo contiguo se oyeron romperse cuando mi madre llegaba hasta nosotros con una mochila. Con manos temblorosas, le coloqué en un brazo a la pequeña. En el otro, lo único que sostenía era la diminuta bolsa, que se colgó a la espalda.

Tiziano se acercó al pasillo y comenzó a lanzar disparos a alguien que no veía.

—¿Recuerdas qué tienes que hacer? —le preguntó Carlo con seriedad cuando mi madre puso un pie en el primer escalón para descender.

—Sí. Adara, vamos, cielo. No tenemos tiempo —me pidió ella.

Miré a Tiziano, que se escondía tras la pared, protegiéndose, y su camisa comenzó a mancharse de sangre en la parte del hombro.

—Le han dado... —murmuré en estado de *shock*.

Carlo le tendió una pistola a mi madre y todo sucedió a una velocidad que no fui capaz de asimilar. Me agaché hasta donde estaba ella mientras ambos miraban al italiano, que seguía disparando sin miramientos. Entonces, un arma mucho más poderosa que una simple pistola impactó contra los cristales de la entrada, reventándolos. Me agazapé evitando las balas que casi nos rozaban, protegiéndome con una de las sillas del comedor. Me era imposible avanzar hasta la escotilla. La miré con miedo, asintiendo, y ella negó, entendiendo lo que quería decirle.

—¡Van a tirar la puerta! ¡Carlo, *andiamo*⁹, cojones!

—¡Mamá, corre!

Negó con la cabeza, con el pánico instalado en su precioso rostro. Chilló en mi dirección, asustada:

—¡No! ¡No! Me niego a que te quedes aquí... ¡Tiziano, ayúdala a venir!

El italiano me contempló desde su posición; suficiente despiste como para que una bala rozase su preciosa mejilla. Abrí mis ojos con pavor al verlo apoyarse en la pared, maldiciendo. Seguidamente, mi mirada se posó en una de las personas que más quería en el mundo.

—Mamá, protege a la niña como Micaela nos dijo. Lo demás no importa...

No me dejó terminar:

—¡Te matarán! Adara, ¡por favor!

Los pasos se escuchaban más cercanos. La puerta de la entrada empezó a ceder, ocasionando un polvo blanquecino, y las balas impactaron por todo el piso. No sabía cuántas personas había dentro, pero muchas.

A rastras, como si fuese una serpiente y protegiéndose de los constantes disparos, Carlo llegó hasta ella.

—Vete. Te encontraré —le aseguró.

—¡No! ¡No! —Me miró—. ¡Adara, no...!

—¡Corre, mamá! ¡Corre!

Y sin darle tiempo a más, empujó su hombro hacia abajo y cerró la escotilla. Carlo me contempló.

—Has hecho lo que debías, Adara. Sola conseguirá llegar antes.

Asentí. Sin tiempo que perder, extendió la alfombra sobre la escotilla y apuntó a dos hombres que venían por el segundo pasillo. Ambos daban al salón, por lo que tardarían poco en rodearnos. Me agaché para que las balas de nuestros atacantes no dieran de lleno en mi cuerpo y, reptando, terminé llegando a la ventana. Alguien fue más rápido que yo y me sujetó por el cuello, tirando de mí hacia atrás. Escuché:

—¡La tenemos!

¿A mí?

Tiró con fuerza de mi cuello y grité sin oírme siquiera, pataleando para que me soltase. Tiziano giró su arma, apuntando en mi dirección, y le disparó al tipo que me tenía atrapada, que cayó desplomado. Mis nervios aparecieron en toda su magnitud. Tenía ganas de vomitar, estaba mareada y me temblaba el cuerpo entero. ¿Por qué había dicho eso y para qué me querían a mí?

Antes de poder moverme, otro sujetó una de mis piernas, e intentando defenderme con mis uñas en su cara, sentí que un cuchillo me atravesaba el abdomen, haciéndome berrear de dolor.

—¡¡Adara!!

Te he encontrado

Micaela Bravo

Contemplé la gran mansión desde fuera.

Desde la otra calle.

Sus muros de piedra blanca, sus amplios ventanales... Los hombres que había alrededor de toda la vivienda...

Lo había encontrado.

Después de mucho tiempo, lo había encontrado.

No podía contar siquiera el tiempo que hacía que no lo veía. Porque así era Vadím: siempre daba una de cal y otra de arena. Cuando menos me lo esperaba aparecía, llenándome de alegría, y en otras ocasiones se marchaba, dejándome sola y vacía. Lo quería tanto que me dolía en el alma saber que sería la última vez que volvería a escucharlo. Me dolía su traición. Era una de las que jamás olvidaría.

—¿Quieres que vaya contigo? —La voz de Jack sonó con firmeza pero cauta detrás de mí.

—Espérame fuera.

—Micaela... —Me detuvo, sosteniendo mi mano e impidiendo que avanzase—. Y si están esperándot...

No le dio tiempo a continuar cuando la puerta de la calle se abrió. Ambos giramos nuestros rostros en esa dirección. Un hombre armado salió a recibirnos. Jack se colocó a mi lado, dando un paso al frente para quedar delante de mí.

—¿Micaela Bravo?

Asomé mi cabeza por detrás del gran armario empotrado que me ocultaba, dejándome ver. Asentí sin contestar y el tipo extendió su mano para que avanzase con él.

En silencio, nos encaminamos hasta la entrada, donde había cuatro hombres más esperándonos. Fui rápida en coger mi pistola, pero Jack lo fue más todavía. Antes de que pudiesen dar un simple paso, estábamos encañonándolos a los cuatro.

—Te dije que podría ser una encerrona.

—Te dije que no te haría caso —le rebatí, sin despegar los ojos de los hombres.

Ellos también levantaron sus armas al ver nuestro gesto amenazante, quedando al final en cinco contra dos. Estábamos muertos.

—Bajad las armas.

El tono de Vadím no admitió replica. Enfoqué mis ojos en su dirección, encontrándomelo con una bata de seda de color burdeos, larga hasta los pies, en la entrada de uno de los grandes ventanales de la planta inferior.

—Vadím... —musité.

—Micaela, pasa. Y dile a tu marido que puede entrar también.

Miré a Jack. ¿Cómo sabía que era mi marido? Él negó con la cabeza. Tampoco tenía ni idea. ¿Por qué estaba tan despreocupado? ¿Tanto me subestimaba como para pensar que no podría defenderme de sus ataques?

Subí con cuidado los cuatro escalones blancos que separaban el jardín de la entrada, controlando todos los puntos de la casa. No veía nada fuera de lo normal. Ni nadie apuntándonos.

—¿Qué está pasando? —susurró Jack, pegándose a mi oído y leyéndome el pensamiento.

—No lo sé. Pero no me gusta.

Puse un pie en el parqué. Vadím se sentó en un sofá individual. Al lado tenía una mesita baja junto al otro sofá más grande, donde se encontraban un montón de utensilios de curas y una bolsa de sangre. Quise preguntar, asombrada por lo que estaba aconteciendo, y apreté mi pistola con más fuerza. Pero cuando una voz se escuchó por las escaleras que supuse que daban a la segunda planta, la escondí detrás de mi espalda, igual que Jack.

Era una niña que tarareaba una canción. Al verla, se quedó mirándome con adoración, o eso me pareció. Se acercó a mí. Atisbé cómo Vadím sostenía en la boca una aguja mientras ya había inyectado en su piel otra con un tubo; imaginé que para la sangre. ¿Qué demonios le ocurría?

—¿Eres Micaela?

Asentí, pasmada por la presencia de la niña y porque me conocía.

—Sí...

Miré a Vadím, después a Jack. El primero sonrió; el segundo estaba en trance, sin entender nada.

—Yo soy Aleshka. Mi papá habla mucho de ti. Eres mi heroína.

—¿Tu...? ¿Tu heroína? —le pregunté confusa.

Contemplé la mata de cabellos rubios, casi platinos como los de Adara. Asentía sin parar con una sonrisa deslumbrante y la falta de algún que otro diente de leche. Volví mis ojos a Vadím, quien cogió al vuelo la confusión que sentía.

—Aleshka, papá tiene que tomarse la medicación. ¿Por qué no sales con Dayane a jugar un poco?

La pequeña asintió con otra sonrisa todavía más grande y se encaminó hasta el ventanal, donde un pastor alemán la esperaba con una pelota en su enorme boca. Miré al animal y después a la niña, que desaparecieron por el jardín. Me perdí en sus pasos, sin entender qué era lo que ocurría.

—¿Se puede saber por qué venís a mi casa a punta de pistola?

Arrugué el entrecejo. Estaba muy confundida. La rabia comenzó a menguar, las dudas ganaron la batalla, y verlo tan deteriorado, tan mal, me acongojó.

—¿Por qué estás haciéndote una transfusión de sangre? —le pregunté, obviando su pregunta.

—Siempre evadiendo lo que no te interesa. —Silencio. Él siguió hasta que consiguió colocarse el tubo correctamente—. Fui a buscarte. Necesitaba hablar contigo, pero no estabas, y después... Después no sé qué ha pasado, pero no he tenido noticias tuyas, y tampoco está el club. ¿Vas a contarme de una vez qué demonios te sucede?

—¿Por qué no me llamaste ni una sola vez más? —le eché en cara.

Me contempló con los ojos cansados mientras colocaba sus manos sobre sus piernas.

—Guardad las putas armas. En mi casa no hay armas. Con mi hija no hay armas. ¿Queda claro?

—Parecía enfadado, pero le hice caso—. Micaela, o guardas la pistola o te vas de mi casa.

Achiqué los ojos, extrañándome más, y murmuré con asombro:

—No sabes por qué estoy aquí...

—No. No lo sé, y estás cabreándome.

Abrí los labios y me giré hacia Jack. Él me contempló con la ceja alzada a la vez que guardaba la pistola en la parte trasera de su pantalón. Yo hice lo mismo y volví toda mi atención a Vadím.

—¿Vas a contarme qué te ocurre? —le pregunté con firmeza.

—Me han detectado un tumor. Quise contártelo.

Sentí que me mareaba, y los sentimientos contradictorios que estaba teniendo me alarmaron.

—¿Cómo sabes que estamos casados? ¿Cómo sabes lo del club? ¿Un... tumor?

—Sí, Micaela. Un tumor. Ya ves, el destino siempre tan grandioso —ironizó—. Tu abuela me lo contó hace unos meses. Y lo del club, fui a buscarte y allí solo había tierra. Unos vecinos me dijeron que había volado por los aires. El resto de la información la busqué por mi cuenta.

Un comentario llamó mucho mi atención.

—¿Mi abuela?

—Sí. De hecho, la semana pasada estuve con ella. Fui a visitarla. Como siempre. ¿Se puede saber qué demonios te pasa?

Mi cuerpo cayó a plomo en el sofá de su lado y me quedé mirando un punto fijo de la pared. ¿Qué hacía ella con Vadím después de lo que nos contó en Atenas? ¿Qué hacía ella revelándole nuestras cosas cuando siempre intentó protegerme de él?

—¿Qué más te ha contado? —le pregunté, dándole vueltas a la cabeza.

Suspiró con pesar. Jack no se movió de mi lado y tampoco se sentó.

—Micaela, hoy tengo un día muy malo. No me mantengo y no estoy para tonterías. ¿Vas a contarme de una puta vez qué te ocurre? Llevo cerca de un año sin saber nada de ti. Te presentas... Os presentáis —se corrigió— en mi casa como si fueseis a matarme, y ahora me haces preguntas que no tienen ni pies ni cabeza.

—Anker está vivo... —solté sin darme cuenta.

Habían vuelto a engañarme.

Había vuelto a ser la marioneta; esa vez, de la persona que más había querido antaño.

»No puede ser...«

Vadím incorporó su cuerpo lo suficiente para mirarme.

—¿Qué has dicho?

—Necesito que me cuentes qué pasó con mi madre. Que me digas la verdad.

Me contempló con fijeza, enfadándose.

—¿Otra vez estamos con eso? Te lo he explicado un millón de veces. De verdad, Micaela, hoy no es el día. ¿Qué haces en Rusia? ¿Qué cojones te pasa y por qué dices que ese hijo de puta está vivo? ¡Estás soltándome cosas sinsentido!

—Cuéntamelo.

—Micaela... —me advirtió con su poca paciencia.

—Cuéntamelo.

Entrecerró los ojos, dejando una fina línea de apenas una milésima. Después de casi rechinar los dientes, se centró en el tema que más me interesaba:

—He dicho que no y es que no. Sabes lo mucho que me entristece pensar en ella, y aun así parece que disfrutas recordándome que está muerta.

Apreté la mandíbula al ver el tono ascendente de sus palabras y oculté mi húmeda mirada, notando cómo la rabia volvía a crecer con fuerza. Por sentirme engañada. Por sentirme usada.

—He venido a matarte —murmuré. Pareció sorprenderse—. Me daba igual si lo hacía mientras

dormías. Me daba igual si tenía que asesinarte en mitad de la calle. Porque se supone —levanté la voz—: ¡que tú —lo señalé con rabia— ordenaste el asesinato de mi familia y has estado mintiéndome durante todo este tiempo!

Sin ningún gesto de emoción en su rostro y muy serio, habló:

—¿Quién te ha contado esa patraña?

—Eso no importa.

—A mí sí —sentenció casi sin dejarme terminar.

—Vadím..., te lo ruego. Estoy cansada de ser la jodida marioneta que todos usáis.

—Yo nunca te utilicé.

Su gesto cambió, mostrando un enfado que comenzaba a bullir en su interior. Incluyó la parte superior de su cuerpo hacia el borde del sillón, sin olvidar sujetarse la vía del brazo.

—Entonces, explícamelo de nuevo —le exigí.

Acomodándose de nuevo, exhaló un fuerte suspiro. Los ojos de Jack estaban clavados en mí sin pestañear. No se entrometió en la conversación, y lo agradecí.

—Ya sabes que dejé a tu madre antes de que la cosa fuese a más. Ya sabes que no quería que le ocurriese nada. Y ya sabes que cuando tu padre empezó a trabajar para mí, ella se enamoró de él. ¿Qué más quieres que te cuente?

Parecía derrotado, dolido por mis dudas.

—¿Te veías con ella estando con mi padre?

—Sí —me contestó sin titubear.

—¿Y en un ataque de ira no es posible que quisieses recuperarla?

Frunció el ceño y siseó alto y claro:

—Grábate esto en la cabeza, Micaela, porque no pienso volver a repetírtelo, o, incluso estando enfermo, me levantaré y te daré los azotes que tus padres no te dieron. —Jack se puso a la defensiva, dando un paso hacia delante. Vadím lo aniquiló con la mirada, volviendo después a mí —. Quise a tu madre como no he querido a nadie en mi vida. Os quise a ti y a tu hermano por encima de todo, y cuando te quedaste sin familia, la primera prioridad en mi día a día fue que nunca te faltase de nada, que estuvieses bien y, lo más importante, que yo estuviera lejos de ti para evitar un final como el de tus padres. —Sin apartar la vista de él, noté la humedad en mis ojos. Él también los tenía demasiado iluminados. Ahora entendía sus escasas visitas, sus pocas llamadas. Lo entendí todo—. No cuestiones ni una sola vez más en tu maldita vida lo que he querido a tu familia, incluido a tu padre. Ni una sola vez más.

Tragué saliva antes de seguir preguntando con un hilo de voz:

—¿Ella quiso alguna vez a mi padre?

—Lo quiso por encima de todo. De todos. De mí. —Un silencio extraño se creó entre nosotros, que no dejábamos de contemplarnos unos a otros—. Aun así, todas las veces que nos vimos jamás pasó nada. Ni un simple beso. Irina amaba a tu padre y a vosotros. Ella no era como nosotros, Micaela.

La duda que tenía en mi cabeza salió como un torbellino por mi boca:

—¿Álvaro es mi padre?

Los ojos de Vadím se abrieron tanto que no supe adivinar si fue por el asombro de la pregunta o por lo ridícula que era. Ya no podía dar nada por sentado.

—¿Qué clase de pregunta es esa? ¡Claro que Álvaro es tu padre! De lo contrario, habría luchado por Irina. Habría buscado la manera de meterla en una burbuja de cristal. Por Dios bendito, Micaela, ¡habría hecho cualquier cosa!

Asentí sin saber qué responder a su confesión. Respiré tranquila al saber que, en eso, por lo menos, una mujer, la mujer que amaba tanto, Lola Bravo, no me había engañado también.

—¿Por qué mantienes la casa limpia?

—¿Has ido allí? —De nuevo, la sorpresa se mostró en su voz.

—Sí. Vi a una mujer de color. Me dijo que ella y su marido se encargaban de tenerlo todo en buen estado.

La bolsa de sangre se acabó. Recogió las cosas, dejándolas sobre la mesita, y se levantó con dificultad hasta la gran cajonera que tenía a su espalda. Cogió unas llaves, llegó a mi lado y se sentó junto a mí.

—Quería dártelas. Las guardé para ti. De hecho, tengo en el testamento que todas mis posesiones os pertenecen a ti, a Alehska y, por supuesto, a Arcadiy. Tiana se ha encargado de que todo estuviese perfecto.

Un pinchazo atravesó mi corazón al escuchar su nombre, y Vadím lo notó. Me contempló sin saber muy bien a qué se debía mi gesto. Antes de que empezase por lo más complicado, me dijo:

—Haremos una cosa. Voy a pedir que preparen la cena para cuatro. Os quedaréis aquí un rato más. Creo que tienes que contarme muchas cosas. Puedes empezar por el momento en el que el club desapareció de tu vida, hasta terminar con el motivo de esos instintos asesinos hacia mí. Y, por supuesto, no podemos olvidarnos de...

—Anker —terminé por él.

Asintió con pesar, observándome con mucha atención, pues mi rostro estaba cada vez más contraído. Más dolido.

Durante más de tres horas estuvimos hablando en una conversación en la que Jack sí participó. Vadím lo contemplaba con recelo, asombrándose de la cantidad de cosas que habían pasado en tan poco tiempo. Sobra decir que no añadí nada de Atenea, aunque sí de nuestra pronta ruptura, por llamarlo de alguna forma.

No me gustaba recordar aquellos momentos, y pensarlo se me hacía insufrible. Además, pude ver en los ojos de Jack que a él también. En el instante en el que llegué al momento en el que Anker apareció, Vadím cambió su gesto por uno más huraño, más temerario. Me contó que la pequeña Aleshka había llegado a su vida hacía tan solo un par de años. No había comentado nada, ni siquiera conmigo, porque necesitó mucho tiempo para poder asimilar que la madre de aquella criatura había decidido abandonarla a su suerte, en la puerta de su casa. Después de las comprobaciones pertinentes para verificar que era su hija, la pequeña le cogió un cariño que jamás esperó. Tan solo tenía ocho años y una vida por vivir. Una vida de la que Vadím no disponía, pues también, con un nudo en la garganta, me aseguró que predecía su corto tiempo.

—Eso no puedes saberlo. Estás tratándote —le reproché enfadada.

—Me han operado tres veces de urgencia —argumentó—. Ni con todo el dinero del mundo voy a poder salvarme.

—No lo sabes —seguí en mis trece.

—Micaela, me muero. No te empecines.

Me enfadé conmigo misma por no querer asimilar que durante todo este tiempo lo había odiado tanto que, incluso sabiendo el cariño y lo mucho que lo quería, deseaba que muriese. Y, al final..., mis deseos iban a cumplirse de la peor manera posible.

La vida era injusta. Nosotros también.

Vadím se levantó y tocó mi mano con delicadeza.

—Mi reina, sé que estás dándole vueltas a esa cabecita hueca. No estoy enfadado contigo. Estoy enfadado con el resto del mundo. No entiendo el motivo de Lola. O quizá sí y no haya querido expresarlos. Sin embargo, tendrías que haber acudido a mí mucho antes. Ya sabes mis motivos al alejarme de ti. Y..., entre la niña y mi enfermedad, no he tenido tiempo de reparar en que, quizá, estabas planeando matarme —ironizó con un tono bromista.

Descubrí la sonrisa de Jack.

—No quiero que te mueras.

Mis palabras salieron sin más y él sonrió con tristeza.

—Vamos a cenar. Se ha hecho tarde, y el hambre no me la quita nadie.

Cambió de tema y caminó con más firmeza que cuando llegamos a la casa. Se sentó, presidiendo la mesa junto a la pequeña Aleshka, que me observaba con adoración. Hubo un momento en el que la niña y yo entablamos una conversación. Ella me contaba que su padre le había hablado mucho de mí. De hecho, seguía haciéndolo constantemente, diciéndole que de pequeña me parecía mucho a ella. Me prometió enseñarme su habitación antes de marcharse, y sentí que era mala persona por no contarle a Vadím que Atenea existía. Me sentí mal, pero supe que lo mejor era seguir manteniéndolo en secreto hasta que todo acabase. Ahora solo me quedaban dos objetivos con los que librar la batalla de mi libertad, y esos dos se llamaban Elisenda y Anker, aunque antes tenía que hacer otra cosa, y al día siguiente lo dejaría finiquitado.

Sería rápido, conciso, y me haría cerrar otra etapa de mi vida.

No había recibido en todo el día ninguna llamada de Tiziano, y las dos veces que había intentado contactar con él no habían surtido efecto. Con Adara pasó más de lo mismo. Llevaba todo el día sin ver a Atenea, y pensé que quizá estarían ocupadas o que la presencia de Tiziano las había alterado a las dos por igual.

—Sé que nunca nos hemos llevado bien, Jack. Tal vez por pertenecer a la red de Anker y por la rivalidad que nos envolvía, y siento haberte tratado mal.

Alcé mis ojos del succulento postre al escuchar al que había sido como mi padre. Jack permaneció unos segundos en silencio, contemplándome, y después bebió un largo sorbo de su copa de vino.

—Por mí no hay nada que perdonar.

—Solo espero que la cuides y sepas valorarla.

—Ya lo hago, Vadím, ya lo hago.

Y con esa simple conversación, cerramos una espectacular cena que terminó en un sofá, con la chimenea encendida, un álbum de fotos y una buena copa de *whisky*, recordando viejos tiempos mientras le enseñábamos a Jack el diminuto pasado que tuve, no sin soltar alguna lágrima que otra al volver a vernos en aquellas fotos. A mi madre, a mi padre y a mi pequeño Arcadiy.

El hombre que tanto me había costado encontrar.

El hombre que tan rápido había perdido.

El que tanto me escocía.

Porque, aunque la esperanza era lo último que se perdía, en mi interior sabía que Arcadiy no había sobrevivido. La falta de noticias por parte de todos me lo confirmó. No querían que interfirieran en los últimos tramos hacia nuestra libertad, y se lo agradecí en silencio. Sufriendo mi pena por dentro. Llorando y lamiéndome las heridas en soledad.

Toqué su rostro por encima de la foto, paseando mis dedos sobre aquel peluche que tan bien conservé. Viendo la tristeza y el sufrimiento en los ojos de Jack, que se apartaron de los míos, escuché que, bajo aquella llamarada, Vadím juraba:

—Yo moriré. Pero te juro que antes de soltar mi último aliento... mataré a Anker.

La montaña

Tiziano Sabello

Algo se clavó en su piel. Lo vi cuando Adara soltó un chillido desgarrador en mitad de aquel revuelo. Tratando de no llevarme ningún impacto más, llegué hasta ella y me abalancé sobre el tipo que intentaba llevársela. Carlo se aproximó a la puerta de emergencia que daba a otro de los pisos, la misma por la que nosotros debíamos salir. Y eso era casi imposible. ¿Por qué mierda se había quedado?

—¡Tiziano, no hay tiempo!

Carlo sacó los botes de gas tóxico y me los enseñó.

—¡Vete! —le grité en medio de todos esos disparos que volaban de un lado a otro.

Me contempló solo unos segundos, con espanto. Le hice un gesto con los ojos para que no se preocupase. Él asintió casi de manera imperceptible y lanzó los botes al aire. Dos hombres más salieron de uno de los pasillos y les disparé a bocajarro, acabando con ellos al instante. El humo comenzó a llenar la habitación. Me tapé la boca con la mano y le sugerí con la mirada a Adara que hiciese lo mismo.

—Vamos, levanta, tenemos que salir por la ventana antes de que nos asfixiemos.

Extendí la mano, la cual aceptó. Sin soltarla, abrí el gran ventanal y miré hacia abajo, comprobando que por esa parte del edificio no había peligro de que nos acribillasen. Sentí que temblaba como una hoja, y me preocupé cuando, tras un quejido, se detuvo al dar un paso. Mis ojos se fueron en busca del foco del dolor y encontré su mano colocada en su abdomen. No me dio tiempo a preguntarle cuando ella me dijo:

—Estoy bien. Vámonos.

Esa determinación por su parte me dejó fuera de lugar. Tiré de su cuerpo hasta pegarla al mío y apoyé mis pies en el hierro del balcón.

—Es solo un balcón. Podemos acceder a la puerta de emergencia del siguiente piso. ¿Puedes hacerlo? —le pregunté con rapidez.

Asintió sin decir nada. Me impulsé, quedando por detrás del hierro, y extendí mi mano para que me imitase. Con el rostro contraído lo hizo, y agradecí que por lo menos estuviese flexible para continuar. Asomé mi cabeza por el hueco y comprobé que en la planta de abajo no habían entrado.

Eran los hombres de Anker. Estaba seguro, sobre todo por el comentario que había escuchado cuando cogieron a Adara. La coloqué detrás de mi cuerpo y giré mi rostro en su dirección al escuchar que los hombres de la planta de arriba se aproximaban al balcón y que poco tardarían en bajar. Reventé el cristal de la ventana con el codo, lo que me ocasionó algún que otro corte. Ese maldito hijo de puta tenía un jodido ejército.

—¡Rápido!

Estreché su mano con fuerza y me la llevé casi a rastras. Sin tiempo que perder, entré en la

habitación que Carlo me había indicado el día que accedimos al edificio. Solo dos plantas tenían una puerta que conducía a dos sitios distintos. Una era por la que se había marchado Agneta con Atenea, y la otra, en la que estábamos nosotros, la que nos llevaría por el interior de la montaña hasta el puerto de Oia. Rezaba por que Agneta hubiese llegado muy lejos, pues no tenía ni idea de adónde se dirigiría cuando llegase al final del túnel.

Recorrí la gran galería, abrí con urgencia y me encontré a Carlo apuntándome con su pistola. Eché el cuerpo hacia atrás. Él suspiró cuando nos vio.

—Tienes que buscar a Agneta. Nosotros iremos al puerto y volveremos a Santorini. Debemos trasladar a Ryan.

Sin detenernos, continuamos con pasos ligeros por el interior de la montaña, casi a oscuras, únicamente iluminados por una antorcha que Carlo llevaba, quien retomó la conversación que no le había dado tiempo a terminar:

—He llamado al hospital y me han dicho que no está.

Nos detuvimos en seco.

—¿Qué...? —comenzó Adara con miedo.

—¿Cómo que no está? —rugí.

—Lo siento, Tiziano, pero hemos llegado tarde. Me han informado de que hace dos días alguien se llevó el cuerpo de la habitación. No han conseguido dar con él.

—¿Y las cámaras de seguridad? ¡No pueden hacer desaparecer a una persona y que no haya un solo gilipollas en ese hospital que no se dé cuenta!

—No lo sé. No me han dado más información. La enfermera me ha dicho que la policía estaba encargándose, pero ya sabes que...

Mi mirada se desvió unos instantes a otro punto, sin poder dar crédito a lo que estaba escuchando. ¿Cómo iba a explicarle a Micaela...?

—¡Joder! —grité, dando una patada en la tierra del suelo.

Impacté mi puño contra la montaña. Mal, muy mal, ya que la sangre empezó a salir de mis nudillos. Mientras la movía en el aire, maldije. Apreté la mandíbula al escuchar un pequeño sollozo de Adara, que se tapaba la boca con una mano.

—No hay tiempo para lamentos, Tiziano —le reprochó Carlo con brusquedad—. Ryan ha muerto y no hay vuelta atrás. Tenemos que salir de aquí, o los siguientes seremos nosotros. Ya tendremos tiempo de dar caza a sus autores. Ahora no es el momento de gilipollices.

—¿Se suponía que estábamos protegiéndolo! —le grité lleno de ira, pero sin dejar de caminar.

Adara no respiraba. Ni siquiera escuchaba que hiciera eso.

—Tiziano, no podemos proteger a Ryan y protegerlas a ellas. Agneta está con Atenea y...

—Márchate, Carlo. Encuéntrala. Y no me traigas otra noticia como esta, o te juro por Dios que lo siguiente que rodará será tu cabeza —siseé entre dientes.

La división de nuestros caminos llegó unos veinte minutos después. Nos miramos y, sin decir ni una sola palabra, nos entendimos. Porque siempre lo hacíamos. Tiré del brazo de Adara con brusquedad para continuar, después de coger otra de las antorchas que ya estaba preparada en la pared de nuestro desvío. Sabía que lloraba en silencio, pero ya no podíamos hacer nada por la vida de Ryan.

Nos habíamos encargado de mantener el edificio a salvo durante todo ese tiempo. No quería ni pensar en la cantidad de mis hombres que habrían muerto intentando defendernos. Intentando que no entrasen. Durante días trabajamos un plan de huida, el que llevábamos a cabo en aquel preciso instante, y solo esperaba que nadie pudiera rastrearnos.

Un quejido, seguido de su mano soltándose de la mía, me detuvo. Me giré para contemplarla.

—Ahora no podemos pararnos a descansar. Camina —le ordené más tajante de lo que pretendía.

Alumbré su rostro al ver que no me contestaba y aprecié que la palidez estaba apoderándose de ella. Dio un paso adelante para continuar, pero chocó contra mis brazos, que la cogieron antes de que cayese al suelo.

—Ya... lo... s...

No conseguí terminar la frase, y me preocupé al ver que sus manos temblaban mucho y su cuerpo se debilitaba por momentos.

—¿Puedes continuar o no? —le pregunté hosco.

—S... Sí...

—¿Te encuentras muy mal? Estás temblando mucho.

Me miró, y entonces vi una pequeña sonrisa en sus labios. ¿Por qué cojones se reía ahora?

—Tengo... Tengo... miedo.

Asombrado, alcé una ceja al escucharla.

—¿De mí?

—De todo —me aclaró, incorporándose.

Unos metros más lejos de donde estábamos había un riachuelo. Sosteniéndola en mis brazos, me acerqué.

—No llevo pastillas para el dolor —le comuniqué.

—No tomo drogas.

Me ofendí, y no supe por qué.

—Yo tampoco. —Con mi ceño fruncido y después de una batalla de miradas, continué—: Levántate el vestido.

Se separó de mi cuerpo con vergüenza al escuchar mi tono tirano.

—Estoy bien. Continuemos.

—No me gusta repetir las cosas dos veces.

Cogí su muñeca con fuerza y la sujeté mientras con la otra mano le levantaba el vestido. Observé entonces que no llevaba las bragas. Tuve que reírme. Su rojez era más que evidente. Me coloqué de rodillas y cogí un poco de agua con mi mano, comprobando cómo le temblaban las piernas. Tenía un corte superficial, pero lo bastante grande como para debilitar a cualquiera. No sabía a ciencia cierta si necesitaría puntos o no, pero hasta que no llegásemos al avión, no podíamos hacer nada. Eché una gran cantidad para limpiarla y le sujeté el bajo de su vestido, que había remangado hasta la cintura. Saqué una navaja y lo rasgué, dejándolo más corto de lo que ya de por sí era. El movimiento al romper la tela provocó que su dulce y apetecible sexo se rozase con mi barbilla.

Suspiré al notar que daba un paso atrás, evitándome.

—Mmm..., ¿eso lo has hecho aposta? —ronroneé.

—Tiziano, por favor.

—Sí, ya sé. —Alcé mis ojos para mirarla, coloqué la tela alrededor de su cintura y la presioné para que dejara de sangrar—. Te da vergüenza. Lo veo en esas mejillas a punto de estallar. — Sonreí.

Ella me contempló seria.

—No tiene gracia.

La rudeza en su tono de voz me hizo elevar el rostro para mirarla. Parecía arrepentirse de

haberlo dicho de aquella manera, y se le notó con creces. Sin esperárselo, mordí su muslo con saña, provocando que diera un paso atrás, escandalizada. Reí al verla. Me levanté y extendí mi mano para que volviese a aceptarla. Declinó la oferta. Siguió caminando sin mirarme, sin saber dónde estábamos, y me hizo gracia esa valentía que sacaba en muy pocas ocasiones.

Repasé su figura por detrás, fijándome en las curvas que ya comenzaban a marcarse más que la primera vez que la vi. Tan escuálida, tan pequeña, tan frágil. Mis ojos brillaron cuando se giró y me pilló.

—¿Es por aquí o por...?

Bajó la mirada al ser consciente de mi escrutinio, girando su rostro un poco a la derecha. Pasé por su lado, dejé mi hombro a la altura de su barbilla y, con mi mano, tiré de su mentón.

—¿Por qué me tienes tanto miedo?

Noté cómo su respiración se agitaba y cómo su pecho subía y bajaba frenético.

—Yo... —Retorció sus manos entre sí.

—Contesta, Adara. —Soné firme, y ese sonido la forzó a levantar sus ojos y mirarme.

—No me das miedo. Me impones. Y no me gusta que me digas cosas que me avergüenzan.

De nuevo, ese habitual gesto de alzar las cejas sorprendido apareció en mi rostro. Me aproximé a ella con peligrosidad, comprobando lo histérica que le ponía mi cercanía, y cuando estuve a solo un centímetro de su boca, le susurré con voz ronca:

—¿Qué es lo que no te gusta que te diga, Adara? ¿Que me pones tan duro que solo pienso en follarte una y otra vez?, ¿que tengo ganas de comerte ese coñito que adora mi boca? —Me junté a ella para que sintiera el gran bulto que asomaba en mi pantalón, restregándome con su vientre, y pegué mis labios a los suyos, rozándolos, provocándola. Tiré con mis dientes del inferior, arrastrándolo, hasta que mis ojos se alinearon de nuevo con los suyos—. ¿Quieres que te bese?

Le costaba respirar, y eso se le notaba. Era un puto libro abierto.

Agarré su cintura con fuerza al ver que no me contestaba, ocasionando que diese un pequeño grito, y cuando mis labios rozaron de nuevo los suyos, sentí que los entreabría. Y sabía, con total seguridad, que estaba pidiéndome más. Pasé mi lengua por el superior, después por el otro, continuando mi recorrido hasta llegar a su oreja, donde tiré de ella, haciéndola gemir. Se deshacía. A mí no iba a engañarme.

Sin soltar su cintura, metí las manos en el bolsillo de mi pantalón, saqué las braguitas que anteriormente había perdido en el baño del piso y se las ofrecí. Casi sin aliento, me contempló confusa, y sonreí.

—Póntelas y vámonos. Me daré la vuelta. Sé que eres un poco tímida.

Mi retintín y tono bromista la enfadó. Aun así, me volví, quedando de espaldas a ella. Entrelacé mis manos, esperando, escuchando sus movimientos e imaginando cómo subía aquellas deliciosas braguitas por sus esbeltas piernas. Fantaseando conmigo arrancándoselas, escupiéndolas y metiendo mi cabeza en medio de aquellos muslos. Noté el bulto de manera instantánea y lo recoliqué, no sin sentir una punzada. Apreté los puños, intentando no perder los papeles en mitad de aquel maldito laberinto.

La sentí a mi lado justo cuando sacaba mi cajetilla de tabaco.

—Podemos irnos. —Hizo aspavientos con las manos cuando el humo de la primera calada envolvió en su rostro. Pasó sus ojos por mi camisa, concretamente por el hombro, que sangraba un poco, pero solo había sido un rasguño—. Déjame que te...

—Andando —sentenció con mal tono cuando sus dedos casi rozaban la pequeña herida de mi mejilla.

—Pero estás herido...

Me quité el cigarro de la boca con parsimonia, mirándola con descaro, y cabeceé con lentitud de manera casi imperceptible. Sin hablar. Me contempló con prudencia. Por mi parte, lo único que era capaz de pensar y preguntarme era el motivo por el cual me atraía tanto esa chiquilla y por qué estaba cabreándome de verdad.

Avancé con pasos decididos. Un rato después, conseguimos ver la luz de la cala que lindaba con el puerto. Al salir por una de las grietas de la montaña, divisé a un hombre alto y formido cerca del embarcadero donde se encontraba nuestra vía de escape. Iba con una sudadera negra que cubría su cabeza, para así imposibilitar que se le reconociera.

—No te muevas.

Extendí mi mano para que detuviese su paso e impactó contra mi brazo. Suspiré por su torpeza y volví mis ojos al tipo que quitaba el nudo del amarre. Moví mi rostro un poco para que se percatase de la persona que había allí, pero antes de que pudiese reaccionar, la vi corriendo en dirección al tipo.

—¡¡Adara!!

Veía cómo corría, desenfrenada, rauda, y temí por su vida cuando el hombre se enderezó y la observó. Me desinflé como un globo al escucharla gritar:

—¡¡Ryan!! ¡¡Ryan!!

Sonreí, y avancé con la alegría bombeando en mi pecho al darme cuenta de que de verdad era él. Ella se tiró a sus brazos, él la cogió en volandas y yo sentí una punzada de malas pulgas. ¿Por qué la tocaba? Retiré ese pensamiento de inmediato, aunque puse mala cara al ver la cantidad de besos que Adara repartía en las mejillas del grandullón y lo mucho que sonreía.

—Eres un hijo de puta. —Reí.

La lapa de mujer que tenía en sus enormes brazos bajó. Palmeé la espalda de Ryan y después le di un fuerte abrazo.

—¿Qué cojones hacéis por aquí?

—¿Cómo sabías que estábamos en la montaña? —le preguntó Adara.

—Tu hombre ha conseguido dar conmigo. —Levantó el teléfono móvil, mirándome—. Me di cuenta hace un rato de que lo llevaba en la mochila, apagado, y devolví las llamadas del número que me había llamado unas treinta veces seguidas.

—Cabrón. Que eres un puto cabrón. ¿Cuándo te has ido del hospital? Pensábamos que estabas muerto —gruñí.

—Y yo pensaba que habría alguien cuando abriese los ojos —nos recriminó, mirándonos a ambos.

—Han sido unos días muy complicados —se excusó Adara, agachando su rostro.

—Lo sé, y creo que tenéis que ponerme al corriente de muchas cosas. Me ha dicho Carlo que os diga que está con Agneta. Van hacia el sitio correcto. No lo he entendido, pero les he dicho que os lo comunicaría.

Arrugué el entrecejo sin saber a qué se refería. Adara sonrió y se llevó las manos a la boca.

—¿Dónde se supone que está tu madre con la niña? —le pregunté a ella.

—A salvo.

No quise indagar más, pues si no habían dicho nada a nadie, sería por algún motivo, y, de momento, lo mejor era no saber más de lo necesario. No sabíamos dónde podíamos terminar los unos ni los otros.

—El barco está listo. Debemos marcharnos para coger un avión. Me he permitido el lujo de

rebuscar un poco. —Elevó su mano, enseñándome un arma.

Asentí, y justo en el instante en el que dábamos un paso para entrar, un disparo resonó en medio de aquella cala. En cuanto me giré, vi que un hombre tenía a Adara sujeta del cuello.

—Suelta...

No pude continuar, pues un hombre al que creía muerto desde hacía mucho tiempo salió de detrás de la montaña. Escuché el ruido de un helicóptero acercarse, y no me gustó nada.

—Mi niña, ¿qué haces con esta gentuza?

El potente rugido que salió de la garganta de Anker estremeció a su hija, la misma que creí que había dejado de respirar. Me miró aterrada, sin explicármelo, y me maldije por no haberle dicho nada en el trayecto. Apretaba el brazo del hombre que la tenía sujeta, clavándole las uñas, sin embargo, el tipo no se inmutó. Ryan me contempló horrorizado, sin poder retener aquel gesto.

—Déjala en paz, Anker —le espeté, dando un paso hacia delante.

—Ya ves, Ryan, sigo vivo. Una novedad, ¿verdad?

Anker sacó su pistola, apuntándome, aunque estuviese mirando a Ryan, que no despegaba sus ojos de él. Segundos después, unos diez hombres nos rodearon. Adara consiguió soltarse al propinarle una patada en los huevos al cabrón que la tenía sujeta. Se colocó delante de mí en vez de detrás. ¿Por qué hacía eso? ¿Acaso estaba loca?

—Estás vivo... —murmuró, con los ojos abiertos.

—Sí, cielo. Y, ahora, tienes que venirte con papá. Tenemos muchas cosas de las que hablar. Como, por ejemplo, qué demonios haces con estos dos.

Intentó acercarse a ella sin dejar de apuntarme. Adara rechazó su mano cuando él la extendió en su dirección.

—Ni se te ocurra... —siseó de manera débil.

Estaban a muy pocos metros de distancia.

—Adara, no compliques más las cosas y ven. Ahora —le ordenó tajante.

—¿Por qué quieres que vaya contigo? Nunca te he importado.

—Porque eres mi hija y he dicho que vengas. Ahora podemos arreglar las cosas. Puedo ser el padre que siempre quisiste, y estoy dispuesto a ello.

»Cerdo embustero... «,pensé ,aunque Adara contestó antes:

—No.

Su espalda se pegó a mi pecho. Sabía que lo que más deseaba era colocarse detrás de mí, protegerse del tirano que tenía delante. Cogí su mano con delicadeza y tiré de ella hasta posicionarla en el sitio exacto, en el lugar en el que no era la diana de un asesino. Anker elevó ambas cejas sin dejar de mirarnos. Comprobé que Ryan sacaba la pistola. Yo sujeté con fuerza uno de mis cuchillos.

—¿Por qué te escondes detrás de este psicópata? ¿Crees que podrá protegerte?

Lo observé fijamente. Él lo hacía con ambos a la vez, y pude sentir el rostro de Adara pegado a mi espalda, sin querer enfocar la mirada en su padre. Temblaba, lo notaba.

—No voy a repetírtelo, Anker. Si no dejas que nos marchemos por las buenas, lo haremos por las malas.

Rio. Rio tanto que hasta el suelo se movió. A mí me llamaban loco, pero el tipo que tenía delante no estaba muy cuerdo. Me apuntó con más saña, fijamente.

—Adara, no voy a repetírtelo. Si no vienes conmigo, lo mataré.

Quitó el seguro de su arma y sentí que un cuerpo menudo se deslizaba por el lateral,

colocándose delante otra vez.

—¡¡No!! —Alzó su mano, rogádoselo—. No les hagas daño —sollozó.

Anker movió su rostro repetidas veces, asintiendo.

—Así que es eso, ¿eh? —Me señaló—. Ese desquiciado te saca el doble de edad, niña. Ven. Ahora.

Señaló con su pistola el suelo y después a ella. Arrugué el entrecejo por su comentario, y sujeté el brazo de Adara cuando vi sus intenciones de marcharse con él.

—Solo iré si dejas que se marchen —se envalentonó.

Su padre volvió a reír, y a mí aquella patraña estaba empezando a desquiciarme de verdad. El helicóptero que minutos antes había escuchado llegó hasta donde estábamos y tomó tierra detrás de ellos. El aire y la arena originó queuviésemos que protegernos los ojos.

Y todo comenzó.

De repente, Anker le disparó a su hija en la pierna. Ella cayó de rodillas sin que yo pudiese sostenerla, soltando un grito desgarrador. Un puño impactó en mi mejilla, provocando que yo también cayese, pero de espaldas. Y cuando traté de incorporarme para correr hasta ella, cuatro hombres me apuntaron a la cabeza.

—Dile a Micaela que si no viene a por mí..., la mataré.

El gran dolor de la mentira

Micaela Bravo

—¿Estás segura de que quieres hacerlo?

Jack sujetó mi cintura con fuerza, pegándose a su pecho desnudo. Subiendo y bajando su gran mano por mi espalda, se acurrucó a mi cuerpo. Solté un suspiro mientras pensaba en Vadím, en nuestras conversaciones, en sus declaraciones. En todo, a fin y al cabo.

Me había quitado un gran peso de encima al saber que él no había sido el culpable de mis desgracias, y en el fondo, algo en mi interior siempre me había dicho que le concediese el beneficio de la duda. Por otro lado, el gran dolor que sentí al ser consciente de que la primera culpable que había estado engañándome era mi abuela no tenía nombre.

Hablé con Jack, y quedamos en que esa misma mañana saldríamos para Huelva. Necesitaba que ella misma me lo dijese, que me lo confirmase. Sería un viaje de ida y vuelta, rápido, y apenas nadie repararía en nuestra falta. Riley se quedaría con Vadím, quien lo protegería hasta que Tiziano regresase. Había recibido una llamada esa misma mañana, muy temprano. Su tono me auguró que nada bueno estaba sucediendo, aunque me dijo que hablaríamos en cuanto llegase. Eso sería a la misma vez que yo lo haría con Jack, después de verla a ella.

—Necesito saber sus motivos, Jack. —Me incorporé un poco, mirándolo—. Necesito saber por qué nos engañó. Porque, aunque no quieras admitirlo, ella fue el último empujón que necesitaste para marcharte. ¡Y mira todo lo que hemos perdido! ¡Mira el tiempo que no podremos recuperar! ¡A las personas a las que jamás podré volver a ver! —Mi voz se quebró al recordar a mis padres, y me enfadé.

Depositó un beso en mi mejilla y me colocó de nuevo en su pecho. Con mi mano, dibujé grandes círculos alrededor de sus abdominales, bajando con lentitud hasta el inicio de su pelvis.

—Lo sé, amor, pero también sé que eso no servirá de nada.

Sonreí con debilidad al escuchar ese apelativo, que empezaba a gustarme más de la cuenta.

—Servirá. Necesitaré tiempo. Pero servirá.

A media mañana, ya nos encontrábamos en la provincia andaluza de Huelva, con un coche de alquiler que cogimos en el mismo aeropuerto y a poca distancia de la casa de mi abuela.

Sentí un nudo en el pecho al aparcar en la entrada. Divisé lo que tanto me había gustado. Aspiré con fuerza el olor de sus plantas, la paz que me transmitía estar en aquel lugar, y noté una tristeza envolverme a cada paso que daba. No sabía lo que me esperaba. Desde que vino a la casa de

Tiziano, poco después de nacer Adara, no había vuelto a saber mucho más de ella, excepto cuatro conversaciones preguntándome por la pequeña. La notaba distante, extraña, aunque lo achaqué a la edad y a todas sus cosas, sin preocuparme. ¿Tal vez ella sabría que algún día me enteraría de su gran mentira?

¿»Por qué, «?era lo único que me repetía.

Miré a Jack antes de entrar en la vivienda. Él asintió, insuflándome el aliento que necesitaba para dar el siguiente paso. Al hacerlo, corrí las cortinas hacia la derecha, esperando encontrármela en la cocina. Pero eso no ocurrió.

—¿Abuela?

Me dolía el pecho al pronunciar esa palabra. No escuché nada, y cuando llegué al salón, la vi; sentada en su habitual butaca, envejecida como nunca, triste y... cansada. Muy cansada. Me atreví a llamarla de nuevo:

—¿Abuela? ¿Te encuentras bien?

No contestó, y escuché algo parecido a sorberse los mocos. Me lo confirmó el gesto de su mano subiendo hasta su nariz, acompañado de un pañuelo de seda blanco. El dolor que me producía verla así era indescriptible. No le deseaba la muerte, pero sí eran necesarias las explicaciones. Por mucho daño que me hiciesen. Me acerqué a ella y descubrí que tenía una imagen en sus manos.

—Mi niño... —Paseó sus dedos por la fotografía de mi padre—. Mi Álvaro... El único hijo que tenía, al único que me arrebataron. —Sonrió con tristeza.

No conseguí moverme de detrás de ella. Alzó su cabeza un poco, mirándome con una pena terrible.

—Abuela... —murmuré.

—Estás aquí... —musitó como si no pudiera creérselo—. Mi niña, mi dulce Micaela. Lo siento tanto...

—¿Qué es lo que sientes?

Tal vez la pregunta salió más ruda de lo que pretendía. Agachó la cabeza, perdiéndose en la imagen, contemplándola, pasando sus dedos por ella con añoranza. Sufriendo. Y cuando menos lo esperaba, habló:

—Hace muchos años, tu abuelo conoció a un hombre. A Vadím Ivanov. —Suspiró, recordando—. Era un muchacho joven, fuerte y con ganas de aprender y salir de la miserable calle que lo envolvía. Robaba, dormía en sitios que no podrías ni llegar a imaginar... —Negó con la cabeza—. Hasta que un día tu abuelo montó aquella red de asesinos en Rusia, para poco después, cuando creció, dejarla al mando de Vadím Ivanov; el hombre más temible que había conocido Rusia, el hombre que había empezado con tu abuelo, al que había enseñado tu abuelo.

No podía creer que aquello que estaba contándome fuese verdad. ¿Mi abuelo? ¿Con una red de asesinos en Rusia?

—Abuela, ¿qué estás diciendo? —le pregunté confusa, sin moverme.

—Siempre vivimos allí, en tu adorada Rusia. Tu abuelo no era andaluz. Eso solo fue para despistar. Ya sabes lo que pasa cuando eres el malo de la historia: que muchas veces tienes que esconderte. —Me observó con los ojos apagados—. Cuando tuvimos a Álvaro, empezamos a cambiar nuestra forma de ver la vida, así que pensamos que lo mejor era alejarnos de todo aquello antes de que le repercutiera al pequeño. Y cómo nos equivocamos...

«Un día, cuando creció y se convirtió en un hombre, me contó que se había enamorado de una muchacha. Pero ella estaba con un hombre. Con Vadím. El temible, Vadím Ivanov —murmuró, perdida en sus pensamientos—. Al final, y tras muchas tretas de las que yo misma fui partícipe,

conseguí que la muchacha fijara sus hermosos ojos en tu padre, y cuando Vadím la dejó, ella comenzó una relación con Álvaro. Hasta que pocos años después llegaste tú.

El pecho se me oprimió. Noté las manos de Jack detrás de mi espalda, subiendo y bajando. No era capaz de pronunciar una sola palabra. Mis ojos ardían tanto que dudé si sería capaz de contener las lágrimas que amenazaban con salir.

Toda mi vida había sido un constante engaño.

Y ella tenía mucha culpa.

—¿Adónde quieres llegar? —le pregunté con un hilo de voz.

—Me equivoqué al creer que mi hijo era feliz. Fue justo cuando tu abuelo murió en una emboscada que nos prepararon los hombres de Anker, aquel famoso encargo en el que participaron las dos mafias a la vez. Esa fue la bomba que desató el dolor que tu padre sentía.

«Lo veía triste, dolido, y cuando me cansé de no saber el motivo, un día me senté con él. Entre lágrimas, le pedí que confiase en mí y le dije que lo ayudaría, como siempre había hecho. Y ahí entraba tu madre. —Me miró con rabia—. Seguía viéndose con Vadím a escondidas. Tu padre lo sabía desde hacía mucho tiempo, pero siempre lo ocultó. La quería tanto... Tanto que se vio incapaz de dejarla marchar junto al hombre al que ella amaba en realidad, al que nunca pudo olvidar. Ni siquiera sé cómo vosotros fuisteis hijos de mi Álvaro. —Sonrió con ironía.

—¿Tú...? —No sabía ni cómo formular aquella pregunta.

—Me encargué de joderle la vida a Vadím de todas las formas posibles, hasta que, un día, Anker se presentó en mi casa. Le conté lo que había sucedido, el mal trago por el que mi hijo estaba pasando, y poco a poco fueron acercándose más y más a tu familia, mezclándose con ellos, haciendo que confiaran lo suficiente como para poder destrozarle la vida a esa mujer. A tu madre. Porque ella se la había roto en mil pedazos a mi niño. —Volvió sus ojos hacia mí—. Nunca sabes lo que eres capaz de hacer por un hijo hasta que te llega.

—Tú... Tú fuiste la culpable de lo que ocurrió ese día... —murmuré perdida debido a su confesión.

Giró de nuevo la vista, enfocándola en la pared, y la dejé continuar:

—Anker se obsesionó contigo. Yo no lo sabía. —El enfrentamiento entre ambas mafias, según tenía entendido, se originó en otro momento que no era el que ella estaba contándome. Pareció leerme la mente cuando prosiguió—: No. No pienses que estoy engañándote. Quiero contarte toda la verdad —me aclaró sin mirarme—. La rivalidad entre Anker Megalos y Vadím Ivanov se creó tras ese trabajo de doble contratación, pero la verdadera ira de Vadím se desató cuando tu madre murió. Él nunca supo que yo había tenido algo que ver con todo esto, que yo había sido el mal que había plantado aquella semilla en la que Anker vio la oportunidad de hacerle daño a Vadím.

«Tras explicarle mi desasosiego a Anker, los días fueron sucediéndose. Una mañana, me dijo que me ayudaría a recuperar a mi hijo, a volver a ser feliz. Sin embargo, todo tenía un precio. Un precio muy caro —suspiró—: acabando con el estorbo. Con tu madre muerta, Vadím quedaría destrozado. Su imperio caería como un dominó.

—¿Cuál era ese trato? —le pregunté muy seria.

Permaneció en silencio, asimilando quizá lo que iba a confesar. ¿Cómo podía una persona odiar tanto a otra? ¿Cómo podía haber hecho aquello sabiendo que dejaría sin madre a unos niños tan pequeños?

—Si yo aceptaba, Arcadiy sería parte de sus niños. Lo entrenaría como hizo con tu marido. —Sentí que Jack se tensaba detrás de mí; imaginé que entendiendo los motivos por los cuales él llegó allí—. Y lo acepté. Lo hice porque mi hijo volvería a ser feliz. —Se limpió una lágrima—.

Pero no contaba con que Álvaro, aun sabiendo todas esas cosas, defendería a su familia a capa y espada como el gran hombre que era, como el asesino en el que nunca debimos permitir que se convirtiera, porque eso lo llevó a la muerte. Y murió por mi culpa.

Un sollozo salió de su garganta, impidiéndole continuar. De repente, lo vi todo más claro que el agua. La desgracia que nos ocurrió no solo se reducía a una persona, sino a varias. Mi abuela lo hizo para salvar a su hijo de algo que ni él mismo deseaba; Anker, por vengarse de su exámito en un claro acto de demostrar quién era más que quién, puesto que sabía de sobra la relación que seguía manteniendo con mi madre. Y, al final, los únicos perjudicados fuimos nosotros.

Mi familia.

No supe qué decir. Ni siquiera sabía si echarle las cosas en cara, si matarla allí mismo o si llorar de rabia ante la situación en la que estaba. Mis ojos no se apartaban de ella, pero decidí dar unos pasos hasta que me coloqué delante de la mujer que tanto tiempo me había cuidado, que era como mi madre; más que ella incluso. Y no la reconocí.

¿Cómo había podido pagarle a Vadím de esa manera? No entendía esa sangre fría de ponerle sus mejores caras cuando lo veía, pues había estado dispuesta a matarlo en otros tiempos, a luchar por algo perdido y, sobre todo, a terminar con su vida. Y Vadím ni siquiera era consciente de eso.

—¿Siempre supiste que Arcadiy estaba vivo? —Intenté que no me temblara la voz.

Asintió con lentitud.

—Aunque nunca lo vi —se excusó.

—¿Cómo fuiste capaz de dejar a Vadím ser como mi padre? ¿Cómo?

Esa pregunta me salió mucho más ruda. Notaba que la rabia subía y bajaba, como una montaña rusa de emociones.

—Porque tenía claro que, viéndote a diario, su sufrimiento aumentaría. Porque jamás tendría a tu madre. Jamás volvería con ella, y tú eras su reflejo. Igual que Irina —me contestó con ira.

—¿Por qué me engañaste? ¿Por qué me mentiste en Atenas?

Vi el bote de unas gotas cerca de una copa de vino, sobre la mesita baja que tenía delante, y supe cuáles eran sus intenciones, pero no le pregunté.

—Porque me odiarías para siempre si te contaba la verdad. —Me miró con una pena aplastante.

—¿Y ahora qué crees que siento?

Sonrió con tristeza.

—Siempre te he querido, y también he sido consciente de que todo lo que aquellos desgraciados te hicieron no tiene nombre. Jamás lo pretendí. Solo quería vengarme de tu madre. Pero, mira... —Comenzó a sollozar.

—Recuerda que mi hermano también entraba dentro de ese plan —le recriminé.

—Era la única solución. Aunque poco después supe que le había perdido para nada, pues Vadím era un hombre que ansiaba el poder, y con ver a Vadím hundido, tenía más que suficiente. —Suspiré—. Dime, mi niña, ¿hay alguna cosa más que quieras saber? —Parecía despedirse.

—¿Siempre supiste a lo que me dedicaba?

Sus labios se curvaron con tristeza.

—Siempre supe a lo que te dedicabas —repitió—. Siempre supe que Jack era hijo de Anker, y siempre supe que me arrepentiría hasta mi último aliento de lo que había hecho, y espero que en el infierno me condenen por ello.

—No esperamos el juicio final, abuela. —Elevó sus ojos al ver que seguía llamándola de aquella forma—. Me siento decepcionada, pero nunca sería capaz de matarte. Me has dado los mejores años de mi vida, y ahora me has traicionado con la puñalada más grande que me hayan

dado jamás. Entiendo que un hijo duele más que otra cosa, pero...

—Destrocé una familia —terminó por mí—. Y lo siento... —Se quebró, y volvió a llorar sin consuelo.

Me acuclillé para estar a su altura, toqué su mano con delicadeza y, sintiendo que me rompía por dentro, le dije en un murmullo:

—Adiós, abuela.

Le di un último beso en la palma de su mano. Ella no consiguió separar el pañuelo que cubría su cara mientras sollozaba, rota de dolor. Contemplé a Jack con los ojos llenos de lágrimas y, en silencio, le pedí que nos fuésemos de allí. No pasaron ni dos horas cuando las autoridades me llamaron como único familiar, argumentando que mi abuela había fallecido por lo que parecía ser un envenenamiento. Unos días después se confirmó el suicidio en su misma casa.

Nunca sabemos la de vueltas que puede dar la vida. Nunca de quién podemos fiarnos. Pero lo que yo sí tenía claro era que la cantidad de heridas que llevaba en los últimos días, tan grandes como una ciudad, me costaría cerrarlas.

Esa tarde lloré de pena, de rabia, de tristeza por su muerte, por todo lo que había hecho. Me dormí pensando que había pasado otro capítulo de mi vida. Sollocé e hipé en los brazos de Jack como una niña, como alguien que no sabía gestionar sus sentimientos, y él lo entendió.

Siempre lo entendería.

Un salto mortal

Adara Megalos

Les eché un último vistazo a los dos hombres que con caras descompuestas me observaban desde la distancia. Ryan estaba histérico, pero Tiziano no se quedaba atrás. Sin poder mover ni un solo músculo, pues estaban apuntándolos cuatro hombres con sus correspondientes armas, no me quitaban los ojos de encima.

Casi arrastrándome, conseguí subirme al helicóptero, gracias al agarre dañino por parte de uno de los hombres de mi padre. Chillé cuando tiró de mi brazo, y sentí que la pierna se me quebraba y la herida del abdomen comenzaba a sangrar más. La sangre había calado la tela, lo que ocasionó una gran mancha alrededor. Miré a Ryan y a Tiziano por última vez, haciéndoles un gesto con los ojos que indicaba un plan, y con mi boca murmuré la palabra «agua» con mucha lentitud. Ambos fruncieron el ceño, cavilando.

Ascendimos con rapidez, alejándonos de aquel barco, de nuestra vía de escape de verdad. Y mientras veía cómo arrancaban para perderse dentro del mar, recé para que hubiesen cogido mis indirectas. Anker se colocó cerca del piloto, y dos hombres más lo hicieron a mi lado, dejándome en medio de ellos. El resto se quedó en tierra; imaginé que con otro transporte que no había visto para marcharse.

—Matadlos.

Abrí mis ojos al escuchar la orden de mi padre, y grité todo lo que pude y más cuando se pusieron frente a la puerta abierta, preparados con sus ametralladoras.

—¡¡No!! ¡¡Nooooo!! ¡Has dicho que no les harías nada! ¡Lo has dicho! —Pataleé, aún sujeta por uno de ellos.

Anker rio.

—Cielo, son un estorbo, y esto te servirá de lección para que confíes en tu padre. He tenido que dispararte para que te dejaran marcharte conmigo —añadió como si nada. Aunque yo sabía que el disparo había sido aposta. A mí no me engañaba. Ya no.

Me lancé sobre uno de ellos, propinándole un fuerte golpe en la cabeza, y cayó al agua mientras subíamos. Mi padre intentó quitarse el cinturón de seguridad, pero yo reaccioné mucho antes de que eso se llevase a cabo. Era ahora o nunca. Con el acceso libre hasta llegar al lado del hombre que seguía disparando sin miramientos, miré por última vez al ser que más odiaba en esta vida y, sin darle tiempo, aprecié que abría su boca para decirme algo que no llegué a escuchar.

Cerré los ojos y me lancé al vacío.

Pensé que si moría, por lo menos no lo habría hecho a manos de él. A manos del hombre que

había sido capaz de pegarme un tiro en la pierna con tal de imponer.

El agua entró en mis pulmones en cuanto impacté contra el mar. Me pareció haberlo hecho contra una roca de hierro, pues la cara me ardía debido al tremendo bofetón que me había dado. Entró con mucha rapidez en mis pulmones, casi sin dejarme respirar, y cuando creí que moriría de verdad, que no se habían dado cuenta de mis intenciones al tirarme de aquel helicóptero, sentí que una mano tiraba de mí hasta pegarme por completo a un terso y duro pecho.

Tragué más agua, tosiendo bajo ella, ahogándome. No estuve segura de cuánto tiempo pasó, pero sí supe que el suficiente como para ver mi vida pasar. Recuerdo que desperté en el suelo de madera de un barco, calada hasta los huesos, tosiendo como una poseída y con la orientación perdida. Los escuchaba muy lejos, pero sabía que eran ellos, que estaban allí.

El dolor volvió a mi pierna, a mi vientre, y deseé morirme de verdad, porque eso no había humano que lo aguantara. No sabía cómo eran capaces de hacerse semejantes rasguños como el que yo tenía en la barriga y ni siquiera rechistar de dolor. Sin embargo, yo estaba muriéndome con lentitud. No podía soportarlo.

—¡Adara, Adara!

Noté unos golpes en mi pecho. Incluso con la vista nublada, logré discernir la gran cantidad de agua que salía de mi boca. Sentí cómo se deslizaba por mi garganta y volvía a asfixiarme.

—¡Está perdiendo mucha sangre! ¡Hazle un torniquete en la pierna!

No podía respirar, no podía siquiera distinguir de quién era la voz. Tras varios movimientos bruscos a mi cuerpo, me encontré de lado, prácticamente en posición fetal, aullando de dolor, llorando como un bebé e intentando mantener el aire en mis pulmones para no morir.

—Eh, eh, mírame, mírame, *bambina*, mírame.

Entonces enfoqué a aquel hombre tan guapo, tan atractivo, el que tanto me imponía, muy cerca de mí. Lo visualicé durante solo unos segundos, los suficientes para volver a sentir un dolor agonizante en la pierna, como si estuviesen clavándome un cuchillo. Chillé tanto que la garganta me dolió. Y, sin poder remediarlo, los ojos se me cerraron.

—Adara... Adara..., ¿me oyes? —Traté de localizar de dónde provenía la voz de Ryan—. Adara... Si sigue así, tendremos que ir a un hospital.

—Conseguirá sobrevivir. La bala ya está fuera, y con la medicación que le hemos puesto en la vía, aguantará hasta que lleguemos.

—Tiziano, ninguno es médico, y esto ha sido algo improvisado. Ni siquiera le hemos cosido bien la herida. Por no hablar de la ese que le hemos hecho para sacarle la bala.

—Pues tendrá una cicatriz de guerra. Sobrevivirá.

Un fuerte bufido por parte de Ryan llegó a mis oídos. Notaba su peso sobre la cama, sus manos muy cerca de mis costados y su respiración desesperada cerca de mí. Pasó una de sus manos por mi cabello, acariciándolo.

—Tienes que ponerte bien... Eres la cordura en este equipo —musitó.

Quise despertar, pero sentía tanto dolor que no conseguí mantenerme despierta. Aún con los ojos cerrados, noté un leve mareo que me provocó unas ganas horribles de vomitar, seguido de una pérdida de conocimiento que yo misma noté que sucedería.

No sabía cuánto tiempo había pasado desde que me desperté, pero lo hice mucho mejor. Pude enfocar la vista en los tenues focos de la habitación. Mi cuerpo ya no se movía, no escuchaba el agua de fondo. En realidad, solo había silencio. Me incorporé en la cama, desorientada, y aparté

las sábanas de mi cuerpo para poder colocar los pies en el suelo. Al poner uno en la madera, me mareé, y tuve que sostenerme a la pared que tenía justo enfrente.

Alguien llegó y me agarró de la cadera, evitando que cayese desplomada.

—Eh, eh, tranquila. ¿Por qué no nos has llamado?

—¿Se ha despertado? —La voz de Tiziano se oyó desde otro punto, acelerada.

No tenía ni idea de dónde nos encontrábamos. Noté frío en mi cuerpo. Con la mano que tenía libre, intenté cubrirme con el simple vestido que llevaba. El pelo lo tenía enmarañado, revuelto y lleno de nudos. Las piernas me las notaba pegajosas, y observé rastros de sangre cuando me miré con detenimiento. Los brazos estaban más o menos igual.

—Necesito... Necesito... ducharme...

—Tranquila. Ahora cuando despiertes del todo, lo haremos. Te hemos inyectado otros calmantes para que aguantes el escozor de la pierna. ¿Cómo te encuentras?

Asentí sin poder pronunciar una palabra, tratando de despertarme de aquel letargo al que estaba sometida por los calmantes que acababa de comentarme Ryan.

—El efecto se le pasará en unos minutos. Voy a por los analgésicos —informó Tiziano, saliendo del dormitorio.

—Estoy viva... —murmuré.

—De milagro, pequeña. No sé cómo se te ha ocurrido hacer eso. Has estado a punto de morir.

No contesté a su tono preocupado porque no pude. Me senté de nuevo en la cama, pues si mantenía la pierna recta, apoyada, veía las estrellas. Quizá era cuestión de días que me acostumbrase y que comenzara a cicatrizar, pero en aquel momento me dolía horrores y no lo aguantaba. Sollocé al borde del llanto.

—Adara, cálmate. Sé que duele. Sé que tal vez no puedas soportarlo, pero tienes que ser fuerte, ¿vale?

Asentí, me sorbí la nariz y lloré en silencio. El italiano llegó y me extendió la mano con varias pastillas y un vaso de agua.

—Tienes que comer algo, si no, te harán daño en el estómago.

—No tengo hambre... —murmuré con debilidad.

—Pues tendremos que intentarlo —me animó Ryan—. Voy a preparar algo de comer. ¿Quieres esa ducha?

—Sí.

—A ver cómo te ayudo a...

No le dio tiempo a terminar cuando Tiziano sentenció:

—Yo la ayudaré.

—¿Tú? —El tono de Ryan fue extraño. No le gustaba.

No lo vi, pero supe que estaba asintiendo. En aquel preciso instante, noté cómo tiró de mi vestido hacia arriba mientras mi cuerpo se dejaba caer completamente sobre su duro pecho. Sentir sus manos por detrás de mis rodillas, obligándome a flexionarlas para cargarme en sus brazos, me cogió por sorpresa. Acurruqué mi rostro en su cuello y noté que las lágrimas caían por mis mejillas, para acabar empapando su pecho. Al llegar a la ducha, escuché el sonido del agua al caer, pero no fui capaz de enfocarlo, y mucho menos de elevar el rostro y mirarlo. El dolor ganaba a todo lo demás, incluso a la vergüenza.

—Voy a bajarte. Sujétate con fuerza, ¿de acuerdo?

Asentí de manera casi imperceptible, pero coloqué mis manos en sus hombros. Mi cuerpo descendió con lentitud hasta apoyar los pies en el suelo. Me vi obligada a levantar un poco la

pierna en la que había recibido el impacto, pues el simple hecho de apoyar el peso en ella me mataba. De puntillas, dejé mi cabeza reposar sobre su pecho, apretando los dientes.

Desabrochó mi sostén con rapidez, y mis bragas descendieron por mis piernas con la misma velocidad. Sus manos agarraron mi coiletero, deshaciendo también el recogido malhecho que me habrían hecho horas antes. Un susurro desgarrador nacido de mi garganta le indicó el gran dolor que sentía.

El agua caliente recorrió mi cuerpo, empapándolo. Suspiré al sentir el contacto del agua, seguido de las manos de Tiziano enjabonando mi cabello. Segundos después, resbalaron por mi cuello, mis brazos, mis pechos, mi vientre... Un calambrazo atravesó mi sexo, y me avergoncé por el hecho de notar esa sensación cuando él no estaba haciendo nada para provocarla. Me pregunté cómo podía ser el cuerpo tan sabio.

Un quejido salió de mi boca cuando rozó mi muslo derecho.

—Tienes que dejar de pensar que te duele.

—No puedo... —sollocé.

Sentí su pecho moverse cuando tomó una gran exhalación. Sus largos dedos volvieron a colarse entre mi pelo, masajeándolo e intentando que quedase limpio. Me fijé en su pecho por primera vez, dándome cuenta de que estaba vestido. Ni siquiera se había quitado la cantidad desmesurada de pulseras de oro de la muñeca, como tampoco los anillos. Cerré los ojos con fuerza cuando me giró para aclararme el pelo. Apoyé las palmas de las manos en los fríos azulejos, aguantando mi peso.

—Háblame. Así conseguirás olvidarte del disparo que te ha dado tu padre.

Puse los ojos en blanco y una diminuta sonrisa asomó a mis labios.

—Qué tacto tienes. Imagínate que te lo hacen a ti.

Río con ganas, sin dejar de enjuagarme.

—Estoy seguro de que, si me lo merezco, lo haría.

—Si te quiere..., lo dudo.

—Todo depende de la familia que tengas. —Estaba llevando el tema de conversación a lo que en realidad quería: distraerme. Y me sorprendí por el empeño que puso—. Está claro que la tuya es una mierda, pero tú no tienes culpa de eso.

—Tiziano, a veces eres demasiado claro —renegué, apretando los labios cuando descendió con sus manos por mis costados.

Sus movimientos se me antojaron más lentos, más sensuales. Quise pensar que sería mi imaginación y, tal vez, las ganas que tenía de acabar lo que habíamos empezado el día anterior. Ignoró mi queja y siguió a lo suyo:

—En mi familia hay muchas diferencias. Somos demasiados, y todos nos llevamos relativamente bien. Mis padres siempre han intentado que los hermanos permaneciésemos unidos, pero, como en todas las familias, en la nuestra también se cuecen habas. ¿No dicen eso?

—¿Tantos sois? —me interesé.

—Ocho hermanos.

—¿Todos hombres? —me asombré, y se me notó.

—Todos. Creo que cuando llegaron al número ocho, dieron por perdida a la niña. —Río mientras me giraba de cara a él. Sus ojos brillantes se fijaron en mi rostro, intimidándome—. No sé de qué tengo más ganas ahora mismo.

Mis manos se soltaron de las suyas y me las llevé al pecho deprisa, tapándomelo. Hasta el momento, no había sentido pudor alguno. Hasta que su felina mirada se clavó en mí de esa manera.

Tentándome.

—Estás mojándote... —musité como una idiota.

»A buenas horas....«

—Tú estás empapada... —imitó mi tono, sonriendo, solo que sus palabras tenían doble intención.

¿Por qué mostraba esa dentadura tan perfecta? ¿Nunca se cansaba de reír?

—¿Tu familia sabe a lo que te dedicas?

No supe el motivo de esa pregunta, pero él sonrió con más fuerza.

—Sí. Mi padre y mi madre me llevan prácticamente las cuentas. —Abrí los ojos como platos. Él salió de la ducha, cogió una toalla y me envolvió en ella—. ¿Qué? Para mi familia tengo pocos secretos. Bueno —pareció meditarlo— alguno hay, pero pocos. Se supone que la familia está para apoyarte. Y para nosotros es lo más importante, por encima de todo.

Asentí sin contestarle, siendo testigo de una nueva faceta de Tiziano Sabello: algo tan sencillo como que la familia era lo principal para él. No sé por qué me imaginé a una familia de diez contando billetes sobre la mesa del salón mientras en las otras zonas de la casa se guardaba la droga. Algo muy ilógico, pues no creía que Tiziano fuese de ese tipo de personas. No lo veía de verdad involucrando a su familia en sus temas.

Yo no tenía ni idea de cómo funcionaba aquel mundo. Ni siquiera me interesaba, ni pretendía que lo hiciese; es más ,en cuanto volviésemos, había pensado regresar a Londres, terminar la carrera e instalarme seguramente allí, si no me salía un puesto de trabajo en otro lugar mucho más apetecible.

—Vamos a cenar, y en cuanto lo hagamos, saldremos pitando hacia Rusia. ¿Puedo entrar? —nos preguntó Ryan con retintín desde la puerta.

Tiziano elevó sus ojos cuando me sentó en la cama, y Ryan entró al darle permiso. El italiano se metió en el baño y escuché el sonido del agua.

—¿Dónde estamos? —le pregunté, evitando sus ojos acusatorios.

—En un pueblo de Grecia. No podíamos quedarnos allí. Tu padre nos habría encontrado. Tuvimos que dar muchísimas vueltas hasta encontrar una cala para escondernos unas horas.

»Mi padre... ¿Lo sabría Micaela?« Esa fue la primera cuestión que me surgió.

—Sí. Lo sabe. Nos enteramos todos a la vez —me contestó Tiziano, leyéndome la mente en cuanto salió del baño con una única toalla envuelta alrededor de su cadera.

Sintiendo una quemazón en mis mejillas, agaché la mirada y giré mi rostro hacia la izquierda. No vi su gesto, pero sí oí su resoplido, como si fuese algo que no tenía sentido. Para una persona atrevida como Micaela, quizá no tenía tanta importancia que un hombre se presentase así, y más si te habías acostado con él, aunque solo hubiese sido una vez. Para una persona como yo, tímida y vergonzosa hasta decir basta, era demasiado, y no sabía cómo controlarlo.

—¿Cómo... puede estar vivo? —titubeé, dirigiéndome a Ryan. Pude apreciar en él una mirada disconforme respecto al atuendo de Tiziano.

Suspiró, se levantó y tomó la palabra sin quitarle los ojos de encima al italiano:

—Alguien tuvo que ayudarlo. Y, según me ha contado Tiziano, me temo que Eli es la culpable de todo desde hace mucho tiempo. No me cabe la menor duda de que fue ella. —Hizo una pequeña pausa—. No tardéis. Se enfría la cena.

Salió sin más, dejándome con aquel demonio de ojos rasgados que miraba el punto exacto por donde se había marchado Ryan.

—Me matará... —musité sin darme cuenta.

Tiziano se acercó a mí, se sentó a mi lado y me contempló con seriedad.

—No va a matarte.

—No sé cómo puedes decir eso. Quería usarme como moneda de cambio para que Mica fuese. ¿Crees que va a importarle deshacerse de la hija que nunca quiso? —Para mi sorpresa, alcé una ceja.

—¿Habrías deseado que te quisiese de verdad?

Lo miré con detenimiento, dudando. ¿Habría querido una familia como la de él? ¡Claro que sí! Imaginé que como todo el mundo.

—Mi madre me ha cuidado como mejor ha podido. —Aparté mis ojos al sentirme intimidada por su exhaustivo examen—. No lo necesito para nada.

—Entonces, *bambina*, no permitiré que te ponga una mano encima.

Su tono había cambiado. No quería preguntar el motivo por el cual estaba tan hablador, por el cual estaba contándome algunas cosas de su vida sin preguntarle. Sabía que era para que el dolor menguase, para olvidar que estaba allí, y en cierto modo estaba consiguiéndolo. Sin embargo, sentía una euforia muy extraña cuando tenía acercamientos tan íntimos conmigo. Una euforia que después se convertía en rabia y tristeza cuando me ignoraba o me trataba como si no estuviese. E incluso en los momentos en los que decía tonterías para ponerme nerviosa.

Levantó su fornido cuerpo del colchón y se acercó a la silla cercana a la puerta, donde había un montoncito de ropa para los dos. No hice preguntas acerca de dónde la habían sacado, pues de Oia no nos había dado tiempo a coger nada.

—¿Quieres que te ayude? ¿O vas a seguir agachando la cabeza y poniéndote colorada? —Enarcó una ceja.

Estiré mi mano para coger la ropa y lo miré con mala cara.

—Puedo hacerlo sola. Gracias.

Sentí florecer un rubor en mis mejillas, otra vez. Me ardía la cara. No quería hablarle mal; se había portado conmigo como nunca, y no deseaba romper eso. Pero me sacaban de quicio esas provocaciones.

Me contempló con chulería mientras cruzaba los brazos sobre su pecho. Mi garganta se secó al ver cómo se marcaban aquellos abdominales tan perfectos. Esperé para ver si de verdad era capaz. Fruncí el entrecejo y fijé la toalla para que no se cayese. Coloqué mi sujetador sobre el algodón blanco, lo que provocó que elevara sus cejas con picardía. Agarré la camisa y me la puse con facilidad sobre mi cuerpo. Y llegó lo complicado.

Tiré de la toalla hasta mi cintura, asegurándome de que no se viese nada. Doblé mi espalda un poquito e introduje mis braguitas con urgencia, primero por mi pierna izquierda. Sentí un breve dolor que disimulé. Al intentar hacer lo mismo con la otra, un latigazo me recorrió el cuerpo entero y aullé de dolor. Se puso de cuclillas con premura.

—¿Has visto? Me ofrezco a vestirme y te pones cabezota cuando no vas a poder. Por lo menos hoy.

Mientras iba diciendo aquello, tiró de mi toalla, abriéndola por completo. Bajó la tela de mis braguitas y la coló por mi pie, deslizando sus sedosas manos con tranquilidad por mis piernas. Realizó la misma acción con los pantalones oscuros y los dejó justo a la altura de mi rodilla. Buscó las botas, que estaban al lado de la silla, y me las calzó.

Lo miré sin pestañear, sabiendo que la situación lo divertía más de lo que quería reconocer. Dio un toquecito en mi pierna ilesea para que colocara las manos en sus hombros y me levantase. Él seguía de cuclillas. Suspiré ruidosamente y obedecí, dejando mi sexo a escasos metros de su

rostro. Aprecié su sonrisa, y eché mi cuerpo una milésima hacia atrás. La cama no me daba margen para más.

Elevó su imponente cuerpo hasta quedarse pegado a mí y, sin quitarme los ojos de encima, subió con mucha lentitud la ropa interior. Noté su dedo pulgar rozar la abertura de mi sexo, y no supe por qué, pero me quedé hipnotizada por aquellos preciosos ojos. Mi pecho se movió de manera involuntaria al sentir ese contacto.

—Noto cierto nerviosismo. Dime que me equivoco, por favor. —Su tono sarcástico me puso nerviosa—. Ya estás colorada otra vez —canturreó, riéndose.

Aparté sus manos con enfado de mi cintura y tiré con brusquedad del pantalón para atármelo. Me hice daño, pero esa vez aguanté el quejido, aunque no hice ningún comentario que me delatara.

—Ya puedo yo sola.

Sus manos intentaron agarrarme de nuevo, pero las aparté, provocando que su toalla cayese al suelo y se quedase desnudo. Nunca me había fijado bien en el cuerpo de Tiziano sin ropa. No había tenido tantas ocasiones como en mis sueños. Y... era perfecto.

Salí de mi embobamiento cuando mis ojos se plantaron en su erección, erecta y dispuesta a más cosas de las que estaban ocurriendo aquel día, y noté de nuevo la vergüenza en todo su apogeo al ser consciente de que estaba divirtiéndose.

—Si quieres, podemos decirle a Ryan que vaya cenando. —Alzó sus manos—. Ya te ayudo a quitarte la ropa. —Sonrió lascivo. Puse cara de espanto—. Estás mirándome...

—¡No estoy mirándote nada! —salté a la defensiva, encendida.

—Oh, sí, sí que lo hacías.

Dio un paso en mi dirección, temerario. Yo retrocedí con dificultad.

—Entonces, ¿a qué le prestabas tanta atención?

—No inventes cosas, Tiziano.

—Sé muchas posturas que no te harán daño. Te lo prometo. Están viniéndome a la mente unas cuantas y...

Lo corté, presa del azoramiento que llevaba encima:

—No vamos a hacer nada de eso.

—¿Qué significa »eso«? —Sonrió.

—Eso —le contesté, señalándolo con el dedo.

Alzó una ceja con diversión, dando una zancada esa vez.

—¿Follar?

Negué con la cabeza sin poder creerme lo que estaba diciendo, y salí de la habitación mientras lo escuchaba renegar y llamarme. No gritaba, pero poco le faltó.

Llegué al lado de Ryan, que estaba con el teléfono en la mano. Elevó sus ojos y me contempló con mala cara. Sabía que el sofoco se me notaba a leguas; solo tenías que mirar mis mejillas y dabas con la pista de todo.

—¿Va todo bien? —me preguntó con rudeza.

—Sí —le contesté con voz débil.

Suspiró con fuerza antes de decir:

—Adara..., Tiziano es un puto viejo. No te dejes engatusar por...

—¡Yo no soy un puto viejo! ¿Qué cojones hablas tú?

El aludido salió del dormitorio, y yo quise que el suelo se abriese y me tragase.

—Está bien. No ha pasado nada. Solo que me da vergüenza que tengáis que ayudarme. Tanto uno como otro —añadí a la carrerilla.

Ryan me miró sin estar conforme y Tiziano arrastró la silla de mi lado con un gesto de chulería demoledor. Sonrió mirando a Ryan y le dijo:

—Si me llamas viejo otra vez, te mandaré al hospital de nuevo.

—Claro —le chuleó—. A ver si vas a quedarte sin dientes, italiano. —Tamborileó los dedos sobre la mesa en un gesto más altanero todavía.

—Mira cómo tiemblo —le vaciló, moviendo las manos en el aire—. ¿Esta mierda has preparado para cenar? ¿Un bocadillo?

—Haber salido tú con los cojones a hacer la compra, mamonazo. —El tono de Ryan era serio de más. Lo miraba sin pestañear.

—Me venía un poco mal —le contestó, y le dio el primer mordisco al bocata.

—Pues entonces come y cierra la puta boca.

—Estás muy agresivo. No te ha sentado bien despertarte. Antes gastabas otro humor. Necesitas follar.

—Tú reza para que no tenga que cortártela y cuida dónde la metes. Olvídate de mi vida sexual.

Los miraba como si estuviese en un partido de tenis, y al final terminé por concluir la conversación, que cada vez se subía más de tono, sobre todo escuchando el último comentario, que sabía que iría por mí:

—¿Alguien va a contarme qué ha pasado?

—Eso, explícale a la kamikaze de saltos mortales qué ha ocurrido en estas últimas horas, que ya le cuento yo el resto.

Tiziano sonrió como un gañán. Cerré los ojos, sabiendo que se avecinaba otra picadilla por parte de los dos.

Forjando un equipo

Micaela Bravo

Miré por la ventana del piso franco de Aarón, quien seguía trazando un plan con Jack para desmontar el escondite de Anker, el cual no habíamos encontrado todavía. Ya sabíamos el motivo por el que Jack se había quedado paralizado al ver aquella foto, y no era otro que aquel lugar fue uno de los que frecuentó de pequeño con Anker.

El peor.

Noa estaba con ellos, aunque olvidé su presencia al recibir la llamada de Tiziano, que me comunicaba que por fin estaban a punto de llegar. Después de tanta angustia sin saber qué había ocurrido, necesitaba verlo con urgencia y saber los motivos de su demora.

El tiempo estaba alargándose más de lo necesario y debía volver. Necesitaba como el aire estar con Atenea, y la espera estaba haciéndome insufrible. Riley, que había conseguido expulsar el chip de su cuerpo, seguía tratando de localizar a Eiren, aunque sin éxito. No sabíamos nada de ella, y la incertidumbre estaba matándome. ¿Habría dejado a Arcadiy morir a su suerte? ¿Lo habría ayudado? La esperanza que tenía de volver a verlo vivo era mínima, pero existía.

»No puedes morirte... «era lo único que me repetía cada vez que su imagen acudía a mi mente. Después pasaba a la rabia, a la de verdad, pensando en Eli, jurándome que la encontraría para despellejarla, para hacerla sufrir por todo lo que había provocado aquella maldita envidia que sentía hacia mí.

—Voy a tratar de averiguar si está habilitada de alguna forma. —Noa se refería a la fábrica—. Si lo está, es porque él tendrá que andar por la zona.

—¿Cuánto tiempo tardarás? —le preguntó Jack.

—En un par de horas podremos tener algo.

—Se nos acaba el día y seguimos estando igual.

Pensé en la razón por la que Aarón seguía ayudándonos. Ya tenía el chip, ya tenía claro que no iba a quedarse con el triunfo que pretendía, entonces, ¿por qué continuaba adelante? Sobre todo, sabiendo a quién estábamos enfrentándonos y lo que podría ocurrir.

Unos golpes resonaron en la puerta y todos nos miramos.

Yo sabía quién era.

Adelanté un paso, bajo la atenta mirada del resto, y abrí sin inmutarme antes de que Aarón casi me lo impidiese.

—Hola, mi reina.

Sonreí al escucharlo llamarme así.

—Hola, Vadím. Pensaba que no llegarías. —Le cedí el paso.

El silencio se hizo en la estancia, provocando una incertidumbre palpable. Aarón sacó su

pistola. Noa también.

—Creo que no les has contado que venía... —murmuró, riendo por lo bajo.

Parecía mejorado, aunque yo sabía que en el fondo no se encontraba bien. Lo había llamado ese mismo día pidiéndole información sobre el sitio que estábamos buscando. Caminó unos pasos hasta llegar a Jack, palmeó su espalda y miró los papeles que tenían esturreados sobre la mesa, sin importarle que dos personas estuvieran encañonándolo.

—Es la antigua fortaleza donde Anker traía a los niños, antes de tener la de Atenas y convertirla en su central. La conozco a la perfección; de hecho, creo que en casa tengo unos planos de los túneles y los accesos por los que podríamos acceder. Si no me equivoco —los miró a todos, comprobando que guardaban sus armas—, hace muchos años que no se usa. Pero eso tampoco podemos saberlo. No viniendo de Anker.

—Ya no tiene el mismo ejército de hombres que antes. Estoy seguro de que su plantilla se ha reducido a más de la mitad —añadió Jack.

—Anker tiene hombres por todas partes, Williams. Y no solo hombres. Mis fuentes me han informado, y sé de primera mano que ha seguido instruyendo a niños. No te precipites al pensar que acabasteis con todo cuando volasteis la fortaleza de Atenas.

—¿Qué propones que hagamos? —le pregunté, intentando cerrar la puerta.

Pero una mano se interpuso, y una voz muy familiar se escuchó a mi lado:

—Llevemos un ejército a por ese cabrón.

Dejé de respirar. El pulso se me aceleró hasta tal punto que creí que las venas me estallarían. Los ojos se me abrieron tanto que incluso me escocieron. Con lentitud, me giré, y vi a Ryan frente a mí. Sin pensarlo, me tiré a sus brazos, haciéndole mil preguntas de cómo estaba allí, sin darle tregua siquiera a contestar. Al bajarme, vislumbré las caras de felicidad de los demás, y supe que la euforia me había podido.

—Estás vivo...

—Estoy vivo... —contestó en el mismo tono—. Me han puesto al corriente de algunas cosas. — Sus ojos se entristecieron. Los míos también—. No te preocupes, buscaremos a los culpables y...

—Les sacaremos las tripas. —La voz de Tiziano se oyó por detrás.

Lo abracé con ganas y él me imitó. Una sombra salió de detrás de su espalda y descubrí a Adara con ellos. Los nervios me recorrieron el cuerpo, y miré sus manos, vacías. Comencé a marearme, a sentir que me faltaba el aire. Di un paso hacia atrás, negando, pensando que no podían decirme que los contratiempos habían sido fatídicos para Atenea.

—¿Dónde...? ¿Dónde...? —No conseguía terminar la frase.

Jack llegó a mi lado y miró a su hermana con los ojos desencajados y los labios sellados.

—No, no, no, esperad. Atenea está bien. Ella está con mi madre. Han pasado algunas cosas... — Adara miró a Tiziano.

—¿Quién es Atenea? —preguntó Aarón, y cerré los ojos—. ¿Adara? ¿Qué haces tú aquí?

Jack me contempló. Ryan, Riley, Tiziano, Vadím... Todos.

—¿Atenea? —Esa vez fue Vadím.

—Creo que deberíamos sentarnos —añadió Riley.

—Sí. Será lo mejor —apostilló el italiano.

Mis ojos volvieron al hombre que sostenía mi cintura con fuerza, temblando. No quería mostrar que tanto misterio lo afectaba, pero su rictus se volvió serio y supe que poco tardaría en dejar de mantener la calma.

Tiziano tomó las riendas de la conversación sin dar más detalles de lo necesario. Solamente

mencionó los nombres, sin dar explicaciones, contándonos paso por paso lo que había ocurrido. Miré la pierna de Adara y esta asintió, dándome a entender que se encontraba bien.

—¿Está bien? —le pregunté con un hilo de voz, sintiendo una angustia horrible en mi garganta.

—Sí. He llamado a Carlo hace unas horas y están a salvo. Es lo único que me ha dicho. Me dijo que tú sabrías lo que significaba eso. No pregunté más.

Asentí con una media sonrisa en los labios y Jack me contempló sin saber a qué me refería. No se lo había comentado a nadie. Solo a Agneta y a Adara, por si en algún momento debían huir, como había pasado. Les indiqué la dirección exacta de la casa que Jack me había dicho, detrás de la montaña donde estuvimos practicando con el rifle la primera vez. Durante días se habían encargado de abastecerla y llevar todo tipo de cosas para Atenea. Se habían preocupado de su limpieza y de ponerla completamente al día. Y nunca me había alegrado tanto de contar un secreto como aquel.

Mis ojos se cruzaron con los de Jack, entendiéndose, como siempre. Sonrió, y sin darse cuenta de dónde y con quién estábamos, o tal vez sin importarle, tiró de mi mentón y me besó. Fue un beso corto, suficiente como para que algunas caras se contrajeran, otras nos miraran mal y otras, las más allegadas, entendieran el motivo de nuestra felicidad.

De nuevo, nuestros ojos se cruzaron cuando escuchamos a Vadím, por segunda vez:

—¿Quién coño es Atenea?

Asentimos y, al unísono, contestamos:

—Nuestra hija.

El silencio reinó en el salón. Vadím dio un paso atrás, apoyándose sobre el escritorio de madera. Aarón nos miró con sorpresa y Noa no entendió nada.

—¿Tenéis una hija? —nos preguntó el ruso, atónito.

—¿No se suponía que...?

No dejé que Aarón terminase la pregunta:

—Debíamos ocultarla. Era lo mejor para ella.

De nuevo, el silencio fue el único habitante entre aquellas cuatro paredes. Aarón dio media vuelta y entró en una de las habitaciones. Miré a Jack, diciéndole con ello que iría a hablar con él. Con mal gesto, asintió, y le contó a Vadím los pormenores de todo lo sucedido.

Cerré la puerta de la estancia. Vi que apoyaba su frente en el cristal de la ventana, contemplando el exterior.

—¿Podemos hablar?

—Has vuelto a engañarme —sentenció con rudeza.

—No, Aarón. No lo he hecho. He protegido a mi hija, que es muy distinto.

—¿Cómo pudiste mentirme de esa forma? —Giró su rostro, mirándome con desprecio—. ¡Me dijiste que no había sobrevivido!

—Te dije lo que debía. No pretendo que lo entiendas.

—¿Y para qué vienes a buscarme?

Me crucé de brazos a una distancia prudencial. Sus ojos me aniquilaron.

—Aarón, no sé por qué estás ayudándonos; no después de todo lo que sé que querías hacer con nosotros. Lo que sí tengo claro es que voy a proteger a mi hija cueste lo que cueste, y si para eso tengo que matarte, lo haré.

—Se os ha escapado el «pequeño» secreto —ironizó, y rio—. Maldita sea, has venido solo para amenazarme.

Movió la cabeza de manera negativa, sonriendo con sarcasmo. Se pasó una mano por el pelo

con nerviosismo y di unos pasos hacia delante de manera intimidatoria.

—Sí. He venido para decirte que si piensas, por mínima que sea la idea, jugármela, te juro por lo más sagrado que te sacaré la cabeza con mi mano. No pienso permitir que vuelvas a jugar con nosotros como lo has hecho desde el principio. Ni una sola vez más. —Recalqué aquella frase con altanería.

Me giré, dando por finalizada la conversación. Pero cuando ya me marchaba, lo escuché decir:

—Siempre has estado con él. El otro día también mentiste.

Volví mi rostro muy poco, lo suficiente como para verlo.

—Tú también me has mentido, Aarón. Lo has hecho desde que volvimos a vernos en Londres. Siempre has buscado tus intereses, y ahora yo tengo los míos.

—No confiaste en mí —me rebatió.

Me giré, notando un enfado crecer.

—¡Te pillé todas las mentiras! ¡Todas las putas tretas! ¿Qué coño querías conseguir? ¿Qué coño era tan importante para dejar que Angelo matara a Jack?, ¿para meterlos entre rejas a todos? ¿Medallas? ¡Eso es lo único que te importa de verdad!

—¡¡Te quería a ti, ya te lo dije!! —me gritó desenchajado. Me mantuve en silencio cuando se movió como un león enjaulado, incapaz de mantenerme la mirada—. Siempre has sido tú, tú, tú y mil veces tú, ¡joder!

Dio un manotazo en la mesa, esparciendo por el suelo todos los papeles que había.

Cuánto daño hacía el amor.

Cuánto daño hacía el amor no correspondido.

Con templanza, sin levantar el tono de voz y muy despacio, le contesté:

—Pero nunca me preguntaste. Actuaste solo, Aarón. No ibas a poder mantenerme en una torre de cristal. No ibas a poder obligarme a que te amase. No, porque mi corazón lo tiene una sola persona, y está ahí fuera. —Señalé la puerta, escuchando unos pasos acercarse.

Era Jack.

Estaba segura.

Aarón asintió varias veces, mirando hacia el mismo punto.

—Me ha quedado muy claro, Micaela. Muy claro.

Se giró sin mirarme. Eché la vista atrás, comprobando que, en efecto, se había abierto. Asentí con la cabeza para que Jack estuviese tranquilo, así que se marchó, cerrando de nuevo.

—Si vas a ayudarnos, que sea con todas las consecuencias. No voy a ofrecerte nada más que el maldito chip que tienes. Te lo daré cuando decidas que hemos terminado de trabajar juntos. No quiero más secretos, más historias inventadas ni más tonterías. La vida de todos está en juego. No me traiciones, Aarón. Ni se te ocurra. Piénsalo.

Salí de la sala sin esperar una respuesta, siendo consciente de la seriedad con la que me miraba. También, aquellos ojos cristalinos, derrotados, se habían dado cuenta de que la batalla estaba perdida para siempre, de que con mentiras jamás habría ganado mi corazón y de que, incluso con Jack muerto, nunca habría podido amarlo.

Bajo la atenta mirada de todos, llegué al salón; incluida la de Noa, que agachó la cabeza cuando mis ojos repararon en ella. No me tomé un tiempo para explicar nuestra conversación. No era necesario, dado que lo que menos tendrían que haber escuchado, con seguridad, lo habrían oído.

Me senté al lado de Adara y la acurruqué en mis brazos, dándole un fuerte abrazo que ella correspondió. Esperé hasta que Vadím carraspeó.

—¿Cuál es el plan? —preguntó al fin.

—Me pondré en contacto con algunos de mis antiguos compañeros. Estoy seguro de que, con una buena cantidad de dinero, algunos de los mercenarios con los que he trabajado estarán dispuestos a venir. Con eso y con los hombres de Tiziano, podemos tener un buen equipo para entrar.

—¿Tenemos armas para destruir un imperio? —cuestionó Vadím.

Jack tomó la palabra:

—Tengo a la persona ideal. Puedo reunirme con ella mañana mismo. Eso sí, tendrá que ser en Londres.

Asentí, y cuando me disponía a hablar, Aarón apareció:

—Contad con un equipo de cincuenta hombres de nuestra brigada. Mañana a primera hora enviaremos la información necesaria a nuestros superiores.

—¿Y qué vas a necesitar a cambio? —le preguntó con tonito Tiziano.

Aarón suspiró.

—Únicamente necesitaré que me aseguréis que me daréis el chip cuando terminemos. Con eso, podremos hacer tratos.

—¿No habrá represalias para nosotros? —le reprochó Riley—. Ya sabemos cómo trabaja la policía...

—Nosotros no somos la policía. Y no. Os prometo que esta vez no las habrá. Noa y yo nos encargaremos de que así sea. Quedaréis libres.

Miré a Jack, que me hacía un gesto afirmativo, apenas perceptible.

—Bien. El chip es tuyo. Te lo entregaré en cuanto la fortaleza de Anker caiga, con él dentro —sentencié.

Todos nos quedamos conformes y comenzamos a trazar el plan para poder entrar en la fábrica, supuestamente abandonada. Cada uno tendría su misión. Debíamos investigar lo suficiente durante unos días para tenerlo todo claro, por lo que decidimos mudarnos a la mansión de Tiziano, a las afueras de Moscú. Vadím se mostró receloso al principio, aunque al final terminó aceptándolo, como Aarón y Noa. No me hacía especial ilusión tener a aquella lagarta rondando por la casa, pero lo aceptaría con tal de terminar de una vez por todas.

—Es imprescindible que a partir de ahora no uséis teléfonos para que no puedan rastrearnos de ninguna forma. —Aarón asintió en dirección a Noa, que pasó con una bolsa de basura, donde todos depositamos los aparatos electrónicos—. Y lo más importante: para mantener a salvo a vuestra hija, es mejor que no deis pistas de la ubicación en la que está. Nada de llamadas, fotos, vídeos. Nada.

Jack y yo asentimos con un dolor agonizante en el pecho. Adara palmeó mi mano, con un gesto de cariño en sus labios. Cuánto la había echado de menos.

De repente, la puerta de la calle resonó con fuerza.

Ahora no esperábamos a nadie. Me contemplaron a mí, pero negué con la cabeza. Sacamos nuestras armas enseguida, apuntando hacia la entrada. Le indiqué con un cabeceo a Riley que preguntase.

—¿Quién es?

—¡Abridme! Estoy calado, me ha cogido la tormenta sin paraguas... ¡Y tengo información muy interesante, Micaela!

La voz de Angelo me hizo dudar. Aun así, y bajo la negativa de Jack, llegué a la puerta y la medio abrí. Comprobé que estaba solo y le enseñé mi pistola. Detrás de mí estaban todos los demás, apuntando.

—Voy solo. Lo juro.

Elevó sus manos para que las viera. Abrí sin estar convencida del todo, pero pude confirmar que decía la verdad. Abrió los ojos como platos al ver a tantas personas apuntándolo.

—Entra.

Tiré de su brazo y cerré de un portazo. Seguían encañonándolo.

—¿A qué viene esta bienvenida? ¿No quedamos en que ya éramos amigos? ¿Tiziano? —Miró al italiano.

El aludido negó con la cabeza, dando a entender que él no mandaba.

—Nos traicionaste —le dije mientras lo registraba.

Llegué a la parte de su entrepierna y la palpé, provocando que diese un respingo y una sonrisa malévola floreciese de sus labios.

—*Ragazza*, solo tienes que pedírmelo... —La pistola de Jack presionó una de sus sienes—. Vale. No he dicho nada. Lo retiro.

—¿Qué quieres? ¿Qué haces aquí? —le pregunté con mala cara.

—No me habéis llamado para matar al cabrón embustero.

—No te necesitamos —argumenté sin darle más detalles.

—Oh, sí, sí que me necesitáis.

—Lo dudo —insistí.

Pensándolo bien, si hubiese querido, podría habernos matado, ya que él sabía de sobra dónde estábamos, y era un detalle en el que todos habíamos caído. Aunque en un principio dijimos que podría unirse a nosotros, al final acabamos convenciéndonos de que lo mejor era que no.

—Sé que no confías en mí. ¡Y lo entiendo! —Elevó sus manos al techo—. Por eso mismo, y como creo que con esto me ganaré tu confianza y tu amistad, he pensado que quizá te interesará esto.

Me enseñó un teléfono móvil con varias fotos. En todas aparecía Eli entrando a un bloque de pisos en el centro de Moscú. Sola.

—¿De cuándo son? —le pregunté.

—Tengo entendido que Anker está fuera. No sé dónde, pero no está en Rusia. Llevo dos días siguiéndola, y desde ayer está sola. La he escuchado hablar por teléfono con él, y hasta mañana no se prevé su regreso. Tengo la dirección. ¿Qué son seis hombres que la mantienen vigilada para nosotros? —Hizo una mueca graciosa con los labios.

Tiziano rio y Jack me contempló, dudando. No mantuvo sus pensamientos para él:

—Es una trampa.

—Williams, no es una trampa. He dicho que vengo a ganarme vuestra confianza, y lo llevaré hasta mi muerte. La he cagado, sí, pero yo no sabía quién era Anker ni por qué la quería. Tampoco lo sé ahora, ni pretendo enterarme. —Su tono volvió a ser serio, como el Angelo que un día conocí—. Haré lo que digáis.

Todos nos miramos en silencio. Contemplé a Adara, quien, cabizbaja, luchaba; imaginé que contra sus propios demonios. Seguramente, estaría pensando en el hijo de puta de su padre, el mismo que le había disparado sin importarle y el mismo que no estaría en Rusia porque andaría buscándola todavía. Le lancé un breve vistazo a Noa, que me entendió con rapidez.

—A ver, musculitos, empieza por dejar tu teléfono y todos los dispositivos electrónicos que lleves en esta bolsa. A partir de ahora, estás incomunicado.

En mi postura

No me entretuve en movilizar a todos para que viniesen conmigo. Obviamente, a Aarón y Noa los dejé fuera de mi maléfico plan, pues sin duda iba a ser uno de los peores.

Ella se había convertido en mi enemiga.

Ella pagaría todo lo que me había hecho.

Jack había puesto rumbo a Londres en busca de su contacto para el suministro de las armas y, renegando, argumentó que volvería con rapidez. No quería marcharse y dejarme a solas con Eli, sin embargo, conseguí convencerlo. Cuanto antes terminásemos, antes estaríamos en casa.

Porque pensaba volver.

Costase lo que costase.

Como única compañía, vinieron Tiziano y Angelo, los dos hombres más sanguinarios y, hasta el momento, más locos que había conocido. Pero yo tenía guardada una sorpresa.

Una bomba final para ella.

Algo que ni en sus peores pesadillas habría podido esperar.

Avanzamos con pasos firmes hasta llegar a la entrada del edificio, donde Angelo y Tiziano se encargaron de dejarme vía libre. Me quedé en el portal, a la espera de que la voz de alarma por parte de alguno de los dos sonara.

Llegó unos minutos más tarde; más pronto de lo que esperaba. Noté la impaciencia recorrer mis manos en cuanto comencé a ascender por los escalones con sigilo, atravesando después la puerta principal del gran piso. No era una vivienda de lujo, aun así, era lo suficientemente grande como para una familia de diez personas. Miré a Tiziano y Angelo, que se encontraban en el marco de la entrada a la habitación donde se suponía que estaba Eli, y sin esperar ni tomarme unos minutos para pensar, entré.

Se encontraba tumbada en su cama, durmiendo. Veía su pecho subir y bajar con tranquilidad, con la calma que puede tener cualquiera, sin pensar que nadie entrará en su casa de madrugada con la simple idea de cometer un asesinato brutal.

Sin dejar de observarla, continué haciendo el menor ruido posible para que no se despertara. Me senté en la cama con cuidado, inclinándome de lado para mirarla. Un leve ronroneo salió de su garganta y se volvió, dándome la espalda. Suspiré. Cuánto dolor nos ocasionan las personas que más queremos. Algunas veces es de manera inconsciente, pero, por desgracia, la mayoría lo hacen con conocimiento de causa. Sabiendo los motivos. Buscando ser alguien que no son.

Como ella.

Toqué con delicadeza su espesa y larga cabellera rubia. Luego descendí mi mano por su mejilla, su mentón... Sus labios se entreabrieron con una sonrisa que me asqueó al darme cuenta de que

pensaba que era otra persona. ¿Cómo era capaz de acostarse, de mirar siquiera al tirano de Anker?

—Mmm... Ya has vuelto... —murmuró sin abrir los ojos.

Sonreí con tristeza. Sabía que en realidad no lo quería. No lo amaba.

Me tomé unos minutos para contestar:

—Sí. He vuelto a por ti.

Sus ojos se abrieron, impulsados por un sentimiento parecido al miedo. Me miró con horror, buscando a otra persona que no fuese yo, y en la penumbra de aquella habitación, un cuchillo sujetado por mi mano se colocó en su cuello.

—¿Qué...?

—No, Eli. No te muevas, o tu precioso cuello sufrirá un corte indeseado.

—¿Qué coño haces aquí? —Parecía estar enfadada.

Buscó con la mirada al resto de los hombres que se habían quedado con ella, sin encontrarlos.

—Están todos muertos —le dije, levantándome de la cama.

Ella no se movió.

Me perdí por la habitación, dando vueltas en un silencio sepulcral. La escuchaba respirar de manera agitada, moverse inquieta en la cama sin saber qué hacer o cómo salir de la situación.

—¿Qué quieres? No tengo nada que hablar contigo, y tampoco vas a convencerme para que cambie de opinión. Estoy mejor así. Estoy mejor sin ti —añadió con saña.

—¿Por qué tendrías que cambiar de opinión? —le pregunté, andando de un lado a otro de la habitación, desafiándola.

No me contestó. No hacía falta que volviese a repetirme que lo hacía porque siempre había sido más que ella, porque nunca la había valorado. Hasta dónde llegan los celos si los dejamos...

Salió de la cama ataviada con un simple camisón rosa palo, casi transparente. Cruzó sus brazos y me contempló amenazante desde su posición. Dio un corto paso que me indicó una cosa: precaución. No estaba segura, y lo demostraba con creces. Detuve mis pies, sin moverme, esperando a su próximo movimiento. Analicé sus gestos, sus palabras, dando por concluida una cosa: tenía miedo.

Miedo de su final.

Miedo de no saber qué le ocurriría.

Miedo de mí.

—¿Crees que puedes entrar en mi casa cuando y como quieras? —Nerviosa, rio; intentó disimularlo—. Anker te matará, Mica, y yo estaré para ver lo que tanto tiempo llevo deseando.

—Te conocí muy joven, Eli... —murmuré, perdida en los recuerdos—. Fuiste la primera persona que me ayudó cuando aparecí perdida en aquella maldita ciudad.

—No me vengas con ñoñerías. No te pegan —bufó.

—No son ñoñerías. Es la verdad. Siempre te he querido —me sinceré con tono sosegado.

Me encontraba tan tranquila que hasta yo misma me sorprendí. Y como siempre decía mi abuela: »Después de la calma, llega la tormenta«.

—¡Yo siempre te desprecié! —escupió con rabia.

No le contesté. Solo la miré.

Cómo me dolía. Joder, ¡cómo lo hacía!

Pensé que saldría corriendo, o eso me pareció ver en sus ojos cuando avanzó con grandes zancadas hasta mi posición. Al llegar a mi altura, la observé con los labios sellados, apreciando que alzaba su cuello de manera altanera.

—¿Qué pretendes conseguir, Eli? ¿Su dinero?, ¿que se olvide de mí?, ¿curar su maldita obsesión? —La miré con profundidad—. ¿O ser la puta de un viejo asesino solo por ser más que yo?

Su mano impactó contra mi mejilla sin previo aviso.

Reí. Reí de manera desquiciada, como jamás lo había hecho, y de nuevo me mostró el horror en sus ojos, el pánico al saber que vas a morir.

—Lárgate de mi casa.

Seguí fijándome en ella, intimidándola, hasta que la batalla terminó cuando no tuvo más remedio que apartarme la mirada. Nunca había conseguido mantenérmela, y eso solo significaba una cosa: inferioridad.

—Voy a matarte, Elisenda —musité con calma.

No abrió la boca, cosa que me indicó su derrota antes de tiempo. Estaba más que segura de que no sobreviviría.

Elevé mi puño hasta impactarlo contra su mejilla, ocasionando que cayese de espaldas en la moqueta roja. La templanza dio paso a la ira, a los pensamientos que no debían aparecer para no perder los papeles. A la rabia más pura. A la lava más ardiente.

—¡Levanta! —le grité—. ¡Pelea como una mujer!

Colocó las palmas de sus manos en el suelo, impulsándose hasta conseguir incorporar su cuerpo. Soltando un grito de guerra, se abalanzó sobre mí, pero la esquivé. Se estampó contra el mueble que tenía detrás. Aproveché su desconcierto para sujetar su cabello, tirar de él y arrastrarla por el suelo. Chillaba y chillaba. No solo pedía auxilio, sino que también llamaba a los hombres de Anker. Parecía que no le habían quedado claras mis palabras.

—Las diferencias entre nosotras siempre han existido. Está claro que en la relación que teníamos, yo era el alfa y tú el omega. No me digas que no. —Me paré para mirarla desde mi altura. Tenía mi muñeca llena de sangre por sus constantes arañazos para que la soltase. Seguí con mi tono chulesco—: Sí. No me equivoco. Eras el puto punto flojo.

—¡Que te jodan, Micaela! ¡Suéltame ahora mismo!

—No estás en posición de exigir —canturreé, y me parecí un poco a mi italiano favorito.

Atravesé el pasillo con ella sujeta del pelo, escuchando y viendo cómo pateaba para que la soltase, sintiendo en mis manos un gran manojo de cabellos enmarañado que estaba arrancándole por ejercer tanta fuerza.

—Primero me jodes lo que puedes... Después, Ryan. Oh, mi Ryan. No tenías ningún derecho a dispararle como a un perro —escupí, llena de odio. Detuve mi paso, sin escuchar contestación alguna, y le di una fuerte patada en la cabeza. Un hilo de sangre comenzó a salirle por una de las sienas. No le di importancia—. Por último, te coronaste con mi hermano... —Rechiné los dientes, a punto de explotar. Me acerqué a ella hasta casi rozar su nariz y musité, apretando la mandíbula —: Mi hermano, Eli, al que me había costado encontrar media vida. Me lo arrebataste de la manera más rastrera. Los cosiste a balas en mis narices y... te reíste. Te reíste, maldita hija de puta...

Mi mano fue soltando su cabello, para después apretar su cuello con tanta intensidad que pensé que se lo partiría antes de que comenzase la fiesta. Golpeé su cabeza tantas veces como pude en el suelo, sabiendo que sangraba mucho y que poco a poco sus ojos se cerraban, dominados por el dolor. Sus manos volaron sobre mi cuerpo, arañando los sitios que podía, tratando de defenderse entre gritos y algunas lágrimas que la moqueta absorbió.

A mí ya no me salían las lágrimas.

Habían vuelto a arrebatarme los mejores regalos de mi vida.

»A mi hermano«.

Elevé su cabeza hasta que se sentó y, con la mano que tenía libre, la insté a que se levantase. Poco a poco, y limpiándose la sangre que salía de la comisura de su labio, se quedó estática frente a mí después de dar un paso vacilante.

—No podrás conmigo. ¡No podrás con mi imperio! —voceó como una loca.

La risa surgió de mi garganta con intensidad.

—¿Tu imperio? Rectifica: su —recalqué— imperio. Pero no te preocupes, que te ahorraré verlo; para que no te dé envidia y esas cosas, que estoy viendo que se te va de las manos. —Apretó los dientes tanto que me los imaginé saltando por los aires—. Eres muy abusona, Elisenda.

Reí y se enfadó, esa vez de verdad. Trató de embestirme con su cabeza, pero al final se dio contra el mueble situado a mi espalda. Parecía que lo tenía planeado al dedillo, sin embargo, no era así.

—Put. Puta. Puta.

Se llevó las manos a la nueva brecha, que chorreaba, literalmente, de sangre. Me contempló con los ojos desencajados.

—Tienes un problema con la defensa. Nunca has sabido pelear —solté, encolerizándola todavía más. Me giré mientras me miraba con una ira desorbitada—. Sígueme, que tengo una sorpresa que va a encantarte.

Anduve con lentitud hasta llegar a una sala a oscuras, muy cerca de su dormitorio. Era el despacho de Anker, o eso me pareció. Qué bien se lo tenía montado el cabrón. En Rusia, en Atenas, y a saber dónde más, aunque yo pensaba destruir hasta el último peldaño que ese miserable hubiese construido.

Mi tiempo se terminó y decidí mantenerme en la oscuridad de aquel inhóspito cuarto. Me senté en uno de los butacones cercanos a la ventana y esperé. Apenas se veía nada, excepto la poca luz que entraba del exterior. La lluvia en la calle comenzó a resonar con rabia, como si el tiempo estuviese sufriendo la tormenta interior que albergaba mi alma. Crucé mis piernas y la escuché:

—¿Vamos a jugar al escondite? Porque no tengo todo el tiempo del mundo para matarte, Mica. —Nadie le contestó. Ella siguió dando vueltas, andando con pasos cortos por el interior de la estancia, topándose con los muebles que había a su paso—. ¡¿Dónde coño estás?! ¡¡Deja de esconderte!!

De repente, una voz que no esperaba la detuvo:

—Aquí.

Contuve el aire cuando la tenue luz de la lamparita del escritorio se encendió, dibujando el cuerpo de Tiziano. Tenía los brazos cruzados en el pecho, igual que las piernas, una sobre otra. La contemplaba con intensidad, con los labios apretados y la calma en su rostro.

Pero Tiziano no sentía nada de eso.

—¿Qué...? ¿Qué haces tú aquí? —murmuró, sin poder creérselo—. ¿Dónde está ella? ¡¡¿Dónde?!!

La exaltación por su parte provocó que el italiano sonriera.

—Siéntate, Elisenda.

—No pienso obedecer a lo que me digas. ¡Lárgate de mi casa! —le chilló.

Tiziano se levantó de su asiento y se quedó de pie.

—*Bella*, es mejor que lo hagas... —La voz de Angelo la sobresaltó, y el pánico apareció en todo su esplendor en sus ojos, mirando a ambos.

—¿Qué hacéis aquí? ¿Ahora trabajas para Micaela? ¡Eres un necio! —le dijo a Angelo, tratando de sonar irónica, pero lo que le sucedía era que estaba histérica—. ¿Qué vas a conseguir de alguien que ya no tiene nada? ¡¡¡¿Qué?!!!

—Lealtad, que es lo que a ti te falta —le contestó Tiziano.

Eli lo observó con los ojos desencajados, y supo cuál era el motivo: no deseaba alargar las cosas más de lo necesario. Angelo la empujó con suavidad del hombro y la sentó en una de las sillas de madera que habían puesto adrede allí.

—¿Qué se siente cuando el hombre al que has amado durante toda tu vida va a asesinarte? —le pregunté con calma.

Escuché su saliva bajar por la garganta. Sus ojos vivaces, tan vivos como de costumbre, me buscaron furiosos por la sala, sin encontrarme. Y no solo era furia lo que mostraban, sino tristeza también.

Tiziano, sin dejar de observarla, no se movió del sitio. Ella, para salir del paso, comenzó a reír con histeria.

—Jamás he sentido nada por ese italiano asqueroso. No te confundas.

Angelo mostró una radiante sonrisa y, cabeceando, se alejó para colocarse en el sitio de Tiziano. Yo seguía oculta en uno de los laterales, sin luz y sin poder ser vista. Pensaba darle el placer de verlo a él antes de morir.

Porque sabía que lo amaba.

Porque sabía que le temblaba el alma al pensar que él sería su verdugo.

Tiziano se posicionó frente a ella con gesto chulesco y demente. Muy demente. En silencio, movió su rostro hacia la izquierda para contemplarla mejor. A Eli le brillaban los ojos tanto que de un momento a otro explotarían.

—¿De verdad no me has querido nunca? —Negó sin poder contestarle. Tiziano se aproximó a ella, rozó su nariz con la suya y la miró a los ojos. Descendió con la punta de sus dedos por el mentón, el cuello, el escote, hasta que llegó a su vientre y se detuvo. Los ojos del italiano siguieron inmersos en la mujer que respiraba con agitación, tratando de no apartar la mirada de él. En un susurró demoledor, le preguntó—: ¿Por qué te tiemblan las manos y se te pone la piel de gallina entonces, rubita?

Los labios de Eli se entreabrieron un segundo, para volver a cerrarlos con rapidez. No quería mostrar lo que él ya estaba diciéndole, pero sus gestos eran evidentes.

—Déjame irme, Tiziano. Te recompensaré como quieras —murmuró, pensándose que no lo había escuchado. Habló con un nudo en la garganta que indicaba la poca fuerza que le quedaba.

Él rio, rozando sus labios con delirio.

—Tengo todo el dinero del mundo. ¿Qué puedes ofrecerme más? —le preguntó, y ella lo creyó.

—Lo que quieras —se apresuró a contestar—. Tendrás lo que quieras. Nuestra ayuda, nuestra lealtad, dinero, mujeres, lo que quieras.

Tiziano se apartó de ella muy poco, lo necesario para poder contemplarla de manera firme. Angelo seguía en su posición, sin moverse. Eli, aunque podría intentar levantarse y salir corriendo, no lo hizo. Permaneció quieta, tratando de fijar sus ojos en Tiziano y sin dejar de observar a Angelo. Seguía buscándome con la mirada por la sala, sin dar conmigo.

La pregunta del italiano la desconcertó:

—¿Dejarás a Anker para venirme conmigo?

—¿Qué? —titubeó, y lo miró confusa.

—Me has escuchado perfectamente, Eli.

—Tú nunca has querido saber nada de mí. ¿Por qué ibas a hacerlo ahora? —cuestionó con esperanza en su voz.

—Las personas cambian. —Movi6 sus hombros con desinter6s—. Algunas veces quieren unas cosas y luego se le antojan otras. —La contempl6 con fijeza, volviendo a ponerse serio—. Como t6.

—Tiziano, yo..., yo...

Las manos de 6l se colocaron en sus muñecas, masaje6ndolas, para despu6s descender por sus piernas, y una de ellas pase6 con libertad por su sexo, elev6ndose hasta sus labios. Tir6 del inferior, provocando que se separasen, y volvi6 a juntar su rostro al de ella.

—¿Cu6ntas noches te has tocado pensando en m6? ¿Cu6ntas veces te has acostado con ese viejo pensando que era yo? D6melo, necesito saberlo.

Su saliva volvi6 a descender garganta abajo, en esa ocasi6n de manera ruidosa.

Tiziano la inst6 con la mirada a que le contestase, volviendo a rozar su zona 6ntima, sus largas piernas y ascendiendo de nuevo hasta su cuello, donde se detuvo durante unos segundos. Lo sujet6 con delicadeza, ejerciendo una presi6n leve, tratando de que sus ojos no se separasen ni por un instante.

—Muchas... —fue lo 6nico que respondi6.

Tiziano sonri6.

—Haremos una cosa. —La esperanza apareci6 en su rostro—. Yo me encargo de Micaela si t6 me das lo que te pida. Incluida t6 —le propuso—. Y si no eres capaz de d6rmelo, tambi6n me quedo contigo.

Asinti6 con rapidez, arrugando el entrecejo al no entender a qu6 se refer6a con exactitud. Tiziano chasque6 la lengua, recre6ndose en su piel un rato m6s.

Qu6 pena damos los humanos cuando en una situaci6n tensa, como en la que nos encontr6bamos en aquel momento, nos agarramos a un pomo ardiendo y nos creemos cualquier gilipollez que salga; sobre todo, de la boca de la persona a la que amamos.

—Dime qu6 quieres y te lo dar6.

Tiziano sonri6. Con su mano derecha, sac6 un cuchillo de grandes dimensiones, sosteni6ndolo por la empuñadura. Ella ni siquiera se dio cuenta de ese detalle. Estaba tan absorta en sus ojos que parec6a haberla hipnotizado.

—¿Dejar6s a Anker? No me gustan los tr6os amorosos. Y es una cosa necesaria si aceptas.

—S6, s6, lo har6. Har6 lo que me pidas. —Se revolvi6 inc6moda en su asiento, sin ser capaz de levantarse todav6a.

Durante unos segundos se hizo el silencio. Tiziano la observ6 tanto que ese gesto, c6mo la miraba, c6mo la taladraba con sus ojos, lleg6 a intimidarme hasta a m6. Eli se revolvi6 de nuevo, incapaz de saber qu6 era lo que pasaba por la cabeza del italiano.

—Quiero que me devuelvas a Arcadiy —solt6 sin m6s. Eli dej6 de respirar, mir6ndolo extrañada. Su pulso comenz6 a acelerarse al ser consciente de que toda la palabrer6a del italiano y las caricias que acababa de darle eran fruto de una mentira—. Creo que eso es algo dif6cil de conseguir, ¿verdad?

Sac6 el cuchillo y lo coloc6 delante de su rostro. Ella abri6 los ojos con sorpresa.

—Tiziano..., por favor... Me mandaron que lo hiciera. Yo solo cumpl6a 6rdenes y...

—Y yo tambi6n cumplo 6rdenes, *bella*.

Supe que la hab6a llamado de esa manera porque Tiziano me llamaba a m6 as6. Porque Eli no soportaba que lo hiciese, porque le pod6a que esa palabra cariñosa no fuera dirigida a ella.

Los ojos de Eli brillaron, y soltó unas pocas lágrimas sin conseguir retenerlas. Seguía teniendo las manos en los reposabrazos de la silla sin sujeción. Alternadamente, miraba del cuchillo a los ojos de Tiziano.

—Nunca me llamaste de esa forma...

Dejó de hablar cuando el cuchillo atravesó su vientre, ocasionándole una herida de gran magnitud, aunque lo suficientemente superficial como para divertirse un rato. El italiano contempló lo que había hecho, viéndola sangrar.

—Es una maravilla... —murmuró ido, tocando la sangre.

—Aun estando loco, siempre te he amado... —sollozó, sin contener las lágrimas.

El italiano elevó su rostro, enfocando su mirada en ella. Sujetó su brazo izquierdo, extendiéndolo. Parecía una muñeca de trapo indefensa. Tampoco hizo nada para evitarlo. Tiziano provocó un corte horizontal, después otro, y otro, y otro... Así hasta contar quince.

—Hace quince años que te conozco, Eli —musitó, mirándola. Ella casi podía no hablar—. Quince años que has tirado a la basura por egoísta. ¿Sabes lo que es la lealtad?

—Lo...

—No, no —añadió con rapidez, sin dejarla terminar—. No me pidas perdón a mí. A mí no me debes nada. Pídeselo a ella. Pídeselo a Arcadiy. Pídeselo a Ryan.

Sujetó la mano que aún tenía ilesa y la levantó. Se quedó frente a él, con el brazo herido elevado, el cual colocó en su pecho, manchando su camisa de sangre. Eli lo miró con tanto amor que sufrió. Sufrió al pensar si hubiese querido a Jack de aquella forma tan ciega y no hubiese sido correspondido. Como ella con Tiziano.

El italiano subió su mano hasta posarla sobre su boca y la besó con mucha lentitud. Se la llevó al escritorio donde Angelo se encontraba anteriormente, pues había desaparecido de la sala unos minutos antes, quedándose a mi lado. Mis ojos se cruzaron con los suyos durante unos segundos y asentí, dando la orden macabra.

Aprecié en la mirada de Eli las ganas que tenía de que Tiziano la besara, pero sabía que no le concedería ese deseo. Lo tenía muy claro. Ella se acercó a él con esa intención y este le dio la vuelta hasta pegarla a su pecho. Tiró de su camison con fuerza, rompiéndolo y provocando que su cuerpo se moviese por el impacto. Respiró agitada, pensándose algo que no era. Las manos de Tiziano se colaron por las tiras de sus bragas y las descendieron hasta que llegaron a sus tobillos. Una vez desnuda, la giró y la pegó a su cuerpo, sintiendo sus erectos pezones rozar contra su pecho.

—Quiero oírte gritar... —murmuró con voz ronca.

Eli jadeó en su oído, y pude atisbar una pequeña sonrisa por parte del italiano. Sin esperarlo, él se apartó de ella y se mantuvo alejado. Eli abrió los ojos sin saber qué ocurría, hasta que dos segundos después, una fila de diez hombres, rudos y bárbaros, entraron por la puerta del despacho.

Noté su nerviosismo, su histeria, hasta que lo miró y gritó:

—¡No! ¡Tiziano, no! ¡Tiziano, te lo suplico! —Uno de ellos llegó hasta ella, la giró y entró en su interior con una bestialidad horrible—. ¡Micaela! —sollozó mientras sentía los embistes del primer degenerado. Todavía le quedaban nueve—. ¡¡Micaela!!

No volví a escucharla pronunciar palabra alguna, pues solo oía lamentos y sollozos. Veía la sangre que algunos le provocaban al moverla con violencia, al incrustarse en su boca, en su sexo, delante y detrás, daba igual. Zarandeaban su cuerpo, lo golpeaban con los muebles, con el suelo, incluso con sus mismos cuerpos al ansiar poseerla de aquella forma tan bestia. Miré a los dos

hombres que se encontraban a mi lado; Tiziano, con los brazos cruzados en el pecho, contemplando la escena sin parpadear; Angelo, con una mano apoyada en mi butacón y con la otra metida en el bolsillo, mirando la escena también.

Ni siquiera era capaz de ver el cuerpo de la que un día fue mi amiga, de la que un día me traicionó con el hombre que había hecho de mí una mala persona. Porque, aunque yo me busqué mi camino, Anker había sembrado en mí la sed de venganza, las ansias de matarlo. El poder. Todo. Él, junto con sus hombres, había provocado a la mujer que en aquel momento era. A la que había hundido en lo más hondo de la tierra aquella Navidad.

Pasaron muchas horas, las suficientes hasta que contemplé sus brazos caídos y derrotados a ambos lados de la moqueta. Sus pocas ganas de seguir luchando, de intentar salir de aquella situación. Se había rendido, y ya no le quedaba ni siquiera la dignidad para poder respirar.

Porque no se lo merecía.

Me levanté de mi asiento y, chasqueando los dedos, di una orden concisa para que los diez hombres se apartasen de ella y salieran de la habitación. No íbamos a dejar cabos sueltos. Ya no.

Me acerqué con tranquilidad a su cuerpo inmóvil, amoratado y ensangrentado por las heridas. Me agaché, quedando a su altura, y cogí su mentón para que me mirase. Ella abrió los ojos como pudo y apreció el dolor que sentía. Con los labios apretados, limpié sus lágrimas.

—Esto es lo que yo sentí con el hombre con el que me has traicionado..., Eli. Esto era lo que tantas pesadillas me hacía tener.

—Lo... si..., sient...

—Lo sé. Sé que lo sientes de verdad. Y por eso mismo acabaré con el sufrimiento de sentirte ultrajada, sucia y asqueada. Terminaré con un regalo. —Sonreí con debilidad. Tiziano apareció a mi lado. Los ojos de Eli lo enfocaron, llorando—. Dejaré que el amor de tu vida te dé la paz que siempre has buscado.

Sin soltar su mentón, Tiziano se puso de rodillas, sujetó la mano derecha de Eli y, sin esperar, le clavó el cuchillo en el corazón.

Un favor por otro

Jack Williams

Busqué la dirección que me había indicado mirando todas las calles por las que pasaba, hasta que di con ella. Se me echaba el tiempo encima y tenía que volver en unas horas. No me hacía gracia la idea de dejar a Micaela sola al frente con Eli. Sabía que le provocaba un dolor que no me contaría, aunque también respeté su decisión de no querer hacerme partícipe de ello.

En pleno centro de Londres, busqué la cafetería indicada y el callejón de su derecha. Era oscuro y para nada acogedor, aun así, entré y subí calle arriba hasta escuchar que alguien me chistaba desde otro de los subcallejones. Giré mi rostro y me encontré con un tipo con una sudadera de deporte y una capucha puesta.

Enseguida supe que era él.

Atravesé el callejón mirando a ambos lados, cerciorándome de que no me había seguido nadie. Extendí mi mano en su dirección y la apreté con fuerza, para después palmear su espalda.

—Summers.

—Williams —me contestó, recibiendo mi apretón.

Seguidamente, nos dimos unas palmadas en la espalda con añoranza, sonriendo.

—Te veo muy bien. La vida no te trata mal, amigo —comenté, y me apoyé en la pared junto a él.

—No me va mal, ya sabes... Aunque estar escondido tampoco es lo mío. —Reímos, y se hizo un breve silencio—. Te vi en las noticias. Hace un tiempo.

—Lo sé. Digamos que han querido jugármela. ¿Y tú? ¿No estabas en Andalucía?

—Sí. Sigo allí. —Suspiró—. Por desgracia sigo allí. Sabes que ya no me dedico a ello, Jack...

Lo miré.

—Y también sé que eres el único al que puedo pedirle todo lo que te dije.

—Y también sé que eres el único al que puedo pedirle mi libertad.

Su contestación me dejó fuera de lugar. Lo contemplé extrañado.

—¿A qué te refieres?

—Sigues trabajando, ¿no es así?

Sus ojos azules chocaron con los míos.

—Sí. Claro.

—Bien. Esta es la dirección en la que tienes todo el material. La entrega será mañana a las siete de la mañana. Tenéis que ser puntuales, y no podéis retrasar la descarga del cajón más de una hora. No puedo retener a la policía más tiempo.

Sonreí al escucharlo. Siempre tenía todo muy bien atado.

—No lo haré. Y, ahora, sácame de dudas.

Metió la mano derecha en el bolsillo de su pantalón y sacó una fotografía con un nombre apuntado: «Jim Hans».

—Quiero la dirección exacta de este tío. Sé que está en Moscú desde hace unos años. No quiero que lo mates. Solo quiero que me digas dónde está, qué hace, cómo vive y todo lo que puedas averiguar de él. El resto es cosa mía.

Toqué la foto por encima, viendo el perfil del tipo. No me sonaba de nada, pero teniendo en cuenta su historia, me imaginaba quién era.

—¿Tu antiguo jefe? —me atreví a preguntarle.

—Más o menos.

—Está bien. No necesito saber más. En estos días lo tendrás todo.

—Tranquilo, Jack. —Palmeó mi espalda—. Acaba tus asuntos. Llevo muchos años escondido, así que no voy a morirme por esperar unos meses más. Estaré al tanto de noticias tuyas, y espero volver a verte en otras circunstancias.

Comenzó a andar calle abajo. Con una sonrisa en los labios, añadí:

—¿Sin que ninguno de los dos tenga que esconderse?

Giró su rostro y me mostró una perfecta dentadura blanca. Tras subirse la capucha de la sudadera y taparse su cabello rubio, me prometió:

—Sin que tengamos que escondernos, amigo.

Asentí, dándole las gracias.

—Adiós, Bryan.

Era de madrugada cuando el avión aterrizó en el aeropuerto. Sin tiempo que perder, cogí el coche que había estacionado en el aparcamiento y salí derrapando hasta la casa de Tiziano, donde todos estaban. Al llegar, comprobé que me faltaba uno de los vehículos en la entrada. Arrugué el entrecejo y pensé que Micaela no podía no estar allí. Era muy tarde.

Entré y me encontré con Ryan.

—¿Micaela?

Negó con la cabeza.

—No está aquí. Está allí. —Señaló la puerta, hacia la calle.

Fruncí el ceño, sin saber a qué se refería.

—¿En la calle? —cuestioné.

—En su antigua casa.

—No ha querido que la acompañásemos —dijo la grave voz de Vadím cuando salió del comedor. Me tendió un papel—. Tenía fe en que llegases pronto. Estará aquí, seguro. He llamado a Tiana hace un rato y me ha dicho que todavía sigue allí. Sola.

Asentí, agradeciéndole el gesto, y no perdí tiempo en llegar hasta el sitio indicado.

En la entrada, una sensación extraña me recorrió el cuerpo. Era más o menos como cuando yo me marchaba durante horas y me quedaba en la puerta del que fue mi orfanato, recordando lo poco que podía, lo que más me dolía de mi infancia. Quizá ella necesitaba encontrar aquella parte que un día perdió. Sabía que nunca había vuelto a su casa, que no podía hacerlo o, simplemente, tal vez no era el momento. Y si estaba allí, significaba que, o algo peor había ocurrido, o la necesidad por recordar se había apoderado de ella; cosa que dudaba con creces.

Salté la verja de la entrada y subí los dos escalones que separaban el jardín de la puerta. Toqué

con suavidad, pero nadie abrió. Anduve por el porche, buscando un acceso, hasta que llegué a la puerta trasera de la cocina y la encontré abierta. Inspeccioné la estancia con un nudo en la garganta, temiéndome lo peor. Solo rezaba para que no hubiese hecho ninguna tontería.

Di dos pasos más y me metí en la despensa, en el baño, en el pasillo. A fin de cuentas, casi en toda la planta baja.

—¿Micaela?

Seguí mi camino hasta toparme con el salón, y sentada en la moqueta, con las rodillas cogidas por sus manos y la barbilla apoyada en ellas, me la encontré. Estaba contemplando una fotografía que había puesto en el suelo. Aparecían cuatro personas. Ni siquiera levantó la cabeza cuando llegué hasta ella.

—¿Estás bien? —le pregunté, agachándome para sentarme a su lado.

Negó con la cabeza, sin dejar de contemplar el marco. Había una mujer muy parecida a ella y un hombre con sus mismos ojos. Imaginé que serían sus padres e, inconfundiblemente, Arcadiy. Un dolor agudo se instaló en mi pecho al verlo.

—He hecho algo horrible...

La miré, sin entenderla.

—¿Eli?

Asintió con pesadez.

—Algo horrible de lo que no me arrepiento —sentenció, observándome fijamente.

—¿Quieres hablarlo?

Durante un rato, la escuché sin interrumpirla. En ningún momento se excusó sobre su comportamiento, sobre su venganza, pero sabía que le había pagado con la misma moneda de lo que tanto odió.

—¿Ese es el motivo por el que estás aquí?, ¿por lo que estás así?

—No. —Sonrió con tristeza—. Estoy aquí porque tenía que volver. Porque echo en falta a mi familia. Porque necesito ver a Atenea. Porque siento que cada día estoy más lejos de ti.

Sus ojos claros se fijaron en los míos con cariño. Arrastré mi trasero lo suficiente para estar a su lado, juntos, y tiré de su cadera hasta colocarla a horcajadas sobre mí. Un mechón rebelde escapó de su largo cabello suelto y lo recogí detrás de su oreja, deslizando después mis dedos por su mentón.

—De mí jamás podrás huir, amor.

Sus labios se curvaron al escuchar el apelativo. No sabía por qué le hacía tanta gracia; quizá serían las muestras de cariño a las que no estaba acostumbrada, las cuales pensaba darle todos los días de mi vida. Verla sonreír de aquella forma me hinchaba el corazón.

—No tenemos tiempo para nosotros, Jack. Solo tenemos tiempo para pensar en qué vendrá después. En qué pasará mañana.

—Ya solo estamos a uno. Y seremos libres —aseguré.

—Libres... Siempre me ha parecido una palabra cercana. Y, sin embargo, estaba más lejos de lo que pensaba.

—Ya no. Tenemos a la poli comprada y a los enemigos fuera de juego. ¿Qué más quieres? —me burlé.

—No juegues con eso, que sabes que los planes nunca salen bien.

Me dio un pequeño golpe en el pecho y me quejé de mentira. Le conté que teníamos el material necesario para volar una ciudad si quisiéramos, y se acurrucó en mi pecho, suspirando.

—¿Y si no conseguimos acabar con él? Anker siempre ha tenido mucho poder. A la vista está.

¿Quién pensaría que seguiría vivo?... Es una locura.

—Acabaremos con él y acabaremos con todo lo que tenga. Te lo juro. —Mi voz sonó firme.

Me contempló con los ojos brillantes y, pegándose mucho a mi boca, musitó:

—Eres lo mejor que me ha pasado en la vida. Y gracias a ti tengo un trozo de ambos. De ti y de mí.

La miré con tanto amor que sentí que el corazón se me saldría por la boca sin poder retenerlo. Notaba mi pecho subir y bajar con fuerza. Ya no era capaz de pensar en una vida sin ella. Sin ellas. La abracé con tanta fuerza que temí hacerle daño. Se separó lo justo de mí y fundió sus labios con los míos en un tranquilo y fogoso beso. Tan delicado, tan suave, que ni siquiera parecíamos las dos bestias que un día se conocieron en aquel bar.

—Micaela... —gruñí en su boca.

—Te enseñaré la casa. Después, nos marcharemos.

Guiñándome un ojo y contemplando la gran erección que surgía de mis pantalones, se levantó, y durante un largo rato, casi hasta que amaneció, me enseñó todos y cada uno de los recuerdos que había en aquella casa tan acogedora, tan familiar. Como la que pensaba tener algún día para nosotros.

Para los tres.

A primera hora de la mañana, y casi sin dormir, llegamos al sitio indicado por Bryan, donde debíamos recoger las armas. Había dejado a Micaela descansar. Riley y Adara la acompañaron, y Noa tampoco acudió. Se había apartado lo suficiente como para saber que la indirecta de Micaela no era necesaria repetirla dos veces y que su vida no correría peligro si estaba lejos de mí.

—¿Cuántos cajones son? —me preguntó Angelo.

—No lo sé.

Miré la grúa que descargaba nuestro gran equipo.

—¿Tienes miedo de descargar, italiano? —La voz de Ryan sonó a mi lado.

Sonreí al verlo en todo su esplendor. Escuché a Tiziano de fondo, dando voces a diestro y siniestro. Me giré, comprobando que hablaba por teléfono y se desabrochaba los dos botones de la camisa, sofocado.

—¿Todo bien? —le preguntó Angelo, ignorando a Ryan.

—Todo mal. Todo mal —se quejó.

—¿Sucedó algo? —le preguntó Aarón, llegando a nuestro lado.

Tiziano alzó una ceja y dijo con obviedad:

—No puedo contártelo. Eres un puto poli.

El aludido río. Los demás también, incluido él. Éramos un equipo raro, por lo menos en ese momento. Aarón no encajaba con nosotros; Angelo tampoco. O quizá yo me había acostumbrado a Tiziano y Ryan como si fuesen de mi familia. Tal vez eso los hacía diferentes, y me constaba que Angelo había tratado de ganarse la confianza de Micaela. Aun así, ella seguía recelosa de confiar plenamente en él.

Aarón... Aarón era otro cantar. Imaginé que también había quedado clara la posición en la que estábamos cada uno, y recé para que no tuviese que eliminar otro estorbo de nuestra vida; porque, de ser así, lo haría.

El enorme cajón se paró delante de nuestras narices.

—Dejad de hacer el tonto y vamos a centrarnos en lo importante —sentenció Vadím.

—¿Este siempre está enfadado? —preguntó Tiziano.

—Respetar a tus mayores, narco.

—Oh, disculpe, señor Ivanov. No quería ofenderlo con mis palabras —dramatizó el italiano.

—¿Has pensado en dedicarte a hacer teatro? Te iría mejor —puntualizó Ryan.

—Las drogas dan más dinero.

—Tiziano... —Esa vez fue Aarón.

—Oh, tú cállate. Sabes que es verdad. Mira todos esos polis que tienes de compañeros. La mitad están metidos en el ajo.

Escuchaba las voces de uno, de otro, de los de detrás, entablando una conversación tan normal como si fuésemos amigos de toda la vida, y sonreí inconscientemente. Sin embargo, por mi mente solo deambulaba una cosa, y era el plan que deberíamos seguir para poder llegar hasta Anker.

Para poder derribarlo.

Porque si había vuelto, no lo había hecho solo, y aunque nos habíamos deshecho de muchos de sus hombres, sabía que, con seguridad y conociéndolo como lo hacía, había algo mucho más gordo detrás de aquel silencio por su parte. Ya tendría que haber descubierto el cadáver de Eli. Y también sabría quién habría provocado aquel desastre. Por consiguiente, su ira se desataría al saber que se quedaba sin peones que mover en nuestra dirección.

—Vamos. Tenemos quince minutos para llevárnoslo todo —concluí. Entré en él antes de ver cómo comenzaba a llover.

Mi pequeña

Micaela Bravo

La taza de café no dejaba de soltar abundante humo. La contemplé mientras soplabla lo justo para poder darle un sorbo. Esa mañana hacía un frío desgarrador, y ni siquiera las calefacciones daban abasto para caldear la vivienda. Apreté la manta que tenía sobre mis hombros y solté un pequeño bufido.

—Hace un frío espantoso esta mañana.

La voz de Noa me sacó de mis pensamientos. La miré, con la taza de café a escasos milímetros de mi boca. Alcé una ceja cuando sus ojos se cruzaron con los míos, y encogió un poco el cuello, dándome a entender que no sabía por qué ponía aquella cara. La saqué de dudas de inmediato:

—No sabía que hablabas. Que hablabas conmigo —le especifiqué.

Rio.

—No me has dado mucho margen para conocerte, la verdad.

—De momento, no me apetecen los rollos con otras mujeres, pero lo tendré en cuenta. —Le di otro sorbo a mi café, sonriendo.

Tras un extenso silencio, cruzó sus brazos a la altura del pecho y se apoyó en el escritorio, contemplándome.

—Me quedó muy clara la posición que ocupas para Jack. —La observé a través de mis pestañas, con los labios sellados—. Y la que tú ocupas para él; aunque no lo haya dicho.

—No veo necesarias las explicaciones en algo así.

—No. Y siento haber sido un incordio para ti. Por lo menos los primeros días.

—Para mí no has sido un incordio, Noa. —Di un paso hacia ella—. Si te acercas a él, te disparo. Si lo miras más de lo que debas, te saco los ojos, y si lo tocas, te mato.

Alcé las cejas en señal de si había quedado claro, y ella asintió con una sonrisa en los labios. Mi tono había sido normal, pero amenazante. Asentí al ver su gesto.

Escuché un quejido al fondo del primer pasillo. La habitación de Adara se había dispuesto en la planta baja. Tiziano había llamado a un médico ruso, quien había acudido enseguida para curarle la herida. Sin preguntas, sin decir un »Tenemos que ir a un hospital«, sin nada. Lo que era estar acostumbrado a Tiziano Sabello. Después se había marchado con una buena cantidad de dinero en los bolsillos y todos contentos.

Asomé la cabeza y vi que atravesaba el pasillo con dificultad. Riley corrió hacia ella.

—¿Te ayudo?

Adara soltó un suspiro nervioso; imaginé que a punto de echarse a llorar.

—No lo aguanto. Es que no lo aguanto.

—Eres una floja.

—¡Riley! Veríamos si te disparasen a ti. Nosotros no estamos hechos de la pasta de ellos —lo regañó, y me miró con una media sonrisa.

—¿Y de qué pasta se supone que estoy hecha yo? —le pregunté, alzando una ceja.

—¿Tú? —Movi6 sus ojos a Riley y los dos sacudieron los hombros—. De una parecida a la roca.

—Y nosotros de mantequilla —puntualizó Riley, provocando una carcajada en nosotras.

Negué con la cabeza al escuchar cómo discutían mientras los contemplaba.

—Tampoco es para tanto. Algo sabemos hacer. Yo sé curar y tú sabes usar los ordenadores. — Adara sonrió con entusiasmo.

—Lo de los ordenadores me ha llegado al alma —dramatizó—. Jack me tiene como los chinos buscando información. Sus palabras han sido: »Quiero saber qué come, cuándo duerme, dónde va y hasta cuándo se sienta en el váter«. —Puso tono de Jack, y me reí a carcajada limpia.

Hablaban del tan Jim Hans; otro buen elemento, por lo que me había contado Jack.

Escuché la risa tan verdadera y feliz de Adara. No sabía el motivo, pero Tiziano se había obsesionado con ella bastante desde que llegaron. La ayudaba, le curaba la herida y no permitía que nadie la tocara. Solo le faltó darle de comer. Yo estaba al tanto de todos los movimientos de él, sin hablar, pero fijándome en cada paso que daba, pues me dio la sensación de que la cosa estaba yéndoseles de las manos. Y eso que, hasta donde me había contado Adara, no había ocurrido nada, excepto lo del baño en Oia.

Adara, por su parte, era como siempre. Se ponía colorada hasta decir basta y me miraba pidiéndome ayuda con los ojos. Después, Tiziano le hacía un gesto negativo con la cabeza, serio y sin pestañear, y ella suspiraba muerta de vergüenza; lo más seguro que intimidada por aquel titán.

—Vamos, apóyate en mis hombros —le dijo al final Riley, cogiendo su cintura.

Un torrente de voces masculinas llegó a mis oídos. Entraban como caballos desbocados, soltando improperios y gritando. Se escuchaban carcajadas, picadillas, incluso del serio de Vadím, bromas entre Aarón y Tiziano y cosas similares que se salían del tiesto.

Y temí. Temí que tanta felicidad se acabase en unas horas.

Las manos de Jack envolvieron mi cintura, apretándome contra su pecho.

—Buenos días, amor. —Besó mi rostro mientras sonreía. Estaba lleno de barro hasta las cejas. Se justificó al ver mi expresión preocupada—: Nos ha llovido un poco. ¿Te encuentras bien?

—Tengo frío. —Sonreí—. Pero sí, estoy bien.

Mentira. Estaba agotada. Agotada en todos los sentidos.

Mis pensamientos se quedaron en eso cuando Jack me informó de que se marchaba a la ducha. Un gran Tiziano, igual de sucio que mi marido, pasó por mi lado, me lanzó un guiño seguido de una enorme sonrisa y quitó las manos de Riley de Adara. Ella lo contempló con el ceño fruncido, argumentando que se encontraba bien.

—Puedo hacerlo sola. Ya no me duele —le aseguró Adara muy convencida, mirándolo.

—No puedo creérmelo, *bambina*. Tus heridas deben tener un poder especial. —Y le clavó el dedo con saña en la herida.

Abrí los ojos por su brutalidad y por el chillido de Adara, y me acerqué a él para golpear su pecho. Tiziano sonrió y asintió con la cabeza repetidas veces.

—¿Ves? Todavía te duele. Mentirosilla.

Colocó las manos por debajo de sus rodillas y, como si fuese una novia y a pesar de la negativa

de ella, se la llevó hasta el salón, ensuciándola.

—Estás llenándome de barro. Por favor, bájame —le pidió con tono normal.

—Podemos irnos a la ducha. Yo la necesito.

Los ojos de Tiziano brillaron.

Los de Adara se fueron en mi busca.

—Tiziano —lo detuve cuando pasaba por mi lado—. Bájala.

Mi orden provocó que el italiano alzase las cejas y soltara un soplido, pero aun así obedeció. Adara casi se escondió detrás de mí. Él se marchó con mala cara, sin hacer ningún comentario. Moví mis ojos, buscándola. Ella me contemplaba con temor a lo que pudiese decirle, y antes de que me callase, hablé:

—Aléjate de él, Adara. Corre todo lo que puedas antes de que sea tarde, o terminarás quemándote de verdad. —Ella no habló, pero sí apreció en sus bonitos ojos verdes un brillo especial—. No lo conoces, y no quieras conocerlo de verdad.

Asintió sin rechistar. Era consciente de muchas cosas, sobre todo de que Tiziano no era como se mostraba solamente, sino que una de las peores cosas que cargaba el italiano sobre sus hombros era lo sanguinario que podía llegar a ser con sus enemigos, y si en algún momento se obsesionaba con ella, no la dejaría escapar. Con todas sus consecuencias.

Y Jack lo mataría.

Llegaría el momento en el que lo haría.

Anduve por el pasillo hasta que llegué a mi habitación, donde escuché el agua correr en el cuarto de baño. Abrí la puerta y vislumbré su figura desnuda de espaldas, casi pegada al cristal de la mampara. Sus brazos se elevaron para enjabonarse el cabello, y mi garganta se secó al ver esos músculos tan marcados en movimiento. Me deshice de mis prendas, quedándome igual que él, y con pasos largos llegué a su posición. Abracé su espalda por detrás y apoyé mi rostro en su hombro derecho, donde deposité un pequeño beso; uno tierno y sentido que ocasionó que cerrase los ojos y oliera su aroma corporal y el del jabón.

Sus manos se colocaron sobre las mías, apretándolas, para después llevárselas a la boca, una después de otra, y besarlas. Me soltó y se giró, quedando de cara a mí, con una sonrisa pícaro y traviesa en sus labios. Aproximó su boca y me besó con suavidad los labios.

—¿Has venido a buscarme? —me preguntó con la voz ronca.

—Pensé que te habías perdido...

Lo besé con más intensidad, y noté que mi cadera impactaba contra su cuerpo. Sentí su enorme erección en mi vientre, presionándome, ansiosa de mí. Sus labios recorrieron cada resquicio de mi boca, impregnándome de su sabor. Mis manos volaron por su pecho y ascendieron con una lentitud aplastante. Demoleadora.

—Cada vez vas más despacio —musitó, besando mi cuello.

—Cada vez me gusta saborearte... más. —Recalqué esa última palabra, y vi cómo sus ojos brillaban. Una sonrisa traviesa se instaló en mis labios.

Alcé el mentón y delineé un reguero de besos desde su cuello hasta su pelvis, rozando con una de mis manos su costado izquierdo y, con la otra, su gran falo oscuro, dispuesto a recibirme. Clavé mis rodillas en el suelo, solo con la intención de buscar aquel glándulo rosado y grande. Al encontrarlo, mi lengua salió juguetona y deseosa de chuparlo con fuerza, provocando en su dueño un agudo gemido que llegó desde lo más profundo de su garganta.

Durante un rato jugueteé con ella, lo llevé al límite, aun sabiendo que poco tiempo duraría, pues Jack era una persona a la que le gustaba el control.

Pero a mí también.

Y pensaba pelear por el primer puesto de mando como fuese.

Sus manos se colaron por debajo de mis axilas y me impulsaron hacia arriba hasta dejarme de pie frente a él. Su mirada, fiera y profunda, seguida de sus dedos al rozar con brusquedad la abertura de mi sexo, me provocó una gran exhalación. Di un respingo, presa del placer que me ocasionaba cualquiera de sus caricias, y pude ver aquella endiablada sonrisa que derretiría el mar más helado.

Avanzó conmigo hasta que nos quedamos bajo el chorro de agua caliente. Tomé su rostro con ambas manos, buscando de manera desesperada sus labios. Nuestras lenguas se mezclaron con deseo, con anhelo y desesperación por batallar, mientras sus dedos jugaban dentro y fuera de mi sexo, rozando con su pulgar mi perfecto botón. Gemí mientras echaba la cabeza hacia atrás cuando una oleada de placer me arrastró debido a sus constantes embistes, y esperé con ansias que me atravesara con rudeza, como siempre. Moví mis caderas con efusividad, buscando el contacto con su piel, encontrando en el camino aquel miembro que deseaba introducirse dentro de mí.

De una sola embestida me penetró, lo que provocó un ronco gemido por su parte y un pequeño grito por la mía, que él absorbió con rapidez. Durante un buen rato entró y salió, arrancándome suspiros, exigencias y desesperación, pues mis manos ya no sabían dónde sostenerse para controlar los terribles orgasmos que me producía.

Un rato más tarde, me encontraba acurrucada en su pecho, a horcajadas sobre él, aún con su falo dentro de mí, sintiendo cómo crecía de nuevo, cómo no se saciaba de nuestros arranques de pasión. Un largo y pausado beso llegó, seguido de un mordisco en mi labio inferior. No dejaba de mirarme, controlando cada uno de mis movimientos.

—Bruto... —musité, recibiendo un palmetazo de su mano derecha en mi nalga.

—Siempre al límite.

Sonreí al escuchar sus palabras y moví mis caderas en círculos. Comprobé cómo apretaba la mandíbula y cómo sus ojos se clavaban con intensidad en los míos. Sus brazos se tensaron, marcando sus venas al sujetar mis caderas con fuerza para elevarme y dejarme caer de nuevo.

—Ahora tienes mejor cara —añadió, apretando los dientes cuando otra embestida llegó a lo más hondo de mí.

—Será porque tienes una medicina... milagrosa —murmuré, y busqué su cuello para morderlo.

Una pequeña carcajada salió de su garganta. Sus manos me sujetaron con más fuerza y dio un último empujón. Cuando menos lo esperaba, me tumbó en la cama y se colocó sobre mí.

—Pienso tomarme un año sabático para estar así todo el día. Todo —recalcó.

—¿Y qué haremos con Atenea? —me interesé, alzando una ceja, bromista.

—Lo pensaremos dentro de unos días. Cuando volvamos.

Sonreí, pensando en aquel momento que no veía llegar.

En tres días derribaríamos el imperio de Anker Megalos. En tan solo tres días.

Y volveríamos a casa.

A nuestra casa para siempre.

Era de madrugada cuando por algún extraño motivo abrí los ojos, alterada, sin saber qué ocurría, pues escuchaba voces y pasos muy cerca de mí. Pensé que era Jack, que estaba hablando con otra persona. Sin embargo, al abrirlos, mi sorpresa fue que no encontré a nadie, que él seguía durmiendo a mi lado.

Intenté despertarlo, sin embargo, parecía no percatarse de nada de lo que ocurría a nuestro alrededor. Mis ojos empezaron a desdibujar unas sombras que poco a poco se acercaban. Moví mi rostro con rapidez, tratando de parpadear, sin saber qué sucedía, hasta que los ojos se me cerraron y me dormí.

Pensé que había sido una pesadilla, que nada de lo que me había parecido ver aquella madrugada fue verdad, pero cuando volví a abrir los ojos, otro pedacito de mí se cayó al suelo.

Palpe con mi mano su lado de la cama, comprobando que estaba frío. Abrí los ojos de sopetón y me encontré desnuda. Me líe una sábana a toda prisa para salir, pero entonces encontré una nota en su almohada que decía:

Duerme, mi pequeña, que él lo hará conmigo.

Corrí por el pasillo sin importarme la sábana, mi cuerpo desnudo o el simple hecho de no llevar ni siquiera un arma por si había ocurrido algo más. De repente, el corazón se me paralizó al ver que los demás estaban sentados alrededor de la amplia mesa del salón, con un desayuno digno de los reyes.

Con los ojos abiertos, los miré uno a uno, hasta que Ryan se fijó en que había llegado de aquella forma tan extraña. Notaba que me temblaba el labio, que la voz no era capaz de salir de mi garganta. Pude discernir cómo se acercaba a mí, pero lo escuchaba muy lejos, y no sabía por qué. Tal vez era el efecto del somnífero que me habían administrado para llevárselo. No lo sabía, ¡joder!

—Mica, ¿te encuentras bien? ¿Qué haces saliendo así de la habitación?

Pude entrever la sonrisa burlona de Tiziano; sonrisa que desapareció cuando di un paso atrás al constatar que él no se encontraba en aquella mesa, que no era un sueño, que todo estaba ocurriendo de verdad.

Que se lo había llevado.

Alcé mi mano para que todos pudieran leer la nota que tenía en ella.

—Jack no está.

Y otra voz, italiana, se escuchó por detrás:

—Adara tampoco.

En familia

Jack Williams

Sentí el agua impactar contra mi rostro. Una vez. Y otra. Y así unas cuantas más, hasta que conseguí enfocar al hombre que me tiraba cubos sin descanso. Lo aniquilé con mis ojos, sintiendo que me quemaban las entrañas debido a la rabia. Noté mis manos atadas a lo que parecía un poste, donde estaba maniatado. Miré a ambos lados, centrando la vista, dando con la persona que me había raptado.

—¿Ahora secuestras a la gente como un cobarde? Te creía de otra categoría. Ya veo que me equivocaba.

Rio como un tirano mientras se acercaba a mí con aquel bastón entre sus manos.

—Eres difícil de apresar. No me has dejado elección.

—Vamos, Anker, podrías haberme propuesto un reto y habría venido encantado. No sabes cuántas ganas de matarte tengo. —Rechiné los dientes.

—Lo sé. Y yo no es que quiera matarte. Pero necesito un cambio para que me entregues a una persona. Y sé que ella vendrá a por ti. Al igual que tú has ido siempre a por ella.

Lo miré con mala cara y escupí. Mi saliva cayó a sus pies. Señaló con la punta de su dedo índice a uno de los hombres que estaban a su lado, y el tipo se agachó para limpiarlo. Negué con la cabeza. Era un puto miserable.

—No pienso dejar que Micaela se acerque a ti.

—No podrás evitarlo —sentenció, muy seguro de sí mismo.

—¿Vas a dejarme atado como a un perro? ¿Esa es la poca valentía que te queda?

—Dicen que te has convertido en el mejor asesino que hayan visto los tiempos. Sin embargo, yo tengo mis dudas, Jack.

Su tono no me auguró nada bueno. Moví mi cuerpo hacia delante, tratando de soltar las malditas cuerdas que me apresaban. Era prácticamente imposible.

—Suéltame y déjame que te lo demuestre —mascullé.

Uno de sus hombres llegó hasta nuestra posición con una cámara de vídeo en la mano. Achiqué los ojos, sin saber a qué venía aquello, hasta que noté que otro me desataba por la parte trasera. Me giré como un vendaval y le propiné un puñetazo que lo tiró de espaldas. Sentí un calambre agudo en la parte izquierda de mi costado que me dobló. Caí de rodillas al suelo al notar otro igual en mi nuca, y supe a ciencia cierta que tenían pistolas eléctricas. Apreté mis dientes y me

tragué el quejido que a punto estuvo de salir como el rugido de un león de mi garganta.

—Jack, estás subestimándome. ¿De verdad crees que voy a dejarte andar como si nada por aquí?, ¿sabiendo que deseas matarme?

Apoyé las manos en el suelo, rechinando los dientes, y me levanté sin dejar de observarlo.

—Eres un cobarde.

Comenzó a andar de un lado a otro, con las manos en la espalda y sin soltar el bastón. Me imaginé que estaría pensando en su próximo movimiento. Yo lo hacía en la manera de poder salir airoso de aquella situación y, si se daba el caso, matarlo con mis propias manos.

—No podrás escapar —me dijo como si me hubiese leído el pensamiento—. Si lo haces, morirás antes de dar dos pasos. Así que piensa bien cuál será tu próximo movimiento. Y volviendo al tema de antes —se detuvo para mirarme—, el cobarde fuiste tú —me señaló con el dedo— al dejarme solo en aquel sitio, muriéndome.

—No te debo nada, Anker. No tendría por qué haberme quedado.

—Soy tu padre.

—No eres nada —le rebatí, sin desfijar los ojos de él.

Me contempló, a mi parecer, como si mi comentario lo hubiese molestado, y suspiró. No lo entendía.

Conté un total de quince hombres; entre ellos, tres que estaban en la zona alta del patio, apuntándome. Estábamos en el campo de entrenamiento de la fábrica. De cara a la carretera parecía estar abandonado, pero por dentro seguía mantenido y listo para llevar a cabo los maléficos planes de Anker. No tardaría mucho en descubrir lo que se traía entre manos.

—Me he molestado en que estemos todos juntos, ¿sabes? —me expuso como si nada, deteniendo su paso, observándome. No supe con exactitud a qué se refería—. Pero antes de eso, me gustaría mandarle un mensaje a mi pequeña.

—Ella no es nada tuyo —siseé, apretando la mandíbula.

—¡Sí que lo es! Si me hubieses obedecido desde el primer día, nada de esto habría ocurrido. ¡Nada! ¡Todo es culpa tuya!

Esperé paciente a que su ataque de ira, o de celos, pasase. No pensaba consentir que pusiese en su boca que Micaela le pertenecía.

—Olvídate de ella. ¿Qué quieres? ¿Matarme? Vamos, acaba con esto ya —lo enfrenté, dando un paso hacia él.

Dos hombres me amenazaron con sus pistolas eléctricas, advirtiéndome. Miré a ambos con mala cara, lanzándoles una mirada fulminante. Anker chasqueó la lengua y dio un paso atrás. Con la cabeza, les ordenó a sus hombres que se retirasen. Arrugué el entrecejo al ver que todos se apartaban, dejándome solo.

—Debo reconocer que hace muchos años me superaste. En fuerza, en coraje, en asaltos... En todo. Pero tienes un talón de Aquiles, un obstáculo al que no puedes hacer frente porque le tienes miedo. —Alargó mucho la última palabra, como si la despreciara.

—No le tengo miedo a nada —sentencié.

Alzó una ceja y se colocó a unos cuantos pasos de distancia, lejos de mí. Cruzó sus manos entre sí, delante de su vientre. Y, de repente, el mundo se abrió a mis pies. Y él lo notó en mi rostro; en mis ojos, que, por mucho que quisieran esconderlo, no podían dejar de reflejar lo evidente.

Una gran fila de personas se adentró en el patio, con ropas oscuras y pasamontañas que tapaban sus rostros, creando un círculo alrededor de Anker. Estaban protegiéndolo. Y... esas personas tenían una estatura de un metro treinta como máximo. Algunos mucho menos.

Tragué saliva con disimulo, pues el gran nudo que se formó en mi garganta apenas me dejaba respirar. No podía creer lo que estaba viendo con mis propios ojos.

Todos portaban un arma.

Todos me apuntaban a mí.

Anker elevó sus manos al cielo, con una gran sonrisa instalada en su asquerosa boca.

—¡Mira todo lo que he forjado, Williams! Niños. Niños como tú lo eras. Niños dispuestos a morir por mí. Dispuestos a matar por mí.

Sus ojos se oscurecieron al decir aquellas últimas palabras, y deseé matarlo con tantas ganas que noté las venas de mis brazos a punto de reventar.

—Eres el ser más despreciable que hay en la Tierra.

—Imagínate por un momento —se colocó un dedo en la barbilla, vacilándome—, que tu vida pende de un hilo, y para poder sobrevivir, tienes que provocar una masacre... de críos. De niños tan pequeños, tan indefensos, tan vulnerables...

Apreté mis dientes de tal manera que pensé que saltarían por los aires.

—No tenéis por qué hacer esto. ¡¡No tenéis por qué obedecerlo!! —les dije, en un intento que resultó en vano.

El sonido de las armas al levantarlas lo suficiente como para alcanzarme se escuchó en todo el recinto. Contuve la respiración unos segundos. Si seguía provocándolo, no tendría posibilidades de sobrevivir.

—No te escucharán, Jack. No te esfuerces. Los he entrenado mucho mejor que a ti en su día. Ahora, vamos a mandarles esta sorpresa a tu querida esposa. —Sonrió con superioridad—. Y esperaremos con calma a que aparezca. No obstante, no puedo fiarme de ti. Ya no me guardas lealtad, y eso es algo que me inquieta, así que he decidido que vivirás acompañado hasta que llegue el momento de tu muerte.

No pude contestar. Dos tipos me sujetaron por los brazos, llevándome casi a rastras por el gran patio, hasta que nos quedamos frente a unas escaleras. Anker iba detrás, seguido de dos niños que me apuntaban a la espalda. Atravesamos una puerta envejecida que daba paso a un largo pasillo en el que solo había celdas putrefactas. Al final del todo pude escuchar una voz conocida, y al llegar a la puerta de barrotes negros donde nos detuvimos, el corazón se me paró.

Adara estaba dentro.

Agneta también.

Mi gesto serio no las intimidó, sin embargo, Agneta me contemplaba con lágrimas en los ojos, apretándose las manos entre sí. Adara lo hizo de hito en hito, sin conseguir mirarme a la cara.

Un mal presagio se apoderó de mí, y recé por primera vez en mi vida al dios que quisiera escucharme, si es que existía. Recé para que mi niña estuviese bien.

—¡Menuda sorpresa, ¿eh?! No te veo muy asombrado, pero me consta que habéis estado separados, así que tendréis tiempo de poneros al día. Los tres.

—Anker, no nos hagas esto... —le suplicó Agneta.

—Hace mucho tiempo que perdiste el derecho a nada, cariño —se burló.

El hombro de Anker me empujó la espalda cuando la puerta se abrió, casi ocasionando que cayese de bruces al suelo. Adara y Agneta lo impidieron colocando sus manos en mi pecho. La puerta se cerró y, sin hablar, me giré para contemplar cómo Anker se daba la vuelta.

—Son tus hijos... —Rechinó sus dientes al mismo tiempo que se aproximaba a la reja.

Anker lo hizo también, no sin antes pasar sus dedos por el rostro de ella. Agneta lo miraba llena de rabia. Sus lágrimas ya descendían como cascadas por sus mejillas, y me negué a admitir el

motivo por el cual estaba así.

—Unos hijos que nunca me han querido. Como tú. —Pareció irse muy lejos de donde nos encontrábamos.

—Yo te quise con toda mi alma. ¡Tú decidiste que lo demás era más importante! ¡Maldita sea!

Agneta le dio un fuerte golpe a la reja, apartando su mano de un manotazo. Anker rio tan fuerte que el suelo tembló. La miró con cara de loco, como si hubiese perdido el poco juicio que tenía, y murmuró:

—No tardaré en acabar con tu sufrimiento, cariño... —la miró con decisión, con malicia—, y con el de tus hijos...

Aprecié una leve cojera en su pierna derecha cuando se giró y se encaminó hacia la salida.

—¡Anker! ¡Anker! ¡¡Maldito seas, Anker!!

Sin apenas poder respirar, me acerqué a ella, que seguía agarrando los barrotes, histérica y casi sin conseguir moverse del sitio. Vi un comedero para perros en el suelo con una especie de pasta blanca que ninguna de las dos había tocado.

—Agneta... —No me miró. Maldita fuera, no lo hizo—. Agneta...

Al no obtener respuesta por su parte, la giré de manera brusca, encarándola. Me contempló asustada, con los ojos encendidos y varios cardenales en sus bonitos pómulos y en el cuello. No fue necesario que volviese a preguntarle, pues ella misma me contestó, y yo pensé que moriría antes de que Anker acabase con mi vida.

El nudo que sentía en la garganta se hizo más grande, asfixiándome. Un mareo extraño, debido a los nervios, se hizo con todo mi cuerpo, y la saliva apenas era capaz de llegarme a la boca. El simple hecho de tener que pensar en una vida sin Atenea me producía una inquietud muy desbordante. Tanto que no sabía si sobreviviría.

—Sabía que si dejaba que me cogiesen, Carlo podría escapar. —Sus ojos me lanzaron una indirecta. Había alguien escuchando al final del pasillo. Alguien que no se había marchado todavía—. Estábamos juntos en Oia, comprando algunas provisiones, y supimos que nos habían seguido. No quería que le hiciesen daño...

Era una excusa. No dejé de mirarla. En silencio, escuchamos que una puerta al final de la estancia se cerraba de un solo portazo. Adara, casi arrastrando la pierna, se asomó como pudo por un pequeño hueco que había en la celda, comprobando que no había nadie.

—Se han marchado —musitó.

—Tenemos que organizar un plan para escapar de aquí. En cuando Anker llame a Micaela para decirle la situación en la que estamos, vendrá como una loc...

—Agneta... —no la dejé continuar.

Ella tampoco:

—He estado escuchando por aquí —me señaló el hueco de la celda que daba al patio— las intenciones de Anker. Son claras: solo la quiere a ella para... matarla...

—Agneta, ¿dónde está?

Miró a ambos lados antes de contestarme y, pegándose mucho a mi oído y hablando en susurros, me dijo:

—Se quedó con Eiren mientras nosotros hacíamos el paripé de comprar. Ya habíamos detectado que nos seguían, lo descubrimos con el dispositivo que Riley nos dejó, así que solo tuvimos que idear un plan de distracción para que nos cogiesen a uno de los dos. Obviamente, yo era el punto fácil. Anker se piensa que es mi pareja o vete a saber qué. No importa, el caso es que la niña está sana y salva.

Tomé una gran bocanada de aire al escucharla. Apoyé mi cabeza en la reja, tratando de calmar mi frenético corazón. «Está bien», me repetí mentalmente. Estaba bien. Mi niña estaba bien. Por fin una cosa nos salía en condiciones, todo gracias a Riley y a los hombres de Tiziano.

Me giré al escuchar un ruido extraño en el suelo y me encontré a Adara agachada, escarbando en la tierra.

—¿Qué haces?

—Aquí hay un montón de tierra. Necesitamos hacer algo para evitar que esos niños estén cuando los demás lleguen. Sabemos que tú no los matarás, pero los demás harán lo que sea por encontrarte, Jack.

—No podré salir por ahí. El hueco es demasiado pequeño para alguien como yo.

—Tiene razón. Adara, tu hermano... —La miré, y ella también lo hizo. Rectificó, arrepintiéndose—: Jack no podrá salir por ahí.

La aludida siguió llenándose las manos y el cuerpo de tierra, y con gran esfuerzo, contestó:

—Iré yo.

—¿¡Qué?! —exclamó su madre.

—¿Tú? —le dije yo—. Si Anker te encuentra...

No me dejó continuar:

—Necesitamos un ordenador. El que sea. Riley me enseñó cómo ponerme en contacto con él a través de unas claves. —La contemplé asombrado—. Hemos tenido mucho tiempo —se apresuró a contestar, continuando enseguida con lo importante—: Tenemos que llamarlos, ponerlos sobre aviso, que no vengan a lo loco. Y... lo más importante: necesitamos un cebo.

—¿Un cebo para qué? —la apremié, poniéndome de cuclillas para ayudarla.

—Mi padre no confiará en ninguno de vosotros. Está claro que la única que tiene posibilidades soy yo. He pensado que si consigo que confíe en mí, quizá pueda lograr sacar a todos los niños de aquí. Aún no sé cómo, pero tengo que pensarlo.

—Adara, todo eso está muy bien, pero no vas a convencer a Anker.

Me sentí mal al ver que se desinflaba y que la euforia por salir de allí desaparecía. Se colocó de rodillas, mirándome.

—Si le digo que os he traicionado y se lo demuestro... —Asintió muchas veces seguidas, autoconvenciéndose, y siguió excavando—. Lo hará.

Puse mi mano sobre la de ella para que se detuviese.

—Te pedirá una muestra de ello.

Me contempló con profundidad. Agneta no intervino.

—Lo sé. Lo tengo todo planeado aquí. —Se tocó una de las sienes y siguió con su propósito.

Entre los dos la ayudamos hasta que al fin conseguimos hacer un minúsculo hueco por el que su cuerpo sí entraba. Dudé del plan varias veces. Dudé de que pudiese acercarse siquiera a la puerta de salida, pero ella me lanzó una mirada de calma y decidí darle la oportunidad que nunca había tenido.

Una vez fuera, sujetó las manos de Agneta y, dándole un fuerte apretón, guio sus ojos hasta mí:

—Confía en mí.

—Ten cuidado.

El bufón de la corte

Tiziano Sabello

Todo el mundo gritaba, se enfadaba, se echaban cosas en cara, y la tranquilidad que había reinado hasta el momento desapareció como el humo. Ya no conseguía averiguar de dónde cojones venían las voces, si desde la izquierda o la derecha. Lo que sí tenía claro era que no estaba.

Ella no estaba.

Él tampoco.

Sin embargo, lo que me tenía preocupado de verdad era que si Anker había sido capaz de dispararle la vez anterior, no quería ni imaginar qué haría con ella ahora que la tenía en sus garras.

—Por favor, tenemos que calmarnos, o no encontraremos la solución. —Riley trató de poner paz, sin éxito.

—¡Pues busca una puta entrada, coño! Dime qué tenemos que derribar y lo haremos con un mazo si hace falta. ¡Pero hazlo de una maldita vez!

Micaela daba vueltas como una leona enjaulada de un lado a otro de la sala. Noa y Aarón se encargaban, junto con Angelo, de buscar una entrada que no tuviese un puto campo de minas para atravesar. Investigando el terreno de la fábrica, nos dimos cuenta de que esos pequeños artefactos estaban colocados aposta por el malnacido al que buscábamos. Si alguien ponía un pie en la entrada, volaba por los aires, literalmente.

No conocíamos otra entrada, pues toda la fábrica estaba más o menos igual. O eso creíamos.

—Ellos tienen que acceder por algún sitio. Es imposible que ese sea el único —argumentó Ryan.

—Levantaremos las casas de los alrededores, quitaremos hasta la última losa si es necesario de las viviendas más cercanas. ¿Tenemos helicópteros para poder atacar desde el aire? —le preguntó Micaela a Aarón, deteniendo su paso.

—Micaela, puedo traer a unos cuantos hombres, como te dije, pero si lo hacemos de esa forma, llamaremos la atención de medio mundo y nos veremos obligados a dar explicaciones a la policía.

—¡Y qué más da! ¡¡Tú eres la puta policía también!!

—¡No es lo mismo! —gritó el aludido, acentuando su entrecejo fruncido.

Estábamos todos muy alterados, y eso no había quien lo calmara. Todo esto había sido provocado por un vídeo que nos había llegado horas antes: un CD que habían depositado en la puerta de mi casa. Eso quería decir que también sabían dónde nos encontrábamos. Y ya no era seguro. En él aparecía Jack, inmóvil, rodeado de niños que lo apuntaban con armas. Y todos teníamos muy claro que no iba a cometer una masacre con aquellos críos. Antes se lo quitarían del medio.

—Tengo a treinta hombres rodeando el parámetro que me has indicado —añadió Vadím en medio de aquel revuelo—. Están preparados para lo que se les ordene. En unos minutos, te mandarán las fotos del otro acceso que han encontrado. Comprueba si hay peligro y, si no, accederemos por ahí.

Miró a Riley, quien se puso manos a la obra.

—¿Cómo tenemos el tema de desactivar bombas?

—Angelo, son minas. —Aarón le contestó a Angelo como si fuese gilipollas.

—Hay bombas que no explotan en el momento —se excusó.

—¡Pero cuando levantas el puto pie, te vas a la mierda! Vamos a centrarnos de una vez, y cierra la boca si no vas a decir nada que sirva.

—Te veo un poco alterada.

—Angelo... —siseó Micaela, acercándose de manera peligrosa a él—, si vuelvo a escucharte decir una idiotez como esa, te apuñalaré.

El aludido hizo un gesto a lo largo de sus labios como cerrando una cremallera y después tirando una llave. Yo me reí por lo bajo, ganándome una mirada asesina por parte de la mujer a la cabeza de aquel equipo de zumbados, como nos llamaba Riley.

—Eh, eh, eh.

Todos lo miramos.

—¿Riley? —Micaela se acercó a él.

—Estoy recibiendo una señal. ¡Es ella! ¡Es ella! ¡Se ha acordado de nuestro código!

—¿Vuestro código? —Amusgué los ojos.

—Hace tiempo... —comenzó a explicarse, moviendo una de las manos en el aire mientras con la otra tecleaba— le enseñé a Adara un truco para poder ponerse en contacto conmigo de forma segura. ¡Joder, que lo ha conseguido! ¡Es una puta crac!

—Vamos, Riley, la euforia para después.

El tono de Micaela no era para nada amigable. Nos acercamos en corrillo, esperando a que Riley nos indicara el contenido de ese mensaje cifrado.

—Está comiéndose la mitad de las letras. Imagino que irá a toda mecha. A ver, a ver... —Asintió sin decirnos nada, leyendo.

—Don Friki, ¿puede usted dejar de hacerse el interesante y contarnos algo? —le pregunté con retintín. Otra mala mirada por parte de Micaela recayó sobre mí—. ¿Qué?

—Es una trampa. Te quiere a ti. —Miró a la morena de su derecha—. Dice que necesita un cebo para mentir a Anker y conseguir sacar a los niños de allí. Que la próxima vez que contacte, será con Anker delante. Tenemos que seguir la mentira... Se ha desconectado. Pone... »Celda bien tres«. ¿Significa que están en una celda? ¿Tres? —Riley se colocó las gafas en el puente de su nariz.

—En un resort de vacaciones no están, eso seguro —apostillé.

Micaela se levantó, aniquilándome con sus ojos, y me señaló con el dedo.

—Un puto comentario más y te vuelo los sesos.

Miré a Angelo, quien comentó por lo bajo:

—Está muy agresiva.

Asentí a sus palabras, obviando unos ojos azules que me atravesaban.

—¿Tres? ¿De qué tres habla? Un cebo... —Riley tamborileó sus dedos en su barbilla.

—Para convencer a Anker, tendrá que darle una prueba mucho más eficaz. Y eso se resume a un muerto —aclaró Vadím.

—No vamos a morir ninguno —apostilló Aarón.

—Tiene que traicionarnos... —murmuró Micaela, mirándome a mí. Alcé una ceja.

—¿Por qué estás mirándome con esa cara?

—Porque ella estaba contigo cuando escapó de Oia.

—Ryan también —argumenté.

—Pero ella se apoyó más en ti que en Ryan, según me ha contado. Eso quiere decir que, si apareces, será más creíble.

Abrí los ojos desmesuradamente, viendo que todos asentían superconvencidos.

—¿Sois gilipollas? ¡No pienso dejar que me fusilen! —me enfadé.

—Es la única manera.

—¿Y si le pide que me mate? ¿Qué? ¿Me bajo los pantalones y que me meta la bala por el culo? ¡¿Estamos locos o qué?!

Tanto renegar por mi parte no sirvió para nada.

Media hora después estaba enfundado en un chaleco antibalas, rezándole a la virgen para que la bala impactara en mi pecho y no en otro sitio como en mi cabeza, por ejemplo. Soplé y resoplé, aun sabiendo que era la única manera más fiable. Micaela me contempló unos segundos; pensé que arrepintiéndose de su decisión.

—Sabes que vas a llevar a tu italiano favorito a su lecho de muerte, ¿verdad? ¡Y encima en Rusia, no en Italia! No pienso perdonártelo jamás. Me has cogido como bufón de la corte —dije con firmeza, dejándome atar el chaleco.

—Lo harás bien. Sé que serás capaz de indicarle que te dispare en el pecho. Solo espero que, de verdad, Vadím no se equivoque.

El aludido abrió la boca, y a mí me dieron ganas de arrancarle la yugular con los dientes.

—No. Conozco a Anker y sé cómo procede con todo el que quiere unirse a él. La chiquilla ha tenido un plan divino.

—Pues podrías ponerte tú el chaleco —refunfuñé, mirando al ruso.

—Si Anker me ve aparecer por esa puerta... —Rio—. No dará lugar a que la niña me dispare.

—No es una niña —gruñó Micaela.

—Es muy joven —aclaró Vadím.

—No —recalcó mucho Micaela— es una niña. Es una mujer. A la vista está. Y prefiero no saber qué habrá tenido que hacer para conseguir un jodido ordenador.

Resoplé, escuchando cómo discutían los dos por la edad de Adara, y después de tanto dar por culo con que no quería ser el cebo, llegué a la conclusión de que sí que quería porque necesitaba saber que estaba bien. Maldita obsesión que estaba cogiendo con la chiquilla, como la había llamado Vadím.

—Vale, Vadím —Aarón lo llamó—, uno de tus hombres me ha confirmado que esta entrada está libre de peligro. ¿La reconoces?

Le enseñó la fotografía, ampliándola en la gran pantalla del ordenador. El ruso se aproximó y sonrió con superioridad.

—Lo tenemos. No solamente esa entrada. —La señaló—. Conozco como la palma de mi mano los túneles colindantes y, con seguridad, alguna vivienda por la que acceden sin ser vistos. ¿Cómo no había caído antes?...

Se mostró satisfecho, y la auténtica Micaela salió a relucir:

—Nos dividiremos en grupos. Ryan, con el equipo que has conseguido de mercenarios. Los quiero a todos aquí antes de que anochezca. Aarón, avisa a tus hombres, que se preparen. Angelo,

organiza a los tuyos. Riley, encárgate de preparar, junto con Noa, todas las camas que encontréis. Me da igual lo que sea. Esta noche seremos muchos aquí y tenemos que organizarnos. Vadím y yo llevaremos a Tiziano a la entrada de la fábrica.

Asintió, convencida de sus órdenes, y me dio unos minutos para reagrupar a todos mis hombres en la mansión cuando Noa repartió la bolsita negra con los teléfonos nuevos que no nos relacionaban. Los nuestros seguían escondidos vete a saber dónde. Ni lo había preguntado.

El timbre de la entrada sonó y un sinfín de armas se pusieron a la defensiva.

—Nadie puede llegar tan rápido —sentenció el poli.

Todos miramos a Micaela, quien, con pasos decididos, se acercó a la puerta.

—¿¡Quién es?! —gritó, apretando su arma.

—No recordaba este puto frío en Rusia —contestó una voz al otro lado.

¡Fuera!

Adara Megalos

Cerré el ordenador de un solo golpe y salí de mi escondite de debajo de la mesa. Lo coloqué conforme estaba y corrí pasillo abajo tirando de mi pierna, que aún dolía lo suficiente como para ser un estorbo. Esquivé a dos de los hombres que estaban apostados en la puerta del patio y, a hurtadillas, conseguí llegar a la cocina después de dos intentos fallidos, pues las dos salas que abrí con anterioridad estaban vacías.

Notaba la sangre en mis venas y mi pulso acelerado al borde del infarto. Sin embargo, no me entretuve en pensar. No era momento de escarbar en el terror que me producía que me pillasen. Abrí los cajones con urgencia, buscando cualquier cosa que nos sirviese para defendernos, y guardé unos cuantos cuchillos debajo de mi camisa.

Al escuchar unas voces que se aproximaban, las ganas de vomitar volvieron a mí. Estaba histérica. Agachada, descubrí otra puerta a mano izquierda, así que aproveché para arrastrarme como una lagartija hasta llegar a ella. Elevé mi mano y me fijé en las dos mujeres, una joven y otra más o menos como mi madre, que entraban con grandes ollas y las depositaban sobre la larga encimera envejecida. Tenía que apresurarme antes de que llegase cualquiera de ellos, ya que debía pensar un plan para engañar a mi padre. Solo rezaba para que hubiesen cogido mi indirecta y no apareciese nadie antes de que diese la voz de alarma.

De repente, un pensamiento cruzó por mi mente. Si habían entrado en casa de Tiziano y nos habían dormido, debían guardar los somníferos que usaron. Eso se resumía en que, si echaba esa cantidad dentro de las ollas —que seguramente servirían para alimentar a ese grupo de niños—, podría conseguir dormirlos y sacarlos en la oscuridad de la noche sin que nadie se diese cuenta. Pero para eso necesitaba a alguien que conociese el lugar donde podrían guardarlos.

Las dudas comenzaron a asaltarme. Mi padre no era una persona que se dejase engañar y yo no sabía mentir; dos factores que se alineaban en mi contra y se reían de mí por haberme pensado que tal vez podría ayudar por una vez en mi vida a las personas que me importaban.

Suspiré, decidida a dar la cara. Tal vez...

Al levantarme, las dos mujeres soltaron una exclamación. Apuntándolas con el cuchillo de cocina, les pedí silencio. Maldita fuera, estaba ridícula. Me temblaban hasta las pestañas.

—Necesito que me ayudéis. —Una de ellas hizo el amago de gritar, pero la alcancé y le coloqué el cuchillo en el cuello—. Todos esos niños que tenéis aquí van a morir. Por favor, necesito que me ayudéis.

Las dos se miraron al oír mi súplica desesperada.

—El señor nos mataría... —me dijo la que tenía apresada.

—Por favor... —murmuró la otra con la voz estrangulada, pero no la miré. Seguía pendiente de que la maldita puerta no se abriese de manera inesperada, otra vez.

—Son niños, ¡por Dios! —musité para que nadie me oyese; nadie que no debiese—. ¿Esa comida es para ellos? —Les lancé una breve mirada a las ollas.

Las dos asintieron. Me moví hasta la puerta con mi rehén aún en mis manos.

—No nos haga daño..., señorita Adara, solo cumplimos las órdenes de su padre.

Entonces me fijé en ella y me quedé paralizada.

—¿Aldora?

Ni siquiera recordaba su cara. Había envejecido, y eso que tampoco habían pasado tantos años desde la última vez que nos vimos en la fortaleza de Atenas. La mujer rio nerviosa, soltando unas lágrimas, y se abalanzó sobre mí, abrazándome, sin importarle que siguiese teniendo a la otra en mis manos.

—Pensé que había muerto. Su padre jamás volvió a hablar de usted.

—Sigues viva... —murmuré casi sin voz.

—Conseguimos escapar de la fortaleza de Atenas cuando todo voló por los aires.

Estaba en estado de *shock*.

—¿Y... ella? —le pregunté.

—Es mi hija, señorita. Solo tiene diecisiete años. Nunca la vio, pero convivió conmigo allí gracias a su madre, que me ayudó a escondidas del tirano de su padre.

No podía creerme que ella, una de las sirvientas de mi padre en Atenas, siguiese trabajando para él.

—¿Por qué no huisteis? —le pregunté deprisa.

—Su padre nos encontró. Mejor dicho, una mujer rubia —»Eli«, pensé— nos encontró a nosotras y a los hombres que pudieron huir de sus garras. Imagínese, ni siquiera tuvimos la oportunidad de decidir. Nos obligaron a punta de pistola.

Suspiré. Retomé el mando de mis pensamientos y me afané en contarle los futuros acontecimientos:

—Aldora, necesito que me ayudéis a sacar a todos los niños de aquí. ¿Sabéis donde guardan las medicaciones? Mi madre y mi hermano están en las celdas del sótano de la fábrica. Después tendremos tiempo de ponernos al día, pero es de vital importancia que me ayudéis a salvarlos.

—Dígame que necesita. Haremos todo lo posible para ayudarlas.

Asentí, satisfecha por haberla encontrado, y entre las tres nos pusimos con los preparativos para lo que estaba por llegar.

Con sigilo y sintiéndome bien, les dejé el recado de acceder a las celdas con la comida para ellos e informarles de los últimos acontecimientos. Estaba segura de que mi madre se alegraría de verla y, por descontado, de saber que me encontraba bien.

Ahora llegaba lo peor, y no sabía cómo afrontarlo. Me coloqué mi máscara de tristeza, ensucíé de polvo mis manos, restregándomelas por los pantalones después, y, aposta, me quedé en medio del recibidor a la espera de que alguno de los hombres de mi padre me interceptase.

Dos minutos fueron suficientes para que me llevasen ante él, casi obligada, aunque yo me mostré receptiva en todo momento. Se encontraba sentado en un gran sillón, e imaginé que era su despacho improvisado.

—¿Cómo has escapado? Id y aseguradme que los que faltan están donde deben —gruñó.

—Lo están, señor. Lo hemos comprobado —le contestó el tipo que me tenía sujeta del brazo.

Se levantó de su asiento. Con los labios sellados y sin dejar de analizarme, caminó hasta

colocarse frente a mí. Agachó su rostro al ver que yo observaba el suelo, tratando de no mostrar una fuerza que él sabía que no tenía.

—¿Te hago la pregunta otra vez? ¿Vienes a matarme?

Elevé mis manos, sin mirarlo, mostrando respeto, y murmuré con una débil voz:

—Yo no quiero estar con ellos. Y... no. No quiero matarte.

Río como un tirano.

—¿Piensas que voy a creerme esa patraña?! —escupió, gritando.

—Sé que te dije cosas muy feas cuando nos vimos en Grecia, pero... —comencé a sollozar— estaba perdida, papá. No sabía qué hacer. Mamá había desaparecido y yo... estaba sola con ese hombre que...

—Ese hombre en el que te resguardaste de tu padre, Adara. ¿A qué coño estás jugando?!

Un bofetón que no esperaba llegó a mi mejilla derecha, tirándome al suelo. Sentí un dolor agonizante en la pierna, y el pómulo comenzó a arderme también. Debía pensar con rapidez, o mi mentira no dudaría mucho más, ya que me mataría. Anduvo a mi alrededor, poniéndome nerviosa.

—Sé sus planes: quieren acabar contigo. Y yo puedo conseguir que Micaela venga a ti. Si me dejas...

—¿Esperas que confíe en ti? —escupió huraño, interrumpiéndome.

—Yo no lo hice cuando viniste a por mí, y me arrepiento... Yo... Yo no soy como ellos, papá. No quiero ser como ellos... Y... tampoco quiero que te maten.

Escuché un fuerte suspiro por su parte y vi cómo se sujetó el puente de la nariz con desespero. El tono arrepentido junto con la voz titubeante de niña tonta pareció funcionar.

—Nunca debiste salir de los internados. Habrías tenido la carrera ya. Serías una hija ejemplar y no la fulana de un italiano.

Apreté mis dientes, a punto de perder la paciencia que me quedaba para convencerlo, y pensé que mi teatro tendría que ser mucho más convincente si quería que me creyese. Me fui a lo fácil, a lo que de verdad lo haría pensar:

—Nunca me quisiste, ¿verdad? —Lo miré a través de mis pestañas.

Sostenido sobre su bastón, puso los ojos en blanco. Yo seguía tirada en el suelo, sin moverme.

—¿A qué viene esa pregunta ahora?

—Me disparaste.

—Tenía que demostrar quién tenía el mando en aquella situación. ¡Te tiraste del helicóptero!

—Porque ibas a matarme —me justifiqué, sin alzar la voz.

Se agachó para estar a mi altura. Hice un gesto de protección para que siguiese pensando que tenía la sartén por el mango, que seguía teniéndome en sus garras. Tragué saliva al sentir sus asquerosas manos colocarme un mechón de pelo detrás de la oreja.

—¿Cómo has escapado, pequeña? —Su tono se suavizó.

—No soy tan idiota como crees. Quiero demostrarte que puedo serte útil —susurré.

Pareció meditarlo mientras me observaba con mucha desconfianza.

—Dame un solo motivo para no matarte. Para dejarte vivir.

Sabía que decirle que era su hija no iba a bastarle, por lo tanto, improvisé:

—Micaela tiene un afecto especial con Tiziano. Si Jack y él están aquí, no le quedará más remedio que acudir en su busca.

—¿Tan importante es ese italiano para ella?

—Mucho —exageré—. Durante el tiempo que estuve con ellos, con el que más.

—¿Y cómo pretendes que venga?

Tardé unos segundos en contestar, haciéndome de rogar para que no se diese cuenta de que lo tenía todo planeado.

—Mandándoles un mensaje. Les dirás que si Tiziano no aparece, me matarás.

Cabeceó varias veces sin dejar de contemplarme, pensando que yo podría importarle algo a Tiziano. Después, extendió su mano en mi dirección y me levanté. Pensaba que todo estaba en orden, sin embargo, el cañón de su pistola se situó en una de mis sienes, presionando con fuerza.

—Te quiero, mi niña. Te quiero porque eres mi hija, aunque pienses que no. Pero... si estás mintiéndome, si hay algo más detrás de todo esto, no habrá lugar en la Tierra en el que puedas esconderte de mí. ¿Queda claro?

—Sí...

—Pues reza para que tu plan funcione y Micaela venga hasta mí.

Las horas pasaban y allí no aparecía nadie. Durante un rato permanecí inventándome cosas para salir del paso, sobre la vida que ellos llevaban. Argumentaba que los veía poco, que siempre me tenían encerrada en una habitación, que era su estorbo y que solo me aguantaban por mi madre. Mi explicación pareció convencerlo, pues asentía con la cabeza sin parar. Hasta que uno de sus hombres entró en el despacho y anunció que Tiziano había llegado por la puerta trasera. Mi padre se levantó con gesto temerario, observándome, y extendió su mano en mi dirección.

—Ven, Adara. Todavía tienes que demostrarme que de verdad puedo fiarme de ti.

Asentí con rapidez, ocultando la duda. Solo esperaba que no me pidiese que lo matase, porque, tratándose de Anker Megalos, todo podía suceder.

Tragué saliva al cruzar la puerta del despacho y mi padre se fijó en la herida, que comenzaba a sangrarme.

—Ahora después te curarán ese corte en la pierna.

Hice un gesto con mi cabeza de manera afirmativa y lo seguí. Pensé en las posibilidades que se darían. No lo conocía tanto, pero sí sabía que no se andaría con chiquitas. Y, en efecto, eso fue lo que ocurrió cuando llegamos al patio principal.

—Creo que me he equivocado de fiesta. —El italiano y sus comentarios. Temí, y en mi rostro se reflejó ese miedo. Pero Tiziano era un tipo listo que sabía descifrar mi cara al instante—. Me has fallado, *bambina*... Estás con el hombre equivocado.

Escondí mi cuerpo detrás de mi padre, de manera que él se creció más. Tiziano arrugó el entrecejo, haciendo el papel de su vida, como si de verdad le importase.

—Deberías guardar silencio y respeto. Está con quien debe. Con su padre.

—Lo quieres todo para ti, Anker. ¿Para qué me has hecho venir? Porque si es para matarme, será de una forma muy rastrera para alguien como tú.

—No. Yo no lo haré. —Se giró en mi dirección, entregándome una pistola—. Dispárale.

Sintiendo un pánico atroz, abrí mis ojos.

—¿Ella? —Tiziano rio—. No es capaz de matar a una mosca. ¿Para qué me has hecho venir, Anker? —repitió con más ahínco.

Tragué saliva y murmuré, pero lo hice tan bien que el italiano me escuchó:

—Está mintiendo. Sé que quiere que me marche con él.

Pude apreciar la sonrisa de Tiziano.

Mi padre me contempló con más fijación.

—Adara, no lo escuches. Sabes que solo son mentiras, que conmigo estarás mejor. Vamos, ¡tienes una puta pistola en tus manos!

Mi padre se alejó unos pasos de mí, sin dejar de mirarme, deseando ver cuál sería mi reacción.

Tal vez podría haberle disparado en la cabeza, pero preferí seguir el plan sin saltármelo. E hice bien.

Desvié el cañón de la pistola hasta donde se encontraba Tiziano y lo miré una sola vez con miedo, tratando de tener la puntería suficiente como para dispararle en una parte que no le provocara demasiado sufrimiento. Aprecié en un gesto de sus ojos cómo me indicaba la zona del pecho, y cogí la indirecta. Llevaba un chaleco antibalas.

—Te dije que podías confiar en mí —musité.

Y disparé.

Escuché un quejido de Tiziano al caer al suelo. Se llevó una mano a la zona afectada, por la que comenzó a salirle una sangre falsa. Supuse que todo sería parte del plan. Contemplé a mi padre, quien tampoco apartaba los ojos de mí, con una sonrisa deslumbrante. Asintió con la cabeza un par de veces y ordenó, sin fijarse siquiera en el italiano:

—Llévalo a las celdas. —Le entregué el arma, sin romper nuestra conexión, y antes de marcharse al interior de la fábrica, añadió—: Mandaré que te preparen una habitación. Y cuando todo esto termine, nos iremos muy lejos de aquí.

Solté el aire contenido.

Media hora más tarde, me encerré en una de las habitaciones que Aldora y su hija adecentaban. Recé para que no hubiesen descubierto el chaleco de Tiziano.

—Todo listo y servido, señorita. Han cenado la sopa estupendamente.

—¿Y ellos? —susurré.

—También lo harán en unas horas. Hemos agregado una cantidad muy baja de uno de los somníferos, por lo que tardará un poco en hacerles efecto, aunque el suficiente como para que en la madrugada todos estén dormidos.

—Genial, Aldora. Lo conseguiremos.

Sonrió con alegría al pensar en su pronta libertad, y yo imploré que no se nos torciese ninguno de los planes previstos. Muchas cosas estaban saliendo bien, y me asustaba la suerte.

Esa vez, nosotros íbamos por delante de la banda sonora.

Me asomé por la ventana al comprobar que había anochecido y esperé la señal de Aldora para poder salir de la habitación. No se hizo de rogar, y unos minutos más tarde, llegaba dándome la voz de alarma para que entrase en las celdas.

—Debemos sacar a los niños de aquí. Hay que darse prisa.

—Sí, señorita, ahora mismo lo haré. Su hermano y su madre están esperándola. Aquí tiene las llaves. Se las quité al hombre que guarda la entrada. Hay un camión en la puerta de la fábrica. No sé si funcionará. Podemos llevarlos a todos allí.

Asentí con rapidez, urgiéndola.

Salí disparada como una bala. Segundos después, llegué a la puerta del sótano donde, efectivamente, había un hombre dormido en la entrada. No sabía cuánto duraría el efecto de la droga, y solo rezaba para que lo hiciese por lo menos hasta que consiguiésemos sacar a los niños de allí.

Atravesé el pasillo como alma que lleva el diablo y alcancé con manos torpes la celda de Jack y mi madre. Los dos se abalanzaron sobre mí en cuanto abrí.

—Estás bien, joder, estás bien —murmuró Jack, tocando mi cabello y besándome en la frente.

—Sí —reí nerviosa.

Mi madre se tiró a mi cuello.

—Rápido, no hay tiempo. Debemos sacar a los niños ya, antes de que el resto despierte. La hija de Aldora está en la entrada. Ella os guiará hasta los niños. Enseguida estaré con vosotros —solté de carrerilla mientras veía cómo Jack tiraba de la mano de mi madre para salir de allí.

Un silbido provocó que desviase la vista hasta la celda del final, donde se encontraría Tiziano. Temblando, me acerqué a ella.

—Menos mal, pensaba que ibas a dejarme aquí. —Lo miré ceñuda, sin contestarle. Mi cuerpo se puso alerta cuando lo escuché decir con tono serio—: Me has disparado, *bambina*...

Respiré con dificultad al ser consciente de cómo me inspeccionaba, poniéndome más histérica de lo que ya estaba, y le respondí:

—No había otra opción. Lo sabías y...

La puerta se abrió al girar la llave y salió sin dejarme terminar. Rodeó mis mejillas con sus manos y estrelló su boca contra la mía con ansia. Creí que desfallecería por ese beso arrebatado que no entendí, y lo escuché gruñir cuando coloqué mis manos en su pecho, separándolo. Negué con la cabeza para salir del embobamiento al mismo tiempo que fruncía su ceño. Lo apremié a salir de allí a la carrera:

—Vamos, ¡no hay tiempo!

Micaela Bravo

Eran las seis de la mañana cuando un ejército vestido de negro —con la intención de pasar desapercibido— se desplegaba por toda la zona de la fábrica. Nos habíamos dividido por grupos. En mi caso, estaba con Aarón en la parte trasera. El silencio reinaba en la noche, no se escuchaba ni una mosca.

Vi un enorme camión a las afueras, muy cerca de nosotros. Ryan se aproximó a él con cautela, analizándolo, y me hizo un gesto para que acudiese.

—¿Crees que los niños pueden estar allí? —me preguntó Aarón.

—Confío en que sí. De lo contrario, será muy complicado sacarlos a todos.

Lo miré, y él también. Tras suspirar, me apartó la mirada con desconcierto. Sujeté el rifle con fuerza y di un paso para ir con Ryan, pero Aarón me detuvo rozando mi antebrazo.

—Míca... —Elevé mis ojos, contemplándolo a través de mis pestañas. Pareció dudar antes de decir—: Lo siento. Siento haberme comportado como un capullo integral. Y siento todo lo que he ocasionado por egoísta. Solo espero que puedas perdonarme.

Durante unos instantes, sellé mis labios. Al final, pensé que todos habíamos sido títeres de una manera u otra; bien por amor, bien por venganza, bien por celos. Por todo, a fin de cuentas. Cabeceé con lentitud y coloqué mi mano libre sobre la suya.

—Espero que tú también puedas perdonarme.

Le di un fuerte apretón y le lancé una última mirada antes de salir en dirección a Ryan. Una vez allí, asomé la cabeza por la enorme puerta, buscándolo.

—Están aquí. No sé si todos, pero hay como mínimo cuarenta.

—Qué hijo de puta... —siseé entre dientes.

Después de dar un salto de la parte trasera del camión, unos pasos se aproximaron a mi espalda. Sonreí al verlo de perfil, sujetándose parte del costado, pero sin flaquear. La vida me había dado una segunda oportunidad, y no pensaba desaprovecharla. No sabría explicar los sentimientos que afloraron en mí. No podría contar lo que sentí al verlo de nuevo ante la puerta de la casa. Solo diré que lloré, grité y me abalancé como si no hubiese un mañana sobre su cuerpo dolorido pero firme. Siempre firme. Y, por una vez en mi vida, no me importó que alguien más viese mis sentimientos o que alguien pensara que de verdad había cambiado, que ya no era la misma Micaela de antes.

—Son todos de entre cinco y catorce años. No más —nos informó.

—Arcadiy, te quedarás con ellos en el camión y con Riley. Cuando Ryan termine de explotar las minas de la entrada de la fábrica, os marcharéis con todos los críos a las afueras de la ciudad, a la

casa de Tiziano. Aarón y Noa se harán cargo de ellos cuando acabemos.

—¿Y si alguno se nos revela?

—Tú solo intenta que no vuelvan a dispararte.

Besé su mejilla y lo abracé con fuerza, pues un mal presagio se hizo eco en mí. No quería ni pensarlo. Es más, estaba decidida a que saldría de allí, aunque no lo sabríamos hasta después de unas horas, cuando el alba despuntara.

—Pondré el camión en marcha. Tenemos que hacerle un puente —nos comunicó Riley—. Micaela, están esperándote.

Tomé una gran bocanada de aire antes de dar la orden de entrar, momento en el que un hombre, alto y grande, saltaba uno de los muros de la parte derecha de donde nos encontrábamos. Todos encañonamos nuestras armas en su dirección, hasta que la voz de Vadím dio la orden de que las bajásemos.

Era Jack.

Me buscó desesperado, dando conmigo en nanosegundos. Corrí a sus brazos y besé con desesperación su boca, bajo las atentas miradas de los demás. Sonreí, me separé de él y volví a abrazarlo.

—Estás bien...

Toqué su pecho y los rincones principales, esperando no encontrarme ninguna sorpresa.

—Estoy bien. Gracias al ingenio común.

Hizo un gesto con sus dedos en el aire y vi que detrás de él lo seguían Adara, con su cojera y una sonrisa por las palabras de su hermano, Agneta, dos mujeres más que no conocía y Tiziano. Pensé que la sonrisa no podía ser más grande, y le guiñé un ojo a mi italiano favorito cuando me puso morritos. Jack lo golpeó en el pecho.

—Será mejor que Agneta y Adara se marchen en el camión. Estarán más seguras. ¿Quiénes son? —Vadím contempló a las dos mujeres que, miedosas, no se atrevían a contestarle. Le entregó una pistola a Adara y otra a Agneta.

A la primera casi se le escapó de las manos. Escuché un reniego por parte de Tiziano. Ella no lo miró; al contrario, me enfocó a mí.

—Ella es Aldora, la mujer del servicio que mi padre tuvo en Atenas y desde que yo existo. Y ella es su hija.

Asentimos, convencidos por la explicación. Aun así, le lancé un vistazo a Arcadiy para que tuviese cuidado. Cabeceó, entendiendo mi mirada.

—Tiene razón, será lo mejor. Además, seréis los primeros en salir de aquí.

—Si se rinden, los detendremos. ¿Estamos todos de acuerdo? —preguntó Aarón por enésima vez, refiriéndose a los hombres de Anker.

Una aprobación desganada y común se escuchó; aunque él no se quedó conforme, porque resopló.

—Equipo uno a su zona; dos, a la suya; tres, al camión. Cuatro y cinco nos quedamos en la entrada. A la de tres, Ryan, haz que exploten las minas de la entrada. Comienza la fiesta. Tres.

Todos se colocaron rodeando la fábrica. Esa vez no íbamos únicamente con coches, sino también con un tanque, gracias a Ryan, que reventaría la entrada principal para dejarnos acceder a lo grande.

—Dos.

Ryan se colocó en lo alto del camión, sujetó una bazuca con sus manos y apoyó uno de sus codos sobre una de sus rodillas, flexionada. En cuanto el misil chocara contra la tierra del suelo,

las minas saltarían una a una sin control, reventándolas todas. Eso quería decir que el cuarenta por ciento de la fábrica ardería como la pólvora.

—Uno.

Moví mis dedos en el aire, dando la orden de disparar, y un silbido en mitad de aquella noche resonó debido al disparo del gran proyectil. Cuando alcanzó su objetivo, impactó contra la tierra, provocando una explosión impresionante. Todos apreciamos cómo poco a poco una cadena de explosivos estallaba de punta a punta, derribando algunos muros de la parte delantera de la fábrica. Sujeté mi comunicador con fuerza y grité:

—¡¡Entrad!!

La puerta cayó aplastada por aquella masa de metal. Las balas comenzaron a silbar desde dentro y desde fuera cuando Arcadiy sacó su ametralladora por la ventanilla y disparó a los hombres que empezaban a salir por la azotea. Avanzamos con paso firme por el gran patio, esquivando las balas y arrollando a todo el que se ponía en nuestro camino. Estábamos divididos, sin embargo, cada vez veía a más hombres de Anker salir de todas las esquinas habidas y por haber. Miré hacia arriba y discerní tras uno de los grandes ventanales una sonrisa maléfica.

La de Anker.

Me contemplaba con delirio, con adoración. Con su dedo índice, me indicó que me acercase a él, y así lo hice. Oí cómo Jack se peleaba a golpes con dos tipos que trataban de retenerlo mientras gritaba mi nombre. Pero yo no lo escuchaba. Solo hacía caso a mi corazón desbocado, deseoso de llegar hasta él y hacerlo añicos.

Subí las escaleras, agachándome de vez en cuando y esquivando a los hombres que se abalanzaban sobre mí. Las paredes explosionaban sin ton ni son, los ladrillos caían sobre las cabezas de las personas que estaban dentro. El humo dejaba entrever algunas partes según subía las escaleras, y cuando ya alcanzaba la zona donde lo había visto, comprobé que seguía subiendo hacia la azotea. Pensé que tal vez podría ser una trampa, pero no pude retener los impulsos más temerarios que se apoderaron de mis sentidos. Tenía que cogerlo, y debía hacerlo ya.

La puerta de la azotea se cerró y me detuve antes de acceder.

»Es una trampa, «me dijo mi mente.

Y lo sabía. Tan cierto como que de momento seguía respirando.

Al abrirla, Anker se encontraba en el centro, rodeado de siete armarios empotrados cubiertos por pasamontañas y trajes negros imposibles de derribar por una sola persona. Si me enfrentaba a ellos, Anker me mataría a la mínima de cambio. Estaba segura.

Durante un tiempo infinito, nos mantuvimos la mirada sin pestañear; él con una sonrisa en los labios y yo con los labios sellados y apretados por la impotencia de la situación.

—Primero te escondes detrás de un pequeño ejército de niños y ahora lo haces con siete gorilas.

El aire azotó mis mejillas y soltó algunos mechones de mi cabello, provocando que volasen de un lado a otro por mi rostro. La luz del día comenzó a aparecer, ocasionando que nuestras siluetas se viesen más temerarias, más fieras. Tenía claro que aquello era morir o salir victoriosa, así que no tardé en levantar mi rifle y apuntarle directamente. Sus hombres dieron un paso adelante para resguardarlo del impacto de mi bala en el caso de que saliese del arma.

—Mí pequeña, has venido... —musitó perdido, sin dejar de contemplarme—. Siempre supe que lo harías, aunque no de esta forma. Habéis conseguido manipularme, y todavía no sé cómo, aunque cierta niñata tiene que ver con el asunto, imagino.

—Imaginas bien. Diles a tus hombres que se aparten, Anker.

—Recuerdo que, en aquel hotel, tú y el bastardo de tu hermano también me teníais atado a una silla.

—A las ratas callejeras hay que tratarlas como tales. No mereces otra cosa.

—Entenderás, entonces, que te trate de la misma forma.

Pensé en los impactos que podrían salir del rifle en segundos, dándome tiempo a esconderme detrás de alguna de las casetas pequeñas que había repartidas por el terrado, a los lados de los grandes postes de la luz. Pensé en las posibilidades que tenía para sobrevivir, pero no encontré ninguna; ninguna que obtuviera como respuesta un disparo o mi muerte. Eran demasiados y yo estaba sola.

Escuchaba el jaleo en la parte baja. De repente, el suelo tembló, indicándome que en breve la fábrica se desplomaría. Así me lo hizo saber también el comunicador que llevaba sujeto a mi pantalón:

—Quince minutos. ¿Me oís? ¡Quince minutos! ¡¡Todos fuera!!

Tragué saliva al ser consciente de que no me daría tiempo. Anker sonrió de aquella forma tan escalofriante, sin quitarme los ojos de encima. Sin soltar el rifle, seguí apuntando a uno y a otro.

—Micaela, ya no tienes tiempo. Moriré... —Sus ojos afilados me atravesaron—. Y tú lo harás conmigo, pequeña.

Avanzó con pasos firmes en mi dirección, apartando a los hombres que seguían resguardándolo, y justo cuando me disponía a dispararle, alguien me sujetó del cuello con fuerza y tiró de mi rifle hacia abajo. Cuando el resto de los gorilas bajaron las armas, me di cuenta de que la persona que me había sujetado era uno de ellos.

—Diles a tus hombres que se marchen si todavía quieres salvarlos.

Su mano rozó mi mejilla. Mis labios se mantuvieron sellados, pero al sentir el contacto, le escupí. Su sonrisa maléfica me alteró, igual que sus ojos vivaces. Sin dejar de mirarlo, sujeté el comunicador.

—Marchaos.

—¡¡¿Qué...?!!

Es lo único que me dio tiempo a escuchar de la garganta de Arcadiy antes de cortar la comunicación. Las manos de Anker pasearon por mi cuerpo alegremente, tocando y sobando cada resquicio, tirando las armas que tenía guardadas a los laterales.

—¿Qué quieres que haga contigo, Micaela? Podríamos sentarnos a ver cómo se derrumba todo esto, imaginar cómo hubiese sido nuestra vida juntos, pensar en la de veces que te habría hecho el amor en mi cama... —murmuró con lascivia. A mí me dieron ganas de vomitar—. O podría matarte ahora mismo. Rajarte el cuello, como hiciste tú con...

—Elisenda. Ni siquiera recuerdas su nombre. —Me asqueé.

—No te pongas celosa. Nunca me importó esa puta.

Supe que había muerto para nada y por nada. Lo supe en el momento en el que me enteré de la verdad. Noté que mis ojos quemaban. Era de la rabia que sentía hacia aquel despreciable monstruo al que nunca le importó ni su familia ni nadie más que no fuese él.

Sin embargo, algo extraño sucedió. O más bien yo sentí algo que me inquietó. La mano del hombre que tenía pegado a mi espalda me acarició con lentitud la columna en un gesto apenas visible. Anker seguía con su palabrería mientras yo me desconcertaba al sentir aquella mano de manera tan íntima. Entreabrí los labios al ser consciente de que debía prepararme para lo que estaba por venir. Noté un roce muy sutil en mi oído derecho, de unos labios que conocía a la perfección. Eso provocó que Anker abriese sus ojos con desconcierto, y todo pasó a la velocidad

de un rayo.

—Siempre al límite, amor.

Jack tiró de mi cuerpo hacia atrás con brusquedad. Sentí que algo se enganchaba en mi muñeca. Entonces, su puño voló en dirección a la cara de Anker, provocando que se tambaleara hacia atrás. Tiziano y Arcadiy aparecieron por los muros de la azotea, disparando y enfrentándose a los hombres de Anker, mientras Jack arremetía con fuerza bruta contra su padre. Sujetó su pasamontañas y se lo quitó con urgencia para que lo viese.

—¡Voy a matarte, hijo de puta!

Pum.

Otro impacto llegó a la cara de Anker, derribándole varios dientes. Los dos se enzarzaron en una pelea brutal mientras yo me defendía de un tipo que había sujetado mi cabello y tirado de mí hacia atrás. Aun tratando de defenderme con las manos, no los perdí de vista. Pero la traca final llegó cuando Vadím apareció a mi lado y le dio una patada a una pistola que conseguí coger del suelo, esquivando al hombre. Le disparé al pecho, lo que provocó que cayese a plomo. Jack se separó de Anker al ver que Vadím tiraba de él para que lo encarase, y la cara de desquiciado que su enemigo mostró me sobrecogió.

—Tú... —escupió Anker con rabia.

—Ya has hecho suficiente daño, Megalos. Es hora de que mueras de verdad.

Jack se enzarzó con otro de los hombres de Anker. Yo veía la escena a cámara lenta, sin ser capaz de llegar antes de lo inevitable. Vadím lo apuntó con su pistola, Anker también; no sabía de dónde la había conseguido. Y como si todo hubiese estado planeado de esa manera, dos impactos de bala resonaron en el aire. Los dos enemigos cayeron de espaldas hacia atrás y empaparon el cemento con su sangre.

Los dos...

Sentí que el aire no conseguía llegar a mis pulmones y grité:

—¡¡Vadím!!

Corrí, viendo cómo a Anker comenzaba a salirle sangre por la boca, pues el impacto había dado de lleno cerca de su corazón. Me tiré al suelo y sujeté la cabeza de Vadím entre mis manos mientras notaba cómo las lágrimas caían de mis ojos.

—Por favor, no, no...

Su mano tocó la mía. Jack llegó a mi lado y se colocó en el otro extremo, buscando la herida. Estaba en el mismo sitio que la de Anker.

No podía ser...

Río, mostrándome su perfecta dentadura manchada de sangre.

—No dejes jamás que nadie te hunda la vida, Micaela. Eres... Eres una mujer... fuerte...

—No malgastes tus fuerzas. Vas a ponerte bien —le aseguré a toda prisa.

Los ojos de Jack me contemplaron, mostrándome su negación.

No sobreviviría, joder, no lo haría.

Dejé que mis mejillas se empapasen y apoyé mi cabeza en su pecho, ensuciándome.

—Tienes que conocer a mi hija... —musité, desgarrándome el alma.

—Lo... haré... Desde donde esté..., siempre os protegeré...

—No... —sollocé. Sentí la mano de Arcadiy en mi hombro.

Su débil mano tocó mi cabello. Levanté el mentón y vi cómo sus cristalinos ojos se apagaban.

—Cuida... de mi niña...

Asentí y apreté su mano con fuerza. La última vez que lo vi sonreír fue cuando murmuré:

—Adiós, papá.

Nunca se lo dije, pero en realidad siempre fue el padre que me faltó. Entendí todos sus motivos al alejarme de él, al igual que también entendí por qué se separó de mi madre.

Limpiaba mis lágrimas con pesadez cuando el suelo tembló con más fuerza.

—Micaela, tenemos que irnos, o moriremos todos —me urgió Tiziano.

Alcé mi cabeza y vi cómo Anker se desangraba en el suelo. Solo. Como siempre había estado. Mi mano voló hacia el pantalón de Tiziano y le arranqué del cinturón un enorme cuchillo. Con grandes zancadas y dejando a Vadím con todo el dolor de mi corazón, me acerqué a él y sujeté su cabeza con fuerza.

—No... No...

Y no le di tiempo a terminar. Apreté los dientes y rajé su cuello con saña, creando una herida difícil de coser por mucho que alguien lo ayudase. Ya no le quedaba nadie más. Estaba solo. Tiré del cuchillo con brutalidad hasta degollarlo, manchándome la ropa y la cara de su sangre. Los tres hombres que me esperaban me observaban sin despegar sus labios. Sin tiempo que perder, solté el cuerpo sin vida del desgraciado que tanto daño me había provocado. Vi cómo Tiziano y Jack sujetaban el cuerpo de Vadím para llevárselo.

—¡Rápido!!

Bajamos las escaleras hasta llegar al patio principal. Las paredes se derrumbaban a nuestro paso mientras escuchábamos los atronadores ruidos de las piedras al chocar las unas con las otras. Y cuando creí que todo había terminado, oí la voz de Aarón en la entrada:

—Llevas... Llevas... Una bomba...

Detuve mi paso de manera brusca, mirándolo. Jack le entregó el cuerpo sin vida de Vadím a Angelo. Entre los dos italianos, lo sacaron del recinto y lo introdujeron en un coche.

Escuché que los coches arrancaban, que Arcadiy no se había enterado de sus palabras, que el camión con Ryan y los demás salía de allí a toda prisa y... Y nosotros, Aarón, Jack, Noa y yo, seguíamos allí. Con miedo, miré mi mano. Jack se acercó sin llegar a entender el motivo por el que estábamos paralizados, y me contempló.

—Micaela, tenemos que irnos. ¡Esto se cae! —Mis ojos se fijaron en los suyos, llenos de lágrimas—. ¿Qué te pasa? ¿Por qué estás así?

—Tiene una bomba puesta en la muñeca, Jack.

Las palabras de Aarón provocaron que el nombrado diera un paso atrás.

—¿Qué?...

—Me la ha puesto Anker cuando me has separado de él... —musité más para mí que para ellos.

—¿Podemos quitársela? —se apresuró a preguntar Noa.

—No lo sé, déjame que la vea. No hay tiempo, ¡joder! —añadió Aarón con nerviosismo.

Yo estaba en trance.

—Faltan dos minutos para que las bombas que ha colocado Ryan detonen. ¿Qué tiempo tiene la pulsera? —le preguntó ella.

No era capaz de despegar los ojos de Jack.

Él tampoco de mí.

—Los mismos. ¡Joder, los mismos! —gritó Aarón—. Ve al coche y trae del maletero lo que pueda sernos de utilidad. La pulsera no puede abrirse si no cortamos el cable del interior. Y... dentro de esos tres cables existen distintas posibilidades...

Me contempló. Un hilo de voz salió de mi garganta:

—¿Cuáles?

—Conseguimos abrir la pulsera y el tiempo se detiene... o volamos por los aires en un instante.

El aire me faltaba, la respiración no llegaba a mis pulmones, y sentí que incumpliría la promesa más grande que había hecho en la vida. La promesa de volver con mi niña.

Jack llegó a mi lado. Frente a mí y con los ojos perdidos en el horizonte, acurrucó mi cabeza junto a él.

—Lo siento... —murmuré pegada a su pecho.

Separó mi cuerpo del suyo lo suficiente para poder mirarme a la cara mientras seguía notando el constante trasteo que Aarón le daba a mi muñeca. Su desesperación se hacía patente en el ambiente, dándome a entender que la cosa no pintaba bien.

Nada bien.

—¿Qué sientes?

Me sorbí la nariz cuando las lágrimas se agolparon en mis ojos. Comenzaron a derramarse en el instante en el que noté el miedo.

Miedo de verdad.

—Siento haber aparecido en aquel bar. —Observé sus ojos, que brillaban más de la cuenta—. Siento haber sido tan simpática —ironicé; hasta en aquel momento tan catastrófico era capaz de hacerlo— que incluso conseguí llamar tu atención. Pero, sobre todo, siento haber sido una inconsciente al no ver lo que podría perjudicarnos el día de mañana.

Y lloré.

Lloré porque sabía que no volvería a ver a mi pequeña, y tuve pánico al ser consciente de que Jack no me abandonaría.

No lo haría.

No se iría sin mí, y eso era complicado.

Sujetó mi mentón con tanta fuerza que me paralizó. Lo elevó hacia sus ojos, que me miraban con devoción.

—¿Dónde está la mujer valiente que no le teme a nada? —me preguntó con un hilo de voz.

—Ahora mismo... no está —susurré de forma estrangulada.

Suspiró con fuerza y me apretó con la mano que sostenía mi cintura. Se pegó a mi oído de esa manera tan particular que tenía de hacer las cosas y conseguir que mi cuerpo reaccionara, y ese gesto me desesperó más si cabía, ya que sabía que jamás volvería a sentir su tacto, a embriagarme con su olor o, simplemente, a estar con él.

—Ojalá hubieses aparecido antes en aquel bar, con tu simpatía selectiva. Tan sofisticada, tan elegante, tan intocable, tan tú. —Besó mi frente—. Y siempre daré gracias por haber sido tan inconsciente durante un determinado tiempo de tu vida. Porque me has hecho el hombre más feliz sobre la faz de la Tierra.

Tragué el nudo que intentaba asfixiarme antes de que mi tiempo se acabase y sujeté su espalda con ímpetu para abrazarme a él. Me correspondió, y durante unos segundos sentí que las manos de Aarón se paralizaban en mi muñeca. Sabía que estaba pendiente de nosotros, igual que de nuestra conversación, pero ya nada importaba.

—Por favor... —musité, ahogada en mi propia desgracia—, vete —le supliqué.

Apartó mi pelo con mimo, volviendo a la posición anterior, de manera que su rostro y el mío se pegaron lo máximo posible. Me traspasó con sus ojos, creando una magia que siempre sentí a su lado, y reviví cada uno de los momentos que juntos compartimos como si se tratase de una novela sobre mi vida. Las imágenes fueron sucediéndose entre sí, dejándome ver las mejores vivencias que habían transcurrido durante ese corto plazo, evitando los malos y ganando por goleada los

buenos.

—Nada ni nadie hará que me separe de ti. Te lo juré —sentenció—. Y cumpliré mi juramento pase lo que pase. —Mojé mis labios en esa mueca tan característica mía, y sentí cómo mis lágrimas descendían por mis mejillas hasta terminar en su mano—. Siempre al límite —murmuró.

Hasta en ese momento tuve que sonreír por sus palabras.

—Siempre al límite —repetí.

Abrazó mi cuerpo de tal forma que dejé de respirar. Solo nos separamos para juntar nuestros labios con pasión y amor. Me impregné de esa sensación tan maravillosa, dejando que el momento clave en mi vida se desvaneciera como el humo de un cigarro.

Las blasfemias de Aarón resonaron con más fuerza mientras le pedía algo a Noa, que se encontraba tirada en el suelo junto a él. Era inútil que siguieran intentándolo, pues apenas quedaban veinte segundos para que la bomba estallase. Miré hacia abajo, a sabiendas de que mis nervios resurgirían con más fuerza, pero Jack me lo impidió sujetando mi rostro con ambas manos.

—Vayas a donde vayas —una lágrima descendió por su mejilla, pero sus ojos no se apartaron de los míos—, te buscaré. Siempre te buscaré.

—Y yo, amor. En el infierno más temible, lo haré.

Me di cuenta de que había sido la primera vez que había usado un apelativo cariñoso con él, y me arrepentí de no haberlo hecho antes.

Las voces de Aarón se incrementaron. Aprecié que Noa se levantaba del suelo para marcharse de allí, siguiendo las órdenes de su jefe, pero él seguía tratando de parar algo imposible.

Ya no nos quedaba tiempo.

Lo había intentado por mí, por nosotros, y no merecía morir de aquella manera.

—Márchate, Aarón —le pedí.

Sus manos dejaron de trastear el cacharro, pero mis ojos no eran capaces de separarse del hombre que tenía delante. Escuché que suspiraba derrotado, hundido y, sobre todo, enfadado por no poder hacer nada más. Pasé mi mano libre por el rostro de Jack, llevándome con ella alguna que otra gota de agua, y sonreí.

Sonreí por haberlo encontrado.

Sonreí por saber que él era mi villano favorito y al que siempre buscaría.

Escuché de fondo los últimos pitidos de aquel artefacto injusto que se mantenía en mi muñeca mientras miraba con adoración al hombre que tantos suspiros me robó.

—Te quiero. Te amo, mi reina —musitó en mi boca.

—Te amo, mi rey.

Cerré los ojos y me impregné de aquel beso para siempre.

El futuro

Un año después

Sí, había pasado un año.

Un año en el que todas las cosas que viví desde que comencé con mi venganza habían terminado. Durante un tiempo recapacité sobre lo que siempre solía suceder en este tipo de historias. Los buenos no ganaban siempre. Los malos, en ocasiones, tampoco eran tan malos. Y en la mayoría de los casos, también perdían a personas que importaban, tanto de un bando como de otro.

Unos días después de derrumbar lo poco que quedaba de Anker Megalos, enterramos el cuerpo de Vadím en su amada Rusia, junto al de mis padres. Fue un sepelio difícil, lleno de sentimientos encontrados; no solo por mi parte, sino por la de los demás también.

Le debía mi vida y la de Jack a Aarón, pues su cabezonería no lo dejó abandonarnos a nuestra suerte para explotar con aquella maldita bomba. Y hasta el último segundo trató de desactivarla. Cuando pensábamos que todo estaba perdido y que moriríamos los tres, Noa llegó y rompió la tapa que separaba la carcasa de la pulsera de los cables, y con los ojos casi cerrados, el policía que un día decidió enmendar sus errores cortó uno de ellos. Para nuestra sorpresa, la pulsera se abrió, rompiéndose el cierre de seguridad que impedía que pudiera quitármela. La lanzó todo lo lejos que pudo y los tres corrimos, alcanzando a Noa, mientras una explosión magistral reventaba lo poco que quedaba en pie de aquella zona de guerra.

Y allí nos encontrábamos todos de celebración.

Todos menos Angelo, que había decidido apartarse de nosotros, cosa que entendimos. Cada uno tenía su vida en otro lugar distinto y nada nos ataba a unos y a otros.

Ryan y Adara estaban viviendo en Estados Unidos junto a Skype, tal y como le prometí a él. Ella había terminado la carrera de Medicina y llevaba unos meses asistiendo de voluntaria a varios sitios. Ryan se había reincorporado a la CIA debido al empeño de su antiguo jefe. Había firmado los papeles del divorcio, y tal y como argumentó el día en el que casi perdió la vida, había dejado a su exmujer sin nada que poder usurparle.

Arcadiy era una bala perdida. Pero de las de verdad. Estaba entre Santorini y Estados Unidos. Pasaba más tiempo allí, y sabía que era por Adara. Los dos mantenían una relación de amistad muy estrecha, y temí que aquello acabase mal, pues Adara había conocido a un hombre, Eliot Stone, que daba charlas sobre fármacos en la universidad. Actualmente estaban conociéndose, aunque llevaban un tiempo hablando.

Tiziano... Bueno, Tiziano seguía siendo Tiziano. Y, como siempre, aquel día también llegaba tarde. Aseguró que después del asalto a la fábrica se tomaría ese merecido descanso que tanto

deseaba. Ese tiempo sabático, pues, al final, lo de jubilarse no lo vio factible. Carlo cabeceó al ver que le daba la razón.

Aarón y Noa siguieron trabajando para esa brigada secreta que todo lo sabía. Desmantelaron una importante red de policías corruptos, y con la muerte de Anker, consiguieron ascender unos cuantos escalones, sin contar lo que supuso para el mundo la liberación de cuarenta menores que habían estado sometidos a torturas y entrenamientos imperdonables por parte de un tirano. La gente los conocía como héroes, los alababan, y todas las brigadas secretas de otros países comenzaron a buscarlos con desespero para que se uniesen a ellos. No tuve constancia de la relación que los unía, pero sí sabía que el antiguo inspector Barranco mantenía una relación más estrecha con Ariadna Mellas, a quien trasladaron de Barcelona a Francia, donde actualmente residía Aarón por trabajo.

Aleshka, la hija de Vadím... Al principio habíamos pasado una mala racha con ella. No lograba comprender por qué su padre no volvería a mimarla, a abrazarla o simplemente a darle un beso. Era muy pequeña para organizar esos pensamientos en su diminuta mente, y no podíamos hacer otra cosa que consolarla. En ese periodo de adaptación, en el que nos convertimos en cuatro sin quererlo, me enteré de que en breve seríamos una familia de cinco. La sorpresa nos cogió en pleno apogeo, y Jack casi habría muerto de un infarto de no ser porque Riley lo calmó.

Riley y Eiren decidieron quedarse en Santorini, junto a nosotros, los dos ocupando su antigua casa, como buenos compañeros de piso y hermanos, trabajando ambos para la policía, como hasta el momento había hecho Riley. Al principio me mostré demasiado reacia a mantener una relación de amistad con aquella chiquilla, pero poco a poco, y tras las explicaciones de cómo curó, ayudó y se organizaron cuando secuestraron a Agneta, me convencieron para darle una oportunidad que de momento no había desaprovechado. También debía estar agradecida con ella, pues Atenea no podría haber estado en las mejores manos desde que le arrebataron a su abuela.

Carlo se interesó más por nosotros. De hecho, supe que ese día aparecería con Tiziano. Llevábamos un año justo sin verlo y lo echábamos de menos. Ya nos miraba con menos desconfianza. Eso sí, Tiziano siempre sería el primero, pues le debía lealtad infinita, y eso no lo cambiaría nadie ni nada.

Aldora y su hija fueron libres y se mudaron muy cerca de Agneta, en el corazón de Atenas, donde ella siempre había vivido y donde se crío, muy cerca de la Plaka. Al principio, cada una se marchó a su hogar, pero poco después terminaron haciendo mejores migas de las que ya tenían y compartieron una hermosa casita de planta baja a los pies de la Acrópolis. La madre de Jack sonrió más que nunca el día que él la llamó «mamá», y desde entonces los lazos de sangre se estrecharon de tal manera que ya resultaban irrompibles.

Poco después, la hija de Aldora, Callia, comenzó a estudiar en la ciudad y conoció a nuestro querido Bill Tunner, el muchacho de cabellos dorados que siempre estaba dispuesto para su señor —al que ya tuteaba— y sus trabajos. Ambos se conocieron en una de las reuniones a las que el chico asistía cuando el trabajo se lo permitía, e hicieron un buen conjunto dándose una oportunidad.

Apoyé mis manos en la barandilla y tomé una fuerte bocanada de aire, del puro y especial aire que se respiraba en las montañas de Santorini, donde nos habíamos instalado. Los arreglos de la casita habían traído muchos quebraderos de cabeza, pero, al final, había quedado al gusto de todos. Sin embargo, lo más importante era que se había convertido en un hogar.

En el que siempre soñé.

Sentí unas manos alrededor de mi cintura y dejé que mi cabeza reposara sobre el duro e

implacable pecho del hombre al que amaba más que a mi vida. Sus labios descendieron por el costado de mi rostro hasta terminar en mi mejilla, donde depositó un suave y casto beso, pausado y pasional, como de costumbre.

—¿Empezamos con la barbacoa?

—¿Llevas puesto el delantal? —le pregunté con una sonrisa pícaro.

—¡No! Ya sabes que eso se le da mejor a Arcadiy. Además, es un exhibicionista, ya lo sabes.

Me giré para comprobar lo que Jack decía. En efecto, mi hermano se encontraba recibiendo piropos y palabras subidas de tono por parte de las mujeres que tenía delante. Sonreía, y se le veía feliz con las pinzas de cocinar en la mano y un ridículo delantal de lunares rojos que Adara le había comprado en uno de sus viajes a Andalucía. Escuché las pullitas que Ryan le soltaba de vez en cuando, y me sorprendí de nuevo al ver que Aarón también era partícipe de ellas.

Aleshka cogía de la mano a Atenea, que ya daba sus primeros pasos, mientras que el pequeño Vadím se balanceaba dormidito en su sillita, con tan solo un mes de vida. Sonreí. Volví mis ojos hacia Jack, que fijaba la vista en la misma dirección que yo.

—¿Cuándo dices que acaba la cuarentena? Esa palabra es odiosa... —renegó en mi oído, pellizcándome la nalga.

—Dentro de unos días. Y... ¡no!, señor Williams, ni se le ocurra. No volverá a sucedernos lo mismo.

Puso morritos. Se separó de mí cuando un torrente de voz italiana irrumpió a mi lado:

—Quita, quita, pesado, que siempre estás encima como las lapas. —Resopló, apoyándose en la barandilla—. ¿Es necesario que el tonto ese esté aquí? ¡No pinta nada!

Reí. Jack me siguió sin perder de vista a la pequeña, que tropezaba sin querer.

—Tiziano, llegas el último. Llevas sin ver a Adara un año, y ahora vienes con qué pinta Eliot aquí. Comprende que es su pareja y tú...

—¡Su pareja! —exclamó, alargando mucho la palabra, con desdén.

—Sí, su pareja. Así que deja de comportarte como un quinceañero y hazme el favor de tener la fiesta en paz. No quiero líos. —Lo señalé con mi dedo índice.

—Él no es como nosotros —se justificó; a mi parecer, enfadado.

—Aldora, Callia, Bill, Aarón, Noa, Eiren, Agneta e incluso Adara mismo no son como nosotros. Y eso no importa. Hoy no. Celebramos el primer mes de Vadím, así que no quiero líos. —Recalqué cada palabra por si no lo había entendido.

Bufó como un miura mientras ponía los ojos en blanco.

—Os dedicáis a invitar a la gente sin pensar. Así, uno no está a gusto.

—¿Por qué? —lo encaré, perdiendo los nervios.

—¿Puedo ser yo?

Arrugué el entrecejo y él se señaló. Como si alguien pudiera frenarlo alguna vez...

—¿Qué? ¡Claro que puedes ser tú! ¿A qué viene esa tontería?

Sonrió con malicia y se giró para sentarse justamente al lado de Adara. Ella se removió inquieta en el asiento cuando Eliot colocó la mano sobre su nuca. Tiziano lo repasó con desaprobación. Miré a Jack y le lancé una indicación para acercarnos a ellos. El italiano elevó sus ojos, intentando que Adara lo mirase, pero no ocurrió. Juntó sus labios, cabeceó y enfocó a Riley con una sonrisa más traviesa todavía.

—¿Y este quién es? No me lo has presentado, *bambina*.

La aludida fijó sus ojos en Tiziano, con temor. Tragó saliva visiblemente para todos y le contestó:

—No te he visto en un año. Es imposible que haya podido presentártelo.

Volvió su atención a la conversación que los demás mantenían; conversación que había terminado porque estaban más pendientes de lo que se decían. Tiziano arrastró su trasero en la silla hasta casi quedar al filo.

—Bueno, entonces, ¿quién es? Dímelo ahora.

—Se llama Eliot —le contestó sin mirarlo.

Eliot era moreno, con unos impresionantes ojos azules y una chulería digna de admirar. Pero lo que no sabía aquel hombre era que a Tiziano no lo ganaba nadie en cuanto a arrogancia.

—Mmm... Eliot. —Repitió su nombre con un pelín de asco—. ¿Es tu novio? ¿No me digas que te has casado y no me has invitado a la boda?

Adara resopló. Su pareja tomó la conversación por ella:

—No. No nos hemos casado, pero poco nos falta. —Creí que Adara dejó de respirar. Tiziano alzó una ceja cuando el tipo le extendió la mano—. Eliot Stone, encantado de conocerte.

Tiziano miró la mano. Todos fijamos nuestros ojos en Adara y sentimos la tensión que había en el ambiente. Escuchamos un chasquido de la boca del italiano, lo que provocó que una mueca de desagrado llegara a su rostro. Se giró en su asiento, miró a Riley, que lo contemplaba aguantando la risa, y sentenció:

—No me cae bien.

La cara de Eliot cambió y mostró un atisbo de vergüenza. Me fijé en Jack, que llegó hasta Tiziano y lo escudriñó con mala cara mientras este alzaba las cejas en señal de »Es lo que hay«.

—¿La comida está lista? —preguntó Aarón, intentado desviar el tema.

—Otro que no sé qué hace aquí —murmuró a regañadientes el italiano.

Llegué a su lado y le di una colleja para que se callase ya.

—Sí, podemos ir comiendo —anunció Arcadiy, y se dio la vuelta para sacar la parrilla.

Tiziano sonrió y añadió como colofón:

—¡Bien! —Eso lo dijo con mucha ironía—. A ver, ¿dónde están esos chuletones?

Y cuando menos lo esperábamos, se echó mano al bolsillo, sacó su espectacular navaja y la abrió, bajo los asustados ojos de Eliot. El italiano le lanzó una mirada chulesca y sonrió, logrando que la pareja de Adara bajase la mirada y comenzara a ponerse nervioso, seguramente preguntándose qué hacía con un arma como aquella en el bolsillo.

A punto de matarlo, bufé. Agachándome muy cerca de su oído, murmuré:

—Otra más y te meto la navaja por el culo.

Se llevó a la boca un trozo de carne y, masticando como los guarros, me contestó con cierto sarcasmo:

—A sus órdenes, mi reina.

Negué y me separé de él. Vi cómo Adara se marchaba a la otra punta de la mesa con Eliot. Riley tomó el asiento de su lado.

—He creado un nuevo programa que puede reventarte la seguridad en dos segundos.

Tiziano dejó de comer y lo miró.

—Vamos, friki, no me jodas. ¿Por cuánto lo vendes?

Riley sonrió y se subió las gafas hasta el puente de su nariz.

—Lo he diseñado para ti.

Ambos rieron. Sabía que Tiziano tenía algo gordo entre manos, pero no quise preguntarle el qué. De lo que no era consciente el italiano era que, un tiempo después, tendría muchos problemas por una mujer; una mujer que se había alejado de él en aquella mesa, la misma que lo necesitaría

si quería salir viva de un determinado lugar. Y muy pronto lo descubriría.

—¿Podemos hablar?

La voz de Aarón nos sacó de la conversación de aquellos dos y lo miramos.

—¿Te ocurre algo? —le preguntó Jack.

Aarón nos contempló con un vago interés.

—Tengo trabajo para los dos. No sería ilegal y la policía no os perseguiría. Estarías dentro de mi equipo sin ser de la brigada. Y lo más importante es que ganaríais mucha pasta. Solo algunas veces. Nada de permanencias.

Amusgué mis ojos.

—¿Y eso es porque...?

—Cuando contamos el caso de la fábrica, tuvimos que dar muchas explicaciones, principalmente para que todos quedaseis limpios de algunas cosas. Y se interesaron por ambos. — Nos contempló con determinación—. ¿Qué me decís?

Jack y yo nos miramos con una mueca en los labios.

—Lo que ella diga —añadió Jack.

Asentí con lentitud y fijé mis ojos en Aarón. Él extendió la mano en dirección a Jack y le dijo con una sonrisa:

—¿Amigos?

Jack rio, estrechándosela. Acercándose a él, musitó:

—Jamás.

Retomamos nuestros asientos en la mesa entre risas y conversaciones que no llevaban a ningún sitio, siendo testigos de cómo la felicidad se apoderaba de punta a punta en aquella madera.

Y me sentí bien.

Me sentí tan feliz que incluso asustaba.

La mano de Jack descendió por mi muslo hasta colocarse muy cerca del sitio prohibido. Lo observé, alzando una ceja.

—Sabes cómo me pone verte con un arma, ¿no?

Reí al ver su expresión pícara, sabiendo que se refería al trabajo que Aarón nos había ofrecido y al voto de castidad que pensaba romper aquella misma noche.

—Tendremos que buscar un método de contención.

—Lo tengo todo aquí, amor. —Se señaló la cabeza.

Me atrajo hasta sus fuertes brazos y me colocó a horcajadas sobre él. Reí al escuchar las palabras y los silbidos de parte de la mesa mientras sostenía su rostro entre mis manos. Lo besé con ternura, con calma, saboreando cada parte de su boca, y me permití perderme solo unos pocos segundos en sus preciosos ojos, musitando:

—Tus brazos son mi lugar favorito. ¿Te lo he dicho alguna vez, amor?

Sonreí y me imitó.

Allí deseaba quedarme para siempre.

Continuará...

Agradecimientos

No sé muy bien cómo encabezar estos agradecimientos. Imagino que siempre me costarán un suplicio, pero creo que es indispensable para mí agradecer a aquellas personas el tiempo que le han dedicado a esta historia. La historia de Jack y Micaela, que termina aquí, aunque la serie continúe con otro de mis villanos favoritos.

En primer lugar, y como de costumbre, quiero agradecerle a mi familia el gran apoyo que me dan. A mi madre y a mi hermana, Mercedes y Patricia, por ser los pilares de mi andadura, por aconsejarme, por criticarme con sinceridad y por no dejar de emocionarse con cada giro de esta historia.

A mi marido, Luis, por la comprensión y la paciencia que ha tenido últimamente, sobre todo con este libro.

A mis niños, mis pequeños de la casa y a los que va dedicado este libro: Bryan, Eidan, Freya y William. Por las innumerables horas que les quito; aunque, todo eso, ellos me lo devuelven con sonrisas y mimos.

A mi cuñada, Mamen, que sigue paso por paso mi larga trayectoria y todavía se emociona con cada nuevo proyecto.

A mis Unis del alma, para que siempre sea así, para que siempre las tenga. A Marisa, que, aunque esté de bajón emocional, siempre mantiene ese tiempo para dedicarlo a cada nuevo personaje, desmontándose la vida o haciéndomela más bonita, pero siempre siendo ella. A Noelia, que, aun sin tiempo, consigue sacarlo para guiarme de una manera u otra, siendo un apoyo interminable para que los pequeños detalles nunca se escapen. Gracias por ser como sois. No cambiéis nunca.

A Carol Santana, por machacarme constantemente hasta conseguir perfilar los grandes matices que todo buen libro debería tener. Gracias por inculcarme tanto. Gracias por enseñarme día a día y por tener esa bendita paciencia.

A Bea, porque siempre está la primera para apoyar esta serie. Porque siempre le pone un entusiasmo infinito con cada una de mis historias.

A Mari, gracias por darme ese aliento que necesitaba. Por ser parte de desde el principio, aun sin saber que esta historia era tan especial.

A mi abuela, Zari, que nunca la había puesto en unos agradecimientos cuando ha sido la más importante y la principal lectora en cada libro. Gracias, abuela, eres un ejemplo a seguir. Eres un ejemplo de que, por muchos años que tengas, la lectura es necesaria en nuestras vidas.

A mis provocadores y provocadoras, los que siempre están eufóricos por continuar.

A los que le han dado la oportunidad a la gran historia de mi vida; sin duda, una que me marcará para siempre. Gracias por ser así. Gracias por seguir a mi lado.

Por último, a todos los nuevos que caen en mis novelas. A los que se han ido, a los que no volverán y a los que espero que algún día me descubran.

Gracias a todos los errores que he cometido, porque, como siempre digo, caerse está permitido y levantarse es obligatorio.

Gracias a la vida, que cada día me hace más fuerte.

Angy Skay

Biografía de la autora

Me llamo Angy Skay, soy vallisoletana de nacimiento, aunque andaluza desde hace años, en concreto, de Almería. Trabajadora a tiempo completo, madre de tres pequeños tesoros, estudiante a tiempo parcial y una capacidad innata para escribir y desarrollar historias. Hace un tiempo decidí expulsar de mi mente la cantidad de historias que nacían en mi cabeza y de esa manera comencé a pulsar las teclas con brío, sin dejar de lado todos los proyectos que me han ido surgiendo a lo largo de los años.

Me encanta leer, el cine, el riesgo, las locuras y, sobre todo, luchas por lo que más aprecio del mundo de las letras: mis libros. He de decir que tengo debilidad por los personajes malos y que, a pesar de ser una loca enamorada de la romántica, la acción, el humor y el erotismo siempre persisten en mis novelas.

Autora de: Provócame, Y quiéreme, Eternamente e Incítame (2014 a 2016), Te robé un beso (2015), Y de pronto apareciste tú (2016), Rompiendo mis esquemas (2016) y Adueñándote de mi corazón (2017), Ádh mór, Maureen (2016), Banníon Avenging, Taragh (2017), Neart an aontas, Oonagh (2018) y Banshee (2019) de la Saga Anam Celtic. Sin ti no sé vivir (2017), Lo que el anís ha unido, que no lo separe el poli (2018) y Matar a la Reina y La última Torre (2018) y Muerte al Rey (2019), de la Serie Diamante Rojo.

Información

No olvides que la Serie Diamante Rojo continuará con
Tiziano

Sigue a la autora en sus redes y en su página web
www.angyskay.es

@angyskay

Notas

[←1]

Traducción del italiano al español: mierda.

[←2]

Traducción del italiano al español: preciosa.

[←3]

Traducción del italiano al español: chica, novia, niña.

[←4]

Traducción del italiano al español: mi niña.

[←5]

Traducción del italiano al español: niña, bebé.

[←6]

Traducción del italiano al español: Muy bien, amigo.

[←7]

Traducción del italiano al español: mi princesa.

[←8]

Traducción del italiano al español: mi amor.

[←9]

Traducción del italiano al español: vamos.